



SEBASTIAN
FITZEK

el
retorno

Lectulandia

Un abogado de éxito. Un niño de diez años enfermo, con un secreto que no puede guardar. El niño necesita ayuda: «Maté a un hombre con un hacha. Hace 15 años». Y dice que tiene pruebas. Pruebas que son cadáveres. ¿Cómo sabe dónde están enterrados? El abogado Robert Stern, siguiendo las indicaciones del niño, encontrará los cadáveres y se verá inmerso, sin quererlo, en una investigación policial. ¿Cómo podrá demostrar que él no tiene nada que ver con los crímenes? Además, un desconocido se pondrá en contacto con él, lo amenazará de muerte si acude a la policía y asegurará que tiene información sobre el paradero de su hijo, muerto diez años atrás... ¿Quién es ese hombre misterioso? ¿Por qué conoce detalles de su vida, por qué lo amenaza? ¿Qué vinculación tiene con los cadáveres?

Lectulandia

Sebastian Fitzek

El retorno

ePub r1.0

Titivillus 23.05.15

Título original: *Das Kind*
Sebastian Fitzek, 2008
Traducción: Noelia Lorente

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mis padres y Viktor Larenz

El encuentro

«De la boca de los niños sale la verdad».
Refrán

1

Cuando Robert Stern accedió a acudir a aquel extraño encuentro unas horas antes, no sabía que se había citado con la muerte. Mucho menos podía imaginarse que la muerte medía aproximadamente ciento cuarenta y tres centímetros y calzaba zapatillas de deporte, y que iba a entrar en su vida acompañada de una sonrisa, en medio de un polígono industrial abandonado.

—No, todavía no ha llegado. Y ya se me está acabando la paciencia de tanto esperar.

A través del parabrisas, mojado por la lluvia, Stern observó enojado la fábrica sin ventanas que se hallaba a cien metros de donde estaba él y no pudo evitar maldecir a su secretaria. La mujer había olvidado cancelar la cita que tenía con su padre, que estaba al otro lado de la línea telefónica y le esperaba furioso.

—¡Llame a Carina y pregúntele dónde demonios está!

Stern apretó decidido uno de los botones sobre el volante de piel y, tras producirse un chasquido, oyó toser al viejo por el altavoz. A sus setenta y nueve años seguía siendo un fumador empedernido, y había aprovechado la ocasión para encenderse un cigarrillo mientras aguardaba a que le pasaran la llamada.

—Lo siento, papá —dijo Stern—. Sé que íbamos a cenar juntos esta noche, pero tendremos que dejarlo para el domingo. Me ha surgido una cita completamente inesperada.

Tienes que venir, por favor. No sé qué hacer.

La voz de Carina nunca había sonado tan preocupada como en aquel instante. Desde luego, si fingía, merecía que le dieran un Óscar.

—A lo mejor yo también debería pagarte quinientos euros a la hora para poder verte alguna vez —gruñó su padre, enfadado.

Stern suspiró. Iba a visitarlo tres veces a la semana, pero ya no tenía sentido mencionar ese detalle. A lo largo de su vida no había aprendido a ganar una discusión a su padre: ni su éxito, logrado en un centenar de procesos penales, ni las batallas perdidas de su matrimonio roto. Cada vez que discutía con el viejo se sentía de nuevo como un niño que saca malas notas en la escuela, y no como Robert Stern, de cuarenta y cinco años; socio principal de Langendorf, Stern & Dankwitz, el bufete de abogados defensores más importante de Berlín.

—A decir verdad, no tengo ni la más remota idea de donde estoy —dijo intentando suavizar la conversación—. Si no estuviera seguro de que es imposible, diría que en algún rincón de Chechenia. Mi sistema de navegación me ha traído hasta aquí como ha podido.

Encendió las luces largas de su coche y enfocó la parte de la entrada terriza en la que se amontonaban vigas de acero destrozadas, rollos de cable oxidado y otros residuos industriales. A juzgar por la pila de bidones de metal vacíos, en aquel lugar se habían fabricado, en otros tiempos, pinturas y barnices. Delante de aquel edificio

de ladrillos repleto de escombros y con la chimenea medio derruida, los bidones parecían formar parte del decorado de una película que narrara el fin del mundo.

—Espero que ese chisme tuyo de navegación encuentre el camino hasta mi funeral cuando llegue el momento —dijo su padre mientras tosía. Stern se preguntó si aquella amargura podría ser hereditaria, pues, en parte, él también la sentía desde hacía unos diez años.

Desde lo que sucedió con Felix.

Los traumáticos acontecimientos ocurridos en la unidad de lactantes del hospital habían conseguido unirle más a su padre, también en lo que se refería a su aspecto físico: Stern había envejecido de forma prematura. Hacía unos años pasaba cada minuto de su tiempo libre en la cancha de baloncesto a fin de mejorar su técnica de lanzamiento. Ahora, en la oficina, las latas de refresco vacías apenas lograban tocar la papelera cuando quería deshacerse de ellas.

La mayoría de las personas que no lo conocían lo suficiente se dejaban engañar probablemente por su figura alta y delgada y sus hombros anchos. En realidad, sus trajes de corte impecable no permitían que se vieran sus músculos, ahora desentrenados. Sus ojeras se ocultaban bajo un bronceado natural permanente y un hábil corte de pelo de su cabello oscuro dificultaba que se vieran las zonas claras en las sienes. Cada mañana necesitaba alrededor de una hora para poder eliminar el cansancio de su rostro. Salía del cuarto de baño sin poder evitar sentirse como un regalo con trampa: un mueble de diseño al que se saca brillo continuamente para disimular sus imperfecciones antes de exponerlo a la despiadada luz de la lámpara de techo del comedor.

Se oyeron unos golpecitos en la línea.

—Perdona, vuelvo en seguida —dijo Stern, eludiendo los reproches que volvía a iniciar su padre, a la vez que respondía a la llamada de su secretaria—. Déjeme adivinarlo: ¿Carina ha cancelado la cita?

No sería de extrañar. Carina Freitag era una enfermera cumplidora y eficiente en su trabajo que, sin embargo, organizaba su vida privada de igual modo que la amorosa: de forma caótica e inconsecuente, y sin la más mínima coordinación. A pesar de que habían roto su relación apenas unas semanas después de iniciarla, hacía ya tres años, ambos seguían telefoneándose con regularidad e incluso quedaban de vez en cuando para tomar café. Normalmente, ambas cosas terminaban en una discusión.

—No, desgraciadamente no he podido localizarla.

—De acuerdo, gracias.

Stern accionó el encendido electrónico y se sobresaltó cuando el viento del otoño dejó caer un gran torrente de lluvia sobre el parabrisas de su coche. Activó el limpiaparabrisas y sus ojos captaron durante un momento una hoja de arce de color caoba que se había quedado enganchada fuera del alcance de las varillas. Acto seguido, miró hacia atrás con atención por encima de su hombro y empezó a ir

marcha atrás haciendo rechinar los neumáticos sobre la gravilla.

—Si llama Carina, por favor, dígale que no puedo quedarme aquí más tiempo...

Stern se interrumpió en cuanto volvió a mirar al frente para meter la primera marcha. No podía identificar lo que tenía delante. A doscientos metros de distancia, algo se dirigía hacia él a toda velocidad con las luces de emergencia parpadeando, y no parecía que fuera el viejo y pequeño coche de Carina. Una ambulancia blanca y roja subía por el camino que llevaba a la entrada a la máxima velocidad que le permitían los baches.

Por un momento, Stern creyó que el conductor pretendía realmente abalanzarse contra él, pero entonces se dio cuenta de que éste giraba el volante para aparcar el vehículo a su lado.

—¿Papá? —Robert activó de nuevo la otra línea en cuanto se despidió de su secretaria—. Acaba de llegar mi cita, tengo que dejarte —aclaró.

Pero su padre ya había colgado el teléfono. A continuación abrió la puerta de su coche, que se le resistía a causa de una nueva ráfaga de viento, y bajó del vehículo.

¿Qué demonios hace aquí con una ambulancia?

Carina saltó del asiento del conductor y fue a parar a un charco, aunque no pareció afectarle que su uniforme blanco de enfermera acabara salpicado de manchas de un profundo color negro. Llevaba el largo cabello de color vino recogido en una cola de caballo, y esto la volvía tan atractiva que Stern estuvo a punto de abrazarla. Sin embargo, algo en su mirada le hizo cambiar de idea.

—Estoy metida en un buen lío —dijo ella sacando un paquete de cigarrillos—. Creo que esta vez he metido la pata de verdad.

—¿A qué viene todo este teatro? —preguntó Stern—. ¿Por qué no hemos quedado en mi despacho, en lugar de vernos en este... este campo de batalla?

Ahora que las cómodas puertas impermeables de su coche habían dejado de protegerle, Stern sintió el desagradable frío del fuerte viento de octubre. Encogió los hombros tras notar un escalofrío.

—No perdamos más tiempo, ¿de acuerdo? He cogido prestada la ambulancia y tengo que devolverla en seguida.

—Está bien. Pero si has cometido alguna travesura, ¿no sería mejor que lo habláramos en un lugar algo más civilizado?

—No, no, no... —Carina sacudió la cabeza y levantó la mano con desdén—. ¿Es que no lo entiendes? No se trata de mí. —Dio media vuelta hacia la ambulancia con paso decidido y abrió la puerta trasera señalando el interior del vehículo—. Tu cliente está tumbado ahí dentro.

Stern examinó a la enfermera con el rabillo del ojo. Un hombre de su experiencia había sido testigo de muchas cosas durante su vida: un atracador de bancos herido de bala, una víctima de bandas criminales o un cliente sospechoso solicitando su ayuda con urgencia —con la condición de conservar el anonimato— eran su pan de cada día. Aun así, lo que no lograba adivinar era qué papel jugaba Carina en todo aquel

asunto.

Al advertir que la mujer guardaba silencio, decidió poner un pie en la plataforma metálica y saltar al interior de la ambulancia. En seguida fijó su atención en el cuerpo inmóvil que descansaba sobre la camilla.

—¿Qué significa esto? —Se volvió bruscamente hacia Carina, quien seguía esperando a los pies de la furgoneta y se estaba encendiendo un cigarrillo—. ¿Has traído a un niño hasta aquí? ¿Por qué?

—Deja que él mismo te lo diga.

—Pues este renacuajo no parece que...

... *pueda hablar*, quiso terminar la frase Stern. El niño, con un rostro tan pálido como el de un cadáver, ofrecía una imagen prácticamente apática. Sin embargo, cuando Robert volvió a mirar a la camilla, observó que el muchacho ya se había incorporado y se había sentado en el borde de la camilla con las piernas colgando.

—No soy ningún renacuajo —protestó—. ¡Ya tengo diez años! Mi cumpleaños fue hace dos días. —Bajo la chaqueta de pana forrada, el niño llevaba una camiseta negra con una calavera estampada y unos vaqueros nuevos que, según le pareció a Stern, le quedaban demasiado grandes. Pero ¿y él qué sabía? Probablemente estuviera de moda entre los alumnos de primaria arremangarse el pantalón hasta los muslos y llevar zapatillas de *skateboard* pintadas con rotulador—. ¿Es usted abogado? —continuó el jovencito con la voz algo afónica. Daba la impresión de que le costaba hablar, como si no hubiese bebido nada desde hacía mucho rato.

—Sí, soy abogado defensor, para ser exacto.

—Bien.

El chico sonrió y, al hacerlo, mostró unos dientes asombrosamente blancos. Un niño tan encantador como aquél era capaz de ganarse el corazón de su abuelita sin necesidad de tener los dientes mellados. Tan sólo bastaban unas pestañas largas y oscuras y unos labios algo agrietados.

—Muy bien —repitió mientras se bajaba cuidadosamente de la camilla, dándole la espalda a Robert durante un momento. Su pelo recién lavado, de color castaño claro y algo rizado, le llegaba hasta los hombros y, desde atrás, podía confundirse fácilmente con una niña. El abogado advirtió que tenía una tirita del tamaño de una tarjeta de crédito bajo el pelo. El niño seguía sonriendo cuando se volvió en su dirección—. Me llamo Simon. Simon Sachs.

Le tendió a Robert su frágil mano, quien se la estrechó con cierta vacilación.

—Yo soy Robert Stern.

—Lo sé. Carina me enseñó la foto que lleva en su bolso. Dice que es usted el mejor.

—Muchas gracias —murmuró Stern, aunque sus palabras sonaron algo ineptas. Aquélla era la conversación más larga que había mantenido con un menor de edad desde hacía años. Al menos era incapaz de recordar otra igual—. ¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó con torpeza por ese motivo.

—Necesito un abogado.

—¡De acuerdo!

Stern miró a Carina por encima de sus hombros con curiosidad. Ella continuaba fumando su cigarrillo con el rostro petrificado. ¿Por qué le hacía esto? ¿Por qué lo había citado en aquella zona abandonada? ¿Cómo es que venía acompañada de un chaval de diez años sabiendo que él era un caso perdido con los niños? Y que se mantenía firmemente alejado de ellos desde que la desgracia se introdujo en su matrimonio y acabó destruyéndole también a él.

—¿Y por qué crees que necesitas un abogado? —preguntó guardándose para sí como podía la rabia que empezaba a brotar en su interior. Quizá una situación grotesca como aquélla fuera lo suficientemente entretenida para poder comentarla durante la hora de descanso en el bufete.

Stern señaló la tirita del cuello de Simon.

—¿Es por eso? ¿Te ha pegado alguien en el patio de la escuela?

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué?

—He matado a alguien.

—¿Cómo dices?

Stern formuló la pregunta después de una breve pausa, convencido de que era imposible que semejantes palabras, llenas de agresividad, pudieran haber salido de la boca de un niño de diez años. Movi6 la cabeza de un lado a otro, mirando a Carina y al chico como si estuviera viendo en directo un partido de tenis. Continuó así hasta que Simon volvió a repetir la frase. Y esta vez lo hizo con la voz alta y clara:

—Necesito un abogado. Soy un asesino.

En algún lugar a lo lejos se oía el ladrido de un perro, un ruido que se confundía con el murmullo permanente de la vía rápida urbana. Sin embargo, Stern tenía la sensación de oírlo tan lejos como las pesadas gotas de lluvia que seguían cayendo de manera irregular sobre el techo metálico de la ambulancia.

—De acuerdo. ¿Crees que has matado a alguien? —le preguntó tras unos segundos.

—Sí.

—¿Puedo preguntarte a quién?

—No lo sé.

—Ya... No lo sabes. —Stern soltó una escueta risa—. Y seguramente tampoco sabes cómo, por qué o dónde ha tenido lugar... Todo esto no es más que una estúpida travesura y...

—Con un hacha —susurró Simon, aunque daba la impresión de que el niño gritaba aquellas palabras.

—¿Qué?

—Con un hacha, en la cabeza... de un hombre. No sé nada más. Pasó hace tiempo.

Robert parpadeó con agitación.

—¿Qué significa «hace tiempo»? ¿Cuándo ocurrió?

—El veintiocho de octubre.

El abogado miró fugazmente la fecha en su reloj.

—Es decir, hoy —continuó desconcertado—. Acabas de decir que sucedió hace tiempo. ¿En qué quedamos? Decídetes de una vez.

Por un instante, Stern pensó que podría suponer una ventaja contar con un testigo fácil como Simon en sus interrogatorios: niños de apenas diez años que, desde el primer momento, se contradicen en sus declaraciones. Pero en seguida apartó aquel pensamiento de su mente.

—No me comprende. —Simon movió la cabeza con tristeza—. He matado a un hombre, ¡aquí mismo!

—¿Aquí? —repitió Stern, y contempló atónito cómo Simon se acercaba a él tranquilamente; luego bajó de la ambulancia, mirando con interés a su alrededor. El abogado lo siguió con la mirada y vio que el niño fijaba su atención en una especie de cobertizo abandonado que se hallaba a unos cien metros de donde se encontraban, junto a una pequeña arboleda.

—Sí, fue aquí —afirmó Simon con satisfacción mientras cogía de la mano a Carina—. Maté a un hombre en este lugar. El veintiocho de octubre. Hace quince años.

Robert bajó de la ambulancia y le pidió a Simon que esperara un momento. Luego cogió a Carina con fuerza de la muñeca y la condujo hasta la parte trasera de su coche, a unos tres pasos de donde se hallaban. La lluvia había amainado pero, por contra, el día había oscurecido. Hacía más viento y, sobre todo, más frío. Ni Carina ni Stern, ella con su fina bata de hospital y él con su traje negro, iban vestidos adecuadamente para un tiempo tan deslucido como el que acechaba. A pesar de ello, la mujer parecía no pasar ningún frío, a diferencia de Stern.

—Sólo una pregunta —susurró el abogado en voz baja, aun sabiendo que era improbable que Simon pudiera oírles desde donde estaban. El viento y el murmullo monótono y ensordecedor que provenía de la autopista absorbían toda clase de ruido—. ¿Quién de los dos está más loco?

—Simon es uno de mis pacientes en la unidad de neurología —dijo Carina como si con ello aclarase cualquier pregunta posible.

—Quizá estaría mejor en la unidad de psiquiatría —siseó Stern—. Pero ¿qué significa eso de que asesinó a alguien hace quince años? ¿Es que el chico no sabe contar? ¿No será que tiene algún tipo de esquizofrenia?

Abrió el maletero con el mando a distancia de las llaves de su coche y activó la luz interior en seguida para ver mejor en mitad de la penumbra empañada por la lluvia que reinaba afuera.

—Padece un tumor cerebral. —Con ayuda de los dedos pulgar e índice, Carina dibujó en el aire una especie de circunferencia a fin de mostrarle su tamaño—. Sólo le dan un par de semanas, puede que incluso días.

—¡Cielo santo! ¿Y causa esos efectos secundarios?

Stern cogió un paraguas del maletero.

—No. De eso tengo yo la culpa.

—¿Tú?

Desvió la vista de la mano que sostenía su moderno paraguas de diseño, cuyo funcionamiento se le presentaba como un auténtico enigma. Ni siquiera podía encontrar el botón para abrirlo.

—Te dije que había metido la pata. Es un niño muy inteligente, increíblemente sensible y con una educación asombrosa para su edad. Es un milagro teniendo en cuenta el entorno de donde proviene. Tenía cuatro años cuando lo apartaron de su madre, una mujer muy poco sociable. Lo encontraron en un apartamento, totalmente abandonado; estaba junto a una rata muerta, dentro de una bañera, medio muerto de hambre. Luego se lo llevaron a un hospicio infantil, donde destacó sobre el resto porque prefería leer antes que pelearse con los otros niños de su edad. Su tutor pensó que era normal que un chico que no dejaba de estudiar ni un momento padeciera fuertes dolores de cabeza. Fue entonces cuando le diagnosticaron la enfermedad en el cerebro. Desde que entró en mi unidad, no tiene a nadie a excepción del personal de

la clínica; bueno, de hecho, sólo me tiene a mí.

Carina también sintió el frío ahora. Sus labios empezaron a temblar.

—No comprendo qué pretendes con todo esto.

—Hace dos días fue el cumpleaños de Simon y quise regalarle algo especial. Piénsalo, sólo tiene diez años, pero la experiencia de todo lo que ha vivido hasta ahora y su enfermedad lo han convertido en un niño mucho más maduro que los de su edad. Pensaba que ya era lo bastante mayor.

—¿Para qué? ¿Qué le regalaste?

Stern, que finalmente había abandonado todo intento de abrir el paraguas, lo sostenía ahora como un puntero en dirección a ella.

—Simon tiene miedo de la muerte, así que le organicé una regresión.

—¿Una qué? —preguntó Robert, a pesar de que recientemente había visto debatir acerca de ello en la televisión.

Estaba claro que apuntarse a la moda del esoterismo era también algo típico de Carina. La idea de haber vivido ya en este mundo era un tema que, por lo visto, fascinaba a gente de todas las edades. Aquel anhelo por conocer lo sobrenatural era un caldo de cultivo entre los terapeutas de poca monta, que brotaban por todas partes como la mala hierba. Además, éstos percibían grandes sumas de dinero a cambio de «regresiones»: viajes al pasado, antes de nacer. La gente descubría, generalmente mediante la hipnosis, que habían fallecido quemados en una hoguera hacía seiscientos años o incluso que habían sido coronados como reyes de Francia.

—No me mires así. Sé lo que piensas sobre estos temas, ni siquiera te gusta leer el horóscopo.

—¿Cómo pudiste meter en semejantes supercherías a este niño?

Stern se sentía realmente horrorizado. En el programa de televisión advertían de la posibilidad de sufrir graves daños psicológicos. Las personas de carácter débil no siempre eran capaces de soportar aquello que les hacía creer un curandero: por ejemplo, que los problemas mentales que padecían en el presente tenían algo que ver con un conflicto sin resolver acontecido en una vida anterior.

—Sólo pretendía enseñarle a Simon que no hay un final... Me refiero a después de la muerte. Y que no debe estar triste por haber vivido poco tiempo porque la vida continúa.

—Estás de broma, ¿no?

Ella movió la cabeza en señal de negación.

—Lo acompañé a ver al doctor Tiefensee, un psicólogo experto que también imparte clases en la universidad. No se trata de un charlatán, si es eso lo que estás pensando.

—¿Qué sucedió?

—Hipnotizó al niño. En realidad, no pasó nada más relevante. Simon apenas recordaba nada de lo ocurrido bajo los efectos de la hipnosis. Después, sólo dijo que había estado en un sótano oscuro, donde oía voces. Unas voces espeluznantes.

Stern hizo una mueca de disconformidad. El frío que recorría su espalda se hacía más desagradable a medida que pasaban los segundos. Pero aquél no era el único motivo por el que le invadían unas ganas enormes de irse de allí lo antes posible. En algún lugar, lejos de donde estaban, un tren de carga se dirigía a la siguiente estación. Ahora era Carina quien hablaba en voz baja, al igual que lo había hecho Stern al empezar la conversación.

—Al principio, Tiefensee no consiguió despertarlo de la hipnosis: Simon estaba inmerso en un sueño profundo. Cuando abrió los ojos, mencionó lo que te acaba de contar. Cree que asesinó a alguien.

A Stern le sobrevino la idea de secarse las manos en su frondoso cabello, pero se dio cuenta de que su pelo estaba igualmente empapado por la lluvia.

—Esto es una locura, Carina, y tú también lo sabes. Además, me pregunto qué tengo yo que ver con todo esto.

—Simon posee un sentido de la justicia fuera de lo común y ha decidido acudir a la policía.

—Así es.

Robert y Carina se dieron la vuelta rápidamente en dirección al muchacho, que se había acercado a ellos de manera inadvertida mientras ellos discutían acaloradamente. El viento hizo que los rizos de su frente se movieran. Stern se extrañó de que el niño aún conservara el cabello; probablemente había tenido que someterse a la quimioterapia.

—Soy un asesino, y eso no está bien. Quiero entregarme. ¡Pero no diré nada más si no es en presencia de mi abogado!

Carina sonrió melancólicamente.

—Esa frase debe de haberla sacado de alguna serie de televisión. Mucho me temo que eres el único abogado defensor que conozco.

Stern evitó mirarla a los ojos. En su lugar, bajó la mirada y se quedó observando fijamente el suelo repleto de barro, como si esperara a que sus zapatos de piel cosidos a mano le revelaran la mejor forma de reaccionar ante una locura como aquélla.

—¿Y bien? —Oyó que Simon le preguntaba.

—¿Y bien qué?

Stern miró al niño directamente a los ojos y se sorprendió al ver que éste volvía a sonreír.

—¿Ya es usted mi abogado? Puedo pagarle si quiere.

Simon hurgó torpemente en su pantalón con los dedos y sacó un pequeño monedero de uno de sus bolsillos.

—Tengo dinero.

Al principio, Stern sacudió la cabeza sin que apenas se notara; sin embargo, en seguida empezó a moverla con energía.

—Es verdad, tengo dinero —protestó Simon—. De verdad.

—No —dijo Stern alejándose de Simon y dirigiéndose enfadado a Carina—. No

se trata de eso, ¿tengo razón? No me has traído aquí como abogado, ¿verdad?

Ahora era ella quien tenía la mirada fija en el suelo.

—Sí, es cierto —admitió Carina con calma.

Stern suspiró profundamente y lanzó dentro del maletero el paraguas que no había llegado a utilizar. A continuación, apartó a un lado una cartera que había en el interior, abrió una tapa de plástico lateral y sacó una linterna que había junto al botiquín de emergencia. Quiso comprobar que ésta funcionaba dirigiendo el foco de luz hacia el cobertizo inclinado que el niño había señalado unos momentos antes.

—Muy bien. Terminemos con esto.

Le acarició la cabeza a Simon con la mano que tenía libre, incapaz de creer lo que en realidad le estaba diciendo a un niño de diez años:

—Muéstrame exactamente dónde has dicho que mataste a ese hombre.

3

Simon los condujo hasta los alrededores del cobertizo. Tiempo atrás, aquella zona había servido probablemente para albergar una fábrica de dos plantas que, sin embargo, había terminado sucumbiendo a las llamas. Ahora, bajo el nublado cielo nocturno, apenas se alzaban algunos trozos de muro carbonizados como si fueran las palmas de unas manos mutiladas.

—¿Lo ves? Aquí no hay nada.

Stern enfocó lentamente la linterna sobre los escombros.

—¡Pero tiene que estar por algún sitio! —respondió Simon, como si en vez de un cadáver estuviesen buscando un zapato perdido. El niño también llevaba consigo una especie de lápiz luminoso, una especie de barrita de plástico que brillaba en la oscuridad cuando se doblaba.

—Es de su juego de magia —le aclaró Carina a Stern. Al parecer, además de la regresión, el niño también había recibido algún regalo de cumpleaños normal.

—Creo que pasó allí abajo —dijo Simon dando un paso hacia delante, entusiasmado.

Stern siguió con la mirada el brazo que extendía Simon y alumbró con ayuda de la linterna la antigua escalera. Desde allí sólo se veía la entrada al sótano.

—No podemos bajar. Es demasiado peligroso.

—¿Por qué? —preguntó el muchacho caminando con dificultad con sus zapatillas de deporte por una montaña de ladrillos.

—Quédate aquí. Esto podría desplomarse en cualquier momento, cielo.

La voz de Carina sonó más preocupada de lo normal. Durante su breve relación con Stern, ella había rebotado vida y entusiasmo, como si de ese modo hubiera querido contrarrestar la melancolía que él padecía continuamente con un exceso de ganas de vivir. Sin embargo, lo que ahora parecía inquietarle más era que Simon estuviese comportándose igual que un perrito desobediente que se ha soltado de su correa. El niño se había empeñado en continuar por su cuenta.

—¡Mirad! ¡Podemos bajar por ahí! —gritó de repente.

La cabeza rizada del muchacho desapareció tras una viga de hormigón armado mientras dejaba a Carina y a Robert protestando.

—¡Simon! —gritó con fuerza Carina.

Stern se apresuró para alcanzarlos a ambos, caminando como un pato por los escombros. En la oscuridad, no pudo evitar torcerse el tobillo un par de veces y desgarrarse el pantalón de su traje al tropezar con un trozo de cable oxidado. Cuando por fin llegó hasta la entrada del sótano vio que el niño ya había bajado una veintena de peldaños de la carbonizada escalera de madera y empezaba a doblar la esquina.

—¡Sal de ahí en seguida! —gritó Stern por el hueco de la escalera, al tiempo que se maldecía por haber escogido aquellas palabras. En un segundo supo que nada de lo que pudiera sucederle en aquel lugar podía ser peor que el recuerdo que le suscitaba

aquella frase.

¡Sal de ahí, cariño, por favor! Puedo ayudarte...

Aquella no había sido la única mentira que le había dicho a Sophie a través de la puerta cerrada del cuarto de baño. No habían servido de nada. Durante cuatro años lo habían intentado todo; habían probado todos los métodos de tratamiento y técnicas existentes hasta que, finalmente, habían recibido la ansiada llamada de la clínica de fertilidad. Positivo. Embarazada. Hacía diez años de aquello. Aquel día había tenido la impresión de que una fuerza mayor ajustaba de nuevo las agujas de la brújula de su vida. De repente éstas apuntaban hacia la felicidad, y en su estado más puro. Desgraciadamente no se detuvieron demasiado tiempo en ella. Tan sólo el necesario para que Stern decorara con estrellas fosforescentes el techo de la nueva habitación del niño y ayudara a elegir con Sophie la ropa del recién nacido. Felix no pudo estrenarla ni siquiera una vez. Lo enterraron con la ropita que le habían puesto las enfermeras en la unidad de lactantes del hospital.

—¿Simon? —El abogado gritó con tanta fuerza que acabó regresando de sus sombríos pensamientos. Se asustó al ver que Carina también gritaba.

—¡Creo que aquí hay algo! —La voz atenuada del niño se oyó desde abajo.

Stern maldijo aquel momento mientras tanteaba con el pie el primer escalón.

—Es inútil. Tenemos que entrar.

Las palabras hicieron que rememorara una vez más el momento más cruel de su vida. Cuando Sophie se había encerrado en el cuarto de baño con el bebé en sus brazos sin intención de entregárselo a nadie. «Síndrome de muerte infantil súbita» fue el diagnóstico que nunca quiso aceptar. Dos días después de dar a luz al niño.

—Voy contigo —afirmó Carina.

—¡No digas tonterías!

Stern arrastró la otra pierna hacia delante cuidadosamente. La escalera había sido capaz de aguantar treinta y cinco kilos de peso. Tendría que ver si también podría soportar más del doble de lo que pesaba el niño.

—Sólo disponemos de una linterna, y alguien deberá pedir ayuda si no volvemos a subir en un par de minutos.

La escalera carcomida crujía a cada paso como las cuerdas de un velero que navegara por un mar en calma. Stern no estaba seguro de si su sentido del equilibrio le estaba jugando una mala pasada o si de verdad el suelo temblaba cada vez más a medida que bajaba los peldaños.

—¿Simon?

Seguramente era ya la quinta vez que gritaba el nombre del niño; sin embargo, tan sólo recibió como respuesta un ruido metálico a cierta distancia, como si el niño estuviera dando golpes en el tubo de una calefacción con un destornillador.

Se detuvo en seguida, a los pies de la escalera, y miró a su alrededor con el corazón latiéndole muy rápido. Afuera, la oscuridad era ahora tan profunda que ni siquiera podía ver la silueta de Carina, quien continuaba esperándole arriba. Enfocó

con la linterna a su derecha y vio que la antecámara del sótano estaba dividida en dos pasillos, ambos cubiertos por unos cinco centímetros de lodo y agua estancada.

Es increíble que el niño haya querido entrar en un fangal industrial como éste por su propio pie. Stern decidió meterse por el pasillo de la izquierda al ver que el otro camino quedaba bloqueado unos metros más adelante por una caja de fusibles caída.

—¿Dónde estás? —le llamó.

El abogado notó el agua fría alrededor de sus tobillos como si una mano helada le estuviese agarrando.

Simon siguió sin responder pero, como mínimo, dio una señal de vida: empezó a toser. A tan sólo unos cuantos pasos de Stern, quien, a pesar de ello, era incapaz de localizarlo con la linterna.

Voy a pillar un buen resfriado, pensó al tiempo que notaba cómo sus pantalones absorbían la humedad como si estuviesen hechos de papel secante. Su móvil empezó a sonar justo cuando divisaba un tablón de madera a unos diez metros.

—¿Dónde está? —preguntó Carina con una voz prácticamente histérica.

—No estoy seguro. Diría que está en el otro pasillo.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada. Está tosiendo.

—¡Dios mío, sácale de ahí de una vez! —Su voz sobrevino con agitación.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —le replicó él.

—No lo entiendes... El tumor... Suele pasar cuando...

—¿Qué quieres decir? ¿Qué ocurre?

Stern oyó cómo Simon volvía a toser, esta vez lo oía desde más cerca.

—Después de los espasmos bronquiales viene el desvanecimiento. ¡Podría desmayarse en cualquier momento! —Carina gritaba tanto que podía oír su voz desde arriba al mismo tiempo que le llegaba a través del aparato.

Caerá boca abajo dentro del agua. Y acabará ahogándose. Como...

Stern echó a correr y, alterado por el pánico, se olvidó de la viga de madera completamente carbonizada que colgaba del techo casi invisible. Acabó dándose un fuerte golpe en la cabeza, si bien el susto fue aún mayor que el propio dolor. Al creer que alguien le atacaba, levantó ambos brazos a modo de defensa. Cuando se dio cuenta de su error ya era demasiado tarde. La luz de la linterna continuó encendida dos segundos más, antes de extinguirse justo en el lugar donde la había dejado caer.

—¡Maldita sea!

Estiró la mano intentando encontrar la pared del sótano y luego continuó andando a tientas, lentamente, para no desorientarse en la oscuridad. Sin embargo, aquello no era lo que más le preocupaba ahora, pues, al fin y al cabo, seguía caminando en línea recta como al principio. Le inquietaba mucho más que Simon hubiera dejado de toser.

—¿Hola? ¿Estás ahí? —gritó.

De repente, notó un chasquido en sus oídos. Como si fuera el pasajero de un avión antes de aterrizar, tuvo que tragar saliva varias veces para aliviar la presión

sobre sus tímpanos. Luego oyó vagamente una respiración ronca, frente a él, detrás de la viga de madera, a unos diez metros de donde se hallaba, en un rincón. Tenía que llegar hasta allí, al pasillo secundario donde se encontraba Simon. Aunque avanzaba con lentitud por el agua, lo hacía a un ritmo lo bastante rápido para evitar que se produjera una reacción fatídica en cadena.

—¡Simon! ¿Puedes...? ¡Socorro!

Exclamó esta última palabra al tiempo que se veía arrastrado por algún objeto. Su pie se había quedado enredado con un viejo cable de un teléfono, que parecía un cepo para jabalíes en aquella agua estancada y maloliente. Stern intentó encontrar con sus dedos algún punto de apoyo en la húmeda pared de cemento, pero, al hacerlo, su cuerpo se precipitó hacia delante y terminó cayendo y rompiéndose dos uñas.

Tenía la impresión de haber llegado al final del pasillo cuando se dio cuenta de que no había caído dentro del agua. En vez de eso, sus manos habían ido a chocar contra una especie de tabla de madera que se movía. Crujía como cuando había puesto el pie en la escalera del sótano, aunque esta vez el ruido era mayor. En seguida notó que algo se rompía; por el sonido pensó que se trataba de una tabla de madera contrachapada o quizá de una puerta. Aterrorizado, se imaginó asimismo cayendo en picado al pozo de una vieja mina terriza o a un barril sin fondo. Entonces, su caída finalizó violentamente en el suelo de tierra. Lo único positivo del lugar en que se encontraba ahora era que el agua no había logrado alcanzar aquel rincón del sótano. Por otro lado, varios objetos desconocidos empezaron a desprenderse del techo y las paredes, cayendo con violencia a su alrededor.

Dios mío. Stern apenas se atrevió a tocar el objeto redondo, no muy grande, que acababa de desplomarse repentinamente sobre su regazo. Tenía la certeza de que, como en la peor de sus pesadillas, al tocarlo sus manos acariciarían unos labios azulados y un rostro tumefacto: la cara muerta de su hijo Felix.

Pero, entonces, la oscuridad empezó a aclararse a su alrededor. Sus ojos parpadearon y tuvieron que transcurrir unos segundos antes de darse cuenta de dónde provenía aquella luz repentina. Hasta que no llegó a su lado no supo que se trataba de Carina. La pantalla verdosa de su móvil iluminaba con poco éxito la cámara subterránea en la que él había tropezado.

Stern observó que la mujer empezaba a gritar; sin embargo, él no oía nada. A pesar de que Carina había abierto la boca para chillar, tuvo que pasar una fracción de segundo antes de que aquel sonido agudo se propagara por las paredes de cemento. Stern cerró los ojos.

Finalmente se armó de valor y bajó la mirada.

Le faltó poco para vomitar.

La cabeza que tenía en su regazo estaba clavada al resto de un cadáver prácticamente esquelético como si se tratara de un soporte en el extremo de la barra de una cortina.

Abatido por una mezcla de incredulidad, repugnancia, horror y desconcierto,

Stern descubrió la brecha abierta que había causado un hacha en el cráneo de la víctima.

Los ojos del policía se llenaron de lágrimas y no pudo hacer nada para contenerlas. Martin Engler emitió un gemido sin abrir la boca, inclinó la cabeza hacia atrás y, con la mano, empezó a buscar algo a tientas encima de la mesa de la sala de interrogatorios hasta que finalmente lo encontró. Abrió el paquete en el último segundo, sacó un pañuelo de papel y se lo llevó hasta la nariz.

Aaaaaaaachís...

—Lo siento.

El detective de la brigada de homicidios se sonó la nariz. Stern se preguntó si aquel feroz estornudo no habría salido disparado acompañado de la palabra «cabrón» sin que nadie se diera cuenta.

Hubiera encajado a la perfección. Teniendo en cuenta que Stern había conseguido la absolución de muchas de las detenciones que había llevado a cabo Engler en persona, el abogado no era precisamente uno de los mejores amigos del inspector.

—Mmmm.

El policía que estaba sentado justo al lado de Engler se aclaró la voz. El abogado lo observó durante un momento: era un hombre con exceso de peso, de cuya papada sobresalía una enorme nuez. Al entrar en la sala de interrogatorios sin ventanas se había presentado simplemente como Thomas Brandmann. No había especificado su grado en el cuerpo de policía ni había dado pistas sobre sus funciones en la comisaría. Además, a excepción de los ruidos guturales que, a partir de ese momento, seguían escapándose de su laringe cada cinco minutos, aquel individuo no había pronunciado ni una sola palabra. Stern no sabía cómo debía tomarse esa situación. A diferencia de Engler, quien tras más de veinte años de servicio formaba parte ya del mobiliario de la brigada criminal, era la primera vez que el abogado se encontraba con aquel gigantón. Su escasa predisposición a comunicarse con el resto de los presentes podría significar que era él quien dirigía la investigación. Aunque quizá era justo lo contrario.

—¿Quiere una? —Engler sostuvo una caja de aspirinas—. Tiene pinta de necesitar una.

—No, gracias.

Stern movió la cabeza y se acarició el hematoma que palpitaba dolorosamente en su frente. La cabeza le retumbaba después de haberse caído en el sótano. Le molestaba que el inspector, sentado frente a él con los ojos rojos y la nariz goteando, pareciera gozar de mejor salud que él. Las sesiones de rayos UVA y el *footing* de las mañanas eran sin duda más beneficiosos para la salud que las largas noches que pasaba frente al ordenador de su despacho.

—Bien, resumiendo...

El detective de policía cogió su bloc de notas. Stern no pudo evitar esbozar una sonrisa al ver que Brandmann volvía a aclararse la voz, si bien aún no había dicho ni

una palabra.

—Han encontrado el cadáver esta misma tarde, alrededor de las 17.30. Un niño, Simon Sachs, le condujo hasta el lugar donde lo hallaron. Iba acompañado de una enfermera, Carina Freitag. Ese tal Simon tiene diez años, padece un tumor cerebral y ahora... —Engler pasó la página—, recibe tratamiento en la unidad de neurología de la clínica Seehaus de Westend. Afirma que fue él quien asesinó al hombre, y que lo hizo en una vida anterior.

—Sí, hace quince años —confirmó Stern—. Si no me equivoco, ya es la octava vez que se lo repito.

—Sí, cierto, pero es que... —Engler se interrumpió y, para sorpresa de Stern, volvió a inclinar la cabeza hacia atrás, presionando con los dedos pulgar e índice ambos lóbulos nasales—, no lo había oído —finalizó con un sonido nasal como si fuera el pato Donald—. Maldita sea, me está sangrando la nariz. Siempre me pasa cuando estoy resfriado.

—Entonces no debería tomar más aspirinas.

—Sí, ya sé que con ellas fluye más la sangre. Pero ¿dónde nos habíamos quedado? —Engler continuaba hablándole al techo gris de la habitación—. Ah, sí, ocho veces, cierto. Es el número de ocasiones que me ha relatado esta historia tan confusa. Y cada una de ellas no he dudado en preguntarme si no sería mejor someterle a un análisis de estupefacientes.

—Haga lo que quiera. Si lo que desea es violar aún más mis derechos, adelante. —Con un gesto de invitación, el abogado levantó la palma de las manos como si llevara una bandeja—. Hace tiempo que mi vida no es muy entretenida, pero denunciarle a usted y a todo el aparato seguro que me resulta muy divertido.

—Por favor, no se enfade, señor Stern.

Robert se sobresaltó.

Increíble, pensó. Parece que la mole de dos metros que está sentada junto a Engler sabe hablar.

—No está usted bajo sospecha —le aclaró Brandmann.

Stern no estaba seguro de si había escuchado entre líneas un «todavía».

—Sólo para despejar cualquier duda —dijo Robert, que resistió la tentación de aclararse la garganta—. Soy abogado, pero no estoy loco. No creo en la transmigración de las almas, la reencarnación y otros disparates esotéricos. Tampoco acostumbro a perder el tiempo desenterrando esqueletos. Así que hable usted con el niño, y no conmigo.

—Lo haremos en cuanto se despierte —asintió Brandmann.

Habían hallado a Simon inconsciente en el pasillo secundario del sótano. Afortunadamente el desmayo había ocurrido de forma igualmente repentina que el primero de sus ataques, dos años antes, cuando le detectaron el tumor en el lóbulo frontal del cerebro. El niño se había desmayado en medio del aula cuando iba hacia la pizarra, golpeándose con fuerza en la frente contra la mesa de su profesor. Pero esta

vez había podido apoyarse con la espalda en la pared y su cuerpo había resbalado por ella hasta quedar sentado en el pasillo inundado de agua. Ahora se hallaba inmerso en un sueño profundo, aunque todo apuntaba a que se encontraba bien.

Carina lo había llevado a la clínica en seguida, por lo que Stern había sido la única persona que se hallaba en la escena del crimen cuando Engler apareció con sus hombres y el equipo del departamento forense.

—Sería mejor que se pusieran en contacto con los médicos —aconsejó Stern nuevamente—. Quién sabe lo que ese Tiefensee le metió en la cabeza a Simon cuando lo hipnotizó...

—¡Vaya, eso sí que es una buena idea! ¡El psicólogo! No se me hubiera ocurrido nunca...

Engler lanzó una sonrisa irónica. Su nariz había dejado de sangrar y volvía a mirar a Stern directamente a los ojos.

—Entonces, ¿dice usted que la víctima llevaba allí quince años?

Stern suspiró profundamente.

—No, no soy yo quien lo dice, sino Simon. Sin embargo, es posible que tenga razón.

—¿Por qué?

—Bueno, no soy médico forense, pero había mucha humedad en el sótano y el cadáver se encontró en una especie de cobertizo oscuro de madera. Es como si siempre hubiera estado dentro de un ataúd robusto: no recibía oxígeno directamente. A pesar de ello, algunas zonas del cuerpo mostraban leves síntomas de descomposición. Por desgracia, también la cabeza, la cual tuve el placer de sostener en mis manos. Y eso significa...

—... que la víctima no fue abandonada ayer en aquel lugar. Correcto.

Stern dio media vuelta sorprendido. El hombre que se apoyaba ahora en el marco de la puerta con aire desenvuelto había irrumpido en la sala sin hacer el menor ruido. Tenía el cabello gris oscuro y unas gafas con montura dorada. Christian Hertzlich era lo más parecido a un viejo entrenador de tenis. A pesar de ello, era el inspector jefe de la Oficina Federal de Investigación Criminal. Stern se preguntó si el jefe directo de Engler llevaría mucho rato escuchándoles sin que los otros hubieran advertido su presencia.

—Gracias a la medicina forense avanzada, pronto sabremos la hora exacta de la muerte —continuó Hertzlich—. No importa que el hombre haya fallecido hace cinco, quince o cincuenta años... —Dio un paso hacia delante—. Hay algo que sí es cierto: Simon no puede ser el culpable.

—Estoy completamente de acuerdo. ¿Eso es todo? —Stern se levantó y se arremangó nervioso el puño de la camisa, observando ostentosamente el reloj de su muñeca. Eran casi las nueve y media.

—Desde luego, puede irse. De todos modos, tengo que discutir un asunto más urgente con mis hombres.

Hertzlich agarró con la mano el *dossier* enrollado que llevaba sujeto hasta ese momento bajo el brazo y lo mostró a ambos funcionarios como si se tratase de un trofeo.

—Tenemos novedades y no dejan de ser realmente sorprendentes.

Martin Engler esperó a que el abogado hubiese cerrado la puerta. Luego, incapaz de contener más su enfado, se levantó tan bruscamente de su silla de madera que ésta terminó por caer al suelo.

—¿Qué narices significaba eso?

Brandmann se aclaró la garganta como si en realidad quisiera decir algo. Pero esta vez fue Hertzlich quien se le adelantó, al tiempo que desplegaba el *dossier* encima de la mesa.

—¿Por qué? Todo ha salido a la perfección.

—¡Venga ya! Así no se puede interrogar a nadie —le replicó Engler a su superintendente—. ¡No pienso hacer más estupideces como ésta!

—¿Por qué está tan nervioso?

—Porque he quedado en ridículo. Nadie se cree ya ese numerito del «poli bueno, poli malo», y menos aún un abogado del calibre de Robert Stern.

Hertzlich observó sus zapatos de piel sin lustrar; llevaba los cordones atados de cualquier manera. A continuación movió la cabeza con sorpresa.

—Creí que había captado nuestra metodología, Engler.

La metodología. Menuda sandez. Engler echaba espuma por la boca debido a la rabia. Desde que el inspector Brandmann se había unido a ellos no pasaba una semana sin participar, como mínimo, en uno de los numerosos seminarios sobre técnicas psicológicas de interrogación. Hacía tres semanas que habían acogido a aquel gigante en el marco de un programa de formación de la Oficina Federal de Investigación Criminal, para la cual trabajaba como experto en psicología criminológica. Oficialmente, había sido asignado al equipo de Engler como asesor, si bien tenía pinta de ser algo muy diferente, como si ahora hubiera ascendido a la categoría de agente especial. Al fin y al cabo, incluso Engler había tenido que soportar su presencia durante el interrogatorio.

—Debo decir que el superintendente Hertzlich tiene razón —añadió afablemente el psicólogo criminalista durante la tensa reunión—. En realidad, todo ha funcionado según el método —dijo carraspeando—. Primero, Stern perdió los nervios mientras le hacíamos esperar. Luego, el hecho de que yo no dijera ni una palabra durante el interrogatorio evitó que supiese de qué lado estaba. Por cierto, ahí radica la diferencia respecto a la obsoleta táctica de tomar declaración que usted acaba de describir, señor Engler. —Brandmann hizo una pausa intencionada, y Martin se preguntó por qué aquel individuo le miraba con una estúpida sonrisa irónica mientras seguía con su discurso—. Precisamente, como yo no jugué a ser el «poli bueno», la inquietud de Stern derivó hacia el puro desconcierto e intentó ir a por usted. Y al no conseguirlo, el abogado perdió los nervios.

—De acuerdo, quizá debería haberle hecho cantar al final si hubiésemos hecho bien las cosas. Pero hay algo que no dejo de preguntarme... ¿A qué viene tanto

teatro?

—Las personas enfadadas cometen errores —añadió Hertzlich—. Además, necesitamos que Stern experimente diferentes cambios de humor para poder evaluar sus reflejos ópticos.

Análisis de los reflejos ópticos. Eye-tracking. Pupilometría. Todo aquello no era más que otra de esas tonterías modernas. Desde hacía una semana, habían colocado cables en cada rincón de la triste sala de interrogatorios donde estaban discutiendo ahora a fin de realizar un experimento. De las tres cámaras ocultas que había, sólo una de ellas enfocaba directamente a la persona que debía ser interrogada. La teoría afirmaba que el autor de un delito era capaz de delatarse a sí mismo a través del parpadeo continuo, la contracción de la pupila y los cambios del ángulo visual. En la práctica, a pesar de que Engler compartía la idea de que aquello podía ser significativo, pensaba que un agente experto no necesitaba disponer de cachivaches técnicos para reconocer una mentira.

—Confiemos en que Stern no se haya dado cuenta de que le hemos estado grabando sin que lo supiera. —Engler señaló la pared que había detrás de él—. Se trata de uno de los abogados más capacitados de esta ciudad.

—Y puede que de un asesino —dijo Hertzlich.

—¡Sí, claro! —Engler tragó saliva y pensó por un momento en si encontraría alguna farmacia de guardia de camino a casa. Empezaba a necesitar con urgencia algún espray para calmar el dolor de su garganta.

—Ese hombre posee un coeficiente intelectual más alto que el Everest. No puede ser tan tonto para conducirnos hasta el cadáver de un hombre al que él mismo ha asesinado.

—Precisamente por eso. Podría tratarse de una jugada inteligente por su parte.

El jefe de la policía levantó unos centímetros sus pesadas gafas y aprovechó para darse un pequeño masaje en los brillantes lóbulos de su nariz para borrar la marca que le había dejado la montura. Engler era incapaz de recordar si alguna vez había mirado a su jefe directamente a los ojos. En la comisaría se rumoreaba que era tan feroz que se iba a dormir rodeado de monstruos.

—A lo mejor también ha perdido el juicio —pensó Hertzlich en voz alta mirando a Brandmann—. En cualquier caso, no creo que esa historia del niño reencarnado sea muy cuerda.

—Parecer ser una persona emocionalmente inestable —coincidió el psicólogo. Los ojos de Engler se entornaron.

—Vuelvo a repetirlo: estamos perdiendo el tiempo con el hombre equivocado. Hertzlich se volvió hacia él con aire de sorpresa.

—Creí que el abogado no le gustaba.

—Y tiene razón. Stern es un cabrón, pero no por ello un asesino.

—¿Y qué le hace pensar eso?

—Veinticinco años de experiencia. Tengo olfato para esas cosas.

—Bueno, eso es evidente. Todos los que estamos aquí somos capaces de ver y escuchar lo bien que le funciona.

Hertzlich fue el único que se rió de su propio chiste. Engler tuvo que reconocer que quizá Brandmann no era de los que le hacían la pelota a su jefe continuamente. Por desgracia no pudo llegar a saber cuál era el motivo de que el psicólogo pensara que Robert Stern era incapaz de asesinar a un hombre con un hacha. De repente, su nariz empezó a gotear como un grifo de agua y el papel de celulosa empezó a tomar un color rojo oscuro, por lo que no le quedó más remedio que volver a inclinar la cabeza hacia atrás.

—¡Oh, otra vez no...!

Hertzlich lo observó con un rostro desconfiado.

—Yo pensaba que la hemorragia de la nariz formaba parte del espectáculo. ¿Está seguro de que se encuentra en condiciones de dirigir esta investigación?

—Sí, claro, sólo es un simple resfriado. No hay ningún problema.

Sacó un pañuelo limpio de papel e hizo con él dos pequeñas bolas para taponarse los agujeros de la nariz.

—Ya estoy bien.

—De acuerdo, perfecto. Entonces, reúna a su equipo. Les espero en mi despacho dentro de diez minutos.

Engler se quejó para sus adentros y miró su reloj: eran las once menos cuarto. A pesar de su estado de salud, debía sacar a pasear a *Charlie* en seguida. El pobre perro le esperaba en su pequeño apartamento desde hacía más de diez horas.

—No ponga esa cara, Engler, no tardaremos mucho rato. Luego entenderá por qué quiero que siga la pista de Stern y le haga pasar un mal trago.

Engler cogió la carpeta que había sobre la mesa.

—¿Por qué? ¿Qué pone ahí? —dijo llamando a Hertzlich al ver que éste abandonaba la sala.

—El nombre de un viejo conocido.

Hertzlich se volvió hacia él.

—Ya sabemos quién es la víctima.

6

Stern escuchó la voz afligida que le daba la bienvenida en el contestador al entrar en casa, poco después de las once de la noche del día siguiente. Carina había intentado ponerse en contacto con él varias veces durante las últimas veinticuatro horas, si bien finalmente sólo le había dejado un único mensaje. Entretanto, ella también había sido interrogada y, aquella misma mañana, el director de la clínica le había suspendido temporalmente de empleo hasta nuevo aviso.

—Simon está bien. Ha preguntado por ti. Mucho me temo que ahora tienes dos clientes que necesitan un abogado —intentó bromear con la voz cansada—. ¿Realmente pueden acusarme por haberme llevado a Simon del hospital? —Carina soltó una risa nerviosa antes de colgar.

Stern pulsó dos veces el número siete y eliminó el mensaje. Mañana sábado le devolvería la llamada, si es que realmente lo hacía. De hecho, prefería no tener nada más que ver con todo aquello. Suficientes problemas tenía ya.

Sin quitarse el abrigo, se dirigió a la sala de estar con el correo bajo el brazo. Encendió la lámpara del techo y contempló la habitación durante un momento. Parecía como si una banda de ladrones bien organizados hubiera entrado en la casa con un camión y se hubiera llevado el mobiliario y los objetos de más valor. Stern permaneció allí un instante, inmóvil. Luego apagó la molesta luz de la habitación, la cual no dejaba de recordarle la austera sala donde Engler y Brandmann le habían tomado declaración. Después de los acontecimientos de aquella semana, el aspecto de abandono que ofrecía su casa resultaba más soportable bajo la penumbra. Los pasos de Stern en el parqué de madera de cerezo resonaron a través de las paredes desnudas. De camino hacia el sofá, esquivó una silla de jardín que se había caído al suelo y una planta de interior seca. La habitación carecía de cortinas y estanterías; tampoco había armarios ni alfombras a la vista. Tan sólo una lámpara de color gris plateado junto al sofá. Sin embargo, incluso encendida, tampoco hubiese conseguido iluminar lo suficiente aquella sala de estar del tamaño de una nave, teniendo en cuenta que le faltaban tres de las cuatro bombillas. Lo único que Robert Stern utilizaba normalmente como fuente de luz era la vieja televisión que se hallaba en el suelo, justo enfrente de la chimenea vacía.

Stern se dejó caer en el sofá, cogió el mando a distancia y cerró los ojos cuando la pantalla se cubrió de ruido blanco.

Diez años, pensó. Deslizó su mano sobre la superficie lisa, acariciando así la piel áspera del sofá. Examinó la quemadura que había dejado tras de sí una bengala durante una fiesta de Nochevieja. Sophie había reído tanto aquella noche que no había podido evitar que se le cayera de las manos. Diez años atrás. Cuando ya contaba con un retraso de dos semanas.

A diferencia de él, Sophie se las había ingeniado para escapar de sí misma tras la muerte de Felix, refugiándose en un segundo matrimonio. De aquella unión habían

nacido dos hijas hasta la fecha: gemelas. A buen seguro, las niñas eran el único motivo por el que su exmujer no se había visto inmersa en una depresión.

A diferencia de mí.

Los recuerdos de Stern cesaron en su memoria en cuanto el abogado volvió a abrir los ojos. A continuación destapó la botella de vino medio vacía que llevaba en el suelo varios días. Su sabor era repugnante, pero eso era lo de menos ahora. Nunca venían invitados a casa, por lo que en su nevera no había mucho más. Igualmente, si alguna vez se presentara alguno de sus compañeros de trabajo sin avisar, lo que nunca había sucedido hasta ese momento, tenía claro que no le dejaría entrar.

No sin razón, cada año contrataba una empresa de seguridad para que pudieran proveerle de la última tecnología en protección antirrobo de puertas y ventanas. Era consciente de que el técnico pensaba que era un chiflado, porque en todo el edificio no había ni un solo objeto de valor.

Pero Stern no temía a los ladrones, sino a que le descubrieran. Que otras personas se dieran cuenta de que, bajo la fachada de trajes caros, coches deslumbrantes y oficinas elegantes con vistas a la Puerta de Brandeburgo, se ocultaba un alma vacía.

Le dio un nuevo trago a la botella, con tal desacierto que al hacerlo le cayó parte del vino tinto en la camisa. La mancha se fue extendiendo por su ropa. Cansado, se observó a sí mismo de arriba abajo, y el recuerdo involuntario de la marca de nacimiento volvió a su mente: Sophie la había detectado mientras sostenía a Felix en los brazos, recién bañado y sin la manta en la que habían envuelto al niño al nacer. Al principio se habían inquietado mucho pensando que podría tratarse de un lunar maligno en la espalda, pero los médicos los habían tranquilizado. «Parece un mapa de Italia», había comentado Sophie riendo mientras untaba la piel de Felix con la crema para bebés. Luego habían decidido solemnemente que pasarían sus primeras vacaciones en familia en Venecia. Al final, el viaje empezó y terminó en el cementerio del bosque.

Stern apartó a un lado la botella de vino y echó un vistazo a su correo: dos cartas de propaganda, una multa y el extracto bancario que le enviaba el banco una vez a la semana. La carta más personal de todas era el último DVD que había solicitado por internet. Había dejado de ir al videoclub los fines de semana desde que supo que podían enviarle las películas mediante correo postal. Abrió el pequeño sobre acartonado sin mirar tan siquiera el título de la película. Probablemente ya la había visto. Las películas preferidas de Stern eran las que no mostraban imágenes de niños ni escenas románticas, por lo que no tenía demasiado donde elegir.

Insertó el DVD en el aparato, se quitó la chaqueta y la tiró al suelo despreocupado antes de volver a dejarse caer sobre el sofá. Estaba muerto de cansancio. De todos modos sabía que sólo sería capaz de aguantar los primeros minutos de la película, como casi cada fin de semana, y en seguida se quedaría dormido allí. Afortunadamente no había allí nadie para despertarle al día siguiente, ni familia ni amigos. Ni siquiera un ama de llaves.

El abogado apretó el botón de «Play» a la espera de ver el ridículo corto, imposible de pasar hacia delante, que le amenazaba con enviarlo a prisión si realizaba una copia ilegal de la película en cuestión.

Sin embargo, en vez de ver eso, la imagen fue saltando las escenas como si fuera un vídeo de vacaciones mal grabado. Stern frunció el ceño y se irguió en el sofá. De repente reconoció dónde había sido grabada la imagen, y eso hizo que acabara despertándose por completo de su ligero sueño. En cuestión de segundos todo lo que había a su alrededor pareció disiparse. Ni siquiera se dio cuenta de que la botella de vino se le caía de las manos ni de que el líquido rojo que contenía iba derramándose poco a poco sobre su camisa blanca. Era incapaz de sentir cualquier estímulo externo; tan sólo quedaban él y la televisión. Stern había dejado de ver la pantalla. En ese instante su mirada captaba una ventana repleta de polvo y, tras ella, la habitación en la que nunca hubiera deseado entrar. Cuando la cámara se acercó con el *zoom*, temió haber perdido la razón. Pronto supo que estaba en lo cierto.

La imagen verdosa que mostraba la unidad de lactantes del hospital quedó congelada, al tiempo que una voz distorsionada pronunciaba la primera frase:

—¿Cree usted en la vida después de la muerte, señor Stern?

Las palabras provenían de un altavoz y tenían un sonido metálico. A pesar de ello, parecían oírse muy cerca de él. Tanto, que el abogado estuvo tentado de darse la vuelta para asegurarse de que no había nadie más detrás de él.

Tras quedarse inmóvil durante un segundo, su cuerpo resbaló del sofá y fue deslizándose lentamente de rodillas hasta el televisor. Sin poder creérselo aún, tocó la superficie de cristal de la pantalla electrostática y fue siguiendo con sus dedos cada una de las letras y la fecha digitales como si estuviese leyendo en braille.

Incluso si no hubiera tenido aquellos datos delante, no tendría la más mínima duda de cuándo y dónde se había grabado la cinta: hacía diez años, en el hospital en que Felix había venido al mundo con unas mejillas sonrojadas para, al cabo de cuarenta y ocho horas, despedirse de él con los labios azulados.

Los dedos de Stern fueron a detenerse justo en medio de la pantalla. Su hijo recién nacido reposaba en una bañera de plástico junto a otras cunas de niños. *¡Y Felix estaba vivo!* Movía sus pequeños y frágiles brazos como si quisiera tocar el móvil de las nubes. Sophie y Robert lo habían confeccionado con unas bolas de algodón poco tiempo antes de nacer el niño y, posteriormente, lo habían colgado en un soporte de metal para decorar la cuna.

—¿Cree en la transmigración de las almas? ¿En la reencarnación?

Robert se estremeció frente al televisor como si hubiera sido el espíritu de su hijo quien le hubiera hablado. La imagen borrosa del niño envuelto en un pijama de color azul pálido abrumó de tal modo sus sentidos que estuvo a punto de olvidar que en realidad se trataba de una simple voz metálica.

—No tiene ni idea de qué va todo esto, ¿no es cierto?

Stern movió la cabeza como si estuviese en trance: como si realmente pudiera comunicarse con aquella voz anónima cuyas frases resonaban igual que si estuviesen saliendo de la boca de un paciente que, enfermo de cáncer, se ve condenado a hablar a través de un micrófono en su garganta.

—Me temo que no puedo revelarles mi identidad por motivos que muy pronto comprenderá. Por eso mismo me pareció que éste era el mejor modo de contactar con usted. Ha convertido su casa en una fortaleza, señor Stern. Con una única excepción: su buzón de correo. Espero que no me tenga en cuenta el hecho de haber alterado su plan habitual de entretenimiento de los viernes cambiándole el DVD. Pero confíe en mí: lo que le acabo de mostrar le resultará aún más interesante que el documental sobre animales que había pedido que le enviaran.

Los ojos de Stern derramaron una lágrima mientras observaba fijamente a Felix.

—Debo pedirle, sin embargo, que preste toda su atención.

La cámara fue acercándose lentamente al rostro de Felix y éste se vio con más detalle. Stern sintió como si le hubiesen golpeado en el estómago.

¿Quién pudo grabarlo? ¿Y por qué?

Pronto dejó de estar mentalmente en condiciones de hacerse nuevas preguntas. Lo único que anhelaba era salir de allí, correr hacia el cuarto de baño y vomitar todos sus recuerdos junto a lo poco que le quedaba de la comida en el estómago. Pero su rostro se había quedado de repente inmóvil. Y no tenía más remedio que seguir soportando las imágenes borrosas que le mostraban a su hijo abriendo los ojos... de modo significativo, sorprendente, increíble. Como si tuviese el presentimiento de que su minúsculo cuerpo fuera a perder pronto sus funciones vitales. Felix tomó aire, su cuerpecito empezó a temblar y, al igual que si se hubiera atragantado con una espina enorme, su tez adquirió un tono azulado de forma inesperada.

Stern ya no pudo contenerse más y vomitó sobre el suelo del parqué. Al cabo de unos segundos volvió a contemplar la imagen de la pantalla mientras se tapaba la boca con su mano temblorosa. Pero entonces ya había terminado todo. Su hijo, que no había dejado de respirar durante aquel tiempo, miraba ahora a la cámara con los ojos vacíos y la boca medio abierta. El aparato volvió a enfocar el resto de la sala: cuatro cunas. Todas ocupadas por un niño, pero sólo a una de ellas le envolvía un silencio insoportable.

—Debo pedirle perdón. Las últimas imágenes de Felix habrán sido muy dolorosas para usted. —Aquellas palabras sonaron tan afiladas como una cuchilla de afeitar—. Pero tenía que ser de este modo, señor Stern. Debo decirle algo importante y quiero que me escuche muy en serio. Supongo que ahora me prestará con seguridad toda su atención.

Robert Stern presintió que había perdido la capacidad de pensar con claridad. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que el finísimo velo que cubría sus ojos provenía de las lágrimas que continuaban cayéndole por sus mejillas. Aquella voz despiadada había cumplido aparentemente lo que se proponía.

¿De verdad ha sucedido todo esto? ¿Realmente he sido testigo de los últimos segundos de vida de mi hijo?

Hubiera deseado ponerse en pie, sacar el DVD del reproductor, romperlo a trozos y tirar el televisor por la ventana, pero estaba tan traumatizado que era incapaz de levantar su mano derecha. El único movimiento que le permitió realizar su cuerpo fue involuntario: sus piernas empezaron a temblar de forma incontrolada.

¿Quién está haciéndome algo así? ¿Y por qué?

La escena cambió. Su miedo empezó a ir en aumento.

Ahora, la unidad de lactantes del hospital se había convertido en la zona industrial abandonada en la que había estado esperando a Carina el día anterior.

Las imágenes no eran actuales; se habían grabado durante un día soleado de primavera o verano.

—Ayer por la tarde descubrió un cadáver en el terreno de una antigua fábrica de pinturas. —La Voz hizo una nueva pausa. Los ojos de Stern parpadearon: podía reconocer el cobertizo—. Llevábamos mucho tiempo esperando este momento: quince años, para ser exactos. El niño está de verdad en lo cierto. Después de tantos años imaginamos que sería algún vagabundo o un perro quienes darían casualmente con el cadáver. Pero, contrariamente a lo que pensábamos, tuvo que ser usted. Con decisión y acompañado de otras personas. Por eso mismo está usted implicado, señor Stern. Le guste o no.

La cámara dio un giro de 360 grados y, durante un momento, enfocó una furgoneta sin el rótulo de ninguna empresa junto al edificio en ruinas calcinado. El mismo donde Robert había seguido a Simon tan sólo unas horas antes.

—Quiero que me diga quién ha matado al hombre que usted encontró en el sótano.

Stern movió desconcertado la cabeza.

¿Qué significa esto? ¿Y qué tiene que ver con Felix?

—¿Quién mató a ese hombre? Necesito una respuesta con urgencia.

Stern fijó su mirada en el display digital azulado del reproductor de DVD, como si pudiera hallar el motivo de su angustia en aquella caja metálica plateada.

—Quiero que lleve el caso de Simon. Si supiera quién soy, entendería por qué no puedo hacerlo yo mismo. Por eso es imprescindible que sea usted su abogado. Debe descubrir cómo supo el niño dónde estaba el cadáver. —La Voz se rió silenciosamente—. Sé que los abogados no trabajan gratis, así que le haré una oferta. El hecho de que la acepte o no, señor Stern, dependerá de si puede contestar a mi

pregunta: ¿cree que es posible la reencarnación?

La pantalla empezó a llenarse de nieve, como si se tratase de un viejo televisor en blanco y negro que no consiguiese captar la señal de antena. A continuación, la calidad de la imagen mejoró inesperadamente. La fábrica en ruinas había desaparecido. Los números y la fecha que aparecían en pantalla indicaban que las imágenes en color eran actuales: se habían grabado apenas hacía un par de semanas. Stern volvió a sentir náuseas. Con la única diferencia del año, la fecha era exactamente la misma que la del nacimiento de su hijo.

—Bien... ¿Sabe quién es?

El niño con la piel bronceada y el cabello ligeramente rizado llevaba puesto un collar de coral negro en su torso desnudo. Sabía que le estaban grabando, por lo que no dejaba de mirar ilusionado en dirección a la cámara. De pronto, se levantó con torpeza de su silla y salió corriendo. El corazón de Stern se detuvo al descubrir qué tenía el muchacho en la espalda: una mancha de nacimiento de color morado en su hombro izquierdo, con la forma de una pequeña bota.

No puede ser. ¡Es imposible!

Robert sentía que le ardían las mejillas como si alguien hubiera estado abofeteándole sin darle un respiro. Los rasgos de la cara del chico le resultaban desconocidos y dolorosamente familiares a la vez. Ahora volvía a mirar a la cámara mostrando un cuchillo en su mano. Parecía que alguien, a lo lejos, le gritaba algo. Sonrió tímidamente, cogió aire y frunció la boca. La cámara enfocó unos veinte centímetros hacia abajo y captó una tarta de cumpleaños que había encima de la mesa: un pastel típico de la Selva Negra. El niño tuvo que soplar dos veces para apagar las velas que surgían entre la nata.

—Fíjese, señor Stern. Piense una vez más en las últimas imágenes de Felix que acaba de ver. Recuerde el pequeño féretro que usted mismo cargó hasta la tumba. Y ahora responda a una simple pregunta: ¿cree usted en la vida después de la muerte?

Robert levantó la mano y, durante un momento, estuvo a punto de aplastar su puño contra la pantalla. Su cabeza estaba a punto de estallar y le invadía una extraña sensación: era como si estuviese mirándose en un espejo, el cual hacía rejuvenecer su imagen.

¿Es...? No, no puede ser. Felix falleció. Su cuerpo estaba frío cuando lo cogí de los brazos de Sophie. Yo mismo lo enterré y...

—Con imágenes como éstas es lógico que le asalten las dudas, ¿verdad?

... y vi como moría. ¡Acabo de verlo ahora!

Stern empezó a toser sofocado. Había aguantado la respiración debido al susto, por lo que ahora sus pulmones pedían oxígeno a gritos mientras se sucedían aquellas imágenes aparentemente irreales y despiadadas. El niño de la pantalla se dispuso a cortar el pastel.

Pero algo así sólo puede ser... ¡Tiene que ser una casualidad!

El niño que cumplía diez años era zurdo, como Robert.

El cuerpo de Stern empezó a temblar de arriba abajo. Le parecía estar viendo una copia de sí mismo, exactamente igual que él cuando era niño. Todo encajaba a la perfección: el pelo, los ojos algo separados entre sí, la barbilla un poco salida, el hoyuelo que se le formaba únicamente en la mejilla derecha cuando sonreía. Entre las cajas de la mudanza que se amontonaban en el trastero había un viejo álbum de fotos. Tenía la certeza de que allí podría encontrar alguna fotografía amarillenta donde se

vería a él mismo mirando a la cámara igual que lo hacía aquel niño. Cuando tenía diez años.

También tiene la mancha de nacimiento.

Lógicamente se había hecho más grande. Sin embargo, el tamaño de la mancha se correspondía a la perfección con lo que Sophie había descubierto en Felix la primera vez que lo sostuvo en brazos.

—Éste es el trato. —La Voz volvió a reclamar a Stern toda su atención. Las palabras sonaban ahora menos humanas que antes—. Le daré una respuesta por cada una que usted me dé. Si me dice quién mató al hombre asesinado con el hacha hace quince años, yo le revelaré si existe una vida después de la muerte.

El niño que cumplía años desapareció junto con aquellas palabras, y Robert volvió a retroceder en el tiempo, diez años atrás. A la unidad de lactantes del hospital. Frente a él se iban alternando dos imágenes congeladas a un ritmo frenético y aterrador. Veía a Felix en su cuna: una vez vivo, otra vez muerto.

—Encuentre al asesino y le revelaré el nombre y la dirección del niño que acaba de ver en la pantalla.

Vivo. Muerto. Vivo...

Stern quiso levantarse para aplacar con gritos su dolor, pero se le habían agotado todas sus fuerzas.

Muerto.

—Una respuesta a cambio de otra. Cuide de Simon. Nosotros nos encargaremos de los médicos. Tiene cinco días, ni una hora más. Si sobrepasa el tiempo límite, no volverá a saber nada más de mí. Nunca conocerá la verdad. Por cierto, hay algo más.

Ahora la Voz se mostraba apática, como en el final de un anuncio de medicamentos, cuando se previene de los riesgos y efectos secundarios.

—No acuda a la policía. Si lo hace, mataré a las gemelas.

La pantalla fundió a negro.

—¿Has bebido?

Sophie estaba descalza en medio del pasillo, frente al dormitorio. Había salido hasta allí con el teléfono para no despertar a su marido. En unas horas, Patrick se iba a Japón por motivos de trabajo, por lo que necesitaba estar descansado. Además, eran ya las doce y media de la noche y no resultaría fácil explicarle a su marido por qué su ex le estaba llamando en mitad de la noche, teniendo en cuenta que en los últimos años ni siquiera la había felicitado el día de su cumpleaños.

—Siento molestarte. Supongo que las niñas ya estarán durmiendo... ¿Se encuentran bien?

Robert no había contestado a su pregunta, pero ahora Sophie captaba su respuesta en su voz, que sonaba horrible.

—Sí, por supuesto que están bien. Están durmiendo, y profundamente, como cualquier persona normal a estas horas. ¿Qué demonios quieres?

—Hoy he... —Robert hizo una pausa y luego continuó—: Lo siento, pero debo preguntarte algo.

—¿Ahora? ¿No puede esperar hasta mañana?

—Ya he esperado demasiado.

Sophie se quedó inmóvil sobre la alfombra de sisal mientras se dirigía a la sala de estar.

—¿De qué estás hablando?

La hora en que la llamaba, su voz, las vagas alusiones... toda aquella llamada telefónica le inquietaba. Por otro lado, tampoco era de extrañar que estuviese temblando de frío teniendo en cuenta que sólo llevaba puesta una camiseta de manga corta por encima de la ropa interior.

—¿Alguna vez dudaste en aquel tiempo de...?

Sophie cerró los ojos mientras Robert continuaba hablando. No conocía muchas palabras que le invocaran un sentimiento tan negativo como la expresión «en aquel tiempo», en especial si provenían del hombre que le había quitado a Felix de sus brazos.

—Me refiero a que no había ningún motivo para...

—¿Adónde quieres ir a parar? —Su enfado empezó a crecer poco a poco.

—Tú no fumaste durante el embarazo y Felix tampoco iba demasiado abrigado. Llevaba un saco de dormir que protegía su cuerpo de cualquier golpe.

—Será mejor que cuelgue.

Sophie no acababa de entender que Robert la hubiese despertado para hacerle una lista de todos los factores de riesgo implicados en la muerte súbita del niño. A pesar de que alrededor de un cuarenta por ciento del total de casos de recién nacidos fallecidos se atribuía a este misterioso término médico, apenas se conocían las causas todavía. En realidad, no resultaba extraño, teniendo en cuenta que cualquier muerte

inexplicable de un niño aparentemente sano acababa por incluirse en aquella horrible categoría.

—¡Espera, por favor! Contéstame sólo a una pregunta.

—¿Cuál?

Sophie se miró en el espejo del armario ropero y no pudo menos que asustarse al ver la expresión de su cara: detectó una mezcla de tristeza, cansancio y desesperación.

—Sé que me odias desde que pasó todo aquello.

—¿Tienes fiebre? —le preguntó Sophie. Robert no sólo balbuceaba, sino que, además, su voz sonaba ahora como si hubiera cogido un buen resfriado.

—No, estoy bien. Únicamente necesito una respuesta.

—De verdad que no te entiendo. —Empezó la frase alzando enfurecida el tono de voz, pero en seguida hizo lo posible por calmarse para no despertar a Patrick ni a las niñas—. No respiraba. De hecho ya no se movía cuando abriste la puerta del baño.

—Mi pregunta es: ¿por qué, a pesar de ello, seguías sin estar segura? ¿Por qué, pese a todo, pensabas que Felix aún seguía vivo?

Sophie alejó el teléfono a un lado y dejó caer sin fuerza la mano que sostenía el auricular. El cansancio de antes se había convertido ahora en una especie de adormecimiento; el mismo que experimentaba después de tomar somníferos. Además, se sentía como si acabara de descubrir a un ladrón en su casa revolviendo entre su ropa más íntima. *Y eso es exactamente lo que ha ocurrido*, pensó mientras dirigía sus pasos lentamente hasta la habitación de las niñas. Robert había entrado en su mundo con aquella llamada de teléfono y había abierto el cajón en el que ella guardaba su alma; aquel que, durante años, había conseguido mantener cerrado bajo llave gracias al esfuerzo y al apoyo que recibía de su nuevo esposo, sus dos maravillosas hijas y un experto psiquiatra.

Abrió la puerta conteniendo la respiración. Frida había amontonado la manta a los pies de la cama y dormía plácidamente abrazada a su pingüino de peluche. A Natalie también se la oía respirar con normalidad. El primer año, tras el nacimiento de las gemelas, Sophie conectaba la alarma del despertador cada dos horas para vigilar a las niñas. Ahora sólo iba a verlas cuando se despertaban en mitad de la noche para ir al cuarto de baño. El miedo avasallador que la había acompañado en aquel tiempo se había convertido ahora en una simple rutina. Hasta que Robert se había puesto en contacto con ella.

—¿Por qué creías que Felix aún seguía vivo?

El blando colchón cedió un poco cuando Sophie se sentó en la cama de Natalie y le acarició el sudoroso cabello que caía sobre su frente.

—A veces todavía lo creo —susurró. Luego besó a su hija con suavidad en la frente y empezó a llorar en silencio.

La búsqueda

«Así como en nuestra vida actual soñamos miles de sueños, así también nuestra vida presente no es más que una entre miles de vidas como ésta, a las cuales llegamos desde una existencia más real... a la que retornamos después de la muerte».

LEV TOLSTÓI

«Cada uno de los hombres representa algo nuevo en el mundo, algo que nunca antes existió, algo original y único».

MARTIN BUBER

«Los defectos y manchas de nacimiento son prueba de las constantes vidas terrenales del hombre».

IAN STEVENSON

1

Quizá se debiera al agotamiento. Quizá se había estrellado porque no miraba por dónde iba, ya que el DVD seguía funcionando en su mente.

La noche anterior había sido incapaz de volverlo a mirar, al menos desde el principio hasta el final. Quería evitar tener que ver a Felix una vez más mientras agonizaba. Por eso se había saltado aquellas escenas, buscando directamente la imagen en la que salía el niño del cumpleaños. Una y otra vez había estado observando fijamente a aquel muchacho sin nombre. A cámara lenta, con la imagen congelada y a cámara rápida. Después de verlo diez veces, sus ojos estaban tan irritados que pensó que los puntos rojos que habían empezado a aparecer se debían al desgaste del DVD.

Aquella mañana, tras haber pasado la noche en vela, Robert tenía la sensación de hallarse igual de desamparado y destrozado que el día en que habían enterrado a Felix. Había perdido el control de la realidad. Su cerebro racional de abogado estaba entrenado para contemplar siempre los problemas desde dos perspectivas distintas. Un cliente podía ser culpable o inocente. En este aspecto, la pesadilla personal en la que se había visto inmerso el día anterior no era diferente de las situaciones dramáticas que le ocupaban en su profesión. También aquí existían dos posibilidades: Felix estaba muerto o seguía vivo. La primera opción era la más probable, pues el niño con la marca de nacimiento guardaba un gran parecido con Stern. Aun así, no podía considerarse precisamente una prueba.

¿Una prueba de qué?, se preguntó Robert mientras salía del ascensor del hospital. Siempre que se enfrentaba a algún problema difícil, en su mente se proyectaba una pared blanca desnuda en la que habían colgadas un puñado de notas imaginarias con las hipótesis más relevantes. En los casos más importantes, su cerebro contaba con una especie de «despacho» privado al que él podía acceder cuando necesitaba ordenar sus pensamientos. FELIX ESTÁ VIVO, indicaba en mayúsculas la nota más grande de todas.

Pero ¿cómo podía ser posible?

Era cierto que, al cabo de un tiempo, después de haber enterrado a su hijo en el cementerio del bosque, se había preguntado muchas veces si cabía la posibilidad de que lo hubieran cambiado en la clínica por otro niño. Sin embargo, Felix había sido el único niño en la unidad de lactantes. Las otras tres madres habían dado a luz a una niña. La posibilidad de una confusión quedaba totalmente descartada. Además, antes de realizarse la autopsia, se había asegurado bien de que, sin lugar a dudas, se trataba de su hijo. Todavía recordaba cómo se había sentido al levantar el pequeño cuerpo del niño de la mesa metálica para acariciar con sus dedos la marca de nacimiento antes de despedirse de él.

Entonces, ¿realmente tuvo lugar una transmigración? ¿Una reencarnación?

Stern arrancó aquella nota de su mente antes de darle más importancia de la necesaria. Era abogado; su deber a la hora de resolver un problema era acudir al derecho, no a la parapsicología. Por más que le pesara aceptar un hecho como aquél: FELIX = MUERTO, escribió en una tercera nota. Mientras intentaba mantenerla fija en su mente, sus pensamientos volvieron a cruzarse:

¿Por qué hay alguien que duda de su muerte? ¿Y qué tiene que ver todo esto con Simon? ¿Cómo demonios sabía el niño que había un cadáver en el sótano de la fábrica desde hacía tanto tiempo?

Stern se preguntó si había sido el estado de su mente lo que aquella mañana de sábado le había empujado a ir hasta la clínica Seehaus, decidido a hallar la respuesta a la última de sus preguntas. Se hallaba tan absorto en sus lúgubres pensamientos que no oyó llegar al enfermero que se acercaba empujando a un hombre mayor en silla de ruedas en dirección a la sala de fisioterapia. Ambos hombres iban tarareando el estribillo de la conocida canción de ABBA *Money, Money, Money* cuando Stern dobló rápidamente en la esquina del pasillo del hospital y, sin poder frenar a tiempo, se precipitó sobre ellos.

Chocó de lado contra la silla de metal plateado, perdió el equilibrio e intentó desesperadamente apoyarse en el brazo del enfermero, sin éxito. Desvalido, terminó cayendo sobre la cabeza del paciente mientras se agarraba por fin a la muñeca de éste. Pero, al hacerlo, no pudo evitar arrancarle la cánula que lo conectaba al suero, e impactó directamente contra el suelo de linóleo de color verde.

—¡Por Dios, señor Losensky!

El enfermero barbudo se arrodilló frente al paciente con aire preocupado, pero éste le dirigió media sonrisa haciéndole una señal para que se alejara.

—No pasa nada, no pasa nada. Tengo un ángel de la guarda. —El viejo sacó de debajo de su camiseta una cadena de la que colgaba una cruz de plata—. Ocúpese mejor de nuestro amigo de ahí.

Stern se refregó las palmas de las manos magulladas después de haber caído sobre el duro suelo. Prefirió ocultar el punzante dolor que sentía en sus rodillas a fin de no ofrecer un aspecto aún más deplorable.

—Lo siento terriblemente —se disculpó Robert cuando volvió a ponerse de pie—. ¿Se encuentran bien?

—Según como se mire —gruñó el enfermero mientras le arremangaba la camisa cuidadosamente hasta el codo al hombre mayor—. Tendremos que poner otra cánula después —murmuró observando el dorso de la mano del paciente, que estaba lleno de manchas por la edad.

En seguida le pidió a Losensky que apretara con los dedos un tapón de algodón en la zona donde lo habían pinchado. A continuación examinó el brazo huesudo del hombre asegurándose de que no había marcas ni hematomas. A pesar de que sus manos eran similares a las de un boxeador, sus movimientos se manifestaban de un modo suave, casi delicado.

—¿Está huyendo de alguien quizá? Si no, ¿por qué iba a correr de esa manera por la unidad de neurología?

Stern se sintió aliviado porque, aparentemente, el enfermero no había observado nada anormal en él.

—Mi nombre es Robert Stern. Le pido otra vez mil disculpas, señor... —No lograba descifrar el nombre, que estaba casi borrado en la placa que llevaba el enfermero en su bata.

—Franc Marc, como el pintor. Pero todos me llaman Picasso porque me gustan más sus obras.

—Ya veo. Como le he dicho antes, siento lo ocurrido. Mi cabeza estaba en otro sitio.

—No nos habíamos dado cuenta. ¿Verdad, Losensky?

Bajo los lóbulos de las orejas de Picasso sobresalían en sus mejillas unas compactas patillas semejantes a dos tiras de velcro que acababan formando al final una perilla de color castaño. El enfermero sonrió al tiempo que mostraba una fuerte dentadura que recordaba a la del famoso cascanueces navideño.

—Me haré cargo de todos los daños que haya podido causarles, por supuesto.

Stern sacó la cartera que llevaba en uno de los bolsillos de su traje.

—No, no, no... —protestó Picasso—. Así no se hacen las cosas aquí.

—Por favor, no me malinterprete. Tan sólo quería darles mi tarjeta.

—Puede guardársela de nuevo tranquilamente. ¿Qué me dice, Losensky?

El viejo de la silla de ruedas asintió frunciendo con expresión divertida una de sus peludas cejas. A diferencia del cabello ralo, éstas se arqueaban sobre sus ojos hundidos como si fueran dos mechones enormes hechos de lana de acero.

—Me temo que no le comprendo.

—Nos ha dado un susto de muerte, y a mi paciente no le conviene mucha agitación después de haber superado dos infartos. ¿No es cierto, Frederik?

El hombre mayor asintió con la cabeza.

—Un par de billetes no bastan para olvidarse de esto.

—Entonces, ¿qué?

Stern se preguntó si aquellos hombres no serían en realidad un par de lunáticos, y esbozó, nervioso, una sonrisa.

—Queremos que se agache ante nosotros.

Estaba a punto de hacerle un corte de mangas a Picasso y salir corriendo cuando se dio cuenta de que tan sólo estaba bromeando. Sonriendo, se agachó y recogió la gorra de béisbol negra que tenía a los pies, la misma que le había arrancado de la cabeza al hombre de la silla de ruedas al chocar. Stern se la devolvió.

—Perfecto. Ahora sí que estamos en paz. —Picasso lanzó una carcajada. El anciano al que protegía se rió entre dientes como un pequeño colegial.

—¿Es usted un fan? —preguntó Stern, al tiempo que el hombre mayor se ponía cuidadosamente la gorra con ambas manos. La palabra ABBA destacaba en su frente con letras doradas.

—Pues claro. Es una música divina. ¿Cuál es su canción favorita?

El viejo volvió a levantar ligeramente la visera de su gorra para taparse un mechón rebelde de su cabello cano.

—No lo sé —respondió Stern, desconcertado. Quería visitar a Simon y hablar con él acerca de los acontecimientos ocurridos el día anterior. No estaba preparado para mantener una charla sobre un grupo de música sueco de los años setenta.

—Yo tampoco —dijo Losensky con una sonrisa—. Todas son buenas.

Las ruedas nuevas de la silla del hombre mayor chirriaron en el reluciente suelo en cuanto Picasso las puso de nuevo en marcha.

—¿A quién desea ver? —preguntó el enfermero volviendo la cabeza hacia él.

—Estoy buscando la habitación 217.

—¿Simon?

—Sí, ¿le conoce? —Stern volvió a acercarse a ellos.

—¿Simon Sachs? ¿Nuestro niño huérfano? —dijo el enfermero. Continuó caminando unos pasos más y se detuvo a continuación delante de una puerta de color gris en la que se leía la palabra FISIOTERAPIA—. Claro que le conozco.

—¿Y quién no? —murmuró el hombre mayor al tiempo que entraba con su silla en una sala luminosa dotada con varias colchonetas en el suelo, una escalera

horizontal y numerosos aparatos de deporte. Su voz sonó como si se hubiera ofendido al darse cuenta de que la conversación había dejado de girar en torno a él.

—Simon es nuestro pequeño tesoro —dijo Picasso, entusiasmado, mientras colocaba la silla de ruedas junto a una camilla de masajes.

—Es una pena por todo lo que está pasando. Primero, el Estado tuvo que hacerse cargo de su custodia porque su madre, una mala mujer, casi lo mata de hambre. Y ahora le han encontrado un tumor en la cabeza. Dicen los médicos que es benigno, porque no se ha formado metástasis. ¡Bah! —Durante un momento Stern pensó que el enfermero iba a escupir en el suelo, delante de sus pies—. No sé qué tendrá de benigno, si no para de crecer y le está absorbiendo todo su cerebro.

La puerta que comunicaba con la oficina de al lado se abrió y entró en la habitación una mujer asiática vestida con traje de judo y unos minúsculos zapatos de hospital. Al parecer, la joven le gustaba a Losensky, ya que volvió a silbar rápidamente la canción de ABBA. Sin embargo, esta vez su *Money, Money, Money* sonaba más parecido a una canción tatareada por un obrero de la construcción al ver pasar a una chica rubia de pechos exuberantes.

De nuevo en el pasillo, que en aquel momento parecía estar más concurrido, Picasso levantó el brazo y señaló la segunda puerta a la izquierda, justo al lado de la sala de las enfermeras.

—Está ahí, por cierto.

—¿El qué?

—Bueno... La 217, la habitación de Simon. Pero así no puede entrar usted.

—¿Por qué no?

Stern pensó en lo peor. ¿Y si Simon estaba tan enfermo que sólo se le podía visitar con ropa esterilizada?

—No le ha traído ningún regalo.

—¿Perdón?

—Cuando se va de visita hay que llevar flores o una caja de bombones. A un niño de diez años, basta con llevarle alguna revista de música pop o algo similar. Pero no debería presentarse con las manos vacías ante un niño que quizá la semana que viene ya no...

Picasso no terminó la frase. De repente, Stern pareció advertir algo por el rabillo del ojo y se volvió a la izquierda para localizar el punto exacto de donde provenía la señal de alarma. Cuando por fin detectó la luz roja intermitente en la parte superior de la puerta, vio que el enfermero ya se había puesto en marcha y se dirigía al lugar de la emergencia. Robert alcanzó a Picasso unos segundos antes de que éste se detuviera... Justo enfrente de la habitación 217.

3

Se había despertado poco antes de las cuatro y había llamado a la enfermera. Carina no había acudido a la habitación, lo que le molestaba incluso más que sus constantes náuseas. Por las mañanas se manifestaban siempre en su esófago, en algún lugar entre la laringe y el estómago. Normalmente podían controlarse gracias a las cuarenta gotas de solución MCP que le aplicaban. Sin embargo, si alguna vez se despertaba muy tarde y el dolor de cabeza ya le había llegado a las sienes, entonces debían transcurrir varios días antes de poder llegar de nuevo al número cuatro en la escala de su estado de salud.

Así medía siempre Carina su estado general. Lo primero que hacía cada mañana era preguntarle por el número: el uno significaba que no había dolor y el diez que era insoportable.

Simon no lograba recordar la última vez que se había sentido mejor que tres. Pero hoy aún podría alcanzarlo si el hombre con rostro triste que se había sentado en su cama decidía finalmente quedarse un rato junto a él. Estaba contentísimo de verle.

—Siento haberte dado este susto. Sólo quería encender la televisión.

—Está bien, no te preocupes.

La agitación se había convertido en alivio al saber que Simon había apretado el botón de emergencia por error. Después de que Picasso se hubiese asegurado de que el niño estaba bien, le había dejado a solas con el nervioso abogado.

—Usted le gusta a Carina —comenzó Simon—. Y a mí me agrada ella, por lo que supongo que también me gusta usted. —El niño levantó sus rodillas formando con éstas una V invertida bajo la ropa de su cama—. ¿Es que hoy no trabaja?

—Mmm... No. Bueno, quiero decir que no lo sé.

Stern acercó torpemente una silla junto a la única cama que había en la habitación y se sentó. Simon se dio cuenta de que llevaba puesta prácticamente la misma ropa que cuando se habían citado en aquella fábrica dos días antes.

Era evidente que en su armario guardaba varias copias del mismo traje oscuro.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

—¿Por qué lo dices?

—Carina diría que está hecho un desastre.

—He dormido mal.

—Pero eso no es motivo para que parezca deprimido.

—En ocasiones sí que lo es.

—¡Ah! Ya sé lo que le molesta. Perdona. —Simon cogió una peluca que tenía en el cajón de su mesita—. Ayer no se dio cuenta, ¿verdad? El cabello es mío. Me lo cortaron antes de que el doctor Müller empezara a aplicarme el borratintas.

—¿Borratintas?

Simon se colocó con traza la peluca ocultando de ese modo el poco cabello que sobresalía de su cabeza.

—Sí, a veces aquí me tratan como si fuese un niño pequeño. Yo ya sabía qué era una quimioterapia, pero el jefe médico quiso aclarármelo como si fuera un bebé. Me dijo que en la cabeza tenía una mancha enorme y oscura, y que las pastillas que tomo terminarían borrándola, igual que un borrarintás.

Simon observó que el abogado dirigía su mirada a la mesa que había junto a la cama.

—He dejado de tomar el interferón. El médico me dijo que ya no me hacía falta, pero Carina me ha contado la verdad.

—¿Y cuál es?

—Que sus efectos secundarios son demasiado malos. —Simon sonrió débilmente al tiempo que se levantaba de nuevo la peluca—. No pueden acabar con esa cosa si no es matándome a mí antes. Además, hace cuatro semanas tuve una neumonía y estuve en Cuidados Intensivos. Desde entonces, no me han dado quimioterapia ni radiaciones.

—Lo siento mucho.

—Yo no. Al menos, ahora ya no me sangra la nariz y sólo tengo náuseas por las mañanas. —Simon se sentó en la cama y se puso una almohada detrás de su espalda—. Pero ahora le toca a usted —dijo intentando comportarse como los adultos que aparecían en la series policíacas de la televisión—. ¿Se encargará de mi caso?

El abogado se rió y por primera vez dio la impresión de ser un hombre agradable.

—Todavía no lo sé.

—Es que... Tengo miedo de haber hecho algo malo. No me gustaría...

... *morir sin saber si soy culpable de verdad*, quiso decir en realidad. Pero las personas adultas reaccionaban siempre de un modo extraño cuando comentaba algo acerca de la muerte. Se entristecían, le miraban fijamente a los ojos o bien cambiaban rápidamente el tema de conversación. Simon se interrumpió, pensando que el abogado ya comprendía lo que quería decir.

—He venido para hacerte un par de preguntas —dijo entonces Stern.

—Adelante.

—Bien. Me gustaría saber lo que hiciste el día de tu cumpleaños.

—¿Se refiere a mi sesión con el doctor Tiefensee?

—Exacto. —El abogado defensor sacó una libreta encuadernada en piel y empezó a tomar notas con un pequeño bolígrafo.

—Quiero que me lo cuentes todo. Lo que te pasó allí y todo lo que recuerdes sobre el cadáver.

—¿Qué cadáver? —Simon dejó de sonreír cuando vio que una expresión de desconcierto se perfilaba en el rostro de Robert Stern.

—Pues el hombre al que encontramos, al que tú... eehh...

—¡Ah, vale! Se refiere al hombre al que maté con un hacha —dijo Simon aliviado por haber aclarado el malentendido. El abogado parecía estar siempre asombrado, por lo que intentó aclarárselo mientras cerraba los ojos. Aquélla era la

mejor manera de concentrarse en las voces que tenía en su cabeza y en las terribles imágenes que, tras perder el conocimiento, le venían a su mente cada vez con más claridad.

El hombre ahogado en el garaje con una bolsa de plástico en la cabeza.

El niño llorando encima de la placa eléctrica de la cocina.

La sangre en las paredes de la autocaravana.

Era capaz de soportar aquellas escenas sólo porque sabía que éstas se hallaban muy lejos de él.

En otra vida.

—Pero es que no hay únicamente un cadáver —dijo el niño en voz baja abriendo de nuevo los ojos—. He matado a muchos hombres.

—Espera. No vayas tan rápido. Piénsalo bien, una cosa después de la otra.

Stern se acercó a la repisa de la ventana y tocó con sus dedos un dibujo que había colgado en el cristal. Simon había dibujado con lápices de cera una curiosa iglesia que parecía muy real, con un campo verde a sus pies. Por algún motivo había firmado aquel dibujo con el nombre de «Pluto».

Volvió a darse la vuelta hacia el niño.

—Estos... recuerdos horribles... —Stern no encontraba las palabras exactas para expresarlo—, ¿los habías tenido ya alguna vez?

Se preguntó cómo podría explicarle a alguien ajeno una conversación como aquella. Simon no sólo creía en la reencarnación, sino que, además, también estaba seguro de ser un asesino en serie.

—No, únicamente desde el día de mi cumpleaños. —El niño cogió de su mesita de noche un tetrabrik de zumo de manzana e introdujo una pajita en el orificio—. Nunca había tenido una regresión antes.

—Está bien, cuéntamelo. ¿Qué pasó exactamente?

—Pensé que sería divertido. El único problema fue que tuve que quitarme las zapatillas de deporte nuevas.

Stern le dirigió una sonrisa a Simon, esperando así poder conducir rápidamente la conversación a un punto más interesante.

—La casa donde trabaja el doctor es fantástica. Me dijo que la torre de la televisión quedaba muy cerca, pero no la vi cuando estuvimos allí.

—¿Te dio algo mientras estabas en su consulta?

¿Algún medicamento? ¿Drogas? ¿Psicofármacos?

—Sí, un vaso de leche caliente con miel; estaba riquísimo. Luego me dijo que me acostara en una colchoneta azul que había en el suelo. Carina estaba conmigo y me envolvió con dos mantas. Se estaba calentito y muy cómodo. Sólo mi cabeza sobresalía de la manta.

—¿Qué hizo el doctor entonces? —Stern vaciló un poco antes de mencionar el título académico. Estaba seguro de que Tiefensee debía haberlo falsificado o bien comprado.

—Nada. No volví a verlo después de empezar la regresión.

—Pero aún estaba en la habitación, ¿no?

—Sí, claro. Hablaba todo el tiempo, sin parar. Su voz era suave y muy agradable. Como la voz de los cuentos de mi CD, ¿sabes?

Stern se dio cuenta de que, por primera vez, Simon le estaba tuteando y se alegró de contar con aquella pequeña muestra de confianza.

—¿Qué te explicaba el señor Tiefensee?

—Decía: «Normalmente, no suelo hacer esto con niños de tu edad».

Ya me quedo más tranquilo, pensó Stern con sarcasmo. Así que ese usurero sólo

engaña a los adultos.

—Pero hizo una excepción por mi enfermedad y por Carina.

Carina. Stern apuntó su nombre en la libreta y rellenó los huecos de la «a» con su bolígrafo. Estaba dispuesto a preguntarle en seguida cuál era la relación de ella con aquel charlatán. Seguro que no había escogido a Tiefensee por pura casualidad.

—Me hizo muchas preguntas: cuál había sido el mejor día de mi vida y el lugar que más me había gustado... De vacaciones, con amigos o vagando por ahí... Luego me dijo que tenía que imaginarme el mejor lugar del mundo y cerrar los ojos.

Transportar el objeto de experimentación a un estado sonámbulo.

Stern asintió de modo inconsciente al recordar la palabra clave con la que había dado en internet varias veces la noche anterior. Tras la precipitada llamada a Sophie se había sentado delante del ordenador y una búsqueda única le había llevado a innumerables páginas web de locos parapsicólogos o fanáticos de lo esotérico. Sin embargo, también existían fuentes respetables que se dedicaban seriamente al tema de la regresión. La mayoría de ellas señalaban los peligros con los que se relacionaba a ésta. Sorprendentemente, muchas de estas fuentes no cuestionaban la posibilidad de una reencarnación como tal, sino que prevenían de las posibles consecuencias; por ejemplo, de los daños psicológicos que podían derivarse si el sujeto sometido a una regresión revivía durante la sesión un fuerte trauma acontecido en su pasado.

—Me imaginé que estaba en una bonita playa —dijo Simon—. Celebraba una fiesta con mis amigos y todos comíamos helado.

—¿Qué sucedió entonces?

—Empecé a sentirme cansado. Entonces el doctor me preguntó si podía ver un interruptor grande.

Los ojos de Simon estaban temblando y Stern tuvo miedo de que el niño volviese a perder el conocimiento debido a los recuerdos revividos. Sin embargo, ahora no tosía. El abogado sabía, gracias a Carina, que, desde que Simon había enfermado de neumonía, la tos terminaba siempre en un ataque epiléptico o un desmayo. Al igual que había ocurrido en el sótano.

—Busqué un interruptor en mi cabeza. Uno de éstos con los que se encienden y apagan las luces.

—¿Lo encontraste?

—Sí. Tardé un poco pero estaba allí. Daba mucho miedo, tenía los ojos cerrados.

Stern sabía lo que le aguardaba. Para manipular al paciente, el médico tenía que desactivar su consciencia. Apagar el sentido de la razón con ayuda de un interruptor de luz imaginario era un método apreciado. Una vez logrado, el parapsicólogo podía convencer al paciente de cualquier cosa con tranquilidad. Lo que Stern desconocía era el motivo por el que Tiefensee había decidido hacer algo así. ¿Por qué Simon? ¿Por qué un niño moribundo con un tumor cerebral inoperable? ¿Y por qué Carina no se dio cuenta de todo aquello? Es probable que estuviese un poco chiflada y creyera en fenómenos sobrenaturales, pero nunca hubiese permitido que se aprovecharan de

un niño con objeto de hacerle daño. Y mucho menos de alguien que era su paciente.

—Al principio no lo conseguí. No lo podía encender ni apagar —continuó Simon con voz calmada—. Era divertido porque el interruptor resbalaba de mis dedos todo el rato. Pero el doctor Tiefensee me dio un poco de cinta adhesiva.

—¿Cinta adhesiva?

—Sí. Bueno, no de verdad. Sólo en mi fantasía. Tenía que imaginar que estaba fijando el interruptor con la cinta, y al final funcionó. Dejó de moverse y me monté en un ascensor.

Stern siguió escuchando sin decir nada para no distraer al niño en aquel punto culminante de la conversación. A partir de ahora le aguardaba la verdadera regresión: el viaje al subconsciente.

—En el ascensor había una placa de metal con muchos botones. Podía escoger uno, así que apreté el que marcaba 11. El ascensor dio una sacudida y empezó a descender, durante un buen rato. Cuando por fin se abrieron las puertas di un paso hacia delante. Bajé del ascensor y vi...

... *el mundo antes de nacer*, añadió Stern en mitad de sus pensamientos, pero en seguida se sorprendió porque la frase de Simon acababa de forma muy diferente.

—... que no había nada. No podía ver nada. Sólo había oscuridad a mi alrededor.

La mirada distraída de Simon había desaparecido. Le dio otro sorbo a su zumo de manzana. Cuando volvió a dejar la bebida sobre la mesita de noche, la camiseta se le subió hacia arriba y Stern no pudo menos que estremecerse interiormente. Durante una fracción de segundo había vislumbrado en la cadera de Simon una marca de nacimiento alargada.

¡La cicatriz del niño reencarnado!, pensó sin querer. La alteración en la piel de Simon no se asemejaba en absoluto a la de Felix, ni a la del niño que aparecía en el DVD. A pesar de ello le recordaba inevitablemente el artículo de Ian Stevenson que había leído aquella misma mañana. El ya fallecido profesor y jefe de Psiquiatría de la Universidad de Virginia era una de las pocas personas cuya investigación se centraba en la reencarnación. Sus casos de estudio eran discutidos seriamente por científicos de renombre. Stevenson defendía la idea de que las cicatrices y las marcas de nacimiento eran como mapas espirituales que indicaban el lugar donde las personas habían sido heridas en una vida anterior. El parapsicólogo canadiense había reunido un centenar de historiales médicos e informes de autopsia, hallando en ellos ciertas coincidencias que llamaban la atención y que se relacionaban con los defectos en la piel de varios niños presuntamente reencarnados.

—No lo acabo de comprender. —Stern intentó concentrarse de nuevo en las palabras de Simon—. ¿Cómo supiste dónde estaba el cadáver si no llegaste a verlo mientras estabas con el doctor Tiefensee?

—Bueno, sí que vi algo, pero fue cuando me desperté otra vez. Carina me dijo que me había quedado dormido más de dos horas. Me acuerdo de lo triste que estaba yo: era mi cumpleaños y, de repente, había anochecido afuera.

—Y cuando despertaste, ¿te vinieron a la mente esos terribles recuerdos?

—No, en ese momento no. Fue cuando estaba en el coche y Carina me preguntó cómo había ido. Entonces se lo expliqué todo; lo de las imágenes, quiero decir.

—¿Qué imágenes?

—Las que tenía en mi cabeza. Siempre las veo muy borrosas. En la oscuridad. Es como cuando estoy soñando algo y estoy a punto de despertarme. ¿No te ha pasado nunca?

—Sí, puede que alguna vez.

Stern sabía realmente a qué se refería Simon, si bien sus propios sueños antes de

despertarse no eran tan mórbidos. A no ser que estuviese pensando en Felix.

Simon volvió la cabeza y miró por la ventana hacia fuera con la mirada pensativa. Al principio, el abogado pensó que el niño había perdido el interés en la conversación y que en cualquier momento se dirigiría a su mesita de noche en busca de algún videojuego. Pero entonces vio que los labios del muchacho se movían en silencio. Al parecer, el niño estaba intentando encontrar las palabras adecuadas para explicar mejor sus impresiones:

—Una vez, en el orfanato, tuve que bajar al sótano para cambiar una bombilla — empezó a decir en voz baja—. Ninguno de nosotros queríamos hacerlo. Todos teníamos miedo de ir allí. Así que lo echamos a suertes con cerillas y me tocó a mí. Era horrible, de verdad. Sólo se veía una bombilla que colgaba del techo con un cable. Parecía una pelota de tenis, era amarillenta y estaba llena de polvo y telarañas. Y hacía ruido. Como Jonas, un amigo mío que sabe hacer crujir sus dedos muy fuerte. Sonaba igual. La luz se encendía y se apagaba todo el tiempo, y se oía como un crujido. Como los dedos de Jonas, que no para de crujirlos hasta que algún hombre mayor le dice que no debería hacerlo porque terminará con gota y reuma.

Stern decidió no interrumpir al niño con preguntas y dejó que siguiera hablando. Observó sus propias manos y se dio cuenta de que las había entrelazado de modo inconsciente como si rezara.

—Cuando bajé al sótano el crujido era muy fuerte y la luz parpadeaba todo el rato. Se encendía y se apagaba. A veces se iluminaba por un momento, y de repente se volvía todo oscuro. Aunque tampoco veía nada cuando había luz, pues la bombilla estaba muy sucia. Además, al no dejar de parpadear, era como si todo a mi alrededor se moviese. Claro, yo ya sabía que en un lado del sótano estaba tendida la ropa de la cama con las toallas. Y que en el otro, dentro del cesto, se hallaban nuestros pantalones y nuestras camisetas. Pero la luz se movía mucho más que yo, y tenía miedo de que saliera un hombre de entre las sábanas y me cogiera. Entonces yo era muy pequeño y casi me lo hago encima.

Stern alzó las cejas y asintió al mismo tiempo. Por un lado, porque podía comprender el miedo que sentía el niño. Por otro, porque poco a poco empezaba a entender lo que éste quería decirle.

—¿También es así ahora? Me refiero a las imágenes que ves.

—Sí. Cuando recuerdo mi vida anterior es igual que aquel día en el orfanato, en el sótano y con la bombilla sucia parpadeando.

Crac. Crac.

—Por eso veo solamente figuras, sombras. Todo está borroso... Pero creo que a medida que pasan las noches la luz es más brillante.

—¿Quieres decir que eres capaz de recordar cada vez mejor cuando te despiertas?

—Sí. Ayer, por ejemplo, no estaba tan seguro de que hubiese matado de verdad a aquel hombre con el hacha. Pero esta mañana me ha quedado claro otra vez. Es igual que con ese número.

Crac.

—¿Qué número?

—El número seis. Tan sólo está pintado.

—¿Dónde?

Crac. Crac.

—En una puerta. De metal. Está cerca del agua.

De repente, a Stern le entraron ganas de beber algo. Sentía un sabor desagradable en la boca y necesitaba enjuagársela. Como el terrible presentimiento que le causaban las palabras de Simon.

—¿Qué ocurrió entonces? —le preguntó sin querer saber la respuesta.

¿Qué ocurrió detrás de la puerta? ¿La puerta del número seis?

Afuera, en el pasillo, un hombre empezó a silbar y sus pasos se alejaron de la habitación. Pero el cerebro de Stern fue filtrando cada una de aquellas distracciones acústicas hasta que sólo oía las palabras del niño. Las palabras que describían la agonía del hombre a quien Simon había querido matar doce años atrás.

Dos años antes de nacer.

Stern deseó que alguien les interrumpiese para no tener que escuchar hasta el último detalle. Por ejemplo, el cuchillo de sierra con el que la víctima había logrado herir a su agresor antes de morir. Aproximadamente en la misma zona del cuerpo en la que Simon tenía su marca de nacimiento de color café con leche.

Robert miró con desesperación hacia la puerta de la habitación, pero ésta se mantuvo cerrada. No había médicos ni enfermeras que interrumpiesen la temible descripción que relataba Simon con una voz casi indiferente. Sus grandes ojos se habían cerrado de nuevo.

—¿Te acuerdas de la dirección? —dijo Stern sin aliento cuando el niño terminó finalmente de hablar.

—No estoy seguro. Bueno, a lo mejor sí.

Simon sólo añadió una palabra más, pero fue suficiente para que el cuerpo del abogado acabase sintiendo un escalofrío. Robert conocía aquel lugar: había estado allí paseando una vez con Sophie. Cuando estaba embarazada.

—No, no tengo ninguna orden judicial. Tampoco soy policía.

Stern se preguntó si aquel individuo con el cabello sucio y el *piercing* en la nariz habría asistido alguna vez a la escuela. Su labio superior quedaba por encima de las encías y esto, combinado con su pronunciada dentadura, hacía que pareciera que el hombre estaba sonriendo todo el tiempo.

—Entonces no puede hacer nada —masculló Sly dejando caer sus piernas sobre la mesa del despacho. Unos minutos antes, el hombre se había presentado, orgulloso por su ridículo seudónimo, cuando Stern había entrado en la pequeña oficina que había en la planta baja de la empresa de transportes.

—¿Qué pretende hacer con el número seis? Diría que ya no alquilamos los garajes con una sola cifra.

Simon sólo había sido capaz de recordar parte de la dirección mientras estaban en el hospital. Sin embargo, las palabras «Garajes Spree» habían sido más que suficientes. Stern conocía el almacén medio en ruinas que había junto al canal, en el barrio de Alt Moabit. La sede principal de la antigua empresa berlinesa era una construcción de ladrillo de color beige con vistas al río. Justo detrás de ella se hallaban los cobertizos que algunos clientes utilizaban para guardar provisionalmente muebles, electrodomésticos y otros cachivaches. Los negocios ya no iban tan bien desde que los trabajadores inmigrantes se ofrecían a acarrear lavadoras a cambio de 2,50 euros. Por ese motivo su propietario no había llevado a cabo ningún tipo de reforma en los últimos años. La mugrienta oficina apestaba a cigarrillos y lavabos públicos, lo que posiblemente se debiera al ambientador en forma de árbol que Sly había colgado de la lámpara del techo a fin de evitar el esfuerzo de tener que airear aquel lugar con regularidad. No era de extrañar que el moho se hubiera introducido por la cortina cerrada hasta el mismo techo. Stern no comprendía que alguien quisiera impedir que entrara en la habitación la poca luz que había precisamente en un día oscuro y lluvioso de otoño como aquél.

—Soy el albacea de una herencia y estoy buscando a la persona heredera de lo que podría suponer una importante fortuna. —El abogado recitó de carrerilla la historia que había estado preparándose durante el viaje en coche desde el hospital.

—Creemos que podría hallarse alguna pista de gran importancia para nosotros en el garaje número seis.

Mientras continuaba hablando, abrió su cartera y sacó dos billetes. Sly bajó las piernas de encima de la mesa y dejó entrever una amplia sonrisa burlona.

—No pienso arriesgar mi trabajo por un puñado de cien de éstos —dijo, fingiendo su enfado.

—Te apuesto lo que quieras a que sí.

Stern se volvió hacia el hombre que acababa de entrar en la oficina jadeando ruidosamente y volvió a guardarse el dinero.

—Maldita sea, aquí dentro apesta como si estuviésemos en una sauna de ratas — maldijo el recién llegado calvo y sudoroso. Su aspecto recordaba al de un Buda erguido. En la espalda de Andi Borchert se hubiera podido montar una pantalla enorme de televisión sin necesidad de que ésta sobresaliese por encima de sus hombros.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Sly levantándose de golpe. Su sonrisa había desaparecido de su cara como por arte de magia.

—Por favor, no te molestes. No tienes por qué levantarte.

Borchert empujó al hombre e hizo que se sentara de nuevo en su silla. A continuación se dirigió al estante de las llaves que se hallaba colgado en la pared, junto a un callejero de Berlín del tamaño de un póster.

—¿De qué garaje se trata, Robert?

—Del número seis.

Stern se preguntó si habría hecho lo correcto pidiéndole ayuda a un antiguo cliente suyo. Conocía los particulares métodos que empleaba Andreas Borchert para solucionar los problemas. Eran los mismos que habían estado a punto de llevarle a la cárcel dos años antes. En aquel entonces, Borchert se ganaba la vida como productor de «películas para adultos» baratas. Cine porno duro y repugnante con el que había amasado una pequeña fortuna, hasta que un día una de las actrices fue violada brutalmente durante el rodaje. Todo apuntaba a que Borchert era culpable hasta que Stern se las ingenió para convencer al tribunal de lo contrario. Tras la absolución, Andi obtuvo la libertad condicional después de que descubriera por su cuenta al verdadero autor del delito y le golpeará hasta que el otro fue incapaz de responder ningún interrogatorio. Gracias a las habilidosas tácticas de Stern en la sala del tribunal, el abogado consiguió esta vez reducir la pena considerablemente y, sin quererlo, acabó ganándose la amistad eterna de Borchert.

—Si intentas llamar a la policía, tú y yo volveremos a vernos —gruñó Andi en dirección a Sly mientras cogía la llave adecuada del estante—. Y la próxima vez será en tu casa, ¿te ha quedado claro?

Stern no pudo reprimir una sonrisa al observar que su antiguo cliente salía de la oficina sin esperar a ver el tímido movimiento de cabeza que le hacía el empleado de la empresa de transportes en señal de asentimiento. Se acercó a Borchert y recorrió junto a él con pesadez el camino pedregoso que llevaba al garaje.

—Bueno, y ahora para los que no hemos estudiado mucho...

Parecía que a Borchert le era indiferente que sus botas blancas de boxeador se metieran en un charco cada dos pasos. Por las sienas le caían dos gotas de sudor. Su forma característica de sudar, incluso realizando el mínimo esfuerzo, había hecho que terminara ganándose varios motes, incluyendo los de «Señor Rubens» o «El Sumo». Borchert los conocía todos, a pesar de que nadie hasta entonces había osado llamarle con alguno de ellos a la cara.

—Lo único que entendí por teléfono fue que necesitabas ayuda porque un niño de

diez años había asesinado a un hombre.

—En realidad, a más de uno.

Stern le explicó la descabellada historia mientras caminaban por el recinto de la empresa de transportes y continuó hablando cada vez más rápido a medida que la expresión de su antiguo cliente se tornaba más incrédula.

Finalmente se detuvieron junto a un contenedor de color marrón rojizo que se usaba para desechar restos de las obras. Un gato negro que estaba trepando por él terminó por meterse dentro.

—¿Muertos? ¿Hace quince años y en otra vida? Me estás tomando el pelo, ¿no?

—¿Crees que me hubiese puesto en contacto contigo si tuviera alguna otra opción? —Stern se echó el pelo hacia atrás y le hizo una señal a Borchert para que le siguiera camino del garaje.

—Martin Engler se encarga del caso desde que ayer descubrí ese cadáver. El mismo policía que fue a por ti hace tiempo.

—Ya me acuerdo de aquel cabrón.

—Y él también recuerda cómo arruiné aquel bonito caso suyo que parecía tan fácil de resolver.

Engler se había olvidado de echarle un vistazo al expediente médico de Borchert mientras lo investigaba. Andi padecía desde la adolescencia una «disfunción eréctil parcial». En otras palabras: el hombre era prácticamente impotente y, como mucho, sólo podía tener una erección tras llevar a cabo largos juegos preliminares y siempre en un mismo entorno. Era imposible que Andi hubiese violado a aquella joven.

Borchert le estaba profundamente agradecido a Stern, no sólo porque éste había conseguido la absolucón, sino también porque le había asegurado que el juicio se desarrollaría a puerta cerrada. Un productor de cine porno a quien no se le levantaba: hubiera sido el hazmerreír de todo el mundo. A pesar de que el abogado había conseguido que los detalles picantes no se hicieran públicos, tras el proceso Borchert decidió darle la espalda al negocio del cine. En la actualidad regentaba con éxito varias discotecas en Berlín y sus alrededores.

—A Engler le encantaría poder acusarme de algo.

—Te ayudaré, aunque no acabo de entender nada. ¿Por qué has tenido que meterte en eso?

Borchert le dio una patada a una lata de cerveza vacía que había en mitad del camino.

—He aceptado hacerme cargo del caso del niño, ¿de acuerdo? —dijo Stern evitando responder.

No tenía ganas de explicarle a Borchert lo del DVD, si bien un detalle como ése hubiese podido aclarar en seguida por qué necesitaba a su lado alguien que lo protegiera. Andi era la única persona a quien conocía con la sangre suficientemente fría para meterse en un asunto sucio como aquél sin tener que recibir ninguna clase de explicaciones. Sin embargo, tenía miedo de que su antiguo cliente pudiera pensar que

estaba loco si le revelaba el verdadero motivo por el que estaba siguiendo el hilo que llevaba hasta la vida anterior de Simon.

¿Y si de verdad me he vuelto loco?, pensó. Tenía aquel vídeo que duraba dos minutos. Por otro lado, todas las leyes de la naturaleza se pronunciaban en contra de la posibilidad de que Felix pudiera estar vivo. Pero también lo hacía contra el hecho de que Simon pudiera recordar aquel asesinato ocurrido mucho antes de que él naciera.

—Muy bien. No hay más preguntas, señoría. —Borchert levantó la mano como si Stern le hubiese estado apuntando con un arma.

—Pero, por favor, no me digas que hemos venido aquí en busca de otro cadáver.

—Pues sí. He visitado a Simon en el hospital y me ha dado esta dirección.

La llovizna había amainado un poco, y Stern pudo mirar de nuevo hacia delante sin tener que parpadear continuamente debido a las gotas de lluvia. Se hallaban a unos cincuenta metros de la puerta metálica del garaje con el número seis que formaba parte de un bloque de cobertizos de aspecto desagradable que se extendían hasta el río Spree.

—Simon dice que tuvo que cortarle las piernas para meterlo mejor dentro del congelador.

Stern no sabía lo que le aguardaba realmente al abrir la puerta: un ovillo de ratas arrastrando uno de los brazos por el suelo de piedra o, quizá, una bandada de moscas con alas vibrantes como las que acuden a la fruta o a la carne, extendiéndose por el congelador medio abierto al igual que una nube negra. Su ojo mental había sido preparado para cualquier tipo de señal de muerte, y por ese motivo la imagen real de aquella escena hizo que se sintiera increíblemente triste.

Debería haberse sentido aliviado al ver que el garaje estaba vacío. No había muebles, ni electrodomésticos, ni libros. La luz de la bombilla llena de polvo tan sólo iluminaba dos cajas que contenían una vieja vajilla y una silla de oficina raída. No había nada más. Stern sintió que una válvula se había abierto dentro de él, dejando escapar todas sus esperanzas. Se dio cuenta dolorosamente de la violencia e irracionalidad que le había impulsado a desear encontrar cualquier elemento sin vida dentro del garaje. Cuanto más inexplicables eran los recuerdos que tenía Simon en el presente, más sentido parecía tener la conexión entre Felix y un niño de diez años con una marca de nacimiento en su hombro.

Stern no podía creer que realmente hubiese sido capaz de establecer en su subconsciente una ecuación tan irracional como aquella.

—Se acabó la tontería esa del feng shui —gruñó Borchert.

Robert no se molestó en aclararle que la filosofía clásica china del diseño de edificios y jardines no tenía nada que ver con la transmigración de las almas o la reencarnación. El propietario de discotecas defendía la idea de que todo lo que no podía tocar con sus manos era pura palabrería psicológica inventada por personas que no sabían qué hacer con su tiempo libre.

Aquella sencilla actitud sobre la vida era precisamente la que a Stern le había interesado hasta hacía poco tiempo.

—¿Y ahora qué haces? —quiso saber Borchert, al ver que de repente Stern se ponía a andar a gatas por el suelo. Robert no contestó y, en vez de eso, continuó buscando algo a tientas entre las ranuras del polvoriento suelo. Tenía la sensación desde el principio de que sus actos carecían de cualquier sentido.

—Falsa alarma —dijo finalmente sacudiéndose el polvo de su abrigo de piel de camello—. No hay doble fondo. Nada.

—Qué raro, ¿no? ¡Con lo creíble que parecía hasta ahora esa historia! —añadió Borchert con sarcasmo. Por algún motivo se habían formado dos gotas de sudor en su frente, a pesar de que no se había movido de donde estaba desde hacía varios minutos.

Stern miró sobre sus hombros con aire pensativo antes de salir, apagó finalmente la luz y dejó que su ayudante cerrara la pesada puerta del garaje.

—No sé... —murmuró como si estuviera hablándose consigo mismo—. Hay algo que no encaja.

—Yo también me he dado cuenta, ya que lo mencionas. —Borchert retiró la llave y miró a Stern con una sonrisa irónica—. Puede que sea el hecho de estar aquí, en medio de la lluvia, buscando un cadáver en un garaje.

—No, no es eso. Si hubieras estado presente hace dos días sabrías a lo que me refiero. Lo que quiero decir es que el niño ha estado este último mes en el hospital y, antes de eso, en el hospicio para niños. ¿Cómo podía saber que había un cadáver en el sótano? Incluso conocía la fecha aproximada de la muerte.

—¿Y ha podido confirmarse?

—Sí —dijo Stern sin mencionar la fuente de su información. Hasta entonces debía confiar en la Voz del DVD.

—Entonces, es posible que alguien se lo haya dicho.

—Supongo que sí. Pero aun así, no me cuadra nada.

Borchert se encogió de hombros.

—He oído alguna vez que hay niños pequeños que hablan con sus amigos invisibles.

—Ya, a lo mejor los que sólo tienen cuatro años. Pero Simon no es ningún esquizofrénico, como tú te imaginas. No sufre alucinaciones. El hombre del cráneo partido era real; yo mismo lo encontré. Además, fue aquí. En el número seis. —Stern señaló la puerta sobre la que se veía el número con la pintura completamente desconchada—. Está pintado en la puerta tal como Simon lo describió.

—Pues será que habrá estado aquí alguna vez y lo ha visto.

—Estaba en el hospicio para niños, en Karlshorst. Eso está a casi una hora en coche de aquí. Es más que improbable. Y en caso de que así fuera, tampoco tiene ningún sentido. ¿Por qué debería pensar Simon que es un asesino sólo porque otra persona se lo ha dicho?

—¿Qué es esto? ¿Un concurso? ¡A mí qué me cuentas! —dijo Borchert resoplando.

Pero Stern ni siquiera lo escuchaba. Sus preguntas no pretendían encontrar una respuesta clave, sino más bien ordenar sus propios pensamientos.

—Está bien. Supongamos que alguien está utilizando a Simon... ¿Por qué escoge el asesino a un niño pequeño para conducirnos hasta el cadáver? ¿Por qué se molesta tanto en hacerlo? Simplemente podría coger el teléfono y llamar a la policía.

—¡Oigan! —gritó alguien de repente desde la entrada principal del edificio. Un hombre bajito con un mono azul se acercó a ellos balanceando el cuerpo curvado hacia delante por el patio mojado por la lluvia.

—Es el viejo Giesbach, el propietario de la empresa de transportes —le aclaró Borchert—. No me extraña que esté así, ha arrastrado demasiadas cajas. Camina algo encorvado desde que tuvo una hernia discal.

—¿Se puede saber qué hace un par de idiotas como vosotros en mi propiedad? —continuó a voces gesticulando con los brazos. Stern se preparó mentalmente por si tenía que presenciar una nueva disputa. Entonces, el jefe de la empresa se detuvo

rápidamente y soltó una carcajada con voz ronca.

—¡Ah! ¡Eres tú, Borchert! Ahora ya entiendo por qué un sobrino inútil como tú no para de meterse en líos.

—No estabas. Además, teníamos prisa, Giesbach.

—Está bien, está bien... Podías haber llamado, ¿no?

El hombre mayor le arrancó la llave de la mano a Borchert y lanzó una mirada a Stern.

—Así que el número seis, ¿eh?

Stern hubiese querido examinar mejor el curtido rostro del jefe de la empresa de transportes. Sin embargo, no tuvo más remedio que apartar la cabeza a un lado al ver que unos hilillos de saliva se escapaban de la comisura de los labios de Giesbach cada vez que éste pronunciaba una palabra. Daba la sensación de que en aquel instante estuviese masticando un trozo de pizza de queso.

—¿Qué hacíais allí dentro?

—Mi colega está buscando una segunda residencia —sonrió Borchert burlonamente.

—Tan sólo preguntaba. Precisamente el número seis... —dijo Giesbach.

—¿A qué se refiere con «precisamente»? —quiso saber Stern.

—Era el único cobertizo que tenía alquilado a largo plazo.

—¿A quién?

—Chico, ¿crees que debería interesarme lo más mínimo por quién se trataba, habiendo pagado diez años por adelantado y en efectivo?

—Pero ¿por qué alquilaría alguien un garaje vacío?

—¿Vacío?

Justo cuando estalló de la boca del viejo una carcajada burlona, Stern se dio cuenta de que había pasado alguna cosa por alto en el garaje. *Las huellas de que algo había sido arrastrado. En el polvo.*

—Estaba hasta arriba de cosas. Lo sacamos todo la semana pasada, cuando expiró el contrato.

—¿Cómo? —exclamaron Borchert y Stern al unísono.

—¿Adónde se llevó los muebles?

—Pues allí donde tienen que estar. A la basura.

Stern sintió que el corazón se le paraba dos veces siguiendo la mirada del encorvado transportista. De repente allí estaba otra vez: la esperanza.

—Ya deberíamos haberlo hecho hace dos años, lo de sacar esos trastos viejos. No nos dimos cuenta de que el contrato había caducado porque dejamos de alquilar los garajes de una sola cifra. Tienen que demolerlos.

Robert se dio la vuelta y caminó lentamente, como si lo hiciera a cámara lenta, en dirección al contenedor de color marrón rojizo junto al que habían pasado antes. Al acercarse lo suficiente para observar por encima de los bordes, se percató de que el gato negro seguía allí. Se hallaba sentado sobre una pila de periódicos que había

delante de una caja amarillenta. Parecía que estaba entusiasmado con una especie de líquido de color amarillo pálido que goteaba de alguna parte de aquel trasto. En cualquier caso, ni se inmutó cuando Stern empezó a trepar por el contenedor. Continuó lamiendo la junta de goma del viejo congelador que, muy probablemente, no se encontraba en venta en el mercado desde hacía al menos una docena de años.

—¿Qué piensas hacer?

Carina abrió la puerta del coche con el pie y se dirigió a la entrada del hospital con el móvil pegado en el oído. Había tenido que aparcar su coche enfrente de la clínica porque las plazas que había libres en el recinto las habían ocupado otros vehículos que con certeza no debían estar allí. De todos modos, ella tampoco tenía motivos para ocupar el aparcamiento del personal. Oficialmente estaba suspendida de empleo; extraoficialmente había llegado la hora de que se buscara otro trabajo.

—¡La clínica no es un edificio de alta seguridad! —Oyó que le decía Stern. Su voz sonaba entrecortada y en ocasiones apenas se entendía debido al ruido del tráfico que había de fondo.

—Debe de haber algún modo de sacar a Simon de allí.

A Carina no le gustó en absoluto el rumbo que estaba tomando aquella conversación telefónica. Durante dos días había estado esperando en vano a que Robert Stern diera alguna señal de vida. ¡Y ahora venía con ésas! En vez de hablar con calma acerca de aquellos misteriosos acontecimientos que ambos habían vivido, él se empeñaba en agravar los problemas en los que ella estaba implicada.

—¿Qué pretendes hacer con Simon?

—Estoy haciendo lo que me pediste. Investigo sus declaraciones.

Fantástico.

Era culpa suya. Al fin y al cabo había sido ella la que había hecho que se conocieran y le había pedido que se hiciera cargo del niño.

¡Pero no de ese modo!

No como abogado suyo. Lo cierto era que ella se había dejado llevar por una ilusión inocente al querer organizar aquel encuentro entre Robert y el niño. Simon había sido desde el principio su máxima inquietud, por supuesto. Gracias a su estúpida idea de la reencarnación, el miedo que sentía el niño a la muerte se había convertido ahora en algo aún más preocupante. Simon estaba convencido de ser un asesino, y ella debía acabar con aquel error.

Por otra parte, nunca había pretendido que Stern entrara en el sótano. Probablemente, Picasso podría haberle sido mucho más útil en ese aspecto. No. Su objetivo había sido reunir a Robert y a Simon. Había confiado plenamente en que entre ambos se establecería una relación: el abogado ayudaría al niño a aliviar sus miedos y, al mismo tiempo, sería recompensado con algo más de sensibilidad en su corazón. Porque Simon poseía una habilidad realmente inexplicable: a pesar de su propia enfermedad, era capaz de animar con su mera presencia a los pacientes más afligidos del hospital, llevándoles una sonrisa a los labios y logrando disipar su velo de niebla cubierto de depresión y melancolía.

He sido una tonta, pensó la mujer. Un error tras otro.

Carina miró su reloj. Apenas podía creer que realmente hubiesen pasado casi

cuarenta y dos horas desde que se inició aquella locura. Eran casi las once de la mañana y no recordaba haber pisado alguna vez el recinto de la clínica a esa hora.

—¿Qué más quieres saber sobre él? —susurró con voz afónica sujetándose el móvil al oído. Saludó a otra enfermera que pasaba delante de ella a paso ligero, levantando la mano que sujetaba su bolsa de deporte vacía. En realidad, Carina sólo había vuelto para recoger sus efectos personales de la taquilla y despedirse de sus compañeros de trabajo. Lo que Stern le había pedido ahora que hiciera no figuraba definitivamente en su agenda.

—Esta mañana estuve con él y me dio una nueva pista. No te lo vas a creer, pero hemos encontrado otro.

—¿Otro qué? —Carina subió caminando por la entrada reservada a las sillas de ruedas y se detuvo en la recepción. Una ráfaga de viento revoloteó sus cabellos hacia delante. Sintió un escalofrío en el cuerpo, como si alguien le hubiera soplado aire húmedo en la nuca con una pajita.

—Otro cadáver. Estaba metido en un congelador. Lo ahogaron con una bolsa de plástico, tal como describió Simon.

Carina no consiguió mostrar al recepcionista del hospital la sonrisa forzada con la que pretendía saludarle. Se dirigió de nuevo con paso apresurado a la zona de los ascensores.

Se sentía mareada. Siempre había sospechado que algún día su relación con Robert Stern le traería serios problemas. Desde hacía tres años hacía caso omiso a la voz interior que le prevenía del peligro de contagio psicológico que corría. El estado de ánimo melancólico de Stern era lo más parecido a la radioactividad: invisible, pero con consecuencias nefastas para los que se exponían a ella. Y Carina temía recibir una sobredosis de energía negativa si seguía manteniendo un contacto excesivo con él. A pesar de ello, la mujer siempre buscaba su compañía sin ninguna armadura que la protegiera. Pero esta vez tenía la sensación de que se había acercado al abogado más de la cuenta. Las experiencias que habían compartido ambos suponían una amenaza mayor que su propio estado mental.

—Además, hemos descubierto algo junto al cadáver.

¿Hemos?, se preguntó, pero prefirió dar paso a la pregunta más importante:

—¿Qué?

La huella de su dedo dibujó una marca húmeda en el botón del ascensor cuando lo apretó.

—Una nota. Estaba con los restos del hombre. A decir verdad, la encontramos escondida entre sus dedos putrefactos.

—¿Qué pone en ella?

No quería oírlo.

—Ya la has visto otras veces.

—¿Qué quieres decir?

—Con Simon. En su habitación.

—¿Estás de broma?

La puerta del ascensor empezó a abrirse a cámara lenta. Abrumada por los nervios, Carina no pudo evitar repiquetear con sus uñas sobre la chapa de aluminio. Deseaba salir de aquella cabina tan pronto como le fuera posible.

—Se trata de un dibujo infantil —le aclaró Stern—. Un prado con una pequeña iglesia.

No puede ser verdad.

Carina presionó el botón para dirigirse a la planta de neurología y cerró los ojos.

El dibujo que tenía Simon en la ventana. Lo había hecho hacía tan sólo tres días. Después de la regresión.

—¿Comprendes ahora por qué tengo que verte?

—Sí —susurró Carina, si bien en realidad ya no entendía nada en absoluto. Volvía a sentirse como hacía tres años, cuando acabó su relación. En aquel entonces, Stern se había encargado de poner el freno de emergencia porque le parecía que todo estaba yendo demasiado rápido.

—Por favor, llévate a Simon al zoológico —dijo Stern—. Nos veremos dentro de una hora y media en la Puerta de los Elefantes. Un matrimonio con un niño no llamará la atención.

—¿Por qué complicarnos la vida tanto? ¿Por qué no vienes a visitarlo a la clínica?

—Éste ya es el segundo cadáver, y yo siempre he sido el primero en llegar al lugar en que se hallaron. ¿Tienes una idea del puesto que ocuparía en la lista de sospechosos de Engler?

—Ya te entiendo —murmuró Carina.

Las puertas del ascensor se abrieron y Carina tuvo que hacer un esfuerzo para evitar volver a la planta baja. Lo único que deseaba en aquel momento era desaparecer de allí.

—Por eso me he ido antes de que llegara la policía. Es sólo una cuestión de tiempo que descubran que otra vez fui yo quien encontró el cuerpo. Les llevo una pequeña ventaja, pero necesito aprovecharla al máximo.

—¿Para qué?

Stern cogió aire profundamente antes de responder y Carina creyó notar cierto deje de desconfianza en la voz del abogado mientras abría la puerta de la habitación 217.

—Tengo otra nueva cita. Con un amigo tuyo.

Normalmente, Carina no hubiera tardado en preguntarle a qué se refería. Pero ahora se había quedado sin palabras; sabía que Simon siempre veía a aquella hora la repetición de su serie policíaca preferida. En aquel momento la televisión seguía encendida.

Su cama estaba vacía.

—¿Así que quiere interrogarle?

El profesor H. J. Müller firmó con un garabato apenas legible la carta dirigida a uno de sus compañeros, el jefe médico de un hospital de Maguncia, y cerró la carpeta con los documentos. A continuación cogió un abrecartas de plata y se extrajo con él una pelusilla de color azulado que se ocultaba por debajo de la uña del pulgar.

—«Interrogar» no es precisamente la palabra más correcta en este caso. —El policía sentado frente a él se aclaró la voz—. Tan sólo querríamos hacerle un par de preguntas.

¡Sí, claro!, pensó Müller examinando con la mirada al hombre que se había presentado como inspector Brandmann. No creía que fuera a ser un interrogatorio normal.

—En realidad no estoy seguro de que pueda dar mi aprobación a un procedimiento como éste. ¿Está permitido legalmente?

—Sí, por supuesto.

¿De verdad? Müller apenas se creía que para ello no fuera necesaria una autorización especial. Del jefe de la policía o, como mínimo, de algún fiscal.

—¿Dónde está su compañero? —Müller consultó el calendario que tenía sobre la mesa—. Mi secretaria había anunciado la visita de un tal señor Dengler.

—Engler —le corrigió Brandmann—. Mi compañero le envía disculpas. Lo necesitan en un nuevo escenario del crimen que, al parecer, está relacionado directamente con el caso que nos envuelve.

—Ya entiendo.

El jefe médico tornó hacia abajo la comisura de sus labios como hacía habitualmente cuando examinaba a alguien. Durante un breve instante, el hombre con sobrepeso que se hallaba en la silla para las visitas delante de la mesa de su despacho dejó de ser un policía para convertirse en un paciente. Uno al que aconsejaría urgentemente ponerse a dieta, así como someterse a un examen de sus glándulas tiroides y de la nuez que sobresalía de su cuello.

Müller movió la cabeza y dejó el abrecartas encima de su bloc de recetas.

—No, mi respuesta es no. No quiero someter al paciente a ningún tipo de estrés innecesario. Supongo que conoce su diagnóstico, ¿cierto? —Müller juntó sus delgadas manos—. Simon Sachs padece un S-PNET, un tumor neuroectodérmico primitivo supratentorial en el cerebro y que se está extendiendo gradualmente del hemisferio derecho hasta al izquierdo de su cabeza. En otras palabras, ya ha atravesado el cuerpo caloso. Fui yo quien le realizó la biopsia y, tras abrir el cráneo, vi que no íbamos a poder operar el tumor.

El jefe médico hizo un esfuerzo por mostrar una sonrisa amable.

—Deje que se lo explique mejor a alguien como usted que no entiende de términos médicos: Simon está gravemente enfermo.

—Precisamente por eso queremos llevar a cabo este test lo antes posible. Él podrá ahorrarse más de un molesto interrogatorio y nosotros, un tiempo que nos resulta valioso. He oído que el muchacho estuvo a punto de morir por una neumonía, ¿es eso cierto?

Ya. Así que es por ahí por donde van los tiros.

El niño era su testigo más importante y querían interrogarle mientras pudieran.

Después de que la quimioterapia y la radioterapia le hubiesen provocado una grave neumonía, Müller se había opuesto a la recomendación de los otros médicos y había decidido suspender aquel tratamiento agresivo. Es probable que la adopción de aquella medida no fuese a prolongarle la vida, pero estaba seguro de que serviría para mitigar su sufrimiento.

—Es correcto —respondió el profesor—. Actualmente Simon sólo recibe cortisona para el edema cerebral y carbamazepina como antiepiléptico. Ya he solicitado un nuevo examen médico que me ayude a decidir si debemos continuar con la radiación. Sin embargo, me temo que esta posibilidad es difícil.

El neurólogo se levantó de su mesa y se dirigió hasta un robusto atril que había cerca de la ventana.

—¿Cómo va su otra investigación? ¿Conocen ya la identidad de la víctima que encontraron gracias a la colaboración de Simon?

—Se lo diré de esta manera... —Brandmann se volvió hacia el profesor estirando su cuello lleno de arrugas como una tortuga—. Suponiendo que Simon hubiese vuelto a renacer de verdad, entonces nos habría hecho un enorme favor a todos en su vida anterior.

—¿Está diciendo que la víctima era un asesino?

—Sí, y de los peores. Harald Zucker desapareció hace quince años sin dejar rastro alguno. Hace tiempo que la Interpol sospechaba que estaba implicado en varios crímenes violentos con torturas ocurridos en Sudamérica. Pero, al parecer, no abandonó el país.

—Zucker, ¿eh? —Müller hojeó distraído las notas manuscritas que había en el atril.

Se escucharon unos golpecitos y la puerta se abrió antes de que pudiera decir «Pase». En seguida reconoció al enfermero al que todos llamaban Picasso en el hospital, si bien Müller era incapaz de detectar algo artístico en el aspecto ordinario de aquel hombre. La mano derecha de Picasso descansaba sobre el hombro de un niño pequeño y parecía estar empujándole con suavidad para que entrara en el despacho.

—Hola, Simon.

Brandmann hizo rodar la silla de las visitas y saludó al pequeño con la familiaridad de un viejo conocido. Simon asintió con timidez. Llevaba unos vaqueros de color azul claro con los bolsillos cosidos, una chaqueta de pana y unas zapatillas deportivas blancas completamente nuevas. De su cuello pendían los auriculares de un

reproductor de MP3.

—¿Qué tal te encuentras hoy? —quiso saber el jefe médico saliendo de detrás del atril.

El niño tenía buen aspecto, aunque posiblemente se debía a la peluca que llevaba puesta, que ayudaba a disimular parte de su palidez.

—Bastante bien. Un poco cansado, nada más.

—Muy bien.

Müller se puso casi de puntillas mientras Simon hablaba, intentando contrarrestar la clara ventaja de altura que le llevaba el inspector.

—Este señor es de la policía y quiere hacerte unas preguntas sobre lo que pasó ayer. Mejor dicho, quiere que completes un test. Pero no estoy seguro de si debo pedirte que lo hagas.

—¿Qué clase de test?

Brandmann se aclaró la voz e hizo lo posible por ofrecerle al niño su sonrisa más agradable.

—Simon, ¿sabes qué es un detector de mentiras?

En el barrio de Hackescher Markt resultaba casi imposible encontrar aparcamiento cuando más se necesitaba, por lo que Borchert no tuvo más remedio que aparcar su todoterreno en doble fila una vez llegaron a la consulta de Rosenthaler Strasse. Durante el trayecto desde Moabit al centro de la ciudad Stern había aprovechado para atender varias llamadas. Entre ellas, una del servicio de información, que le había proporcionado varios registros con el nombre del doctor Jonathan Tiefensee. Para su sorpresa, descubrió que el hombre no sólo era psicólogo, sino también psiquiatra. Así que se trataba de un médico cualificado. Al parecer, incluso trabajaba como profesor privado en el Departamento de Hipnosis Médica de la Universidad de Humboldt.

—Espera, Robert.

Stern sintió la mano de Borchert sobre su muñeca como si fuera un torniquete cuando se disponía a quitarse el cinturón de seguridad.

—Puede que le estés tomando el pelo a la mujer, a esa tal Carina, pero a mí no me engañas.

—No te entiendo.

Stern intentó liberarse de la mano del hombre sin éxito.

—¿Por qué juegas a ser sepulturero? El abogado penalista que yo conozco solamente sale de su enorme casa cuando tiene que cobrarle alguna factura a alguien. Nunca aceptaría llevar el caso de un niño psíquicamente perturbado, de eso estoy seguro. Un momento, deja que hable... —Stern sintió que su brazo se empezaba a entumecer de lo fuerte que apretaba Andi Borchert con sus dedos. El hombre no parecía oír el claxon de los coches que le adelantaban—. No soy idiota. Los abogados como tú no huyen de la policía sin más, así que dime por qué no quisiste que esperáramos en la empresa de transportes.

—Quería evitar tener problemas con Engler, eso es todo.

—¡Menuda estupidez! Ahora sí que los vas a tener a patadas, en cuanto el viejo Giesbach empiece a largar. Dime, ¿qué está pasando aquí?

Robert se quedó mirando la amplia acera que había al otro lado, a través de los cristales tintados de la ventana del pasajero: la calle estaba más concurrida que nunca. Eran los últimos días de octubre, pero la cafetería de la esquina ya había decorado el escaparate con un muñeco de nieve.

—Tienes razón —suspiró Stern finalmente. Cuando por fin quedó libre su mano se desabrochó la chaqueta.

Borchert alzó las cejas al ver que Stern le plantaba un DVD delante de sus narices.

—Esto estaba ayer en mi buzón.

—¿Qué es?

En lugar de contestarle, Stern insertó el disco en el reproductor de CD y la pequeña pantalla del sistema de navegación empezó a iluminarse.

—Míralo tú mismo.

Cerró los ojos y esperó a que los altavoces propagasen aquella inquietante voz como un gas venenoso en el interior del coche. Sin embargo, esta vez sólo se oyó un chasquido.

—¿Es que quieres tomarme el pelo, Robert?

Stern abrió los ojos desconcertado y observó las manchas rojas en la pantalla.

—No lo entiendo. —Apretó el botón, sacó rápidamente el DVD del reproductor y lo examinó por ambas caras para ver si estaba rayado—. ¡Debe de haberse estropeado! Anoche podía verse todo.

«¿Y si los puntos rojos que él había atribuido al desgaste del DVD no hubieran sido una simple ilusión óptica?».

—¿Qué quieres decir con todo? —preguntó Andi.

—Pues todo: la Voz, la unidad de lactantes... —Stern sintió que se ponía nervioso y empezaba a notar que su ataque de pánico iba en aumento—. Las imágenes grabadas de cómo murió Felix. Y las de un niño que se parece mucho a mi hijo.

Decidió empezar de nuevo desde el principio tras detectar un gesto de incompreensión en la cara de Andi, y le explicó lo mejor que pudo las impactantes imágenes con las que se había enfrentado la noche anterior.

—Por eso no puedo ir a la policía. Pretende matar a las gemelas. Así que tendré que descubrir por mí mismo por qué Simon sabía dónde estaba el cadáver. Sólo me quedan cuatro días para hacerlo —terminó diciendo Stern, sintiéndose aún un poco ridículo. Si hace dos días alguien le hubiera dicho que se vería inmerso en una historia tan fantástica como aquélla, se hubiera reído de él y lo hubiera enviado directamente al infierno.

Andi le cogió el DVD de las manos y encendió la luz del interior del coche. Debido a la llovizna que continuaba cayendo afuera, todo se veía empañado como si estuvieran en unos baños turcos.

—¿Qué piensas? —preguntó Robert con prudencia al ver que Borchert seguía sin decir nada después de pasados unos minutos.

—Te creo —dijo finalmente, al tiempo que le devolvía el disco plateado.

—¿De verdad?

—Quiero decir que te creo cuando dices que había algo grabado en el DVD. Esto de aquí es un EZ-D.

—¿Un qué?

—Un DVD desechable. Cuando trabajaba en la industria del cine existía sólo en forma de muestra. Lleva un recubrimiento especial de policarbonato que reacciona en contacto con el oxígeno. En cuanto lo reproduces y lo sacas del reproductor se vuelve inutilizable por la influencia de la luz y del oxígeno. En realidad se creó pensando en los videoclubs. De ese modo la gente no tenía que devolver las películas una vez que las habían visto.

—De acuerdo, eso lo prueba. Pero ¿qué se supone que debo hacer con un DVD

desechable? Contenía toda la información que no debo enseñarle a nadie.

—Robert, no me malinterpretes, pero... —Borchert se rascó detrás de su calva—. Primero encontramos ese cadáver y ahora te chantajea un desconocido que afirma que tu hijo aún vive. ¿No será que esas voces tuyas sólo existen en tu cabeza?

Stern observó las mejillas sonrosadas de Borchert y comprendió que la pregunta estaba completamente justificada.

¿Y si la muerte de Felix le había hecho perder la razón diez años después de que ocurriera? Debía de haber sido así. Cada uno de los hechos objetivos indicaban claramente que Felix había muerto. A pesar de ello, aquella horrible voz del DVD y los recuerdos de Simon habían puesto al descubierto, con una precisión despiadada, algo que se hallaba en lo más profundo de su ser. Algo cuya existencia nunca hubiera podido imaginar hasta ese momento: una vena sensible a los fenómenos sobrenaturales. Tuvo que admitir horrorizado que la ausencia de cualquier explicación racional no le importaba lo más mínimo, siempre y cuando una fuerza superior le permitiera volver a ver a su hijo.

Borchert tenía razón: estaba a punto de perder los estribos. Sus ojos se empañaron de lágrimas mientras ponía su mano encima del hombro de Andi.

—¿Sabes qué? Solamente lo tuve en mis brazos tres veces. —Stern no podía explicarse por qué había dicho una frase como aquella—. Una de ellas ya estaba muerto. —Las palabras brotaron de él sin control—. A veces me despierto en mitad de la noche, como hoy. Y entonces, allí está. Siento su olor. El cuerpo de Felix estaba frío cuando Sophie finalmente me lo entregó. Sin embargo, todavía olía como aquella mañana, cuando lo había sujetado en mis brazos por primera vez y le había puesto la crema para bebés.

—Y ahora quieres descubrir de verdad si él... —Stern se dio cuenta de lo difícil que se le hacía a Borchert pronunciar aquellas palabras—. ¿Si se ha reencarnado en alguien?

—Sí. No. —Robert se sorbió las lágrimas—. No lo sé, Andi. Pero debo admitir que soy incapaz de hallar una explicación racional al gran parecido que guardan ambos.

Le habló de la marca de nacimiento que tenía el niño que había soplado las velas de su cumpleaños.

—Está justo donde la tenía Felix. En el hombro. Y no deja de ser extraño, ya que normalmente se tienen en la cara o en el cuello. Ahora se ha hecho mucho mayor, por supuesto, pero lo más inquietante de todo es su forma: parece una bota.

—Y Felix... —Borchert titubeó—. Bueno... el niño al que enterrasteis. ¿También tenía una marca como ésa?

—Sí, yo mismo la vi. Antes y después de que falleciera.

Stern cerró los ojos con la esperanza de poder apagar el recuerdo que ahora le invadía. No lograba borrar las imágenes de la habitación del hospital y la mesa metálica en la que yacía su hijo mientras le hacían la autopsia.

—Lo siento —dijo Stern, se acarició la frente nervioso y, tras un momento de vacilación, finalmente salió del coche—. Puedo entender perfectamente que no me creas y que no quieras involucrarte más en esta locura.

Cerró con un golpe la puerta del pasajero y se dirigió a la entrada de la casa sin esperar la respuesta de Borchert.

Echó un breve vistazo al nombre que aparecía en la discreta placa que había en la puerta de hierro forjado y supo que había llegado a la dirección correcta: quinta planta, a la izquierda. Estaba a punto de llamar cuando detectó una cuña que evitaba que se cerrara la puerta. No sabía si acabaría necesitando una llave para el ascensor, como sucedía en la mayoría de las casas de alquiler que había en Berlín, por lo que decidió subir a pie por la escalera. Tardó un rato en llegar al ático y, respirando con dificultad, se dejó caer contra la barandilla desgastada y contuvo la respiración aterrorizado. Lo que le preocupaba no era su baja forma, sino la puerta de la consulta del doctor Tiefensee.

Estaba abierta de par en par.

—¿Estás bien, Simon? —preguntó el profesor Müller, mientras mantenía apretado el botón del interfono.

Observó el grueso cristal de la ventana de la sala adjunta, en la que se encontraba el aparato tomográfico, blanco como la nieve. Con una camiseta de manga corta y unos calzoncillos bóxer, Simon se hallaba tumbado dentro del tubo, al que se había introducido unos minutos antes como si se metiera en un horno. Era la quinta vez en cinco años que tenía que someterse a aquel proceso de media hora de duración. Desgraciadamente, las imágenes que se habían tomado de su cerebro mediante resonancia magnética sólo habían revelado un crecimiento incontrolado de las células de la cabeza. Sin embargo, esta vez, en contraste, su tumor no iba a ser el objeto de la investigación.

—Sí, todo bien.

La voz de Simon se oyó fuerte y nítida por el altavoz.

—¿Y de verdad funciona?

Müller había dejado de apretar el botón del micrófono a fin de que el niño no oyera lo que hablaban en la sala de al lado. Había dado su consentimiento para realizar el test únicamente porque sentía curiosidad. En realidad, deseaba ver con sus propios ojos aquel experimento neurorradiológico, sobre el cual sólo había podido leer hasta ahora. Además de él y del inspector de policía, la sala técnica también estaba ocupada por una rubia andrógina. Se la habían presentado a Müller como una persona experta en interrogatorios, con formación médica, que trabajaba para la Oficina Federal de Investigación Criminal. La mujer estaba jugueteando con sus pies por debajo de la mesa del monitor.

—Sí. De hecho, este método es más exacto aún que los test que se realizan con un polígrafo tradicional. Además, usted no hubiese permitido que Simon abandonara la clínica teniendo en cuenta su estado de salud. Así que recurrimos al detector de mentiras de la casa, de la clínica Seehaus. —Brandmann lanzó una carcajada.

—Así que usted no sabía que existiese algo así en el hospital, ¿verdad?

—¿Profesor Müller? —preguntó Simon por el interfono desde la sala contigua.

—¿Sí?

—Me hace cosquillas.

—No te preocupes. Aún puedes moverte si quieres.

—¿A qué se refiere? —preguntó Brandmann.

—Lo que le protege sus oídos del ruido. Cuando los tapones de espuma se calientan al cabo de un rato, se producen hormigueos.

—Muy bien. Ya estoy lista. —La mujer rubia salió mascando chicle de debajo de la mesa, después de lograr conectar finalmente su ordenador con el del hospital. Cogió una silla de oficina, se sentó delante del pequeño monitor gris y apretó el botón del interfono.

—Hola, Simon, me llamo Laura. —Su voz sonó amable, de manera inesperada.

—Hola.

—En seguida voy a hacerte un par de preguntas. La mayoría de ellas sólo tienes que responderlas con un «sí» o un «no», ¿de acuerdo?

—¿Ésa era la primera pregunta?

Las otros tres no pudieron menos que reír.

—Perfecto, veo que nos entendemos; entonces ya podemos empezar. Solamente una cosa: pase lo que pase, no debes abrir los ojos en ningún momento.

—Vale.

—Señores...

Laura hizo un movimiento con la mano en señal de invitación. Con una práctica maniobra, Müller activó el sistema electrónico del aparato de tomografía y el test empezó acompañado de los típicos golpes monótonos que sonaban como si alguien estuviera clavando una estaca. A pesar de que la puerta estaba insonorizada, no sólo podían oír aquellos golpes insistentes desde la antesala, sino que también eran capaces de sentirlos en su propia piel. Al cabo de unos minutos los sonidos dieron paso a unas notas graves de un bajo que parecían retumbar por las paredes del estómago.

—Antes de todo —dijo Laura—, dime tu nombre y tu apellido, por favor.

—Simon Sachs.

—¿Cuántos años tienes?

—Diez.

—¿Cómo se llama tu madre?

—Sandra.

—¿Y tu padre?

—No lo sé.

Laura alzó la vista hacia Müller y vio que éste se encogía de hombros un momento.

—Está en servicios sociales. Su madre se deshizo de él y nunca ha conocido a su padre.

La mujer policía le hizo diez preguntas más a las que el niño debía responder «sí» o «no», antes de pasar a la siguiente parte del test.

—De acuerdo, Simon. Ahora viene la parte más seria. Quiero que me mientas.

—¿Por qué?

—¿Has visto alguna vez las imágenes del ordenador que tomaron de tu cerebro?
—le contestó ella con otra pregunta.

—Sí, parecen nueces partidas por la mitad.

La mujer sonrió.

—Exacto. Ahora estamos captando algunas imágenes más de esas nueces, que luego podrás ver como en una película de vídeo. Y si ahora me mientes, notarás que hay algo raro en ellas.

—Pues bueno.

Laura miró fugazmente a Brandmann y al profesor, y continuó rápido con las preguntas.

—¿Tienes carné de conducir?

—Sí.

Müller se quedó mirando fascinado las imágenes de alta definición en tres dimensiones. Si bien en las respuestas anteriores no se había producido ningún tipo de reacción, ahora podían observarse ciertas oscilaciones de color rojo en la parte frontal de la neocorteza.

—¿Qué clase de coche conduces?

—Un Ferrari.

—¿Y dónde vives?

—En África.

—¿Lo ve? —dijo susurrándole Laura al profesor Müller—. Actividad cerebral extrema en el tálamo y la amígdala. Observe también lo que indican el resto de las zonas responsables de las emociones y las que controlan conflictos y pensamientos. —La mujer señaló en la pantalla, con ayuda de un bolígrafo medio roído, otra mancha roja intensa—. Esto es bastante típico. Cuando alguien dice la verdad, esta parte se mantiene fría. Pero para mentir, el sujeto tiene que aguzar su fantasía, por lo que necesita concentrarse mucho más. Nuestro *software* tiñe de color rojo la corriente cerebral que llama la atención, haciendo que se visualice la mentira.

—¡Fantástico! —soltó Müller inevitablemente.

No era de extrañar que aquel nuevo sistema resultara mucho mejor que los detectores de mentiras tradicionales. El polígrafo convencional solamente conseguía medir los típicos cambios que se producían en el pulso, la presión de la sangre, la respiración y la transpiración. Los sujetos que se habían preparado bien psicológicamente eran capaces de reprimir algunos de estos reflejos mientras mentían. Sin embargo, nadie podía controlar los cambios bioquímicos en el cerebro. En cualquier caso, no sin una preparación extensa.

Laura se tragó el chicle que masticaba y activó de nuevo el interfono.

—Muy bien, Simon, lo estás haciendo perfectamente. Sólo nos quedan las últimas preguntas y ya habremos terminado. A partir de ahora, deberás decir la verdad de inmediato. ¿De acuerdo?

—Sí, claro.

—¿Qué te regalaron para tu cumpleaños?

—Unas zapatillas de deporte.

—¿Qué más?

—Una regresión.

—¿Con el doctor Tiefensee?

—Sí.

—¿Fue un regalo de Carina?

—Sí.

—¿Te hipnotizaron?

—No lo sé. Creo que me dormí antes.

—¿Quién te lo dijo?

—Carina y el doctor Tiefensee. Pero pueden comprobarlo ustedes mismos.

—¿Cómo? —Laura se mostró en ese momento tan perpleja como el inspector Brandmann. No habían pensado que cabía la posibilidad de que surgiera una respuesta como aquélla.

—El doctor Tiefensee estuvo grabando durante toda la sesión. Pueden verlo si quieren.

—Muy bien, gracias por el consejo. ¿Qué ocurrió cuando despertaste de nuevo?

—Tenía aquel recuerdo en mi mente.

—¿Cuál?

—El del hombre muerto. En el sótano.

—¿Habías tenido alguna vez un recuerdo como ése?

—No.

—¿Alguna vez ha mencionado alguien en tu presencia el nombre de Harald Zucker?

—No.

—¿Quién te dijo que fueras a la fábrica?

—Nadie. Le pregunté a Carina si podía buscarme un abogado.

Müller echó un vistazo a Brandmann un momento, quien apenas podía apartar su mirada del monitor. Hasta entonces no se habían producido la más mínima oscilación en la pantalla.

—¿Por qué querías entonces un abogado?

—Quería ir a la policía. Había hecho algo que está mal y tenía que decírselo a alguien. Pero en las películas, lo primero por lo que preguntan siempre es por un abogado.

—Bueno, en seguida terminamos. Ahora viene la pregunta más importante, Simon: ¿has matado alguna vez a alguien?

—Sí.

—¿Cuándo sucedió?

—Maté a una persona hace quince años y a otra tres años después.

Müller dio un paso hacia delante y se acercó a la pantalla como si de repente se hubiera vuelto miope.

—Simon, por favor, me gustaría que pensaras en todas las personas con las que has hablado las últimas semanas o meses. Dentro o fuera del hospital, es indiferente. Piensa en Robert Stern, Carina Freitag, el doctor Tiefensee, los médicos... no importa quién. ¿Alguno de ellos te dijo que debías contarnos esta historia?

—No. Ya sé que creen que estoy mintiendo. —La voz de Simon sonó claramente cansada y más triste que indignada—. Piensan que quiero darme importancia o algo

así... Que sólo repito como un loro lo que dicen los demás.

Laura y Brandmann se dieron cuenta de que asentían al mismo tiempo.

—Pero no es eso —continuó el niño. Su voz sonaba cada vez más fuerte—. Fui yo. Yo los maté. La primera vez fue hace quince años. Maté al primero con un hacha y ahogué al segundo. Y luego hubo algunos más, pero no estoy seguro de cuántos eran.

Laura se volvió hacia Brandmann y Müller moviendo la cabeza con confusión.

Lo que observaban en aquel momento en el monitor era sencillamente incomprensible.

No era tan inusual encontrar en Berlín la puerta de una casa abierta si se trataba de la consulta de un médico. Pero que no hubiera nadie en la recepción y que la sala de espera estuviese vacía, eso ya era otra cosa. Stern tuvo que reprimir su innato instinto de supervivencia para entrar en la sala de tratamiento y gritar el nombre del médico.

—¡Hola! ¿Doctor Tiefensee? ¿Está usted ahí?

El letrero de cristal de la consulta, suavemente iluminado, no se correspondía con el estándar que normalmente utilizan los médicos para anunciarse. La decoración interior era agradable y se diferenciaba claramente de todas las consultas médicas que Stern había visitado hasta entonces. Empezando por la misma sala de espera, donde los pacientes podían acomodarse tranquilamente en un sillón orejero del estilo de la campiña inglesa.

Stern cogió su móvil y marcó el número que le había facilitado el servicio de información. Apenas unos segundos más tarde oyó desde una de las habitaciones de la parte trasera el sonido de un teléfono. Lo dejó sonar diez veces hasta que saltó el contestador.

Stern escuchó en seguida la voz del psiquiatra en su móvil; la misma que se percibía casi al mismo tiempo en el teléfono que se hallaba a unos veinte pasos de él.

El pasillo giraba a la izquierda por la mitad del camino. Stern continuó andando por el corredor hasta llegar a la esquina y el mensaje del contestador empezó a oírse más fuerte. El médico estaba informando de los horarios de visita. Hoy era sábado. Visitas solamente con cita previa.

Quizá esté con algún paciente. ¿Por eso no contesta al teléfono?

Stern llamó a la primera puerta que estaba cerrada. Suponía que era allí donde se hallaba el contestador, que entretanto se mantenía en silencio. Nadie contestó, por lo que decidió entrar, y en seguida reconoció la habitación que Simon había descrito aquella mañana. En el suelo yacía una colchoneta de color azul claro. Todo estaba limpio y ordenado meticulosamente. A pesar de que a través de los cristales penetraba la triste luz de aquel día de otoño, la habitación irradiaba un ambiente agradable y cordial.

—¿Hay alguien aquí? —intentó Stern de nuevo, y se dio media vuelta en seguida. Había oído un golpe sordo en la habitación de al lado.

¿Qué ha sido eso?

El ruido se repitió. Era un sonido parecido al de la madera, como si hubiera huesos cayendo en el suelo. Stern volvió rápidamente al pasillo y se detuvo frente a la puerta contigua. Tiró hacia abajo el pomo de latón para abrir la puerta. Sin éxito. La habitación estaba cerrada.

—¿Doctor Tiefensee?

Stern se agachó para echar un vistazo a través de la cerradura. Sus ojos necesitaron algún tiempo hasta acostumbrarse a una nueva condición luminosa

porque la lámpara del despacho del psiquiatra lo deslumbraba. Parpadeó un par de veces y entonces vio con claridad una silla medio caída sobre el suelo de parqué. Al principio no estaba seguro de dónde provenía la sombra que se extendía por el suelo como la niebla. Pero, entonces, el sonido de la agonía disipó todas sus dudas. Agarró de nuevo el pomo y tiró de él hacia abajo con todas sus fuerzas. En vano. Decidió lanzarse contra la puerta. Una vez; luego una segunda, cogiendo carrerilla. La chapa de madera de pino barnizada empezó a temblar y las bisagras chirriaron, pero no se dieron por vencidas hasta el cuarto intento.

El abogado oyó un fuerte crujido. Los hombros de su americana se desgarraron con una larga astilla de madera, y él cayó con torpeza, junto con la puerta totalmente destrozada en el elegante suelo de la consulta.

¡Otra vez no, por favor!

Stern se llevó las manos a la boca mirando fijamente inmóvil las piernas del doctor Tiefensee. Éstas estaban metidas en un pantalón de franela gris claro recién planchado y se movían de modo convulsivo a un metro del suelo. Su mirada se desplazó hasta la altura de la cabeza y deseó no haberlo hecho. Apenas era capaz de soportar la mirada de unos ojos protuberantes que, de repente, observaban los suyos con desesperación. Sin embargo, eran las manos del psiquiatra las que acabarían persiguiéndole en un futuro en sus peores sueños. Los dedos de Tiefensee seguían agarrándose al alambre que se hallaba incrustado profundamente en su cuello.

El gancho que pendía del techo estucado del antiguo edificio se había diseñado para colgar una araña de cristal pesada. Por eso soportaba sin problemas el peso de alguien tan alto como el psiquiatra.

Stern perdió unos valiosos segundos poniendo otra vez la silla en su sitio. Por algún motivo inexplicable, el psiquiatra se hallaba colgado a gran altura y sus pies no llegaban a tocar la superficie del asiento desde donde había saltado.

¿O desde donde lo habían empujado?

Intentó alcanzar las piernas del médico pero éstas no paraban de moverse con violencia. Sencillamente, no conseguía levantar al hombre sobre sus hombros lo suficiente para aliviarle la presión del cuello.

Maldición, maldición, maldición...

—Aguante un poco más —le gritó a Tiefensee, al tiempo que iba a buscar la pesada mesa de estilo Biedermeier para colocarla rápidamente debajo de aquel hombre agonizante. Su respiración se percibía cada vez más débil. Unos segundos más tarde, cuando los movimientos convulsivos del médico disminuyeron, Stern desistió de continuar con la idea de la mesa. Se subió él mismo encima de la silla, agarró con fuerza a Tiefensee por las rodillas y lo levantó.

—Demasiado tarde.

La voz distorsionada del teléfono le sorprendió tanto que estuvo a punto de soltar al psiquiatra.

—¿Quién es usted? —dijo tosiendo, incapaz de darse la vuelta debido a la posición en la que se encontraba.

—¿No me reconoce?

Por supuesto. Nunca podría olvidar tu voz aunque quisiera.

—¿Dónde está?

—Aquí. Justo a su lado.

Stern miró hacia la mesa del despacho que apenas había podido mover de su sitio. La luz roja de la webcam del monitor del ordenador le enfocaba directamente a él. ¡El asesino estaba comunicándose con él a través de internet!

—¿Qué significa esto? —preguntó Stern sin aliento. El peso de Tiefensee iba en

aumento a medida que hablaba, y se preguntó cuánto tiempo podría resistir así.

—Creo que ya puede soltarlo —le aconsejó la Voz.

El abogado miró hacia arriba. La cabeza de Tiefensee colgaba sin fuerzas hacia delante, con la boca medio abierta por su último grito de silencio. De sus ojos había desaparecido cualquier señal de vida. A pesar de ello, Robert se negaba a soltar su cuerpo y permanecía en su posición. Rendirse ahora hubiera parecido una traición.

—¿Qué es todo esto? —gritó desesperado en medio de la consulta.

—Mejor dicho, la pregunta es: ¿qué hace usted aquí? Teníamos un acuerdo: usted se encarga del niño y nosotros, del médico.

—¿Por qué lo han matado?

—Yo no he hecho nada. Tuvo una última oportunidad. Seguiría vivo si me hubiese revelado el nombre del asesino.

—¡Bastardo!

—Por favor, no nos alteremos demasiado. Tuvimos una conversación agradable con ese hombre, eso es todo.

Stern sintió que sus brazos le ardían, como si los hubiera puesto sobre una encimera. Incapaz de aguantar más, tuvo que soltar el cuerpo del psiquiatra. El gancho del techo crujió debido a la pesada carga.

—Tiefensee podría haber acabado con su tormento con facilidad, pero se mantuvo firme. Así que mis compañeros lo colocaron sobre el respaldo de la silla. Observé tranquilamente desde mi casa el tiempo que aguantaba su peso de puntillas: doce minutos y cuarenta y cuatro segundos. No está mal para un hombre de su edad.

—Es usted maléfico. Está completamente loco. —Stern se inclinó hacia la pantalla del ordenador.

—¿Por qué lo dice? En realidad debería estar contento. Créame, si Tiefensee hubiera sabido cómo es que Simon conocía el lugar donde se iban a encontrar los cadáveres, me lo hubiera dicho antes de perder el equilibrio.

El móvil de Stern empezó a vibrar en el bolsillo de su pantalón, pero decidió ignorar la llamada.

—Eso significa que tiene usted un sospechoso menos del que preocuparse. A partir de ahora, sin embargo, debería aprovechar bien su tiempo.

—¿Quién es usted?

Robert movió el ratón y el protector de pantalla desapareció del monitor. No logró ver nada diferente de la pantalla normal del usuario. Estaba a punto de examinar el navegador cuando, de repente, el diodo luminoso de la webcam desapareció. La Voz había interrumpido la conexión. Al mismo tiempo, un programa externo se había encargado de eliminar todas las entradas del explorador de internet y el ordenador se había apagado automáticamente. La Voz había borrado sus huellas digitales.

¡Maldita sea!

Bañado en sudor, Stern se dejó caer en la silla del escritorio y clavó la mirada en el cuerpo sin vida del psiquiatra que colgaba del techo como un espeluznante

péndulo.

No fue hasta pasados unos segundos cuando se dio cuenta de que una de las luces del moderno teléfono del despacho que había delante de él continuaba parpadeando.

—¿Sigue usted ahí? —preguntó.

—Naturalmente —le respondió la Voz—. Pero será mejor que usted cuelgue.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo oye?

Stern se levantó de la mesa del despacho, retrocedió un paso y miró en dirección a la puerta: efectivamente, el ruido que provenía de la escalera era similar al de un cable de metal tensado.

El ascensor.

—Tiene visita. Échele un vistazo a la agenda que tiene delante.

Las pupilas de Stern se dilataron al ver la nota subrayada en color rojo:

INTERROGATORIO POL. - INSP. MARTIN ENGLER.

Miró su reloj. La Voz lanzó una carcajada.

—Supongo que estará aquí en treinta segundos.

Maldita sea. ¿Cómo es que Borchert no me ha avisado? Stern sacó su móvil del bolsillo. Se sintió mareado al ver las numerosas llamadas sin responder. Al parecer había puesto el teléfono en silencio por error.

A continuación, el móvil volvió a parpadear y empezó a sonar rápidamente, más fuerte que nunca. El penetrante sonido invadía, además de la habitación donde se hallaba, el resto de la consulta; incluido el pasillo y la recepción. Stern necesitó un segundo de reacción para comprender que aquel ruido no provenía de su móvil, sino del timbre de la puerta de la calle. Engler acababa de llegar.

—¿Hola? ¿Doctor Tiefensee?

Las palabras del inspector de policía llegaron arrastrándose desde la entrada a través del largo pasillo que conducía a la sala de tratamiento.

El resfriado de Engler había empeorado claramente durante los últimos días, y ahora le había pasado a los pulmones. Apenas lograba elevar el tono de su voz afónica para llamar al psiquiatra en voz alta.

—¿Y ahora qué? —susurró Stern al aparato. Ya había desconectado el interfono para no llamar la atención del policía. El inspector seguía todavía en la entrada de la recepción, pero no tardaría mucho en atravesar el pasillo, doblar la esquina y ver la puerta hecha añicos. *Y entonces...*

—¿Hay alguien ahí? —volvió a preguntar Engler, y en seguida empezó a toser.

En algún lugar se escuchaba chirriar en silencio el picaporte de una puerta sin engrasar. Stern acercó aún más el aparato a su oído. El pánico golpeaba la sangre por los canales auditivos con tanta velocidad que le costaba entender aquella voz distorsionada.

—¿Pretende que yo le ayude? —se rió el extorsionista silenciosamente—. ¿Precisamente yo?

—Es mejor que me saque de aquí si no quiere que hable con la policía —siseó Stern, enfurecido—. ¿Hay alguna puerta trasera por aquí?

—No. Y tampoco intente salir por la ventana. Sólo se abren por arriba.

—Entonces, ¿qué?

Por el chirriante sonido que provenía del parqué, parecía que Engler llevaba puestas unas botas de tachuelas. Al parecer ya había entrado y se hallaba en medio del pasillo. Stern oyó el golpe de una puerta que se cerraba.

—Vaya hasta la puerta de la habitación y quédese al lado del armario de los medicamentos.

Está bien.

Robert intentó no hacer ruido mientras se deslizaba rápidamente por la habitación. Estuvo a punto de tropezar con un archivador que se había caído al suelo. Consiguió mantener el equilibrio justo a tiempo, pero no pudo evitar chocarse con el cuerpo de Tiefensee. El gancho del techo crujió de modo amenazador cuando el cadáver volvió a moverse de un lado a otro.

—¿Y ahora qué?

Había alcanzado la puerta y estaba aplastado entre el marco de la puerta y un armario blanco de medicinas con cristales de facetas empotrados.

—Abra el armario.

Stern hizo lo que le ordenó la Voz.

Tres habitaciones más allá volvió a escucharse el picaporte de una puerta. Engler estaba procediendo sistemáticamente: una habitación tras otra. También cerró esta

puerta decepcionado.

—¿Ve usted las tijeras de cirujano que están en el segundo cajón empezando por abajo?

—Sí.

Stern cogió el brillante instrumento de metal. Sintió que las tijeras estaban frías.

—Bien. Cójalas y espere a que Engler entre en la habitación. —La Voz también le susurraba ahora—. Aguarde hasta que se dé cuenta de la presencia del cadáver. Así podrá pillarle por sorpresa.

—¿Y entonces qué?

—Entonces podrá clavárselas en el corazón.

—¿Se ha vuelto loco?

Las tijeras empezaron a arder en sus manos como si fueran fuego. ¿Estaba soñando o todo esto estaba ocurriendo de verdad? ¿Realmente se hallaba de pie en una habitación, con un cadáver colgando del techo y sosteniendo unas tijeras mientras hablaba con un psicópata?

—¿Tiene alguna idea mejor?

—No, ¡pero tampoco pienso matar a nadie!

—A veces resulta la mejor solución.

Se escuchó un nuevo crujido en el pasillo. Engler se había propuesto entrar en todas las habitaciones.

La voz distorsionada se rió fríamente.

—Bien, ya veo que tendré que echarle una mano.

Stern sintió en su rostro sudoroso una corriente de aire, como si alguien hubiese abierto una ventana en algún lugar. Era imposible que fuera Engler, porque en aquel instante estaba caminando de nuevo por el pasillo. Dos pasos más; tres, como máximo. Entonces doblaría la esquina y vería las astillas de madera en el suelo de parqué. El abogado esperaba ver en cualquier momento la punta de los zapatos del policía asomando por el umbral de la puerta.

—¿Hola? —Oyó cómo alguien hablaba de repente. Su corazón estuvo a punto de ahogarse con la sangre que intentaba fluir cada vez más lenta por su cuerpo.

No puede ser verdad.

La Voz. Había estado allí todo aquel tiempo. Sólo quedaba una habitación más. A diferencia de las botas de Engler, las suelas de goma del asesino apenas hacían ruido en el suelo.

—¿Me buscaba?

Stern contuvo el aliento. Estaba tan tenso que sentía que le estallaban los oídos. De repente, todo lo que había a su alrededor se oía más alto. A pesar de ello, era incapaz de ponerle una cara conocida a aquella nueva voz.

—Perdón por mi atuendo. Ahora mismo estoy en mitad de un experimento —dijo el hombre con voz normal. Sin embargo, el sonido era ronco, como si hablara tapándose la boca con un pañuelo.

—¿Es usted el doctor Tiefensee? —le preguntó el policía con desconfianza en el pasillo.

—No, el doctor acaba de salir a comer. Espere, no me haga caso. Está de suerte, por ahí viene.

—¿Por dónde? —Fueron las últimas palabras que Stern pudo oír. A continuación se oyó un grito ahogado seguido de un chasquido electrostático. Era parecido al ruido de una bombilla fundiéndose, si bien su volumen era mayor.

Electrochoque, pensó Robert. En lo más profundo de su interior deseaba correr hasta la puerta y ver lo que estaba ocurriendo en el pasillo en ese instante. Pero sentía demasiado miedo. No por Engler. Ni porque lo arrestaran. Tenía miedo de un loco como aquél, cuya voz no distorsionada escuchaba ahora por primera vez.

Abstraído, dejó caer la mano con la que se había estado tapando la boca todo el rato. En seguida oyó que los pasos de la persona con los zapatos de suela de goma se alejaban. Se oían como si fuera la pelota de un niño que rebotara en el suelo una y otra vez.

Con cuidado, Stern se apartó de la pared en la que había estado apoyado hasta entonces y salió al pasillo con las piernas temblorosas. Justo a tiempo para ver la figura de alguien con el cabello largo que cerraba de golpe tras de sí la pesada puerta de la entrada. El abogado se encogió de hombros y miró a Engler. Como se esperaba, el policía se encontraba tendido en el suelo sin moverse. Ambos brazos y piernas se hallaban separados del cuerpo de forma poco natural, como si hubiesen lanzado al hombre desde un vehículo en marcha.

Stern se inclinó hacia él y le examinó el pulso. Aliviado por saber que el policía aún estaba vivo, avanzó con cautela hacia la puerta principal. Sus pasos se apresuraron algo más en cuanto salió del apartamento y bajó los primeros peldaños de la escalera. Al llegar a la tercera planta aminoró la marcha. Se agarró con fuerza a la barandilla de la escalera mientras iba dejando atrás los peldaños. Pero, una vez abandonó por fin el edificio y logró salir a la concurrida calle, se dio cuenta de que ya era tarde. Demasiado tarde. El hombre del cabello largo con la bata blanca de médico que acababa de dejar a Engler fuera de combate, y que anteriormente había asesinado a Tiefensee, ya hacía rato que había desaparecido entre la multitud de turistas, hombres de negocios y transeúntes. Y se había llevado consigo toda la verdad sobre Felix.

Los animales de vida nocturna se hallaban en el sótano de la cámara de depredadores. La oscuridad difusa que les acogía en su interior le recordaba a Stern las veces que había entrado en el cine después de que ya hubiese empezado la película, viéndose obligado a buscar su asiento mientras transcurría la escena más lúgubre de ésta. Si embargo, su nariz se veía embriagada por un olor húmedo y caliente similar al de una tienda de animales, aunque más cálido de lo habitual.

—Es fantástico.

Simon hizo que se acercara a uno de los gruesos cristales, detrás del cual se hallaban varios ovillos peludos refugiándose por todas partes. Por algún motivo concreto, las personas que entraban en algún lugar oscuro bajaban normalmente su tono de voz al hablar. El niño también susurraba en aquel momento:

—Parecen tan fuertes...

—*Nycticebus* enanos —leyó Stern en la placa débilmente iluminada, sin mirar siquiera a los lémures. Todavía estaba bajo el efecto de una conmoción. Tras haber huido de la consulta, Borchert le había acompañado con su coche hasta el lugar donde debía encontrarse con Carina. Ahora se hallaba en el recinto de los animales nocturnos del zoológico de Berlín, pero su cerebro no estaba ni mucho menos en condiciones de procesar ningún tipo de sensaciones. Una y otra vez giraban en su cabeza, como si se movieran en un bucle, las mismas preguntas sin respuesta:

¿Quién hay detrás de la Voz? ¿Cómo conocía Simon dónde estaban los cadáveres? ¿Quién mató a todos esos hombres? ¿Y por qué necesita asesinar a alguien en el presente para descubrir lo ocurrido?

Stern tuvo que admitir con sorpresa que preguntas como aquéllas le interesaban por un único motivo: porque sus respuestas podrían devolverle a su hijo. Cerró los ojos.

Estoy completamente loco.

Entretanto esperaba seriamente que los recuerdos de Simon pudieran proporcionarle una prueba de su reencarnación y, con ello, de que Felix aún seguía con vida. En contra de cualquier hecho objetivo.

—Perdona, ¿qué me decías?

Stern se inclinó hacia Simon, quien no dejaba de tirarle de la manga. El niño le había estado comentando algo, pero sus palabras se habían extraviado antes de llegar al oído del abogado, en medio de la oscuridad.

—¿Va a venir pronto Carina? —Simon repitió su pregunta.

Robert asintió. La mujer acababa de encerrarse en los lavabos para llorar en privado. Carina nunca se había enfadado tanto con él como cuando se habían encontrado en la Puerta de los Elefantes. Había conseguido llevarse a Simon del hospital a escondidas gracias a la ayuda de un enfermero al que conocía bien, y en seguida le había pedido explicaciones al abogado de por qué debían correr un riesgo

como ése. Y Robert había decidido explicárselo todo. En voz baja, para evitar que Simon les escuchara mientras caminaban por el zoo prácticamente desierto: el DVD, el niño con la marca de nacimiento y el siniestro encargo que le había planteado la Voz. A diferencia de Borchert, parecía que Carina le había creído en seguida. Stern podía sentir que la mujer confiaba de verdad en la posibilidad de que hubiera una reencarnación de Felix. En cualquier caso, mucho más de lo que él lo había hecho.

Sin embargo, cuando le explicó el horrible final que había tenido Tiefensee, comprendió el peligro que los acechaba a todos ellos. La enfermera había hecho lo posible por mantener la compostura cuando se liberó de su abrazo. Pero él sabía cómo se sentía por dentro. Y sabía que sería un error correr detrás de ella si lo que realmente deseaba era estar sola.

—Sí. En seguida estará con nosotros —murmuró Robert. Ambos siguieron caminando hasta la siguiente exposición.

—Bien —le contestó Simon—. Picasso ha dicho que debemos estar de vuelta a las cuatro o si no se chivará.

¿Picasso? Stern tardó unos segundos en recordar mentalmente la imagen del enfermero barbudo. A pesar de que se había tropezado aquella mañana con él y con el viejo fanático de ABBA, recordaba aquel impetuoso encuentro como si se tratara de una escena sacada de una otra vida completamente diferente. Visto de este modo podría decirse que tenía algo en común con Simon.

—No te preocupes —dijo acariciándole la peluca al niño—. Y, por cierto, tampoco te preocupes por el detector de mentiras.

—He aprobado el test.

Éstas habían sido las primeras palabras que Simon había dicho mientras le saludaba compungido hacía un rato. Stern sabía lo que significaba para el pequeño. Si bien el resultado le había absuelto de ser un mentiroso, al mismo tiempo le había marcado para siempre como un asesino. El niño decía la verdad. Robert casi sintió vergüenza de sí mismo por alegrarse de recibir aquella noticia. Porque cuanto más impenetrable era el secreto de Simon, más esperanzas tenía él en lo referente a Felix.

—De verdad, no tienes por qué preocuparte —repitió Robert, quien se quedó de pie junto a Simon delante del terrario, que contenía varios degús similares a las ratas.

—¿Por qué debería hacerlo? Están todos encerrados...

—No me refiero a eso. Hablo de tus recuerdos malvados. ¿No te dan miedo?

—Sí, claro. Pero...

—¿Qué?

—Que a lo mejor ése es mi castigo.

—¿Por qué?

—Quizá estoy enfermo por eso. Porque hice cosas malas hace tiempo.

—No tienes que pensar algo así, ¿me oyes? —Stern cogió al niño por el hombro de su chaqueta de pana.

—Quienquiera que haya matado a esos hombres, el Simon Sachs que está delante

de mí ahora mismo no es el responsable de ello.

—¿Y entonces quién?

—Eso es lo que estoy intentando averiguar. Y para eso necesito tu ayuda.

Stern agradeció el hecho de que el recinto de los animales nocturnos recibiera menos visitas que el resto del zoológico. De ese modo no había personas ajenas que pudiesen seguir aquella grotesca conversación. Decidió indagar un poco más en la fantasiosa reencarnación de Simon mientras continuaban caminado.

—¿Tenías un nombre distinto hace quince años?

—No lo sé.

—A lo mejor tenías otro aspecto...

—Ni idea.

Quitó la mano que le había puesto encima de su hombro. El niño empezó a dar leves golpes con el nudillo de su dedo índice contra el cristal del terrario. A excepción de un montículo de tierra y varias plantas propias del desierto, éste no albergaba ningún tipo de animales.

Carina, que se había unido a ellos de nuevo, se mantenía algo alejada, como si no quisiera interrumpir la conversación. Por un momento, a Stern le invadió la idea de que el hecho de hablar acerca de fenómenos inexplicables justo delante del recinto de los murciélagos podría ser algo más que una mera coincidencia. Los vampiros voladores que vivían allí «captaban» su entorno como una imagen de ultrasonidos.

—¿Sabes por qué mataste a esos hombres? —le preguntó. Cualquier visitante del zoo que le hubiese escuchado hacer una pregunta como aquella habría llamado a seguridad en seguida.

—No lo sé. Creo que eran todos malos.

Crac. Crac.

Stern se acordó de la luz parpadeante del sótano que Simon había descrito aquella mañana.

«Encendiéndose. Apagándose».

Antes de que pudiera preguntarle si recordaba algo más, el niño emitió una tos seca. Stern miró asustado a Carina, quien también lo había oído. Ambos se acercaron hacia él rápidamente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella con preocupación al tiempo que le tomaba a Simon la temperatura en la frente. Luego lo condujo hasta el centro de la espaciosa sala donde estaban, en la que había un enorme panel que ofrecía a los visitantes una vista general de los animales que podían observar en el zoológico. Era el lugar más iluminado de todo el sótano, por lo que se veía algo más que las siluetas difuminadas de la gente. Stern se tranquilizó al ver una señal de alivio en el rostro de Carina y el niño sonrió: simplemente se había atragantado.

Robert aprovechó la ocasión para sacar del bolsillo de su abrigo un trozo de papel quebradizo. Estaba increíblemente bien conservado, teniendo en cuenta que había estado en manos de un cadáver durante más de diez años.

—Simon, échale un vistazo a esto. ¿Lo reconoces?

Carina se apartó a un lado para evitar que su sombra impidiera ver el dibujo.

—Yo no lo dibujé —afirmó Simon.

Crac.

—Lo sé. Pero se parece mucho al dibujo que hay en la clínica.

—Un poco.

—¿Cuándo lo pintaste?

Crac.

—Cuando me desperté. Un día después de la regresión. Soñé con él.

—Pero ¿por qué? —Stern miró a Carina, pero ella también se encogió de hombros—. ¿Por qué pintaste ese campo?

—No es un campo —respondió Simon, que tosió de nuevo y cerró los ojos.

Stern conseguía verlo ahora con claridad. La lámpara polvorienta del sótano había empezado a parpadear, arrojando una luz intermitente sobre los recuerdos de Simon.

—¿De qué se trata entonces?

En algún lugar de la sala se escuchó el sonido de una puerta que se cerraba de golpe. Una niña empezó a reírse para sus adentros.

—De un cementerio —dijo Simon.

Crac.

—¿Y quién yace allí?

Crac. Crac.

El abogado sintió una mano sobre su hombro, cuyos dedos se clavaban en su cuerpo a través de su abrigo como si lo acabaran de atrapar robando en un supermercado. Le agradecía a Carina aquel dolor. En parte le distraía del horror psíquico que le supondría escuchar la respuesta de Simon:

—Creo que se llama Lucas. Si queréis puedo llevaros hasta él. Pero...

—Pero ¿qué?

—En la tumba solamente está su cabeza.

Estaba tan cansado... Primero todas aquellas preguntas, luego los ruidos adormecedores en el interior del tubo del escáner, después el aire fresco y, finalmente, la luz tenue del recinto de los animales nocturnos. Deseaba mantenerse despierto y seguir oyendo. Pero cada minuto que pasaba se le hacía más difícil, sobre todo porque el coche olía tan bien y su modo de vibrar resultaba muy agradable.

Simon inclinó su cabeza en el hombro suave de Carina y cerró los ojos. El estómago de ella empezó a gruñir y el niño notó que la mujer no se encontraba bien. De hecho, no lo estaba desde que él les había hablado de aquel dibujo del cementerio y el cuerpo de Carina había empezado a temblar mientras Robert la abrazaba un momento. Quizá fuera tan sólo porque no soportaba a aquel conductor gordo al que el abogado llamaba «Borchert». Hablaba siempre respirando de un modo muy extraño y, a pesar del frío del exterior, solamente llevaba puesta una fina camiseta de manga corta con una mancha semicircular por debajo de los brazos.

—¿Alguno de vosotros ha estado alguna vez en Ferch? —preguntó Robert desde el asiento delantero.

Simon parpadeó al oír el nombre de aquel lugar que ya había pronunciado en el recinto de los animales nocturnos. En realidad, ya no estaba tan seguro de que el cementerio estuviera de verdad allí. De momento no era más que un vago presentimiento. *Ferch*. Las cinco letras aparecían ante él como brillantes signos de exclamación en cuanto cerraba los ojos.

—Sí, eso está en Schwielowsee, justo detrás de Caputh.

—¿Por qué lo sabes? —preguntó Stern al conductor con desconfianza.

—Porque el Titanic está cerca de allí. Era mi discoteca más grande.

Simon sintió que Carina se removía en su asiento.

—¿Lograremos estar de vuelta antes de las cuatro?

—Según mi GPS llegaremos allí dentro de treinta y cinco minutos. Será un poco justo. No habrá mucho tiempo de echar una mirada en los alrededores.

Stern suspiró.

—¿Se ha dormido el niño?

Su voz sonó tan fuerte como si se hubiera dado media vuelta hacia Carina. Simon notó que ella se inclinaba sobre él; el muchacho no se atrevía a respirar.

—Sí, creo que sí.

—De acuerdo, es que me gustaría preguntarte algo. Pero te ruego que seas sincera porque empiezo a pensar que estoy perdiendo el juicio. ¿Realmente crees en ello?

—¿En qué?

—En la transmigración de las almas. En la reencarnación. En que todos hemos vivido ya una vida anterior.

—Bueno, yo... —Carina respondió titubeante, como quien espera ver primero la reacción de su interlocutor antes de manifestar por fin su opinión real—. Sí, creo que

sí. Las personas que han vivido una experiencia cercana a la muerte parecen constatarlo. La mayoría sintió que su alma se separaba de su cuerpo antes de resucitar. Y no sólo eso. Algunas de ellas dicen incluso que, mientras morían, ya sabían el cuerpo al que migraría su alma después de la muerte.

—Tan sólo son leyendas. No son pruebas contundentes.

—Pero también existen algunas.

—¿Por ejemplo?

Simon notó que el abogado lo preguntaba con incredulidad.

—¿Conoces el caso de un niño de seis años llamado Taranjit Singh?

No hubo ninguna respuesta, por lo que Simon supuso que el abogado había movido la cabeza en señal de negación.

—Vive en la India, en la ciudad de Jalandhar. El caso sucedió de verdad; hace poco leí un reportaje sobre el asunto. La reencarnación es una parte esencial del hinduismo. Los hindúes creen que todos poseemos un alma inmortal que pasa a otro cuerpo tras la muerte, a veces incluso al de un animal o una planta.

—No sé por qué debería parecerme interesante algo así —susurró Stern, sobre todo para sí mismo y en voz baja, de modo que Simon apenas entendió lo que decía.

—Taranjit es tan sólo uno de los numerosos casos de reencarnación ocurridos en la India que están fielmente documentados. Un conocido investigador, Ian Stevenson, interrogó a más de tres mil niños.

Stern asintió con un bufido.

—Ya he oído hablar de eso.

—¿Qué pasó con ese tal Tanjuk? —preguntó Borchert.

—Taranjit —le corrigió Carina—. El niño afirmaba ser la reencarnación de un joven de un pueblo vecino que había perdido la vida en un accidente de coche en 1992. Era capaz de recordar los detalles más increíbles, a pesar de que nunca había salido del pueblo donde vivía.

—A lo mejor escuchó hablar a sus padres alguna vez acerca del accidente. También pudo haberlo leído en el periódico.

—Sí, así es como la gente intenta hallar una explicación lógica. Pero ahora viene lo interesante. —Simon sintió que a Carina le latía el corazón más rápido—. Un famoso criminólogo de la India, Raj Singh Chauhan, deseaba obtener una prueba objetiva. Así que, ¿qué creéis que hizo?

—¿Usar el detector de mentiras, como han hecho con Simon?

—Algo mucho mejor. Chauhan es experto en el campo de la grafología forense. El hombre comparó la letra de Taranjit con la del joven fallecido.

—Venga ya...

—Sí, es cierto. Ambas letras eran idénticas. ¿Puedes explicármelo?

Simon ya no pudo oír la respuesta de Robert. A pesar de que se había propuesto firmemente seguir despierto al menos un minuto más, fue incapaz de luchar contra el sueño. Sólo logró captar el nombre de Felix y que hablaban acerca de una voz en un

DVD. Luego cayó dormido. Su sueño perturbador comenzó como siempre. Pero hoy la puerta se abrió con más facilidad.

Y no le costaba tanto como la primera vez bajar las escaleras que conducían al oscuro sótano.

Simon se despertó en cuanto su cuerpo se vio arrastrado hacia delante en el asiento tras frenar el vehículo en seco.

—¿No puedes ir con más cuidado? —dijo Carina con enfado. Su voz sonaba algo ronca, como si hubiera estado llorando otra vez.

—Lo siento, pensaba que el semáforo estaba en verde —protestó Borchert.

Simon sintió en seguida que la fuerza centrífuga oprimía su cabeza contra el pecho de Carina. Al doblar la curva el coche empezó a zarandearse, lo que indicaba que probablemente estaban recorriendo una carretera adoquinada.

—Robert, ¿tienes alguna idea de por qué te enviaron ayer el DVD?

Simon se aguantó las ganas de bostezar. No tenía ni idea acerca de lo que estaban hablando los adultos.

—Para que le haga el trabajo sucio a ese cerdo. Debo encontrar al asesino.

—¡Tonterías! —protestó Carina—. Dudo que alguien capaz de reunir en un vídeo como éste imágenes grabadas hace más de diez años necesite la ayuda de un abogado defensor advenedizo.

—En eso la chica tiene razón —aprobó Borchert.

—¿De qué que se trata entonces, según vosotros?

—Sólo se me ocurren dos razones para que alguien decida hacer algo así después de tantos años: dinero o dinero.

—Muy gracioso, Andi. ¿Podrías aportar alguna teoría más concreta?

—Sí, ¿qué tal ésta?: Simon dijo que se trataba de hombres malos. Asesinos, me refiero. Puede que todos formaran parte de lo mismo. Alguna organización, una banda... ¡qué sé yo! Diría que han hecho un gran negocio traficando con droga y que uno de ellos no ha querido repartirlo con el resto. El individuo se los cargó a todos, menos a uno.

—La Voz del DVD —dijo Stern.

—Exacto. Y ahora está buscando al asesino porque quiere su parte.

—Es posible. Parece bastante creíble. —Carina había pedido la palabra—. Pero entonces, ¿cómo puede saber Simon todo eso teniendo en cuenta que rechazáis la posibilidad de que se haya reencarnado? ¿Y quién es el niño con la marca de nacimiento? No tenemos respuestas a ello. Sólo hay algo seguro, Robert: te están utilizando. La pregunta es: ¿por qué?

—Muy bien, chicos. —Borchert pisó el freno—. ¡Ya hemos llegado!

Simon parpadeó. Sus ojos somnolientos enfocaron primero dos gotas de lluvia que resbalaban como si fueran lágrimas por el cristal tintado de la ventana del coche. Luego miró hacia fuera: el seto de un cuidado jardín apareció ante él. Detrás, se extendía suavemente hacia arriba la colina de un campo cubierto de hojas húmedas y marchitas.

La visibilidad mejoró en cuanto Borchert volvió a aminorar la velocidad. Simon

se soltó de los brazos de Carina y apretó con sus manos sudadas el frío cristal. No lograba recordar la colina que tenía ante sí, pero ya había visto antes la iglesia de color arenisca. Era exactamente igual que la de su dibujo de la ventana del hospital.

—¡Es increíble!

La carcajada de Borchert provocó que los miembros de un cortejo fúnebre le lanzaran una mirada asesina. Le sacó la lengua a una mujer de pelo corto y oscuro, con la raya en medio, y se rió sarcásticamente cuando ésta, indignada, se volvió hacia él.

—No, lo digo en serio, este día pasará a la posteridad.

Stern tuvo que admitir también que aquella situación no dejaba de tener algo divertido.

Diez minutos antes apenas habían dado crédito a sus ojos y a sus oídos al entrar en la iglesia de color piedra. De pie, detrás de un sobrio altar protestante, se hallaba un hombre con el cabello corto y los ojos amables y brillantes. El cura no llevaba puesta la vestimenta propia de los clérigos, sino un traje azul oscuro con chaleco incluido. En lugar de una corbata, se había puesto una bufanda de color verde sobre los hombros, y el hecho de que se la hubiera atado con torpeza por delante daba a aquella imagen un tono simpático. Al igual que su discurso fúnebre. Se espaciaba hablando de las costumbres del difunto, de sus numerosos paseos por el bosque entre excrementos de jabalíes. Como prueba mostraba a los dolientes una fotografía de tamaño más que natural de quien había dejado este mundo y la congregación, en su mayoría mujeres, contemplaba con asombro y cierta melancolía el perro de raza basset de color pardo rojizo que en vida debía de haber pesado, como mínimo, treinta kilos.

«Funerales ecuménicos para animales oficiados por el reverendo Ahrendt. Último sábado de cada mes» podía leerse en el anuncio que colgaba en la puerta de la iglesia. No lo habían visto hasta que no hubieron salido del templo, mientras seguían al grupo de la congregación. En aquel momento se hallaban todos caminando dificultosamente bajo la llovizna por el áspero pavimento salpicado de grava, mientras se dirigían a la parte trasera de la iglesia. Stern volvió a maldecir no haber cogido su paraguas. La camisa mojada se le enganchaba al pecho como si se la hubiera puesto recién sacada de la lavadora. Simon volvería a coger una neumonía si seguían así. Afortunadamente el niño se había quedado en el interior del coche con Carina.

—No puedo creérmelo. —La risa de Andi sonó como si se hubiera atragantado con una espina de pescado—. Están cargando sobre los hombros a ese animal gordo dentro de un ataúd de madera.

—Bueno, no hay nada de malo en ello. Yo también hice algo parecido con mi primer perro.

—Estás loco.

—¿Por qué? En aquella época tenía la edad de Simon y me sentía contento de que mi padre hubiese organizado una despedida así. Pero nosotros lo enterramos en el jardín, no en un cementerio de verdad como aquí.

Se aproximaron a la verja de madera, que se hallaba algo inclinada y que separaba el terreno de la iglesia del recinto privado del centro de acogida de animales.

Stern dio un largo paso y se unió al insólito párroco. Mientras aguantaba la puerta del jardín a sus invitados, el hombre saludó también a Robert con un apretón de manos y una sonrisa abierta. Cuando el abogado se dio cuenta de que aquel hombre llevaba dentadura postiza casi prefirió que no se hubiese dirigido a él tan amablemente.

—Perdone mi intrusión, pero ¿es éste el mismo camino que conduce al cementerio?

—¡Oh! ¿No pertenecen ustedes a la congregación de Hannibal? —preguntó Ahrendt, sorprendido.

—Me temo que no. Estamos buscando la tumba de... eh... una persona. —Stern se sintió como un mal mentiroso, a pesar de haber dicho la verdad.

—Siento desilusionarle. El centro de acogida de animales nos arrendó este terreno, pues nuestra comunidad no dispone del dinero suficiente para acondicionar este lugar como cementerio para las personas. Deberán dirigirse al pueblo de al lado.

—Ya veo.

El cura se disculpó y Stern lo siguió con la mirada mientras éste se unía a sus feligreses, que le esperaban al volver la esquina, junto a un arbusto de rododendro.

Borchert sacudió la cabeza ante la última frase del cura.

—Están totalmente pirados. Para poder encontrar un cementerio de verdad hay que ir hasta el siguiente pueblo; sin embargo, aquí ¡los animales disfrutaban de un campo de fútbol!

Aquella observación no dejaba de ser un poco exagerada, ya que el tamaño del campo de brezal dividido en parcelas ocupaba, como máximo, quinientos metros cuadrados. A pesar de ello, daba la impresión de que era demasiado grande para lo que se utilizaba. A Stern le costaba imaginarse que en aquel lugar pudiese haber una fuerte demanda en lo que a entierros de animales se refería. Aun así, el número de lápidas que se extendía por el terreno parecía indicar todo lo contrario. Estaban colocadas sin demasiado orden y quedaban separadas las unas de las otras por varias coníferas que se alzaban del suelo como dientes afilados. Stern decidió echar un vistazo a su alrededor antes de volver.

—Te esperaré aquí —le gritó Borchert. Al parecer había encontrado un lugar seco donde resguardarse de la lluvia bajo un roble robusto y no quería abandonarlo.

Argos, Bambi, Vainilla, Micky, Lila... Los nombres de los animales de las lápidas ante las que pasaba Stern eran tan diferentes como sus respectivas tumbas. En la mayoría de ellas se observaba una cruz blanca o una piedra cuadrada de granito acompañada de una inscripción sin adornos. Algunos de los propietarios se habían rascado más sus bolsillos y habían encargado un servicio de mantenimiento de la tumba. Delante de *Bobby*, por ejemplo, había una corona de flores frescas junto a dos orquídeas blancas. Y *Cleopatra* seguramente había sido la reina de los gatos antes de

ser «asesinada por un coche» hacía seis meses. En todo caso, eso era lo que podía leerse en la chapa de latón que había al lado de una copia en miniatura de la pirámide de Keops, la cual servía ahora como adorno de la tumba.

—Esto no tiene ningún sentido —oyó que decía Borchert—. Aquí no hay ningún Lucas.

—¿Cómo lo sabes?

Stern se dio media vuelta. Borchert, que había descubierto una vitrina de color verde cerca del roble, daba golpecitos en ese mismo momento con su dedo pulgar contra el finísimo cristal.

—Es una lista completa de los animales que hay aquí. Desde *Abacus* hasta *Zoraida*.

Stern podía sentir las gotas de agua del tamaño de uvas que caían en su nuca a intervalos irregulares. Era como si se hallara debajo de un árbol mojado al que estuvieran sacudiendo con fuerza.

—Pero no veo el nombre de Lucas. Será mejor que nos vayamos... Es imposible desenterrar nada en este recinto sin que esas ancianas señoritas alucinen.

Stern miró otra vez al cura, quien se hallaba de espaldas a ellos a unos cincuenta metros. Estaba dando un último discurso. El viento fresco de otoño de Schwielowsee se llevó las últimas palabras dirigidas al perro en otra dirección.

—Muy bien, vamos.

Stern le dio finalmente la razón. *Ya he visto suficientes cadáveres por hoy, de todos modos*. Iba a agacharse un instante para quitarse el trozo de una hoja de roble amarrada que se le había quedado enganchada en la punta de los zapatos, cuando de repente se detuvo.

Aquí no hay ningún Lucas. Aquellas palabras de Borchert rebotaban de un lado a otro en su cabeza. Se protegió los ojos de la lluvia poniendo su mano en forma de visera e intentó relacionar lógicamente cada detalle de la imagen que tenía ante sí. Al mismo tiempo observaba su alrededor como si lo hiciera a través de un parabrisas lleno de barro cuyo limpiaparabrisas ha dejado de funcionar. La imagen se volvía más borrosa a medida que parpadeaba.

El pequeño grupo de feligreses acompañado del cura. La pirámide de Keops. Las orquídeas.

Había algo allí que no cuadraba.

Había visto algo importante pero no lo había clasificado como se merecía. Como cuando se escribe una nota en la columna equivocada de un calendario.

—¿Qué ocurre? —preguntó Borchert, quien parecía haber detectado la tensión que sentía Robert en su interior.

Stern levantó el índice de su mano izquierda y sacó su móvil con la otra, al tiempo que retrocedía sobre sus pasos, otra vez en dirección a las tumbas que se hallaban en fila en el cementerio de animales, que había examinado hacía tan sólo unos minutos.

—¿Simon está durmiendo? —preguntó. Carina había descolgado con el primer tono.

—No, pero me alegro de que hayas llamado. —Stern ignoró el tono de preocupación de su voz porque él también tenía miedo. Miedo de la pregunta que le haría en seguida a Simon.

—Necesito hablar con él.

—Es imposible.

—¿Por qué no?

—Ahora no puede hablar.

Stern se arrodilló delante de una de las lápidas menos ostentosas. Sintió que un dolor punzante empezaba a extenderse desde su frente hasta los ojos, e inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿No se encuentra bien?

—Sí. ¿Qué quieres que le diga?

—Pregúntale qué había en el dibujo que pintó en el hospital. Por favor, es muy importante. Pregúntale con qué nombre lo firmó.

La mujer se apartó del teléfono. A Stern le pareció oír un portazo, aunque no estaba seguro. Al fondo se oían murmullos y silbidos, como si fuera una radio mal sintonizada. Apenas medio minuto después se oyeron unos ruidos en la línea. Carina había apretado una tecla por equivocación al coger de nuevo el teléfono.

—¿Puedes oírme?

—Sí.

Los dedos de Stern temblaban mientras reseguía con ellos la inscripción grabada sobre la piedra de granito. Letra por letra. Podía leer en la tumba el nombre que pronunciaba Carina.

—Pluto. Simon escribió «Pluto» debajo del dibujo. Pero deberíais volver aquí lo antes posible.

Stern había dejado de oírla. Sus respuestas eran ahora mecánicas.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja con sus ojos aún clavados en la lápida que llevaba el nombre del personaje de dibujos animados. A través de la lluvia la imagen brillaba.

—Venid en seguida —le pidió Carina.

De repente un miedo feroz en la voz de la mujer le puso en alerta. No podía entender quién o qué había dentro de aquella tumba, y por qué.

¿Un animal? ¿Una persona? ¿Una cabeza?

No lograba entender por qué Simon les había llevado hasta aquel sitio. El lugar que aparecía en un dibujo que había pintado más de una persona: un niño y alguien que ya había fallecido. En aquel instante sólo podía intentar descubrir por qué Carina gritaba presa del pánico al otro lado de la línea.

—¡Dios mío! ¿Qué está pasando ahí?

—Es Simon —contestó ella con la voz entrecortada—. Dice que quiere volver a

hacerlo.

—¿Hacer el qué? —Stern se puso de pie y miró a Borchert—. ¿Qué desea hacer?

¿Y a qué se refiere con «volver a hacerlo»?

—Date prisa. Creo que es mejor que te lo diga él.

No había nadie más allí. La iglesia estaba vacía y le costaba imaginar que hubiera gente que pudiese encontrar consuelo espiritual en un ambiente tan modesto como aquél. Stern se quitó el abrigo mojado y lo colocó sobre su brazo. En seguida se arrepintió; allí dentro hacía frío y sentía la corriente. El aire olía a polvo y a viejos libros de canto. Seguramente tenía suerte de que el sol no estuviese entrando a través del lucernario. De ese modo las desconchadas paredes no eran tan evidente a sus ojos. A Stern no le hubiese extrañado que el sacristán hubiera colgado el crucifijo en la pared con el único fin de tapar algunos defectos de construcción de la iglesia. En cualquier caso, difícilmente aquella parroquia podía generar una atmósfera íntima.

—... no sé qué hacer. ¿Está bien? ¿Está mal? Debería hacerlo o quizá...

Stern contuvo la respiración y prestó atención al silencioso susurro que provenía de la segunda fila. Ya lo había identificado al entrar. Simon. Desde donde estaba parecía un adulto en miniatura: un hombrecito mayor, introspectivo, dialogando con su creador. Stern se acercó con cuidado a la voz que susurraba, pero no pudo evitar que las suelas de cuero de sus zapatos crujieran ruidosamente en el suelo polvoriento.

—... por favor, dame una señal...

—No pasa nada.

El niño se hizo a un lado para dejarle sitio.

No me sorprende que cada vez venga a misa menos gente, teniendo en cuenta que los asientos son tan incómodos, se le pasó a Stern por la cabeza mientras se sentaba.

—En seguida termino —susurró Simon con sus ojos mirando hacia el altar. El abogado quería llevarse al niño fuera. Carina les esperaba delante de la iglesia acompañada de Borchert, nerviosa y con un cigarrillo en la mano.

—¿Estás rezándole a Dios? —le preguntó en silencio.

A pesar de que se hallaban solos continuaban susurrando, como lo habían hecho antes en el recinto de los animales nocturnos.

—Sí.

—¿Te gustaría pedirle algo en especial?

—Depende.

—De acuerdo, no es de mi incumbencia.

—No es eso. Me refiero a que...

—¿Qué?

—Bueno, es que no lo entenderías. *Tú* no crees en Dios.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Carina. Dice que una vez te pasó algo muy malo, y que desde entonces no quieres a nadie. Ni siquiera a ti mismo.

Stern miró al muchacho. En la penumbra de la iglesia se dio cuenta de repente de lo que querían decir las personas que trabajaban como voluntarios en los países del Tercer Mundo cuando hablaban de la expresión vacía en los rostros de los niños

soldados. Niños pequeños con la piel fina y el miedo en sus ojos. Se aclaró la voz.

—Acabas de decir algo sobre una señal. ¿Qué señal quieres que te dé Dios?

—Si debo continuar o no.

Quiere volver a hacerlo. Stern recordó las palabras de Carina.

—¿Para qué?

—Bueno, pues para *eso*.

—Creo que no te comprendo.

—Me quedé dormido. Antes, en el coche.

—¿Volviste a soñar con algo?

Crac. La vela del altar pareció convertirse en la lámpara del sótano que iluminaba los recuerdos de Simon.

—Sí.

—¿Con los asesinatos?

—Exacto.

Simon volvió las palmas de su manos hacia arriba y se las miró de reojo. Como si, antes de escribir un dictado, hubiera anotado en ellas algunas de las palabras con un bolígrafo. Sin embargo, a excepción de las líneas delicadas de los dedos y las palmas de su mano, Stern no reconoció ningún tipo de chuleta que ayudara a Simon a encontrar las palabras adecuadas.

—Ya sé por qué escribí «Pluto» en el dibujo.

Crac.

—¿Por qué?

—Era su animal de peluche favorito.

—¿De quién?

—De Lucas Schneider. Tenía la misma edad que yo. Antes, quiero decir. Hace doce años.

—¿Crees que tú lo mataste?

Antes. ¿En tu otra vida?

El dolor de cabeza de Stern iba en aumento a medida que se acercaba al final de aquella misteriosa locura.

—No. —Simon lo observó indignado. La vida había vuelto a sus ojos, si bien en forma de furia—. ¡Yo no he matado a ningún niño!

—Ya lo sé. Me refiero a los otros, a los asesinos.

—Exacto.

—Entonces, ¿eras una especie de vengador?

—A lo mejor sí.

El cuerpo de Simon empezó a temblar.

Stern estuvo a punto de ir a buscar a Carina, con la esperanza de que la mujer llevase consigo los medicamentos que necesitaba el niño en caso de una recaída. Entonces, detectó unas lágrimas en las mejillas del muchacho.

—Está bien... No te preocupes. —Con inseguridad, extendió su mano hacia el

niño mientras éste lloraba, como si tuviera miedo de que los hombros del muchacho le quemaran—. Será mejor que nos vayamos.

—No, aún no. —Simon se sonó la nariz—. Todavía no he terminado. Primero tengo que preguntarle si debo hacerlo de verdad.

Crac. Crac. Crac.

Por un momento la lámpara del sótano se había quedado inmóvil. Ahora, sin embargo, la luz empezaba a parpadear con más agresividad que nunca.

—¿Hacer qué?

—No llegué a terminar el trabajo.

—No acabo de entenderte, Simon. ¿A qué te refieres? ¿Qué fue lo que no terminaste?

—Lo de los hombres. Maté a muchos de ellos hace tiempo. Sé que fue así. Y no sólo a los dos que encontraste. Fueron muchos más, muchos más. Pero no logré acabar con todos. Falta uno.

Ahora era Stern quien estaba haciendo todo lo posible por aguantarse las lágrimas. El niño necesitaba con urgencia un psicólogo, y no un abogado.

—Creo que por eso he vuelto aquí de nuevo. Ésa es mi misión. Debo volver a hacerlo.

Por favor... No sigas hablando.

—Matar. Una última vez. Dentro de dos días, en Berlín. En un puente.

Simon se dio media vuelta y miró la figura de Jesús que había encima del altar. Juntó las manos, cerró sus grandes ojos y empezó a rezar.

El reconocimiento

«La muerte no es una fase de la existencia,
sino un acontecimiento intermedio;
una transición de una forma del ser infinito a otra».

WILHELM VON HUMBOLDT

«Que el alma migre es algo que sólo es capaz de funcionar
en un número constante de personas.
Hoy en día, sin embargo, existen mil millones de ellas.
¿Se romperán y dividirán las almas?
¿Serán vasos vacíos el noventa y nueve por ciento de ellas?».

*De un foro de internet
acerca de la posibilidad de reencarnarse*

«La ciencia ha establecido que no hay nada que pueda desaparecer sin dejar huella. La naturaleza no entiende de extinción; sólo de transformación.
Todo lo que la ciencia me ha enseñado, y continúa enseñándome, hace que crea fuertemente en la continuidad de nuestra existencia espiritual después de la muerte».

WERNHER VON BRAUN

«Si todos los que afirman haber sido testigos
de la crucifixión de Cristo en una vida anterior
hubiesen estado presentes de verdad, probablemente
los soldados romanos no hubieran dispuesto
de espacio suficiente para la ocasión».

IAN STEVENSON

1

Apenas tenía palabras para describir lo cansado que estaba de toda aquella situación mientras agachaba su cabeza por debajo de la cinta elástica de la policía que acordonaba la escena del crimen y, con gesto brusco, invitaba al médico forense a que le echara un vistazo al lugar del hallazgo. Engler había planeado pasar aquella tarde viendo la televisión en su cómoda cama, acompañado de un paquete de pañuelos de papel de tamaño familiar, cuatro aspirinas y un *pack* de cervezas, mientras los otros hacían el trabajo por él. En vez de eso, allí estaba. Desenterrando un cadáver bajo una lluvia torrencial; mejor dicho, lo que había quedado de él. La cabeza de lo que habían hallado en la tumba del rottweiler era tan pequeña que podrían transportarla dentro de una caja de zapatos de mujer en cuanto terminaran de tomar las huellas.

Engler pisó furioso un charco de camino a la tienda de campaña que habían levantado provisionalmente, justo detrás de la verja de madera. La lluvia se había intensificado desde su llegada, y Brandmann no paraba de golpear con un palo de madera el techo de la tienda a intervalos regulares para que el agua acumulada arriba fluyera por los lados de la lona de plástico en forma de cascada.

—¡Maldita sea! —Oyó que gritaba el agente especial al darse cuenta de que una parte de aquel diluvio se había metido por debajo de la nuca.

Engler se preguntó por enésima vez cómo era posible que un individuo tan patoso como Brandmann hubiese conseguido llegar a la Oficina Federal de Investigación Criminal. Esperaba con anhelo el día que se jubilase aquel gigante con cara de niño. De ese modo, todos volverían por fin al acreditado sistema de trabajo que habían utilizado normalmente.

—¿Cómo va la cabeza? —preguntó Brandmann mientras Engler se abría paso bruscamente junto a él temblando de frío.

—¿A qué se refiere con «la cabeza»? Ese cabrón me atacó por la espalda con una pistola eléctrica.

—¿Y está seguro de que no pudo ser Stern?

—¿Cuántas veces más tendré que decirlo? —Engler se contuvo para no lanzar un escupitajo al suelo—. El hombre llevaba puesta una mascarilla quirúrgica hasta los ojos, una bata de médico y probablemente una peluca de cabello largo... No, no estoy seguro. Pero su voz sonaba diferente y parecía ser algo más bajo.

—Es extraño. Me apuesto lo que quiera a que encontraremos las huellas de Stern en la escena del crimen.

—Y yo me apuesto a que...

Engler se interrumpió en mitad de la frase. Sacó el móvil que vibraba en el bolsillo de su pantalón y miró la pantalla rayada que le indicaba la llamada de un número desconocido. Se llevó el índice a los labios en señal de silencio, a pesar de que Brandmann no estaba diciendo nada, y contestó.

—¿Diga?

—¿Tenía razón? —Oyó que le preguntaba la voz familiar de Robert Stern.

Engler se sorbió la nariz y cogió agradecido el vaso de cartón lleno de café humeante que le entregaba una policía uniformada.

—Sí, desgraciadamente. Había un cráneo en el ataúd.

—¿Humano?

—Sí, pero ¿por qué nos facilitó esa información? ¿Cómo sabía lo de la tumba?

Stern hizo una breve pausa, como si acabara de olvidar la respuesta.

—Por Simon —dijo finalmente.

Engler reflexionó un instante y luego pulsó una tecla para que todos pudiesen escuchar la conversación. El dispositivo de manos libres de su teléfono de la policía resultaba tan insuficiente que Brandmann tuvo que acercarse más a él para no perderse ningún detalle de la conversación.

—¡Menuda estupidez, Stern! Dígame: ¿qué tiene usted que ver en todo esto?

—No puedo decírselo.

Dos policías se aproximaron al refugio de lona discutiendo en voz alta. Un gesto furioso de Engler hizo que se callaran, y pronto dieron media vuelta por precaución.

—¿Y cómo es que me vuelve a llamar?

—Necesito algo de tiempo. Los datos que le he proporcionado sobre el cementerio son una prueba de que no tengo nada que ocultarles. Simon es tan misterioso para mí como para ustedes. Pero voy a resolver esto. Y solamente podré hacerlo si me deja en paz.

—Me temo que ya es demasiado tarde para eso.

—¿Por qué lo dice? No he cometido ningún crimen.

—Yo lo veo de un modo distinto. Encontramos su coche, que casualmente estaba aparcado muy cerca de una empresa de transportes de Moabit.

—Entonces, puede multarme si se hallaba en una zona de aparcamiento prohibido.

—La descripción que tenemos del hombre que abrió el congelador con el cadáver responde a la suya. Qué raro, ¿no? Y ya que habla de aparcamiento prohibido... Hoy había un todoterreno negro aparcado en doble fila en Hackescher Markt, delante de la consulta del doctor Tiefensee. ¿Estuvo allí?

—No.

—Pero sí estuvo un tal Andreas Borchert. Hemos identificado la matrícula de su vehículo. Parece ser que ese violador y usted son uña y carne ahora.

—Andi fue declarado inocente.

—O. J. Simpson también. Pero dejemos eso. Lo más importante de todo es que he tenido que acordonar otra escena del crimen gracias a usted.

—¿Cree que le informaría de los asesinatos si estuviera detrás de todo esto?

—No, ni tampoco pienso que usted sea un asesino, Stern.

Eran las únicas palabras que surgían con facilidad de la boca de Engler.

—¿Entonces qué?

El sol se había puesto y con cada frase de su conversación oscurecía más a su alrededor. Engler estaba agradecido de que las luces de control de la policía dieran algo de luz al refugio de lona. Sin saber qué otro paso dar, se dirigió a Brandmann con mirada interrogativa.

¿De verdad tenía que hacerlo? Todo en su interior se resistía a dar el paso. Pero el psicólogo criminalista lo miró y asintió con la cabeza en señal de ánimo, así que se mantuvo fiel a la estrategia que habían acordado anteriormente en la reunión con Hertzlich, el inspector jefe de la policía.

—Muy bien, le proporcionaré información. Pero sólo porque mañana... se publicará en todos los periódicos: El hombre que murió con el hacha en la cabeza se llamaba Harald Zucker. El que hallaron en el congelador era Samuel Probtjeszki. Del primero no sabíamos nada desde hacía quince años; del otro, no hemos tenido noticias en los últimos doce años. ¿Quiere saber por qué ambos nos importaban un pimiento hasta el día de hoy?

—Eran asesinos.

—Exacto, y de la peor calaña. Asesinato, violación, prostitución, tortura. Estudiaron muy a fondo todos los delitos capitales del código penal, dejando una huella de sangre por todo el país. Aún no hemos terminado de limpiarla.

Engler oyó cómo Brandmann se encendía un cigarrillo.

—Creemos que Zucker y Probtjeszki pertenecían a una banda de psicópatas. En realidad, no son los únicos que han desaparecido en los últimos años sin dejar rastro. En total, tenemos siete casos sin resolver.

A lo lejos, la policía forense examinaba la tierra húmeda con ayuda de lámparas halógenas. Dos de los oficiales estaban agachados en medio del barro, vestidos con un mono de color blanco, mientras excavaban una nueva tumba. Quizá *Pluto* no era el único que estaba allí. Engler se acordó de *Charlie*. Por suerte, una amiga suya se había quedado hoy al cuidado del pobre animal para sacar al labrador a la calle. De todos modos no estaba seguro de que el perro fuese a disfrutar de su paseo bajo aquella lluvia.

—¿Y qué pasa con el último hallazgo? —preguntó Stern. Su voz sonaba distraída, como si aún no hubiese digerido bien la última información que acababan de proporcionarle—. ¿Dónde encaja en todo esto? Era un niño, ¿verdad?

—Sí. Creemos que se trata de Lucas Schneider, cuya muerte atribuimos a Probtjeszki. Es la víctima de un secuestro que llevó a cabo la banda y no llegó a buen puerto. Hace doce años encontramos el cuerpo del niño en un contenedor de basura. Estuvimos buscando su cabeza inútilmente. Hasta ahora.

Engler buscó un pañuelo a tientas en sus pantalones de lino. No le dio tiempo a encontrarlo, por lo que empezó a estornudar a la vez que se tapaba la nariz con los dedos. Alguien le había dicho una vez que al hacer aquello se presionaba la cabeza y había peligro de sufrir una embolia. A pesar de ello le costaba imaginarse que la

espada de Damocles descendiera sobre él precisamente en un cementerio de animales.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —Oyó que le decía Stern.

Engler asintió con la cabeza y miró a Brandmann con enfado. Era exactamente la misma pregunta que él había hecho antes, mientras discutían con Hertzlich acerca de la situación. Era un truco tan barato que cualquier tonto podía darse cuenta. Y Stern lo había captado, por supuesto.

—Porque sé cuál es su juego —respondió de mala gana siguiendo las órdenes.

—¿De verdad? ¿Y cuál es?

—Usted no es un profesional, Stern, y está cometiendo demasiados errores. Lo único inteligente que ha hecho es cambiar su móvil por el teléfono satélite desde el que me está llamando. Pero supongo que eso es algo que Borchert le ha aconsejado.

—No huyo de la policía. No he matado a nadie.

—Yo no estoy diciendo eso.

—¿Entonces?

—De acuerdo. Voy a resumirle los hechos. Primero: siete psicópatas han desaparecido del mapa paulatinamente en los últimos años. Segundo: dos de ellos nos los entregó usted; en forma de cadáver. Tercero: usted es abogado defensor.

Stern se lamentó al otro lado de la línea.

—¿Adónde quiere llegar con todo lo anterior?

—Es su profesión, donde trata continuamente con escoria. No tiene nada que ver con Simon; él es sólo un pretexto. Presumo que alguno de sus perversos clientes le está revelando el lugar donde se encuentran los cadáveres.

—¿Y por qué cree que alguien haría algo así? ¿Con qué propósito?

—A lo mejor ese cliente suyo ha ocultado algo junto a las víctimas. Una cosa que supuestamente usted debe entregarle. No tengo ni idea de lo que puede ser, pero ya me lo dirá. En cuanto lo arreste.

—Es ridículo. Totalmente absurdo.

Engler sacudió con la mano una nube de humo invisible que se extendía desde el cigarrillo de Brandmann hasta sus ojos.

—¿Eso es lo que cree? El juez lo consideraba muy creíble hace media hora, al firmar su orden de detención. Por cierto, Carina Freitag y Andreas Borchert también han sido acusados por ser cómplices en el secuestro de un niño.

Engler colgó furioso el teléfono, preguntándose por qué Brandmann extendía hacia él sus gordas garras.

—¿Qué pasa? —le preguntó, enojado por la conversación, la cual, según él, había tomado el rumbo equivocado desde el principio.

—Su móvil —le pidió Brandmann.

—¿Para qué lo quiere?

—Para entregárselo a los técnicos. Quizá puedan localizar la llamada. Incluso cuando se trata de un número oculto...

—... existe la posibilidad de rastrear a la persona que llama, lo sé —completó Engler antes de lanzarle el teléfono y dar un paso adelante—. Ésta ha sido la última vez. No pienso volver a hacerlo, ¿entendido?

—¿El qué?

—Toda esta comedia. A lo mejor me equivoco y resulta que Stern tiene algo que ver con los asesinatos. Pero estamos cavando nuestra propia tumba poniéndole al corriente de nuestras investigaciones.

—Yo no lo veo así. ¿No ha captado el tono de su voz? Cada vez hablaba más fuerte; significa que usted le ha asustado. Stern es sólo un principiante, un hombre nervioso y sin experiencia que se ha fugado con un niño enfermo de cáncer. Cometerá un error cuando se ponga aún más nervioso. Tropezará, se caerá al suelo y, entonces, como dice Hertzlich —Brandmann tiró su cigarrillo al enfangado suelo—: «Lo aplastaremos como a un chinche».

El psicólogo criminalista dejó caer todo su peso sobre el zapato derecho, pisando la colilla como si estuviera clavando un clavo con fuerza en una tabla de madera. A continuación, salió del refugio de lona sin decir una palabra más y empezó a caminar con torpeza, evitando numerosos charcos mientras bajaba la pendiente en dirección a su coche. Engler lo siguió con la mirada. Y mientras el psicólogo desaparecía de su vista intentó recordar si conocía a alguien en la Oficina Federal de Investigación Criminal que pudiera conseguirle una copia del expediente personal de aquel agente especial.

Stern apretó su rostro candente contra el vidrio polarizado.

Siete psicópatas desaparecieron del mapa paulatinamente en los últimos años.

Las palabras del policía resonaban en su cabeza mientras observaba desde arriba la brillante pista de baile que se hallaba a veinte metros de donde él estaba.

La oficina del propietario de la discoteca se alzaba, al igual que un nido de águilas, en el corazón de aquel complejo que probablemente había sido concebido por algún capitán de barco fanfarrón. La enorme discoteca parecía incluso un barco desde fuera. Lo que más distinguía aquel lugar era la chimenea de vapor de color rosa iluminada artificialmente que había sobre una blanca proa en medio del edificio. Cuando anochecía atraía a la discoteca desde varios kilómetros a la redonda a numerosos jóvenes de Brandeburgo ansiosos por bailar. Borchert aún conservaba una llave, por lo que el Titanic les serviría de escondite durante las siguientes tres horas. Como mínimo hasta que la discoteca abriera sus puertas al público oficialmente.

Stern decidió a unirse a sus tres acompañantes. Bajó a la pista principal de baile en un ascensor acristalado propio de un hotel de cinco estrellas. Se preguntaba cómo debía comunicarles las nuevas informaciones: a partir de ese momento estaban todos en busca y captura. Borchert ya conocía aquella situación, pero estaba seguro de que, en el caso de Carina, ésta sería su primera vez. No pudo oír la música hasta que no se abrió la puerta del ascensor.

—Vaya, el pequeño tiene buen gusto —dijo Andi desde lejos. Se hallaba con Simon al final de la pista de baile moviendo sus caderas. El niño no paraba de reír entusiasmado mientras aplaudía al compás de una canción de rock que resonaba en los altavoces.

—Ha conectado el iPod de Simon al equipo de sonido que hay aquí —le aclaró Carina. Stern no se había dado cuenta de que la mujer estaba allí y sufrió un sobresalto cuando la vio a su lado.

A quince metros de donde estaban, Borchert sacudía la cabeza hacia atrás arrastrando un micrófono invisible como si fuera la correa de un perro.

Stern decidió ir al grano en seguida, evitando las excusas inútiles.

—Debemos entregarnos.

Le explicó a Carina la situación en la que se encontraban, resumiendo la conversación que había tenido con Engler.

—Lo siento —terminó diciendo mientras buscaba en vano en la mirada de Carina una señal de preocupación.

—No tienes por qué. Fue mi decisión —replicó ella—. Yo te presenté al niño. Ahora no estarías en problemas si no hubiese sido por mí.

—¿Cómo es que te muestras tan tranquila?

Stern se acordó de repente de una escena similar que ambos habían vivido dos años antes, en el aparcamiento de un McDonald's. Cuando él había cortado su

relación y ella seguía sonriendo a pesar de eso.

—Porque ha merecido la pena.

—No lo entiendo.

—Fíjate. Conozco a Simon desde hace un año y medio. Rara vez lo he visto tan feliz como lo está ahora.

Stern observó que Borchert le saludaba. Se preguntó si alguna vez lograría ver el mundo como lo hacía Carina. Apenas llevaban diez días de relación cuando él había decidido ponerle fin. Justo a tiempo. Antes de que terminara enamorándose de ella de verdad. Antes de despedirse, la mujer le acarició suavemente las mejillas. Fue en ese momento cuando descubrió algo importante sobre sí mismo. Se dio cuenta de que carecía del filtro esencial de la vida que le permitía a Carina ocultar los aspectos negativos de cualquier situación. Era el tipo de persona capaz de descubrir una rosa al borde de un campo de batalla.

Ahora observaba de nuevo aquel brillo en sus ojos y las diminutas arrugas que formaban la expresión alrededor de su boca. Los asesinatos, el tumor cerebral y las grandes redadas de la policía habían dejado de existir para Carina. Se sentía feliz por ver alegre a un niño que, por primera vez en su vida, disfrutaba bailando en una discoteca. Stern, sin embargo, estaba cada vez más triste. Sentía lástima por Simon porque sabía que el niño nunca iba a tener la oportunidad de ver cómo le regañaban sus padres si un fin de semana llegaba demasiado tarde a casa tras pasarse la noche besando a su primer amor en una discoteca.

A tono con sus pensamientos negativos, empezó a sonar una nueva canción. La sala se llenó de las notas melancólicas de un instrumento de cuerda que interpretaba una balada.

—¡Mira, están tocando vuestra canción! —Sonrió Borchert con ironía al tiempo que desaparecía detrás de una columna ornamental jónica. Un segundo después sobrevino una especie de silbido y una nube de hielo seco envolvió la pista de baile.

—¡Qué guay! —Simon lanzó un grito de júbilo mientras se sentaba en el suelo. Lo único que se veía era el cabello castaño en su coronilla que emergía de la nube artificial.

—Deberíamos llevarle al hospital —protestó Stern al sentir que Carina le cogía de la mano.

—Vamos... Tan sólo un minuto...

La mujer lo arrastró a la pista de baile de igual modo que lo había llevado hasta su dormitorio la primera noche. En aquel entonces tampoco había sabido por qué dejaba que algo así ocurriera.

—No podemos...

—Sssssh...

Puso un dedo en sus labios y le acarició el cabello suavemente. Luego atrajo su cuerpo hacia ella, justo en el instante en que empezaba a sonar el estribillo de la canción.

Stern vaciló, y siguió sin corresponder al abrazo cauteloso de la mujer. Se sentía igual que un paquete con el adhesivo de «Frágil».

Apenas se atrevía a respirar, temeroso de que algo en su interior pudiera romperse si la apretaba contra él. Finalmente superó su inútil miedo y la rodeó con sus brazos.

Al hacerlo, no pudo evitar pensar en un momento fugaz; cuando, en el coche de Borchert, había estado observando a Simon por el espejo retrovisor mientras éste dormía en los brazos de Carina. En un primer momento le había sido imposible identificar aquel sentimiento. Sin embargo, ahora estaba seguro de que volvía a sentir una mezcla de anhelo y remordimiento. Anhelo por Felix, pero también por aquel abrazo repleto de amor. Remordimiento por haberle negado a Carina ambas cosas al separarse de ella: tener un niño y conservar al hombre que en ese momento se hallaba en sus brazos; alguien por quien, muy probablemente, aún se sentía atraída, a pesar de que él no se lo mereciera por nada del mundo.

Carina, sintiendo claramente las emociones contradictorias que combatían en el interior de él, rompió la última barrera física que quedaba entre ellos acercando su cuerpo cálido al suyo. Stern cerró los ojos y su remordimiento desapareció, aunque, por desgracia, no por mucho tiempo. El momento mágico en que él creía sentir ambos corazones latiendo al compás de la música fue interrumpido bruscamente por un sonido agudo. Permaneció inmóvil en brazos de Carina.

¿Cómo es posible?

Borchert le había dicho que nadie conocía aquel número. Sin embargo, el teléfono satélite que guardaba en el bolsillo de su pantalón acababa de recibir un mensaje.

—¡Maldita sea! ¿Qué pasa aquí?

Borchert tecleó una dirección de internet en el cuadro de búsqueda e hizo un clic en «Ir a».

—Dijiste que no le habías dado a nadie este número.

—Sí, sí... ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Sólo lo utilizo en caso de emergencia. Y soy yo el único que llama, ¿está claro?

Al igual que muchos empresarios de Berlín, Borchert tampoco guardaba todos los datos oficialmente. Para mayor seguridad, si necesitaba mantener conversaciones ilegales con su contable, con proveedores de bebidas fáciles de sobornar o con trabajadores clandestinos, realizaba las llamadas a través del teléfono satélite. Ahora que todos habían seguido su consejo de quitar la batería a sus móviles convencionales, aquel enorme teléfono era el único contacto que tenían con el mundo exterior.

—Entonces, ¿qué está pasando?

—En seguida lo sabremos, chicos.

Borchert se levantó de la mesa del despacho y se hizo a un lado para que Stern pudiera ocupar su sitio delante de la pantalla plana. Habían subido de nuevo a la oficina del jefe en cuanto habían recibido el mensaje de texto, que consistía en una sola línea:

www.leonroter.eu

Al principio no ocurrió nada. El buscador continuaba visualizando la página inicial de la discoteca Titanic.

Carina leyó el mensaje que había en la parte inferior izquierda de la pantalla:

—En busca de dispositivos proxy.

Entonces la pantalla fundió a negro de repente. Una luminosa barra de progreso apareció en el centro de ésta y, diez segundos más tarde, se abrió un cuadro de vídeo del tamaño de una postal. Stern no lograba distinguir nada significativo. Nada, a excepción de un par de luces parpadeantes que se movían a intervalos regulares a través de la oscura pantalla como si fueran estrellas fugaces.

Borchert subió al máximo el volumen de los altavoces, sin éxito.

—No hay imágenes ni sonido —murmuró—. ¿Qué significa esta...?

Apenas había terminado de pronunciar la palabra «tontería» cuando el teléfono satélite volvió a sonar. Esta vez la pantalla cuadrada indicaba que se trataba de una llamada desconocida.

A Stern se le revolvió el estómago cuando cogió la llamada.

—No ha cumplido lo que habíamos acordado.

La distorsión había sido ligeramente modificada. La voz se había vuelto ahora más humana y, precisamente por eso, tenía un tono más amenazador que en el DVD.

Stern se preguntaba por qué su interlocutor telefónico no querría renunciar del todo a aquella distancia artificial. De todos modos, ya había escuchado la voz sin alteraciones en la consulta del doctor Tiefensee; como mínimo, alguna de sus palabras.

—¿Qué le hace pensar eso? —quiso responder Stern con una evasiva. En vano.

—No me mienta, ni siquiera se le ocurra pensarlo. Hágalo con la policía si quiere. Ellos son los que tienen pocas luces. Yo no.

—De acuerdo, es cierto que hablé por teléfono con Engler. Pero sólo lo hice porque necesitaba ganar tiempo. No le conté nada del DVD ni de nuestro acuerdo.

—Ya lo sé. De otro modo usted ya no estaría con vida.

La imagen de la pantalla parpadeó con intensidad y en seguida cambió de color. Stern tenía la impresión de que había un cámara insertando filtros de colores delante de la lente. De repente las imágenes del vídeo cobraron un matiz verdoso, y Stern reconoció al fin lo que la Voz estaba intentando mostrarles. Su estómago se contrajo.

—Creo que mi cámara de visión nocturna ofrece una imagen excelente del cementerio, ¿verdad? ¿Ven a nuestro amigo Engler ahí abajo? —preguntó la Voz—. Y Brandmann, ese compañero gordo suyo, se está fumando un cigarrillo con mucha calma. En fin, tengo la suerte de estar sentado en un lugar seco mientras esos dos pobres diablos hacen horas extras en medio de la lluvia.

—¿De dónde ha sacado este número?

De todas las preguntas que tenía, aquélla era la que más le importaba.

—Mi querido abogado... Realmente me sorprende ver lo ingenuo que es a veces. A estas alturas debería saber cómo me gano la vida. Mi campo de actuación preferido es internet: allí vendo mis productos y obtengo mi información. Pregúntele a Borchert cómo paga las facturas de su móvil.

—Por internet —se oyó murmurar desde atrás.

—¿Lo ve? No sólo soy bueno eliminando mis huellas de la red. También soy un maestro consiguiendo información.

—¿Por qué llama?

—Me gustaría mostrarle algo.

Stern sintió que los tímpanos le estallaban. Escuchó un silbido en su oído que dio paso en primer lugar a una especie de susurro y, finalmente, a una desagradable sensación de sordera.

—¿Las reconoce a ambas?

Carina se tapó la boca con la mano. Las imágenes nocturnas de color verdoso habían desaparecido de la pantalla. Ahora estaban siendo testigos de una secuencia a

cámara terriblemente lenta. Empezaba con un plano frontal de la puerta de una habitación infantil que parecía que abriera una mano fantasma y terminaba con un primer plano de dos niñas que dormían: Frida y Natalie.

Stern no había tenido ocasión de ver a menudo a las hijas de Sophie, pero no le cabía la menor duda de que se trataba de las dos gemelas.

—¿Por qué lo hace?

—Porque quiero enseñarle de lo que soy capaz.

El mensaje era alto y claro: La Voz era omnipresente y controlaba cada uno de sus pasos. Y la muerte de dos niñas de cuatro años no suponía un impedimento para conseguir su objetivo. Carina tenía razón: nadie que tuviera tan pocos escrúpulos y estuviera tan bien equipado técnicamente necesitaría contratar los servicios de un informador. Entonces, ¿qué quería realmente de ellos el asesino?

Stern formuló exactamente esa pregunta y, como respuesta, la pantalla le mostró una nueva imagen. Al principio solamente se veía una superficie de cemento gris que se movía temblorosa, como si alguien estuviera grabando el asfalto de la calle mientras hacía *footing*. Era una imagen borrosa de pésima calidad, por lo que Stern tampoco logró sacar nada en claro hasta que la cámara no aumentó el *zoom* y enfocó hacia arriba.

—Allí detrás hay una puerta —fue lo primero que dijo Carina. Stern y Borchert la detectaron un segundo después.

—¿Qué significa esto? —preguntó Robert al aparato.

La Voz se rió entre dientes.

—¿No le resulta familiar?

—No.

Stern no sabía qué objeto tenían aquellas imágenes tomadas por un aficionado.

Imágenes borrosas de alguien que corría hacia una puerta cerrada. No tenía ni la más remota idea de lo que eran hasta que, de repente, Borchert dio un profundo resoplido:

—¡Mierda! ¡No puede ser!

Se llevó el puño desnudo a su cabeza calva.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —Carina parecía preocupada.

—¿Andi? —le preguntó Stern, desconcertado.

Pero Borchert ni siquiera les escuchaba. Abrió el primer cajón de la mesa del despacho, luego el siguiente y, finalmente, encontró en el último lo que buscaba: una pistola de nueve milímetros.

—¿De qué puerta se trata? —gritó Stern elevando tanto el volumen de su voz que Simon tuvo que taparse los oídos con ambas manos.

Borchert no contestó. Simplemente señaló el botón rojo que había encima de la mesa, a la derecha del ordenador. Encendiéndose. Apagándose. Encendiéndose. Apagándose.

—Es la entrada de personal —dijo Borchert con voz ronca al tiempo que les

mostraba la pantalla—. Alguien acaba de llamar al timbre.

6

«El amor es...».

Una tarjeta de felicitación. Nada más que eso.

Cuando Borchert abrió la puerta de golpe con el arma en la mano y dio un salto hacia fuera, Stern pensó sin dudarle que iba a ser el desamparado testigo de una ejecución.

—No estará solo. Te van a matar... ¡Morirás si sales ahí afuera!

Ignorando sus advertencias, Borchert se le quedó mirando de tal modo que Stern llegó a dudar del sano juicio de su antiguo cliente. Era como si, a partir de ese momento, los instintos más básicos de Andi hubieran tomado el control.

Una vez fuera, sin embargo, no había nadie con quien Borchert pudiera iniciar un combate. No había nada salvo una tarjeta de felicitación plastificada de color salmón en formato DIN-A4. Stern recogió el sobre que había en la alfombrilla mientras Borchert daba rienda suelta a su agresividad acumulada.

—¡Vuelve aquí, cerdo! ¡Cobarde! ¡Te voy acribillar a balazos!

Su voz se oía a través de la lluvia desde el patio trasero hasta el interior del bosque, adonde probablemente había huido el cómplice de la Voz.

—«El amor es... —Stern abrió la postal— cuando puedes decírselo todo al otro».

Debajo de aquel mensaje carente de imaginación se leía en letras mayúsculas manuscritas: ¿HAY NOTICIAS NUEVAS?

—Bueno, ¿le ha gustado mi toque de atención?

Mientras se iban a la entrada de personal, Stern no había dejado ni un momento el teléfono para no perderse ni una sola palabra de lo que decía la Voz. Ahora éste volvía a hablar.

—¿Qué significa todo este teatro? —Robert escupió las palabras al teléfono con repulsión. Acababa de darse cuenta de que el arrebatado de agresividad de Borchert también le había hecho subir su autoestima. Puede que no fuera una buena idea gritarle a su potencial asesino, pero a lo mejor tampoco tenía nada más que perder—. Está usted enfermo.

—Es cuestión de pareceres.

Pese a estar distorsionada artificialmente, aquella voz profunda era tan penetrante como las notas de un bajo durante un concierto de rock.

—Ya ha pasado el primer día de su ultimátum. Me interesaría saber qué ha descubierto hasta ahora.

Junto a la voz, y a través de la línea, se oía a lo lejos la bocina de un camión remolque.

—¿Por qué me lo pregunta? De todos modos, ya lo sabe todo. El hombre del congelador. La cabeza del niño en el cementerio. ¡Cielo santo, si incluso está usted allí! ¿Qué más quiere que le cuente?

—Algo que pueda conducirme al asesino de Harald Zucker y Samuel Probtjeszki. Piénselo. ¿Qué le ha contado hoy el niño?

—No mucho. —Stern tragó saliva. Se estaba quedando afónico de tanto hablar, aunque quizá también se hubiese resfriado con aquel tiempo de perros—. No sé cómo debo tomarme algo así —empezó, titubeante—. Simon dice que aún no ha terminado. Quiere volver a matar.

Pausa. Por primera vez Stern tuvo la impresión de que estaba un paso por delante de su contrincante, aun cuando no sabía realmente en qué campo de juego se encontraban.

—Tráigalo a su lado.

—¿Se refiere al niño?

—Sí. Quiero hablar con él.

Stern miró a su alrededor. Mientras hablaba por teléfono había estado siguiendo a Carina y Borchert sin darse cuenta. Ahora volvían a hallarse en la planta baja, a un lado de la pista de baile. El reproductor de MP3 de Simon se había parado, pero todavía se percibía el olor dulzón del hielo seco en el aire, que, de todos modos, pronto volvería a llenarse del humo de miles de invitados.

—Es imposible. —Stern miró a Simon, que se hallaba enfrente de él. El niño había ido a sentarse al bar y ahora estaba dando vueltas en círculo sobre una de las sillas de barra que había allí.

—No se lo estaba pidiendo. —La Voz se hizo más penetrante con cada palabra que pronunciaba—. Traiga al niño al teléfono. Quiero hablar con él. ¡En seguida! ¿O quiere que vuelva a enseñarle las imágenes de las gemelas? Supongo que no querrá que las niñas acaben como lo hizo Tiefensee.

Stern cerró los ojos y apretó sus párpados con tanta fuerza que la oscuridad empezó a llenarse de pequeños puntos luminosos.

Le entraron náuseas al pensar en lo que en seguida iba a hacerle a Simon.

—Hola, ¿quién es?

—Hola, Simon.

El niño se sorprendió al escuchar el extraño sonido de aquella voz.

—¿Qué raro habla! ¿Cómo sabe mi nombre?

—Robert me lo ha dicho.

—Ah... ¿Y cómo se llama usted?

—No tengo nombre.

—¿Qué? ¿Por qué? Todo el mundo tiene uno.

—No. Todo el mundo, no. Dios, por ejemplo. Tampoco tiene ninguno.

—¿Pero usted no es Dios!

—No, aunque me parezco mucho a él.

—¿Por qué?

—Porque a veces yo también dejo que muera la gente. Así, sin más. ¿Entiendes lo que quiero decir? Gente como Carina y Robert. Son amigos tuyos, ¿verdad?

Simon empezó a abrir y cerrar el puño de su mano izquierda. Sentía una especie de cosquilleo en su brazo y sabía lo que eso significaba. Los médicos siempre ponían cara de preocupación cuando les describía aquella sensación. En seguida querían hacerle pruebas y darle corriente en los dedos. Todavía no lograba comprender por qué las neuronas de la parte izquierda de su cuerpo se volvían locas, teniendo en cuenta que el tumor se escondía en la zona de la derecha.

—Usted me da miedo —susurró Simon agarrándose a la vara de cromo que daba la vuelta alrededor de la barra de acero inoxidable del bar. Se había levantado de su asiento por precaución en cuanto había notado el mareo.

—Dejaré de asustarte si me contestas a una sola pregunta.

—¿Entonces no les hará daño?

—Palabra de honor. Pero a cambio tendrás que decirme algo.

—¿El qué?

—Robert dice que quieres matar a alguien otra vez. ¿Es cierto?

—No. Yo no quiero hacerlo, pero sé que va a ocurrir.

—De acuerdo, así que lo sabes. ¿Quién es ese hombre? ¿A quién quieres asesinar?

—No conozco su nombre.

—¿Qué aspecto tiene?

—Eso tampoco lo sé.

—Piensa en Robert y Carina. Míralos a ambos con detenimiento. No querrás que mueran, ¿verdad?

Simon obedeció las órdenes y volvió la cabeza: ambos lo flanqueaban en la barra del bar. El teléfono satélite carecía de altavoz, así que se habían sentado lo más cerca posible de él para al menos captar algún fragmento de aquella horrible conversación.

—No, no quiero que mueran.

—Bien. Entonces debes saber algo. Sólo depende de ti que sigan viviendo. Únicamente de ti.

Simon sentía el cosquilleo de su brazo como una ola que iba y venía. En aquel instante dominaba la marea alta.

—Pero ¿qué quiere que le cuente? Sólo conozco la fecha, cuándo pasará.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana.

—¿El uno de noviembre?

—Sí, a las seis de la mañana.

—¿Y dónde?

—Ni idea. Debo encontrarme con un hombre en un puente.

Simon apartó el auricular de su oído al notar que la desagradable carcajada del otro lado de la línea era cada vez más fuerte.

—Muy bien. Ya es suficiente.

Stern había vuelto a coger el teléfono. La Voz sonaba al otro extremo como si acabara de sufrir un ataque de asma. Entonces Robert se dio cuenta de que simplemente se estaba burlando de él.

—¿Qué tiene de divertido lo que le ha contado Simon?

—Nada en absoluto. Adiós.

Pum.

Era como si en su interior hubiesen cerrado una puerta de golpe. En seguida le sobrevino el frío.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué debo hacer?

—Nada en absoluto.

—Pero ¿cu-cuándo...? —empezó a tartamudear debido a la confusión—. Bueno, ¿cuándo se volverá a poner en contacto conmigo?

—Nunca más.

Pum.

La puerta se cerró con un pestillo, impidiéndole definitivamente el acceso a todo lo que estaba sucediendo.

—Pero... No lo entiendo. Todavía no le he facilitado ningún nombre.

Stern observó por el rabillo del ojo a Simon, que se había dejado caer de espaldas sobre un sofá.

—Sí, y por eso mismo termina aquí nuestro acuerdo.

—¿No va a decirme lo que sabe de Felix?

—No.

—Pero ¿por qué? ¿He hecho algo mal?

—Nada en absoluto.

—Entonces deme el tiempo que habíamos acordado en un principio. Dijo que contaba con cinco días. Estamos a sábado. Yo le consigo el nombre del asesino y usted me dice quién es el niño con la marca de nacimiento.

Stern percibió la mirada de asombro que Carina le lanzaba desde lejos. Él mismo no se había oído nunca utilizando un tono tan suplicante.

—Bueno, eso ya puedo revelárselo ahora. Se trata de su hijo Felix; vive en un lugar maravilloso con sus padres adoptivos.

—¿Cómo? ¿Dónde?

—¿Por qué debería decírselo?

—Porque yo también mantengo el acuerdo. Voy a conducirle al asesino. Se lo prometo.

—Me temo que ya no es necesario.

—¿Por qué lo dice?

—Adelante, piense un poco: el hombre que pasado mañana estará en el puente...

soy yo.

—No le entiendo.

—Por supuesto que sí. Yo soy quien tiene una cita pasado mañana a las seis. Simon quiere matarme a mí. Usted acaba de descubrirlo ahora mismo, y eso ya me basta como señal de aviso. No necesito más información de usted. Adiós, señor abogado.

Stern creyó escuchar un silencioso beso antes de que la conversación llegara a su fin.

Los amplios neumáticos del coche circulaban por el asfalto mojado de la autopista urbana. Stern se había sentado en el asiento trasero junto a Simon e intentaba vislumbrar lo que sucedía en el interior de las habitaciones de unos bloques grises de alquiler. Deseaba ver algo corriente y real; no a personas abriendo ataúdes o troceando a sus víctimas bajo el techo de sus casas. Sólo a familias normales preparando la cena en ese instante mientras tenían la televisión encendida o bien tenían a sus amigos de visita el fin semana. Por desgracia las luces de la vida cotidiana pasaban demasiado rápido por delante de él.

Casi tanto como lo hacían sus pensamientos.

Asesinos. De la peor calaña. Asesinato, violación, prostitución, tortura. Estudiaron muy a fondo todos los delitos capitales del código penal.

—¿A qué te refieres? —preguntó Carina desde el asiento delantero.

Acababa de hacerse una cola de caballo con su abundante cabello. Stern no se había dado cuenta de que había estado pensando en voz alta.

—Si Engler dice la verdad, todas las víctimas eran asesinos que destacaban por la crueldad de sus actos.

—Hasta que alguien entró en escena y terminó con ellos —dijo Borchert haciendo ruido con la boca. Era ya el tercer chicle que mascaba desde que habían abandonado el Titanic en dirección a Berlín y, con ello, les había revelado la mala costumbre que tenía de pegar la goma de mascar en el cuadro de mandos de su coche.

—Sí. Un vengador, si creemos lo que dice Simon. Los fue matando a uno detrás de otro. A excepción del último. —Stern se inclinó hacia delante—. Puede que la Voz sea incluso el jefe de la banda.

Se llevó la mano a su nuca rígida. Los músculos estaban duros como una piedra.

—En cualquier caso, eso explicaría por qué está tan obsesionado en dar caza al asesino de sus compañeros. —Borchert miró por el retrovisor—. Debe de tratarse de algo muy personal, teniendo en cuenta todas las molestias que se está tomando.

Naturalmente también podría ser que el mayor psicópata de todos sea la única persona que sabe dónde está Felix. Puede que incluso lo tenga en su poder. Stern se guardó aquellos pensamientos para sí mismo, aun sabiendo que Carina los estaba compartiendo con él mentalmente.

—Debo seguir —dijo silenciosamente, más para sí mismo que para los demás—. No puedo dejarlo ahora.

Sabía que su decisión se basaba en dos hipótesis irracionales. Por un lado, asumía la idea de que la visión que había tenido Simon sobre un futuro asesinato era tan cierta como sus recuerdos del pasado. Por otro, creía en lo que le había dicho la Voz acerca de que su hijo aún seguía con vida. Ambas cosas parecían imposibles, a pesar de que contaba con pruebas objetivas: ¡la Voz sabía lo del puente y conocía la fecha exacta del encuentro!

—¿Crees que Simon vuelve a tener razón? —preguntó Borchert como si hubiese leído los pensamientos de Stern. Hasta ese momento, Robert pensaba que Carina era la única que poseía aquella habilidad con respecto a él.

—No lo sé.

A lo mejor alguien aparecía realmente en ese puente pasado mañana a las seis. Con el fin de matar a una persona.

Pero ¿quién?

A pesar de todo, Stern no estaba dispuesto a creer que Simon era la reencarnación de un asesino en serie que había vuelto a la Tierra para llevar a cabo su última ejecución. Debía haber alguien más, otro vengador en la vida real. Y Stern tenía que encontrarle si quería descubrir el misterio de Felix.

El puente es la clave. Debo encontrarlo.

Estaba a punto de compartir sus pensamientos con Borchert y Carina cuando, de repente, el pie de Simon empezó a temblar sin control.

—¡Para el coche! —le gritó Stern a Andi—. Detente.

Aún en la autopista urbana, estaban atravesando el amplio recinto del aeropuerto Tempelhof.

—¿Por qué? ¿Qué pasa...? ¡Oh, maldita sea!

Borchert, que se había dado media vuelta rápidamente, vio por qué habían reclinado el asiento hacia atrás: Simon había tenido un ataque. A pesar de que Stern intentaba empujar hacia abajo la pierna del niño con todas sus fuerzas, continuaba golpeando el asiento delantero. Mientras lo hacía, Simon ponía los ojos en blanco como un perro rabioso.

—Voy a pararme en la zona de emergencia —anunció Borchert poniendo el intermitente.

—No, no lo hagas.

Carina se quitó el cinturón de seguridad y, mientras seguían en movimiento, pasó al asiento trasero. Stern estaba tan concentrado en Simon que al principio apenas se dio cuenta de ello. Las convulsiones del niño aumentaban con cada latido del corazón. Se había formado una burbuja de espuma en su boca y su cabeza se agitaba hacia delante y atrás con tanta fuerza que la peluca había terminado por deslizarse a un lado.

—Hazme sitio —le ordenó Carina y, sin esperar la reacción de Stern, se hizo un hueco bruscamente entre ambos. El abogado se desplazó por fuerza hacia la derecha, pero Carina continuó todavía medio sentada en su regazo.

—Mi bolso —dijo mientras seguía empujando a Stern—. Necesito mi maldito... Gracias.

Borchert se lo pasó desde el asiento delantero. La mujer abrió la cremallera, sacó un estuche de color blanco del tamaño de un neceser grande y empezó a revolverlo.

—¿Por qué no nos detenemos? —quiso saber Stern tras quedarse atónito.

—¿Detenerse en una zona de emergencia con un coche robado? ¿En qué estás pensando?

Carina había encontrado en su bolso de los medicamentos una jeringuilla desechable. Arrancó el envoltorio de la cánula con la boca y lo escupió en la alfombrilla del coche. Luego sacó una pequeña botellita de cristal, la agitó y le dio la vuelta. Finalmente introdujo la aguja en el sello del frasco.

—Seguiremos el trayecto. No debemos llamar la atención.

Borchert asintió. Había tomado «prestada» la furgoneta que había en el aparcamiento subterráneo del Titanic, por lo que no descartaba que su propietario ya hubiera informado de ello a la policía.

—¿Llamar la atención? —gritó Stern, más nervioso que nunca—. ¿Y sólo por eso quieres dejar morir a Simon? ¿Para que no nos cojan?

—¿Robert?

Carina quitó el frasco de la jeringuilla, ahora llena, y se la llevó justo enfrente de su nariz.

—¿Sí?

—Cállate de una vez.

Con la palma de su mano, empujó la cabeza de Simon hacia atrás, contra el respaldo y, con destreza, inyectó el contenido de la jeringuilla en la comisura derecha de su boca. Al igual que si Carina le hubiera extraído un enchufe invisible, el niño se calmó al cabo de pocos segundos. Su pie dejó de temblar, sus ojos se cerraron y su respiración empezó a normalizarse. Un minuto después, totalmente exhausto, Simon se durmió en los brazos de Carina.

—Es una locura. Hay que detener esto.

Como Borchert seguía sin dar señales de parar el vehículo, Stern había decidido desplazarse hacia delante para controlar la situación desde el asiento del pasajero.

—Coge la siguiente salida y dirígete al hospital. Vosotros mismos habéis sido testigos de ello. El niño necesita asistencia médica con urgencia. Su sitio está en una clínica, y no en medio de una pesadilla como ésta.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Estás ciega? Tú misma lo has visto...

—¿Sabes qué es lo que odio de los abogados como tú? —le interrumpió Carina—. Sois unos sabelotodos. No entendéis el mundo real y, aun así, tenéis que opinar siempre sobre todo. Lo que has visto ahora mismo era un simple ataque epiléptico. No es algo agradable, pero tampoco es un caso de Cuidados Intensivos. Deberíamos haberle dado antes a Simon su dosis de carbamazepina. Si lo hubiésemos hecho, el niño no hubiera necesitado este tratamiento de última hora.

—¿De qué hablas? La pregunta no es qué le ocurría, sino por qué sufría el ataque. Tiene un tumor creciéndole dentro de su cráneo. Así no se puede ir al zoo, y, menos aún, desenterrar cadáveres.

—Otra vez estás diciendo tonterías. Ni siquiera sabes lo que le sucede a Simon. No te has preocupado ni un ápice sobre su enfermedad, ¿verdad? Simon padece un tumor en la parte frontal de su cerebro, pero eso no significa que necesite vigilancia médica las veinticuatro horas del día. Sólo la tiene cuando se somete a la quimio o a la radioterapia. El niño sólo pasa quince días en el hospital cada seis semanas. Precisamente, si el profesor Müller no estuviera sometiéndole a unas pruebas para saber si continúa aplicándole la quimioterapia, Simon estaría pasando la noche ahora en un hospicio para niños con toda normalidad.

—Estaría mucho mejor allí que aquí, con nosotros, yendo a toda velocidad de un club nocturno a otro.

Borchert había propuesto pasar la noche en la discoteca de otro conocido suyo. Al parecer, el edificio disponía de una habitación trasera oculta capaz de esquivar las más arduas redadas policiales.

—¿Sabes lo que Simon nos diría ahora si se despertara? —preguntó Stern,

enfurecido, al tiempo que él mismo se respondía—: «Dejadme en paz».

Carina negó enérgicamente con la cabeza.

—No, al contrario. Diría: «No me dejéis solo». Él mismo me ha dicho que no le gusta la noche: le tiene miedo, con independencia de que se encuentre en el hogar para niños o en el hospital. Ya habéis visto lo contento que ha estado antes: en el zoológico, en el coche y, luego, bailando.

—También ha llorado, ha visto cadáveres y ha tenido convulsiones.

—Sufrirá estos síntomas de todos modos. Podemos intentar aliviarlos quedándonos a su lado cuando se despierte. Además, parece que hay algo que no acabas de entender, Robert Stern. No todo gira en torno a ti y a Felix. Se trata, ante todo, de Simon. Ese niño va a morir. Y no quiero que crea realmente que ha matado a alguien. ¿Comprendes lo que digo? Por eso te pedí ayuda. No podemos evitar su muerte, pero sí que se sienta culpable por algo que no hizo. ¡No tienes ni idea de lo sensible que es! Sólo con pensar que ha podido hacerle daño a otro ser humano se le rompe el corazón. Sencillamente no se lo merece, después de haber tenido que pasarlo tan mal en su corta vida.

Stern se quedó mirando por el parabrisas sin saber cómo podía responder a aquel arrebató emocional de Carina. En el fondo, la mujer había llegado a la misma conclusión que él mismo. La huida de la policía, acompañado de un niño enfermo de cáncer, para descubrir que se escondía detrás de sus fantasías de la reencarnación parecía una idea alocada. A pesar de ello, había pocos motivos que les hicieran pensar que tenían que entregarse en la comisaría. Engler estaría tomándoles declaración durante horas para, poco después, ponerlos a todos bajo custodia. En cualquier caso, el policía no creería nunca su historia ni haría lo posible por impedir el próximo encuentro entre los dos asesinos en algún puente. De todos modos, la capital alemana contaba con más puentes que la ciudad de Venecia.

El asesinato que se cometería dos días más tarde a las seis de la mañana pasaría desapercibido. Si ahora les separaban de Simon y del misterioso conocimiento que le envolvía, Stern ya no podría evitar aquel crimen ni lograría descubrir lo que había ocurrido con Felix hacía años en la unidad de lactantes.

—¿De verdad podrás cuidar de Simon tú sola?

Borchert, que se había inmiscuido inesperadamente en la conversación, miró a Carina por el retrovisor.

—No puedo garantizaros nada, pero llevo todo lo necesario. Cortisona, sus antiepilépticos y, en caso de que fuera absolutamente necesario, unos supositorios de diazepam.

Stern advirtió que el motorista que tenían delante del coche cambiaba de carril cada diez segundos, como si estuviese entrenándose para una competición de eslalon.

—Aun así no es suficiente —añadió él poco después. Levantó los brazos y se los llevó detrás de la cabeza.

—¿Por qué no? —le preguntó Carina desde el asiento trasero—. Cuenta con una

enfermera, un abogado y un guardaespaldas las veinticuatro horas del día. ¿Qué más puede necesitar?

—En seguida lo verás.

Stern dejó caer su brazo derecho y le hizo una señal a Borchert para que tomase la salida de Köpenick en la autopista. Diez minutos más tarde estaban aparcando el vehículo frente a una puerta cuyo umbral no debían haber cruzado nunca.

Cuando ella levantó su mano y le abofeteó en la cara supo que no iba a pedirles que se fueran. La primera vez, le había golpeado en el pecho con tan poca decisión que había resultado en un impacto ridículo. Ello había enfurecido aún más a Sophie, quien en seguida había decidido mejorarlo en un segundo intento. Él podría haberse dado la vuelta hacia un lado, podría haber evitado la bofetada poniendo su brazo en posición de defensa o, como mínimo, haber mitigado el golpe. En vez de ello, había cerrado los ojos esperando el revés de su mano acompañado de un dolor efervescente que se extendía por su mejilla izquierda, desde el oído hasta la parte inferior de la mandíbula.

—¿Cómo has podido? —le preguntó su exmujer con la voz ahogada.

Stern sabía que le estaba haciendo tres preguntas a un mismo tiempo. ¿Por qué te llevaste a Felix de mis brazos sabiendo que no quería entregarlo? ¿Por qué te presentas aquí, diez años después, en compañía de esa mujerzuela? ¿Y cómo has podido traer a esta casa a ese niño tan enfermo reabriendo las viejas heridas?

Se dirigió al fregadero de cerámica, puso un paño de cocina limpio bajo el chorro de agua fría y se lo aplicó en la mejilla intensamente enrojecida. La cocina rústica, con sus acogedores muebles de madera clara, no parecía el escenario ideal para mantener aquella disputa. Al igual que en todas las casas unifamiliares de Köpenick, allí también reinaba el ambiente tranquilo y despreocupado que había logrado crear la nueva familia de Sophie.

No era de extrañar que ella no hubiese querido dejarle entrar veinte minutos antes al verle subir, sin avisar, por la escalera de ladrillos de su terraza acristalada. Borchert los había dejado allí con el coche y había continuado el trayecto en busca de un lugar propio donde esconderse. El hecho de ver a Robert con Simon dormido entre sus brazos había hecho dudar a Sophie, si bien no por mucho tiempo. El abogado había aprovechado ese momento para entrar allí sin más.

—La policía ya ha estado aquí. —Sophie se apoyó exhausta en el bloque de cocina que se hallaba en el centro de la habitación, del cual colgaban varias cacerolas de cobre que daban la sensación de ser antiguas. Robert no estaba seguro de si realmente se utilizaban para cocinar o sólo estaban allí como parte de la decoración. Sin embargo, parecía que el hombre sonriente que mostraba la foto de la puerta del frigorífico era un aficionado a la cocina que sabía bien cómo funcionaban aquellos utensilios. Probablemente se reunían todos en la cocina tras una jornada dura de trabajo, probaban la salsa que estaban preparando para el asado y, con una risa, salían corriendo por todo el comedor detrás de las gemelas que habían intentado picar algo antes de la cena.

Ésa era una de las razones por las que Sophie había tomado la decisión correcta al abandonarle. La única vez que él había querido sorprenderla en la cocina incluso se le había quemado la pizza congelada.

—¿Qué les has dicho? —preguntó él.

—La verdad. Estuvo aquí un tal inspector Brandmann, que realmente no tenía ni idea de dónde estabas ni lo que habías hecho. Y, si te soy sincera, Robert, tampoco quiero saberlo.

—¿Mamá?

Sophie se volvió hacia la puerta, donde Frida permanecía de pie, descalza y con una muñeca en la mano. La camiseta de manga corta gastada con el dibujo de Snoopy le llegaba hasta encima de las rodillas.

—¿Qué te ocurre, cariño? Hace rato que deberías estar en la cama.

—Sí, ya lo sé. Pero es que quería enseñarle a Simon mi Cenicienta.

—Está bien, que sea rápido.

—¡Pero si no tiene medias!

La niña con rizos rubios mostró enfadada a su madre los pies de plástico desnudos de su muñeca preferida. Sophie abrió un cajón y sacó a la luz dos calcetines de algodón del tamaño de un dedal.

—¿Esto es lo que buscabas?

—¡Sí! —Frida sonrió contenta, cogió los minúsculos calcetines de la mano de Sophie y salió dando saltos de la cocina.

—En seguida voy a apagarte la luz —le gritó detrás de ella.

La sonrisa maternal se extinguió en seguida y Robert detectó de nuevo en su mirada el mismo rostro furioso que había visto en ella antes de que la interrumpieran. Pasó un minuto sin que ninguno de los dos dijera una palabra y, entonces, Robert señaló el teléfono que había colgado en la pared.

—Llama a la policía si quieres. Comprendo que no quieras verte involucrada en mis problemas; menos aún, sabiendo que tu marido está de viaje de negocios desde esta mañana.

Sophie bajó la cabeza y sus ojos se oscurecieron.

—No has cambiado nada, ¿verdad? ¿Aún sigues pensando que necesito la presencia de un hombre fuerte en casa que me proteja para seguir viviendo?

—No lo sé. He dejado de conocerte.

—¿Por qué has tenido que venir precisamente aquí?

—Porque me están chantajeando.

—¿Quién?

—Alguien que me ha pasado una grabación en la que se ve cómo fallece Felix.

Sophie palideció de repente de tal manera que parecía que deseara convertirse en un ser invisible.

—¿Fue por eso? ¿Por eso me llamaste por teléfono en mitad de la noche?

Stern asintió e intentó explicarle la historia de la manera más suave posible. Le contó lo que había sucedido con el DVD, las últimas imágenes de su hijo en común y lo que le exigía la voz anónima. Quiso evitar a propósito hablarle de la imagen del niño que tenía la marca de nacimiento. Tampoco quiso mencionar explícitamente que

el asesino había amenazado a las gemelas. A diferencia de él, Sophie casi había logrado cruzar el umbral hacia una nueva vida. Crearle nuevas dudas sobre el fallecimiento de Felix la empujarían a un mundo de depresión, preocupación y compasión; lo mismo ocurriría si tuviera que temer por la muerte de sus hijas. Así que decidió mentirle. Le dijo que la Voz le había entregado el vídeo como prueba de su poder, y que había amenazado con asesinar a Simon si no cooperaba.

Cuando Robert terminó de contar la versión modificada de los hechos, pareció que a Sophie le hubiera caído una viga de cemento armado en el pecho.

—¿Es-estás realmente seguro de que...? —empezó a tartamudear. Quiso continuar la frase, pero desistió de ello al ver que Robert asentía.

—Sí. Yo mismo lo he visto.

—Pero ¿cómo...? Quiero decir que... ¿Cómo...?

—Como dijeron los médicos. Sencillamente dejó de respirar.

Una mancha oscura se extendió en la blusa de seda de color crema de Sophie. Al cabo de un momento Robert reconoció que provenía de las silenciosas lágrimas de la mujer.

—Pero ¿por qué? —sollozó ella en silencio—. ¿Por qué no estuve más pendiente de él?

Stern se acercó a su exmujer y le cogió la mano, aun sabiendo que ella podría rechazarle bruscamente. Ella no se apartó, pero tampoco se inmutó cuando él le apretó los dedos.

—Estabas cansada, había sido un parto difícil.

Sophie se acarició el cabello con la otra mano y miró las baldosas de piedra que tenía a los pies. Hablaba entre un mar de lágrimas.

—Apenas me acuerdo de él. De su sonrisa, de sus ojos medio cerrados... de algo suyo. Todo se ha borrado. Apenas le oigo llorar ya en mis oídos. Incluso su olor se desvanece con el tiempo. ¿Te acuerdas de aquella crema francesa para recién nacidos tan cara que compramos? Quizá por eso me negaba a admitirlo. Desprendía un olor tan vivo cuando lo tuve la última vez en mis brazos... Y ahora...

Stern comprendió de repente el efecto que habían provocado sus palabras en ella. Al parecer, ella había alimentado todos aquellos años una esperanza irracional que ahora había acabado de destruirse.

Se inclinó hacia Sophie, la miró a los ojos y vio que sus lágrimas se habían secado. Se apartó de ella. Se hubiese sentido como un violador, si hubiera seguido sujetándole la mano durante más tiempo. El breve momento de intimidad entre los dos había llegado a su fin.

Los dos se quedaron en silencio un rato más. Luego, él se dio media vuelta y dejó sola a la madre de su hijo en la cocina. Bajó las escaleras en busca de Simon y Carina, y de un lugar donde dormir. Podía escuchar las ráfagas de viento frío cargadas de lluvia que soplaban con fuerza sobre la valla del jardín y el tejado. Los primeros augurios silenciosos de que aquélla sería una noche tormentosa.

La habitación de invitados se hallaba en el sótano. Stern se quitó los zapatos y se tumbó completamente vestido en la cama, haciéndose un hueco entre Simon y Carina, quienes dormían profundamente y ni siquiera se habían percatado de su llegada. Yacían bajo una fina colcha a cada extremo de la cama grande de matrimonio. Como una pareja mayor que acaba de discutir y se distancian el uno del otro antes de dormirse.

Stern agradecía aquella agradable coincidencia que le permitía meterse apretado entre ambos cuerpos. Carina solía moverse en la cama mientras dormía. Si hubiera llegado cinco minutos más tarde probablemente la hubiera encontrado enroscada junto a Simon, ocupando así todo el colchón.

A pesar de que la calefacción estaba al máximo, Stern sintió que el frío le recorría la espalda al recordar las terribles imágenes que le habían acompañado aquel día.

El cadáver en el congelador, Tiefensee, el cementerio. Y, de nuevo, Felix.

Se dio la vuelta y miró a Carina. Tuvo la tentación de estirar su mano y tocar su hombro izquierdo, que sobresalía desnudo bajo la colcha de la cama. A pesar de lo frágil y delicado que era, Stern sentía que el mero hecho de tocarlo fugazmente podía darle cierta sensación de seguridad. El cabello abundante y suavemente ondulado de Carina se extendía en la almohada como un abanico abierto. Se había acostado en su lado de siempre.

Stern sonrió. Era igual como la había visto la primera vez: con un brazo extendido, las rodillas tapadas y los ojos cerrados. Habían pasado tres años desde aquel día. Mientras se dirigía a su hogar vacío, había sentido el repentino impulso de girar y meterse en el aparcamiento de una tienda de muebles. Estaba dando una vuelta por la sección de camas cuando le pareció ver un maniquí femenino, especialmente hermoso y muy natural, que estaba tumbado en una de las camas. Fue entonces cuando Carina abrió los ojos y le sonrió.

—¿Lo compro? —le había preguntado ella. Una hora más tarde, él la estaba ayudando a llevar el nuevo colchón hasta el ático donde vivía ella, en Prenzlauer Berg.

De repente los recuerdos volvieron a flotar en su mente: el motivo por el que había dejado a Carina hacía tres años. Después de hacer el amor con ella, se había quedado despierto a su lado y había percibido cómo se sentiría si llegaba a olvidar: como si un abrazo apasionado vaciara las terribles imágenes de su cabeza y, de pronto, solamente existiera el presente. Como en aquel instante de hace tres años, volvió a retirar la mano que extendía hacia ella porque se sentía culpable. No tenía derecho a empezar una nueva vida en la que, tarde o temprano, los recuerdos de Felix acabarían perdiendo intensidad como las fotografías antiguas sobre la repisa de una chimenea.

Al día siguiente se había separado de Carina aprovechando un desacuerdo sin

importancia. Antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que él pudiera perderse dentro de ella para siempre.

Éstos y cientos de recuerdos más mantuvieron a Stern despierto durante otra media hora. Después, el agotamiento pudo finalmente con él, empujándolo hacia la oscuridad de un sueño sin pesadillas. Preso en sí mismo, no sintió que Carina seguía dando vueltas en la cama, intranquila, ni se dio cuenta de la mirada seria que se había clavado fijamente en su nuca.

El niño aún esperó un rato más. Entonces, cuando escuchó que el abogado respiraba con regularidad, apartó la colcha con sus pies cuidadosamente y, cogiendo su peluca del suelo, salió de puntillas de la habitación.

Algo se rompió. El ruido tuvo que atravesar dos puertas, una escalera y alrededor de veinte metros de resistencia al aire antes de llegar a la habitación de invitados con menos intensidad. Stern gimió y, al hacerlo, se despertó. Se había dado cuenta de aquel sonido de manera inconsciente, pero fue la mano en su cara lo que de verdad le despertó. Carina había estirado un brazo sobre su cabeza mientras soñaba profundamente.

Todavía algo mareado por el poco rato que había tenido para descansar, Robert se desprendió de aquel abrazo involuntario. Estiró su cuerpo, apretó la tensa columna vertebral contra el colchón y quedó desconcertado. Algo en aquel lugar no cuadraba. En seguida se dio cuenta de lo que había cambiado en la oscura habitación.

Stern se apresuró, saltó de la cama y corrió hacia el cuarto de baño contiguo. Vacío. Simon no estaba allí.

¡No estaba con ellos!

Abrió la puerta de golpe y corrió descalzo, en calcetines, hasta el piso de arriba. Carecía aún del sentido del tiempo; no tenía ni idea de cuánto rato había estado durmiendo. Afuera estaba oscuro, no entraba ningún tipo de luz por los travesaños de la ventana, lo que en el otoño berlinés solamente podía significarlo todo: la última hora de la tarde, medianoche, tres y media de la mañana... Sus ojos se adaptaron a la oscuridad del pasillo y en seguida filtraron mentalmente las típicas señales de vida de una casa dormida: el crujido de los radiadores, el tictac del reloj de pared, el zumbido del motor de la nevera.

¡La nevera!

Stern dio una vuelta sobre sí mismo y vio la luz. Se vislumbraba al final del pasillo por debajo de la puerta de la cocina.

—¿Simon? —llamó en voz baja, lo bastante suave para no despertar a nadie en el piso de arriba. Lo suficientemente fuerte para que, en caso de que hubiera alguien esperándole tras la puerta, éste pudiera escucharle. Avanzó a hurtadillas por el pasillo, intentando identificar el ruido agudo que ahora también emergía bajo la puerta junto a la luz procedente de la nevera abierta.

Stern deseó haber contado allí con la presencia de Borchert. Probablemente el hombre hubiera abierto sin pensárselo ni un segundo. Tras un momento de duda, él mismo se atrevió a estirar hacia abajo el pomo de la puerta. Seguidamente dio un paso hacia delante y su corazón empezó a latir con fuerza... aliviado.

—Lo siento.

Simon se hallaba arrodillado en el suelo mientras limpiaba con un trapo de cocina un líquido blanquecino en las baldosas del suelo. Levantó la vista, miró a Robert con ojos temerosos y se puso en pie.

—Tenía sed. Se me cayó de la mano el vaso de leche.

—No pasa nada.

Stern intentó relajar la tensión que se había acumulado en su rostro y lanzó una sonrisa precavida.

—Anda, ven aquí.

Puso un brazo alrededor del niño y atrajo su cabeza suavemente hacia él.

—¿Te has asustado?

—Sí.

—¿Por el viento que hay afuera?

—No.

—¿Por qué entonces?

—Por la foto.

Robert retrocedió un paso y buscó la mirada de Simon.

—¿A qué foto te refieres?

—A aquella de allí.

Simon evitó caminar por encima de las manchas de leche que había en las baldosas del suelo, mientras cerraba la puerta de acero inoxidable de la nevera. La cocina quedó a oscuras repentinamente, al igual que el pasillo, y Stern no tuvo más remedio que encender la lámpara halógena que había sobre el bloque central de la cocina.

—Es un niño recién nacido —dijo Simon.

Stern cogió la fotografía que había colgada en la puerta del frigorífico. Debía de tener siete años, como mínimo. El marido de Sophie sonreía algo forzado ante la cámara mientras hacía lo posible por evitar que las pequeñas gemelas resbalasen en la bañera de plástico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Stern.

—Mañana, en el puente. Es algo sobre un niño pequeño.

La fotografía le empezó a temblar en la mano.

—¿Lo has soñado, Simon?

—Mmm.

El niño asintió con la cabeza.

Crac. Crac.

Stern miró hacia la lámpara del techo, y unas manchas rojas surgieron en la retina de sus ojos mientras Simon continuaba hablando.

—Pero me volví a acordar en cuanto vi la foto. Se me cayó la leche al suelo por el susto.

Stern bajó la vista de nuevo. La forma que había tomado el charco de leche en el suelo le recordaba al mapa de Islandia. Resultaba apropiado teniendo en cuenta que el frío empezaba a extenderse por su cuerpo de repente.

—¿Tienes idea de lo que pretenden hacer con ese niño? —le preguntó—. En el puente, quiero decir.

Simon asintió cansado con la cabeza. El trapo de cocina húmedo resbaló de sus dedos.

—Venderlo —añadió—. Quieren venderlo.

El trato

«El alma no perece nunca; más bien, intercambia
su morada anterior por una nueva residencia,
donde vive y actúa.
Todo cambia pero nada se destruye».

PITÁGORAS

«La doctrina de la reencarnación es la amenaza
de una muerte multiplicada por mil y del sufrimiento multiplicado por un millón».

*Comunicado oficial acerca del tema
de la reencarnación, en la página de inicio
en internet de una emisora de radio cristiana*

«Respondió Jesús y le dijo:
En verdad, en verdad te digo que quien no nace
de nuevo no puede ver el reino de Dios».

JUAN 3:3-7

1

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

Stern apartó la mirada de la carretera durante un momento y miró de reojo a Borchert mientras éste se ponía una camiseta de fútbol con los colores del Bayern de Múnich.

—¿Por qué no? Me queda que ni pintado.

Su acompañante, que volvía a sudar de nuevo, bajó la ventanilla del coche con un resoplido. El abogado agradecía igualmente el aire fresco de aquella mañana, que ahora soplaba a sesenta kilómetros por hora en el interior del vehículo. Calculaba que, en las últimas veinticuatro horas, había dormido menos de cuarenta minutos. Esa misma mañana aún se las había ingeniado para ducharse y pedirle a su exmujer un coche para huir antes de recoger a Borchert en la rotonda de la Columna de la Victoria. Al contrario de lo que esperaba, Sophie le entregó las llaves del automóvil sin ningún tipo de objeción. Cooperaba con ellos de un modo asombroso. Incluso permitió que Carina y Simon se quedaran en Köpenick hasta que Stern descubriese si su plan funcionaba.

—Escucha. —Elevó el sonido de su voz para oírse mejor a sí mismo entre el ruido del aire que le venía de cara—. Aquí estamos, sentados en uno de los coches más pequeños y más vendidos del mundo, que, además, es gris metalizado, el color de automóvil preferido de nuestro planeta. En otras palabras, no encontraremos un modo de desplazarnos más discreto que éste. ¿Y pretendes ahora echar a perder nuestro plan de camuflaje poniéndote eso?

—Tranquilo, no te pongas nervioso. —Borchert volvió a subir la ventanilla del coche—. Será mejor que mires a la izquierda.

Estaban pasando ante el edificio de la Filarmónica de Berlín. En la acera de enfrente, delante de la biblioteca nacional, un grupo de jóvenes seguidores caminaban en dirección a Potsdamer Platz. Todos ellos iban vestidos con los colores de un equipo de fútbol.

—Esta tarde se juega el mejor partido de la Bundesliga —aclaró Borchert—. Hertha contra Bayern. Y ahora, vuelve a mirar a tu izquierda.

Stern obedeció y, de golpe, sintió el tacto de un sello húmedo en su mejilla derecha.

—¿Qué demonios es esto?

—Tú también debes disfrazarte. No te queda nada mal... —rió Andi mientras giraba el espejo retrovisor hacia Stern para que éste pudiese ver el emblema del Bayern estampado en su cara—. Se han vendido todas las entradas del Estadio Olímpico; se espera que vengan, como mínimo, unos treinta y cinco mil aficionados de fuera de la ciudad. Como ves, algunos de ellos han llegado antes y van gritando alborotados por las calles. No digo que no te quedes en el coche vestido con tu traje de abogado, pero ahí afuera... —Borchert señaló a través del cristal del coche

Potsdamer Strasse, que se hallaba justo delante de ellos—. Ahí afuera no hay mejor camuflaje que éste. Por cierto, aquí está el resto de nuestro disfraz.

Una locura. Esto es una completa locura, pensó Stern en cuanto echó un vistazo al asiento trasero. Parecía que Borchert había atracado una tienda entera de souvenirs de fútbol. Había simplemente de todo; desde bufandas hasta pantalones y guantes de portero. Nadie esperaría encontrarlos vestidos de ese modo ni sería capaz de reconocerlos. Y mucho menos, entre miles de personas vestidas igual circulando por la capital alemana.

—Pero no sé si nos dejarán entrar.

Stern giró en Kurfürstenstrasse y pisó el acelerador.

—¿Adónde?

Le explicó a Borchert su última idea. Según Simon, a primera hora de la mañana siguiente tendría lugar un encuentro en uno de los puentes de Berlín para vender a un recién nacido. Robert suponía que la Voz era el traficante de niños, a quien ahora habían prevenido de la posibilidad de que fuera asesinado mientras negociaban. Al igual que había sucedido con el resto de sus cómplices.

—Debemos encontrar a alguien capaz de decirnos quién trafica con niños pequeños. A través de él podríamos descubrir de qué puente se trata y llegar hasta la Voz. Y para eso tendremos que arriesgarnos a entrar en ciertos locales...

Se sintió mareado al darse cuenta de lo que estaba admitiendo al pronunciar aquellas palabras. Si el niño con la marca de nacimiento —si realmente existía— tenía algo que ver con Felix, entonces su destino estaba relacionado con el jefe de una banda criminal que, al parecer, también traficaba con niños. Con un sádico que perseguía alguien que pretendía vengarse de él, alguien con quien Simon se identificaba en sus sueños.

Stern se preguntó de nuevo si sería capaz de hallar una explicación real a una locura como aquella: si, en aquel entonces, Felix habría sido intercambiado o simplemente reanimado. Y, una vez más, tuvo que descartar todo intento racional de explicación. No había ningún otro niño en la unidad de lactantes y Felix había sido enterrado después de estar media hora muerto en los brazos de Sophie, con la marca de nacimiento similar al mapa de Italia en su hombro izquierdo. Él mismo había mirado dentro del ataúd una última vez antes de confiar a Felix a las llamas que debían incinerarlo. Se mirase como se mirase, la posibilidad de que su hijo aún siguiera con vida era tan plausible como el hecho de que un niño conociera la existencia de unos asesinatos cometidos antes de su nacimiento.

—¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Stern no se había dado cuenta de que, por lo visto, Borchert le había preguntado algo.

—Te preguntaba cuánto tiempo estuvo Sophie sola en el cuarto de baño.

Robert lo miró completamente perplejo.

—¿Te refieres en el hospital?

¿Cuando huyó con Felix al baño?

—Sí. Puedo oír cómo tu cerebro hace más ruido que el motor de este viejo trasto, así que me preguntaba si alguna vez te has parado a pensarlo.

¿El qué? ¿Que Sophie tuviera algo que ver con todo este asunto?

—Estás loco. Es una idea absurda.

—No mucho más que buscar a un recién nacido que quizá sólo existe en la imaginación de un niño.

—Y, según tú, ¿qué crees que ocurrió en el baño? —Stern, que apenas lograba contener su enfado, se preguntaba por qué reaccionaba ante aquella teoría de un modo tan agresivo—. El cuarto de baño estaba cerrado y no tenía puerta trasera. ¿Insinúas que Sophie dio a luz allí a un niño muerto y luego le tatuó rápidamente el mapa de Italia en el hombro?

—Vale, vale, olvida lo que he dicho. —Andi alzó ambas manos intentando tranquilizarle—. Vamos a buscar al recién nacido. Un momento... ¿cómo es que estamos circulando por aquí?

Borchert se volvió para observar la figura de una prostituta que, con unas piernas tan delgadas como palillos, caminaba tambaleándose por la acera. Las calles de Kurfürstenstrasse, Lützowstrasse y Potsdamer Strasse habían sido desde siempre una de las zonas más populares de Berlín en cuanto a prostitución de menores se refería. La mayoría de la chicas que estaban allí habían contraído la hepatitis con tan sólo doce o trece años de edad y, a partir de entonces, se habían ocupado de transmitirla a sus clientes. No existía un lugar más barato que aquél para mantener relaciones sin ningún tipo de protección.

Apenas pasaban unos minutos de las ocho y media de la mañana y, sin embargo, las menores llevaban esperando a la clientela desde primera hora. No podían perderse un día como aquél, en que los turistas inundaban las calles de la ciudad. Además, la mayoría de aquellos clientes no eran los típicos vagabundos o antisociales que pretendían alquilar sus servicios con las últimas monedas que les quedaban. Eran hombres de negocios con dinero y padres de familia que saboreaban la sensación de poder que les producía pedir los servicios más indescriptibles a una joven que no podía pensar con claridad.

—Una vez me pidieron que representara a un pederasta —explicó Stern mientras continuaba buscando aparcamiento—. El hombre pretendía fundar en Alemania un partido político de pederastas. Quería que el sexo entre adultos y niños a partir de los doce años de edad dejara de ser considerado ilegal, e incluso que se permitiera a los niños actuar en películas porno.

—¿Me tomas el pelo?

—Me temo que no.

Stern puso el intermitente y giró al ver que había un hueco enorme para aparcar. Una chica joven con los vaqueros rotos y una chaqueta de plumas surgió de detrás de una caja de distribución eléctrica y se dirigió a ellos.

—Antes de rechazar la oferta y mandar al infierno al cliente, descubrí adónde le encantaba ir los fines de semana.

—Déjame que lo adivine.

—Exacto. En este lugar se puede encontrar de todo: drogas, armas, asesinos a sueldo, chicas menores de edad ejerciendo la prostitución...

—Y niños recién nacidos.

Stern aparcó el vehículo. Borchert abrió la puerta y salió. Le siseó alguna cosa a la prostituta de la chaqueta de plumas, y ella le respondió enseñándole el dedo corazón antes de volver junto a la caja de distribución eléctrica.

—Se conocen casos de clientes a los que una prostituta drogadicta llegó a confiar a su hijo recién nacido a través de la ventanilla del coche —confirmó Stern mientras bajaba del vehículo—. No es algo que haya sucedido aquí, lo admito, sino en una zona donde se ejerce la prostitución junto a la frontera con la República Checa. Aunque puede que eso facilite nuestro trabajo.

—¿Por qué?

—La venta de niños todavía se considera algo fuera de lo normal, incluso en Berlín. Si Simon ha oído algo realmente acerca de ello, entonces también lo habrá hecho la gente de por aquí. Sólo tenemos que llamar a la puerta correcta. Quizá haya alguien detrás de ella capaz de darnos alguna información.

—¿Y con qué puerta quieres que empecemos?

—Con aquella de allí.

Stern señaló la puerta entornada de una casa que había al otro lado de la calle: un anuncio luminoso y sucio, cuyas bombillas probablemente hacía años que habían dejado de funcionar, indicaba el nombre de JACKO'S PIZZA en letras mayúsculas de color negro con un adhesivo que se había enganchado allí de cualquier manera.

—Se supone que debe de estar en el patio trasero. Un timbre privado. El primer piso, a la derecha.

—Un burdel ilegal. Lo conozco. —Borchert se dio un palmetazo en su carnosa nuca como si acabara de picarle un mosquito. En realidad, lo que le picaba eran las gotas de sudor que iban bajando por detrás de su cabeza—. No me mires así. Ya sabes con qué tipo de películas me ganaba antes la vida. Se acaba conociendo más de este ambiente de lo que uno querría.

—Bueno, ahora ya sabes por qué necesito que estés a mi lado. Espero que lleves otra clase de arma, aparte de la fuerza de tu propio cuerpo.

—Por supuesto. —Borchert sacó del bolsillo de su chándal del Bayern la empuñadura de una pistola de nueve milímetros—. De todos modos, no vamos a entrar ahí.

—¿Por qué lo dices?

—Porque tengo una idea mejor.

—¿Y cuál se supone que es?

—Allí está.

Stern miró la gran tienda de alimentación que había en la esquina de la calle. Borchert ya iba de camino a ella.

—¡Claro, claro! —gritó Robert sarcásticamente detrás de él—. Lo había olvidado completamente. Por aquí se venden niños incluso en los supermercados.

Borchert se detuvo en mitad de la calle y se dio la vuelta.

—Pues sí, y será mejor que te lo creas.

La expresión de su cara, su actitud y, sobre todo, el tono de su voz le dejaron a Stern algo más que claro: Borchert no bromeaba.

2

A la cuarta fue la vencida. El primer supermercado se hallaba cerrado, a pesar de que la nueva ley que regulaba los horarios comerciales también permitía que las tiendas se abriesen los domingos; especialmente, si tenía lugar un importante acontecimiento deportivo en la capital. La segunda tienda de alimentación había abierto sus puertas a los clientes, pero allí sólo hallaron lo de siempre: clases de español y de piano en grupos reducidos, la posibilidad de viajar a París compartiendo coche, una jaula de conejos gratis a cambio de ir a recogerla *in situ*, etc. En el tablón de anuncios que había al salir de la droguería del otro lado de la calle predominaban los apartamentos amueblados, dos neveras y varias clases de repaso. Borchert se sorprendió al ver un cartel con la fotografía en color de un cochecito para niños de segunda mano que se vendía por tan sólo treinta y nueve euros. Arrancó una de los diez notas perforadas con el número de teléfono del propietario, gruñó descontento al ver de qué prefijo se trataba y siguieron adelante.

Cuando se dirigían a la última tienda, el mayor y más moderno supermercado del barrio, fueron abucheados por un aficionado del Hertha que pasaba con el coche.

Stern, que también iba disfrazado, había cambiado su traje de tres piezas por una camiseta de portero de manga larga. Al igual que Borchert, ocultaba su rostro bajo una ridícula gorra de fútbol que le hacía sentir como si se encontrara en una parque de atracciones.

Llamaría menos la atención si llevara un pene de plástico en la cabeza, pensó al darse cuenta de que una mujer mayor, que acababa de guardar la compra en una bolsa de tela, se le quedaba mirando fijamente.

—Nunca había oído hablar de este método, Borchert.

—Por eso funciona.

Estaban junto a los contenedores que utilizaban los clientes de la tienda para deshacerse de los envases y las pilas usadas. Justo enfrente había otro típico tablón de notas con un gran surtido de anuncios.

—Pensaba que la gente ahora sólo utilizaba internet para estas cosas.

—Y es así. Sobre todo, si lo que deseas vender son cuadros, vídeos o calzoncillos usados.

Stern hizo una mueca. Como el experimentado abogado defensor que era, sabía que las autoridades siempre iban muy por detrás en cuanto a los expertos informáticos que se dedicaban a la industria del porno infantil. No existía una unidad especial capaz de abarcar todo el país, ni frikis de la informática contratados indefinidamente que controlasen las páginas web, los grupos de noticias o los foros. Algunas comisarías podían considerarse afortunadas por tener conexión a internet. De todos modos, aunque la policía lograba alguna vez dar un buen golpe, las leyes no bastaban para encerrar a aquella gente perversa en un calabozo.

Apenas una semana antes, varios pederastas habían sido detenidos después de que

la policía hubiese estado siguiendo el rastro en internet de numerosas transacciones realizadas con tarjetas de crédito. Por desgracia, la pista que les había llevado hasta aquellos pagos había infringido la ley de protección de datos, por lo que las pruebas halladas carecían de valor. El *bestseller* del disco duro confiscado era la fotografía un hombre en edad de jubilación abusando de un recién nacido. Aquellos que habían encontrado diversión con semejante tortura inimaginable se hallaban en aquel momento sin duda otra vez en un cibercafé, haciendo trabajar sus mentes enfermas.

—Ahora la red resulta demasiado peligrosa para pactar un encuentro de verdad — aclaró Borchert, cogiendo la copia en color de una moto bajo la cual se exponía una pequeña ficha técnica.

—¿Por qué?

—Actualmente se ha puesto en marcha un ensayo de campo. Los policías se introducen en un chat sospechoso y se hacen pasar por chicas menores de edad. Cuando un pederasta acepta la invitación, éstos se citan con el individuo. El canalla se presenta, esperando encontrar a una alumna de segundo de ESO con aparatos en los dientes y, en lugar de eso, se lleva unas esposas de recuerdo.

—Buena idea.

—Sí, tanto que los pederastas ya han pensado en algo nuevo... Algo como esto.

Borchert arrancó del tablón de anuncios una nota de papel de tamaño DIN-A5 de color azul claro. «Se busca una cama como la de la imagen», leyó Stern en voz alta. La pequeña fotografía que había a continuación había sido recortada de un catálogo de venta por correspondencia. En ella se veía una cama estrecha de madera, modelo «Happy Young», y, sobre ésta, un niño pequeño que sonreía a la cámara. Bajo la ilustración, escrito en una letra normal propia de una impresora láser, se leía lo siguiente:

Para niño entre 6 y 12 años.
Importante que sea limpia y cómoda. EFD

Stern sintió que una ola de repugnancia recorría su cuerpo frío.

—No puedo creerlo.

Borchert alzó las cejas.

—Dime la verdad: ¿cuándo fue la última vez que colgaste una nota en el tablón de anuncios de un supermercado?

—Nunca lo he hecho.

—¿Y a cuánta gente conoces que haya contestado a un anuncio de este tipo?

—A nadie.

—Sin embargo, el tablón está lleno de notas como ésta, ¿no crees?

—No querrás decir que...

—Exacto. Algunas de ellas funcionan como un mercado de contactos de la gente enferma y perturbada de nuestra ciudad.

—No me lo puedo creer —repitió Stern.

—Entonces, mira esto. ¿Has visto alguna vez un número de teléfono con tantas cifras?

—Mmm. Es extraño.

—Sí, ¿verdad? Y te apuesto lo que quieras a que proviene de una tarjeta de prepago de un libanés o algo por el estilo. Un móvil de un solo uso. Es imposible que podamos dar con algún nombre. Y aquí... —Andi señaló el pie de la foto—. Está claro que se trata de la jerga de los pederastas. La palabra «cómoda» significa «con consentimiento de los padres». Y «limpia» quiere decir «a ser posible, virgen o con la prueba del sida». Por supuesto, quieren que se haga con «EFD», es decir, «entrega franca a domicilio».

—¿Estás seguro? —Stern se preguntó cómo encajaría con su disfraz de aficionado al fútbol el hecho de pararse a vomitar en el contenedor para papel que había a su lado.

—No, pero lo descubriremos en seguida.

Borchert sacó del bolsillo un móvil que el abogado no había visto antes y marcó el número de dieciocho dígitos.

—Sí, ¿dígame?

Stern se sintió desconcertado al oír aquellas dos primeras palabras. Esperaba oír a un hombre mayor, cuya voz pudiera dar muestras de su carácter depravado. Alguien con el cabello grasiento peinado hacia delante para tapar su calva y que, enfundado en una camiseta de malla, se miraba fijamente las uñas fúngicas de los pies mientras hablaba por teléfono. En su lugar, lo que le transmitió su oído fue la voz agradable y melodiosa de una mujer.

—Mmm, bueno, yo... —Robert empezó a tartamudear. Borchert le había pasado el móvil en cuanto había escuchado que daba la señal y, en ese instante, se había quedado sin palabras.

—Perdone, creo que me he equivocado.

—¿Llama por lo del anuncio? —preguntó la mujer sin nombre. Su voz sonaba educada y culta, sin rastro de acento berlinés.

—Ehh... Sí.

—Lo siento, mi marido no se encuentra aquí en este momento.

—Ya veo.

Habían salido del supermercado y se dirigían al coche de nuevo. Stern tuvo que concentrarse al máximo para evitar que las palabras de la mujer no quedaran sofocadas por el ruido del tráfico de Potsdamer Strasse o las interferencias por la mala conexión.

—Pero ¿tiene lo que estamos buscando? —preguntó ella.

—Puede ser.

—¿Cuántos años tiene?

—Diez —respondió Stern pensando en Simon.

—Encajaría bien. ¿Ya sabe que lo que buscamos es una cama para un niño?

—Sí, lo he leído.

—Bien. ¿Cuándo podría hacer la entrega?

—En cualquier momento. Hoy, si lo desea.

Volvieron a pasar por delante de la caja de distribución eléctrica, donde la prostituta esperaba a sus clientes. La chica esquelética ya había desaparecido. Probablemente se hallaba en el asiento del pasajero de algún coche, en alguna carretera secundaria.

—Perfecto. Entonces propongo que nos encontremos a las cuatro de la tarde para discutir las condiciones del contrato. ¿Conoce el Madison, en Mexikoplatz?

—Sí —respondió Stern mecánicamente, si bien nunca había estado en aquella cafetería—. ¿Me oye? ¿Sigue usted ahí?

Le dio el móvil de nuevo a Borchert al ver que no recibía respuesta alguna.

—¿Y? —preguntó éste con ansiedad. Pero Stern tuvo que respirar primero profundamente para tranquilizarse. Después respondió como si hubiese entrado en

trance:

—No lo sé. Sonaba como una conversación telefónica normal. De hecho, sólo hemos hablado acerca de una cama.

—¿Pero?

—Pero todo el tiempo tenía la sensación de que hablábamos de otra cosa.

Stern le repitió la conversación telefónica, prácticamente palabra por palabra.

—¿Lo ves? —preguntó Borchert.

—No. Ahora mismo no veo absolutamente nada —mintió Stern.

En realidad su perspectiva sobre el mundo en el que vivía había cambiado radicalmente. En el supermercado, Borchert había levantado una cortina y le había permitido que viera lo que se ocultaba detrás de aquel escenario: la cara oscura de la vida. Era allí donde la gente se desprendía cuidadosamente de sus máscaras cultas repletas de moral y conciencia, y mostraban al mundo su verdadero rostro.

Stern no era una persona ingenua. Era abogado y estaba familiarizado con la maldad. Pero hasta ese momento la había mantenido oculta bajo órdenes judiciales, sentencias y textos legales. Nunca más podría visualizar un horror semejante, que amenazaba con engullirlo como un agujero oscuro, a través del filtro neutralizado de un mandato profesional. Para aquel caso, tendría que extender la factura a su propio nombre y estaba seguro de que la tarifa horaria haría estallar su presupuesto emocional.

Borchert abrió la puerta del coche con la intención de subirse en él, pero la incisiva pregunta de Robert hizo que se detuviera.

—¿De dónde sacas la información?

Andi se rascó detrás de la cabeza y finalmente se quitó la gorra.

—Ya te lo he dicho.

—¡Venga ya! Los que graban películas porno no saben nada de las nuevas tendencias en el abuso de niños.

El rostro de Borchert se oscureció y se montó en el vehículo.

—Te lo repito de nuevo: ¿por qué sabes tanto sobre esto? —preguntó Stern al tiempo que se sentaba a su lado en el asiento del pasajero.

—Créeme, es mejor que no lo sepas. —Andi puso el coche en marcha y echó una ojeada al retrovisor: le habían salido unas machas rojas en el cuello. A continuación miró a Stern y apretó los labios con resignación—: De acuerdo. Iremos a visitar a Harry.

—¿Quién es Harry?

—Una de mis fuentes de información. Él sabrá aconsejarnos.

Borchert salió del hueco donde habían aparcado. Condujo manteniéndose dentro del límite de velocidad para evitar que algún control policial pudiera pararle por cometer una tontería.

—¿Aconsejarnos? ¿Qué demonios quieres decir con «aconsejarnos»?

Ahora era Borchert quien se mostraba sorprendido de verdad.

—¿Es que piensas que puedes pisar esta tarde esa cafetería sin ninguna prueba que demuestre que eres uno de ellos?

Stern tragó saliva.

Uno de ellos.

Nervioso, agarró la bufanda del Bayern por uno de los extremos y estiró de ella lentamente hacia abajo, sin darse cuenta de que los hilos de algodón apretaban su cuello cada vez más. El solo hecho de imaginar que debía hacer algo para fingir que formaba parte de aquella comunidad de pervertidos le dejaba sin respiración.

Cientos de turistas deambulaban por la capital un día tras otro por la zona en la que Harry se ganaba la vida como podía. Pasaban por delante de su domicilio, aún cansados por el viaje, pero ilusionados por lo que les esperaba en Berlín en los próximos pocos días. Estaban ansiosos por sumergirse en la vida nocturna de la ciudad, visitar el edificio del Reichstag o, simplemente, disfrutar del hotel. En cualquier caso, a buen seguro ninguno de ellos tenía en sus planes visitar los inmundos once metros cuadrados en los que Harry aguardaba su muerte.

Su caravana estaba aparcada justo debajo de uno de los puentes de la autopista, a un kilómetro de distancia, como mucho, del aeropuerto de Schönefeld. Stern temía que el Corolla de Sophie no pudiera resistir los baches de la carretera secundaria por la que se habían metido. El vehículo crujía como una vieja avioneta a punto de aterrizar.

Finalmente, Borchert hizo una ronda de reconocimiento y aparcaron detrás de una valla torcida de tela metálica. Hicieron los últimos cien metros a pie y, por primera vez, Stern agradeció llevar puestas las zapatillas de fútbol que le había proporcionado su compañero. Volvía a llover y el suelo se estaba convirtiendo cada vez más en un campo de barro.

—¿Dónde se esconde? —preguntó Stern, que continuaba sin ver nada.

Lo único que divisaba era un montón de basura desordenada entre dos columnas de cemento armado. El ruido de los coches que retumbaba sobre sus cabezas era casi tan insoportable como el olor intolerable, que se hacía más fuerte a medida que avanzaban. Era una combinación de excremento de perros, restos de comida descompuesta y agua estancada que penetraba hasta lo más profundo de la garganta.

—Sigue recto. El camino lleva directamente allí.

Borchert se encogió de hombros. Al igual que Stern, se había dejado la bufanda y la gorra en el coche, y la lluvia le salpicaba ahora por detrás de la nuca.

Robert seguía sin divisar la caravana amarilla como la nicotina que se hallaba al otro lado de la montaña de basura, cuando, de pronto, un hombre salió de detrás de un montón de neumáticos viejos vestido con un albornoz apelmazado. Algo más alto, aunque considerablemente más delgado que Borchert, seguro que no había visto todavía a sus dos invitados imprevistos, ya que siguió hurgándose en la entrepierna, eructó ruidosamente y empezó a orinar en un sofá roto, al tiempo que inclinaba la cabeza hacia atrás, dejando que la lluvia le rozara la cara mientras observaba la autopista desde abajo.

—¿Ya te has levantado, Harry?

El hombre dio un rápido salto a su alrededor. Si bien se hallaban a una distancia de tres o cuatro coches de él, saltaba a la vista el miedo que reflejaba su rostro tras ver a Borchert.

—Mierda.

Harry olvidó de pronto el aseo matinal y salió corriendo hacia una esquina con sus zapatillas de baño gastadas hasta alcanzar la puerta abierta de su caravana. Sin embargo, a pesar de que hubiese logrado encerrarse allí rápidamente, Borchert habría considerado esto como un juego de niños, pues no habría tardado lo más mínimo en empujar la caravana con ambas manos y hacerla rodar hasta la carretera principal. Harry lo sabía y, por ese motivo, no dejaba de observar asustado a los dos hombres que ahora le acompañaban en el interior de su morada.

—¡Uff! ¿Quién se ha muerto aquí?

Stern se tapó la nariz al igual que Andi y empezó a respirar solamente a través de la boca. La alfombra debía de haber sido amarilla cuando estrenaron el remolque. Ahora, el suelo y las paredes de plástico se veían cubiertos de una especie de moho de color verde. En la minúscula cocina se amontonaban una pila de platos rotos, vasos sucios de papel y algo que en otro tiempo había sido un trozo de salchichón y que en aquel momento era lo más parecido a una herida abierta.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó Harry, que había retrocedido hasta sentarse en el extremo de un banco de plástico rinconero repleto de cartones de pizza y que, al parecer, también servía para dormir.

—Ya lo sabes.

Borchert era un experto en crear una atmósfera amenazante con sólo una frase, mientras algunas películas necesitaban noventa minutos para lograrlo.

—¿Qué quieres decir? Yo no os he hecho nada...

Harry respiraba con dificultad, intentando encoger su cuerpo cuanto podía mientras Borchert relajaba sus hombros como si fuera un boxeador.

Stern, que a duras penas soportaba ya la situación, deseó salir de allí sólo por no tener que ver el horrible rostro de aquel hombre. Parecía como si hubiese pasado la noche durmiendo con la cabeza sobre una jardín de ortigas. Su frente, mejillas y cuello estaban cubiertos de cicatrices de diferentes tamaños semejantes a las ampollas rojas producidas por una quemadura. Muchas de éstas se habían convertido en costras; el resto se habían abierto y supuraban.

—Desapareceremos en cuanto nos digas lo que buscamos.

—¿Qué?

—¿Cuál de tus colegas trafica con niños?

—Mira, Andi... Ya sabes que no sigo en eso. Lo he dejado.

—Cierra la boca y contéstame: ¿qué sabes sobre un bebé?

—¿De qué clase?

—Se supone que van a vender a un niño pequeño el lunes a algún canalla enfermo mental como tú... ¿Has oído hablar de ello en tu círculo de amigos?

—No, os lo juro. Ya no tengo nada que ver con eso, no me quedan contactos ni información. Nada de nada. Lo siento, os lo contaría todo si supiera algo. Pero nadie quiere hablar conmigo desde que estuve en chirona. He pagado por ello, ¿no?

Harry hablaba a trompicones. Algunas palabras surgían de su boca aceleradas y

otras las arrastraba. Stern se preguntó si el hombre habría tenido siempre aquel problema o se debía a las amenazas de Borchert.

—¡Deja de contarme estupideces!

—En serio, Andi. No te miento, a ti seguro que no. Sabe usted... —Su mirada piadosa fue a parar a Stern, quien vio cómo se desvanecía su intención de huir de allí rápidamente—. Metí la pata hasta el fondo. Pensaba que tenía dieciséis años, lo juro. Hace mucho que ocurrió, pero nadie quiere creerme. Algunas noches vienen hasta aquí y me muelen a palos. ¿Lo ve?

Abrió su albornoz y le enseñó el pecho, que tenía cubierto de hematomas azulados. Era difícil valorar algo así sin una radiografía, pero a Stern le pareció detectar al menos una costilla rota.

—Son chicos de por aquí, aunque nunca son los mismos. Alguien les contó lo que había hecho hace años. Me sacan a rastras de la caravana y saltan con sus botas sobre mí. Una vez me rociaron la cara con el ácido de una batería.

Stern retrocedió un paso, invadido por una mezcla de compasión y repugnancia a la vez. El único que se mostraba tranquilo era Borchert: daba la sensación de que aquella trágica historia no le impresionaba lo más mínimo. Al contrario, sonrió a Harry y le lanzó un puñetazo contra los dientes con todas sus fuerzas.

El golpe fue tan violento que la cabeza del hombre acabó estrellándose contra la pared de plástico de la caravana, dejando una pequeña abolladura en ella.

—¡Maldita sea! —gimió Harry escupiendo al suelo un incisivo teñido de sangre.

Stern también dio un grito.

—¡Andi, déjalo ya! ¿Es que te has vuelto loco?

—Sal fuera, te lo pido.

—No, no pienso hacerlo. ¡Estás totalmente chiflado!

—No entiendes nada —dijo Borchert sacando su arma. Stern escuchó un clic metálico y se dio cuenta de que Andi acababa de quitarle el seguro a la pistola.

—¡Piérdete! ¡Ahora!

—No, no pienso permitirlo. No importa lo que haya hecho Harry. La violencia no es una solución.

—¿Quién dice que no?

Borchert levantó el arma y apuntó en la frente del abogado.

—No voy a repetirlo otra vez.

—Por favor, no... No se vaya.

Los ojos de Harry no dejaban de moverse de un lado a otro fijando la mirada entre Borchert y Stern. Era como si acabara de darse cuenta, apenas un segundo antes de su ejecución, de que lo habían condenado a muerte. Por otro lado, Andi había vuelto a cargar su arma. Había bajado la barrera psicológica, al igual que lo había hecho el día anterior mientras salía corriendo hacia la puerta en el Titanic. De nuevo, obedecía a sus instintos. Nada ni nadie se lo impediría, ni siquiera Stern.

—¡Por el amor de Dios! No se vaya... ¡No!

El abogado sabía que seguiría oyendo en su mente la voz suplicante y aterrorizada de Harry, incluso después de que Borchert lo sacara de allí a empujones para cerrar por dentro la puerta de la caravana.

El hecho de que los animales salvajes muestren un comportamiento completamente irracional cuando tiene lugar una situación conflictiva es definido por los científicos como «actividad de desplazamiento». Una golondrina de mar, por ejemplo, empieza a limpiarse las plumas cuando se siente abrumada por tener que decidir si debe defender a sus crías o bien huir del lugar. En aquel momento, Robert Stern también hubiese podido ser un objeto instructivo para un científico investigador del comportamiento.

Con la espalda apoyada en la caravana, que no dejaba de balancearse a los lados, el abogado dudaba si debía intervenir en el interior, pedir ayuda o salir corriendo de allí mientras hurgaba en la montaña de basura como un endemoniado, en busca de algún arma para defenderse; o al menos eso era de lo que estaba intentando convencerse a sí mismo. Un objeto punzante o una vara metálica que le sirviera de palanca para abrir la puerta, detrás de la cual Harry había dejado de gritar hacía un par de minutos. Al principio había sido capaz de comprender lo que decía el hombre; después, los gritos agonizantes se habían ido apagando cada vez más. Finalmente llegó a sus oídos una especie de gorgoteo, interrumpido sólo por el ruido machacante que sacudía fuertemente la caravana a intervalos regulares.

Stern aceleró su búsqueda, apartó a un lado la batería vieja de un coche, extrajo el tubo de una lavadora antediluviana, sólo para acabar cambiándolo por un alambre metálico tan inservible como el resto de aquella basura maloliente. En cualquier caso, sería incapaz de detener la vorágine del interior de la caravana a menos que encontrara allí un arma cargada.

A pesar de ello, el abogado continuó buscando entre la porquería hasta que el silencio a sus espaldas se le hizo insoportable. De pronto habían cesado los gemidos, los lamentos y el ruido de astillas. El ruido del tráfico en la autopista que se acumulaba bajo aquella especie de caldera de cemento que era el puente había recobrado su grandeza acústica.

Stern dio media vuelta y trató de encontrar algún tipo de señal que le dijera que aquella matanza había terminado o que solamente se había producido una pausa. Caminó a grandes pasos a través del lodo en dirección a la caravana. Sus pies acabaron en un montón de excrementos de origen dudoso, pero no le dio la menor importancia. A pesar de temer la imagen que le esperaba al otro lado de la ventana de plástico desgarrada, se acercó todo lo que pudo a la abertura. Se puso de puntillas y estuvo a punto de caerse al ver que la puerta se abría de golpe a su derecha. Borchert apareció; su camiseta de fútbol de tono rojo carmín había cambiado de color y ahora era negra, adherida a su torso debido a la gran cantidad de sudor. Stern, sin embargo, sintió un escalofrío al ver el rostro de Andi. Su frente y parte de la zona de la nariz estaban cubiertas por unas gotas minúsculas que parecían haber sido pulverizadas con un spray, como si acabase de reformar aquel agujero inhumano donde vivía Harry,

pintando el techo de color rojo como la sangre.

—Es cierto que no sabe nada. Vámonos —dijo de modo lapidario al ver a Stern.

Con su rostro desfigurado por el dolor, movía la mano derecha como quien acaba de pillarse los dedos con una puerta. Por el aspecto desgarrado de sus nudillos, había estado dando puñetazos a un alambre de espino, y no a Harry.

—Se acabó. Esto no puede seguir así. Lo dejo.

Stern se dio media vuelta, alejándose de Borchert lo más rápido que podía.

—¿Qué es lo que dejas? —Oyó que le gritaba Andi detrás de él.

—Esta locura. Todo esto debe terminar. Voy a entregarme a la policía. Además, de paso, les diré lo que acabas de hacer.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué he hecho?

Stern se volvió hacia él.

—Has torturado a un hombre débil y totalmente indefenso. Ni siquiera me atrevo a mirar si todavía sigue con vida.

—Pues lo está. Por mucho que me duela.

—Estás loco, Andi. A pesar de que la vida de mi hijo esté en juego. Simplemente, no puedes ir por ahí pegando palizas a gente inocente.

Borchert escupió en el suelo fangoso.

—Te equivocas, y por segunda vez. Primero, esto no tiene nada que ver con ese disparate tuyo de la reencarnación de Felix. Mañana van a vender a un niño, ¿es que lo has olvidado? Y segundo... —Andi dibujó en el aire unas comillas—. «Este hombre de aquí» no es un simple inocente: el cabrón violó a una niña de once años. Es de lo peor que hay. Sería una lástima malgastar agua para tirarlo por el inodoro.

—Dice que pagó por ello.

—Sí, estuvo en la cárcel. Cuatro años. Y luego, ¿qué?

—Lo ha dejado. Bueno, mírale, ya ni se aguanta de pie. No necesita que le muelas a palos. Se está muriendo de todos modos.

—No tan rápido como querría.

Borchert tiró unas fotografías a los pies de Stern sobre el sucio barro, y algunas de ellas cayeron de cara. Robert se agachó y no pudo menos que estremecerse, como si le hubiese mordido una serpiente venenosa.

—Sí, échales un vistazo tranquilamente. Las encontré debajo del colchón de tu amigo Harry.

Stern no se atrevió a respirar, temiendo que al hacerlo pudiera inhalar al mismísimo diablo que les acechaba a su alrededor.

—¿Qué?

Borchert se agachó también y cogió del lodo la fotografía en color de una Polaroid. Los ojos desorbitados de una niña sobresalían de su rostro con la misma intensidad que lo hacía la pelota de goma negra del interior de su boca.

—El bueno de Harry, ¿eh? Apuesto a que la pequeña no tenía más de cinco años. Y esto sólo son las fotos. Si quieres vuelvo a entrar y te traigo los vídeos.

Stern sabía que no importaba cuándo se habían tomado aquellas fotos. El hecho de que Harry las tuviera en su poder era prueba suficiente de que todavía continuaba con aquella actividad.

No importa, quiso decir, pero las palabras no osaron salir de sus labios. Se hallaba entre dos mundos: el enfermo y mórbido de los pederastas y el de Andi, en cuyo universo la violencia era el único objetivo. El tercero de los mundos, el suyo, había desaparecido.

—¿Y ahora qué? —preguntó cuando se dirigían de nuevo hacia el coche en silencio.

Stern apenas veía el camino debido a que la lluvia le cegaba. El agua no parecía ejercer en él un efecto purificador o clarificador. Al contrario, en vez de limpiar la suciedad, lo que hacía era introducirla cada vez más en los poros de su piel.

—Ahora será mejor que nos tranquilicemos y pensemos en algo.

Borchert abrió la puerta del conductor y se las ingenió otra vez para sentarse detrás del volante del Corolla. Hasta que Stern no se sentó junto a él, el vehículo se mantuvo peligrosamente inclinado hacia un lado debido al desequilibrio del peso.

—Todavía nos quedan tres horas antes de nuestra cita en Mexikoplatz.

Borchert puso en marcha el motor y, tras un par de violentos quejidos, se paró.

—Te lo ruego, no me hagas esto. —Lo intentó una segunda vez. Sin éxito. El motor se había calado.

—¿Y qué pasa con las referencias que tanto necesitábamos?

A Stern no le importaba la avería lo más mínimo. De todas las cosas desagradables que le habían sucedido en las últimas horas, aquélla era la única que tenía sentido. En el caso de las visiones de Simon o de la Voz, los problemas nunca podrían resolverse abriendo simplemente el capó de un coche.

—Ya está —rió Borchert.

Su alegría se debía principalmente a que, finalmente, el motor del pequeño coche había empezado a oírse después de varios intentos pisando a fondo el acelerador.

—Nuestras referencias son las fotos. —Se tocó ligeramente el bolsillo interior de su chaqueta, donde se había guardado las Polaroid tras recogerlas frente a la caravana.

—Es imposible encontrar fotografías como éstas si no se tienen contactos. Quien posee fotos semejantes es que conoce a alguien del hampa. No podrías haber encontrado una tarjeta de visita mejor que ésta para entregársela hoy a esa «dama».

Stern se abrochó el cinturón y enterró su cara bajo sus frías manos. Intentó sentir algo diferente a las náuseas que se removían enfurecidas en su estómago.

—Ya te lo he preguntado antes una vez —empezó a decir al tiempo que el vehículo daba la primera sacudida—. ¿Cómo es que conoces tan bien a esa gentuza? ¿Por qué estás tan bien informado?

El tablón de anuncios del supermercado. Harry. Las fotografías.

—No te rindes nunca, ¿verdad? De acuerdo, te lo diré. Yo mismo formo parte de

ella.

Stern se mantuvo en tensión.

—Pues sí, y además estoy implicado hasta el fondo. ¿Sabes cuál es el apellido de Harry?

Se lo dijo antes de que Stern pudiera meditar si quería oírlo.

—Borchert. Como yo. Harry es mi querido y amable hermanastro pequeño.

Mientras el coche regresaba a la carretera principal por la salida provisional, Stern tuvo la impresión de que nunca más en su vida podría dejar atrás aquel horrible lugar. Aunque Andi le hubiese llevado al aeropuerto para que abandonara el país. Harry, su caravana y aquella montaña de basura lo acompañarían siempre. Por eso ya no le importaba el hecho de que condujesen por el carril de la autopista en dirección a Zehlendorf.

6

La cafetería era semejante a como se sentía Stern: vacía, desértica, muerta. Durante un instante se había detenido con indecisión delante de la puerta, donde un grupo musical de unos colegiales había fijado torcido un póster donde se anunciaba su próximo concierto. Miró a su derecha, al cristal: un letrero indicaba en mayúsculas blancas y rojas la frase SE ALQUILA y, debajo, con una letra más pequeña, la dirección de correo electrónico de un agente inmobiliario. El abogado echó un vistazo al interior de la sala repleta de polvo. No había mucho que ver, a excepción de una hilera de sillas de madera colocadas al revés sobre una mesa larga y austera.

Muy bien, pensó. Si realmente esa mujer está esperándome ahí, está claro que lo último que pretende es comprar una cama.

Stern se dio media vuelta y se alegró de disfrutar de las vistas al techo abovedado de estilo modernista de la estación de tren de Mexikoplatz. No le costaba imaginar lo que debían pensar los habitantes de aquella elegante plaza, en pleno corazón de Zehlendorf, acerca de lo que suponía convivir con un restaurante abandonado que afeaba el paisaje como el que tenía a sus espaldas. Se preguntó igualmente cómo era posible que su propietario hubiese tenido que cerrar aquel negocio, teniendo en cuenta el barrio adinerado en el que se encontraba.

Un tren atravesó el puente. Estuvo a punto de no oír el crujido que se produjo detrás de él, pero lo detectó y se volvió rápido. Efectivamente, la puerta sin timbre que había intentando abrir unos minutos antes con uno de sus hombros se hallaba ahora entornada. Miró a su alrededor por encima del hombro. Cuando creyó que ninguno de los transeúntes le observaba, entró en el interior. Le invadió el típico olor de una habitación vacía y cerrada. Sin embargo, pronto distinguió el toque inesperado de un perfume caro de mujer.

A medida que se acercaba a la mujer que se hallaba fumando junto a la ventana, fue corrigiendo una y otra vez la edad que le estimaba. Al principio, desde la puerta de entrada, le había parecido que tenía cuarenta años. Sin embargo, una vez se sentó en la mesa frente a ella, estaba casi seguro de que la mujer tenía, como mínimo, veinte años más. El escalpelo y el Botox habían sido sin duda su respuesta periódica al proceso natural de envejecimiento, algo que era fácil de reconocer con el mero hecho de mirarla desde cerca. La tersura y la rigidez artificiales de su rostro contrastaban fuertemente con las manchas de edad en el dorso de sus manos. Además, su cuello flácido necesitaba que lo adaptaran al resto. A pesar de todos aquellos detalles, el abogado estaba seguro de que jamás lograría reconocer a la mujer en una rueda de identificación policial. No sin razón llevaba una peluca de color gris plateado en forma de pelo de paje y ocultaba sus ojos bajo unas gafas de sol oscuras que le hacían parecer la mosca Puck, uno de los personajes de «La abeja Maya».

—¿Me permite ver su documento de identidad?

Stern sacó su cartera sin mostrar sorpresa por aquella primera pregunta.

Borchert le había alertado sobre ello. Algunos círculos de pederastas consideraban que renunciar al anonimato era la mejor protección. Todos se conocían entre sí. Al igual que sucedía con la mafia, se tenía muy en cuenta el hecho de que la persona hubiese sido condenada alguna vez antes de ser acogida en el círculo. Fotografiaban al recién llegado con su documento de identidad en una mano y una revista de pornografía ilegal en la otra para, finalmente, guardarlo todo en un fichero.

Stern se aclaró la garganta y, sin que nadie se lo pidiera, puso las Polaroid sobre el mantel de cuadros marrones y blancos.

—No soy un principiante.

La única reacción de la mujer fue un ligero respingo en sus mejillas estiradas. Al menos, ahora había quedado claro de qué trataba realmente aquel asunto. Cualquier persona normal hubiese llamado a la policía al ver unas fotos como aquéllas, en especial si lo que esperaba en realidad era mantener una inofensiva conversación sobre la venta de una cama. Sin embargo, la mujer huesuda cogió con toda calma su cigarrillo, que era tan delgado como los dedos que lo sostenían. Ni siquiera se molestó en dar la vuelta a aquellas horribles imágenes.

—Aun así debo pedirle que se levante.

Stern hizo lo que se le pidió.

—Ahora desnúdese.

Era algo que también esperaba. Después de todo, podría haber sido policía, un agente provocador al que no le importara ser condenado o alguien que tuviera en su poder papeles perfectamente falsificados. Stern y Borchert habían discutido largo y tendido qué ocurriría si descubrían su verdadera identidad: un abogado en busca y captura huyendo con un niño al que ha secuestrado del hospital. Borchert creía que era algo ventajoso. Sería un criminal más, como ellos. Finalmente, la conversación se había tornado superflua al completo. Al fin y al cabo no disponían del tiempo suficiente para proveerse de un nuevo documento de identidad si querían llevar a cabo el plan como habían acordado.

—Los calzoncillos también.

La mujer señaló las caderas de Stern. El abogado dio una vuelta sobre sí mismo delante de ella como Dios lo trajo al mundo, y ella asintió con satisfacción. A continuación abrió su bolso de cuero artificial, que hasta entonces había tenido en el regazo, y sacó de él una pequeña barra de color negro.

—De acuerdo —susurró después de cachearle con el detector de metal como si estuviesen en el aeropuerto.

Luego hizo lo mismo con cada una de las prendas de vestir que yacían amontonadas encima de la mesa frente a ella. Media hora antes, Robert se había comprado rápidamente un traje de confección, una camisa y ropa interior en un centro comercial de Schloßstrasse que estaba abarrotado de gente. Probablemente su

imagen había quedado grabada en una docena de cámaras de vigilancia, pero tenía que correr aquel riesgo. No podía presentarse allí por primera vez vestido con una camiseta de fútbol si lo que quería era aparentar ser un padre de familia deseoso por vender a su propio hijo a un extraño para que lo utilizara en sus pervertidos juegos sexuales.

—Muy bien —dijo ella sin devolverle la ropa a Stern—. Puede sentarse de nuevo.

Robert se encogió de hombros. Por un momento tuvo la sensación de que estaba en la consulta de un médico. Sentía el frío de la madera de la silla presionando sus nalgas.

—¿Dónde está la cama? —le preguntó ella mirando la parte superior de su cuerpo, cubierta de pelo. Stern sintió asco de sí mismo al ver que sus pezones se ponían erectos debido al frío. El solo hecho de pensar que la mujer probablemente interpretaba aquello como una señal de excitación hacía que se sintiese enfermo.

—Está afuera.

Ella siguió la mirada de él. La ventana amarronada quedaba medio oculta bajo una cortina de lazo. Afuera había dejado de llover en las últimas horas y el mundo resplandecía con los agradables tonos rojizos otoñales que ofrecía la puesta de sol. Un matrimonio se hallaba paseando con sus dos perros por la elegante plaza, disfrutando de la suave brisa que hacía bailar las hojas de los árboles alrededor de sus pies.

Pero Stern era incapaz de percibir la belleza de aquel escenario. La plaza pareció oscurecer ante sus ojos al ver el coche aparcado, en cuyo asiento trasero Simon estaba esperando su señal.

Dos años atrás, la noche antes de su primera resonancia magnética, Simon había descubierto una enciclopedia en dos volúmenes en el hospicio para niños. Había sacado el primer volumen de la destartalada estantería que había en el comedor comunal para llevárselo a su habitación.

Fascinado por la información que contenía acerca de los países de Occidente, el Ártico o la astronomía, poco antes de irse a dormir decidió que a partir de ese momento aprendería una palabra nueva cada día. Así podría repasar el alfabeto por completo. De la A a la Z.

Por eso no se sintió triste o confuso cuando, a la mañana siguiente, el profesor Müller lo citó en su despacho de la clínica Seehaus, tras entrevistarse antes con la directora del hospicio. Lo que más le decepcionaba era que tuvieran que explicarle el sentido de vocablos como «infausto» o «tumor», antes de que pudiera aprenderlos por sí mismo.

Hoy también había aprendido una palabra nueva: «pederasta». Robert no quería repetírsela al principio, se le había escapado mientras intentaba explicarle lo que iba a suceder a partir de ese momento.

Quédate siempre junto a mí. No te apartes de mi lado. Y, pase lo que pase, hazme caso. ¿Entendido?

Las advertencias de Stern seguían resonando en los oídos del niño cuando abrió la puerta del coche desde el interior.

Haz lo que yo te diga. Y no hables con la gente con la que vamos a quedar, ¿me oyes? Son pederastas. Malas personas. Puede que te sonrían, que quieran darte la mano o tocarte. Pero no debes permitirselo.

Robert hizo señas una vez más a través de la ventana y Simon se apresuró a bajar del vehículo. El abogado lo miró con tristeza: la expresión de su cara era la de alguien a quien le acaban de comunicar una grave enfermedad. A Simon le hubiera gustado decirle que no se preocupara. Hoy era un buen día, en realidad: un tres en su escala de salud, sin dolor, sólo pequeñas náuseas. Además, la insensibilidad de su mano izquierda también había mejorado. Pero como solía ocurrir después de un ataque epiléptico, se sentía muy, muy cansado. Y por eso se había quedado dormido varias veces durante el trayecto.

Carina, que al principio no había querido dejarle ir, había protestado enérgicamente cuando Borchert se había presentado en casa de Sophie para recogerlos a ambos. Habían estado viendo unos dibujos animados junto a las gemelas cuando llamó a la puerta trasera. Luego Carina y Andi se había ido a la habitación contigua, y Simon apenas había conseguido escuchar algún fragmento de lo que decían entre las risas de las gemelas y la música de los dibujos.

... nuestra única oportunidad... No, sólo tiene que dejarse ver... No te preocupes... no hay peligro... Te doy mi palabra...

Finalmente, Carina había vuelto a la habitación rápidamente y, furiosa, le había ayudado a ponerse su chaqueta de pana. De camino a la cafetería, se habían detenido junto al Golf de ella y, seguidamente, Carina y Borchert habían conducido en coches separados. Habían llegado hasta aquella bonita plaza, donde Stern, a quien Simon se alegraba de ver otra vez, le estaba haciendo la señal que habían acordado.

—Adiós, Carina —quiso decir el niño antes de marcharse, pero Robert se lo había prohibido rotundamente.

No mires atrás ni digas adiós.

Simon siguió las indicaciones y caminó con la mirada recta hasta la entrada del Madison Café. Empujó la puerta con el hombro y entró en el interior de la sala poco iluminada. La única bombilla que había en el local se hallaba a la izquierda de la sala, en un rincón.

Robert estaba allí. Acababa de levantarse de una de las sillas y tenía un aspecto en cierto modo extraño. Sus cabellos estaban alborotados, no llevaba bien abrochado su traje nuevo y la camisa le salía por fuera del pantalón. Era como si se hubiera peleado con alguien. No obstante, no podía haber sido con la mujer rara con gafas de sol, que ahora también se había dado media vuelta hacia él. Su vestido no tenía ni una sola arruga y sus cabellos brillaban de tal modo que parecía habérselos peinado de uno en uno.

Simon tropezó ligeramente antes de llegar a la mesa donde se encontraban. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que se había desatado un cordón de sus zapatillas deportivas. Se sintió algo mareado cuando quiso agacharse para atárselo pero, aun así, pudo oír la voz fuerte y clara de la misteriosa mujer.

—Muy bien, hombrecito. Deja que te vea.

Tuvo que apoyarse con ambas manos para volver a ponerse en pie. Cuando vio a la mujer justo delante de él, olvidó por un momento su agotamiento y estuvo a punto de echarse a reír. Le recordaba a un paracaidista que había visto una vez en un programa de televisión. Era como si la fuerza del viento hubiese aplastado la piel de sus prominentes pómulos al soplar directamente sobre su cara.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó ella. Su aliento olía a cigarrillos.

—Diez. Los acabo de cumplir.

Simon se mordió la lengua y miró a Robert con timidez. *Me prohibió hablar con ellos.*

Pero, afortunadamente, el abogado no parecía haberse enfadado con él.

—Bien. Perfecto.

De repente vio que la mujer tenía en la mano una barra metálica de color negro. Rápido como un rayo, Stern la agarró del brazo.

—No tendrá que...

—No, no. —La mujer sonrió con picardía—. No tendrá que quitarse la ropa, al menos hasta que mi marido se reúna con nosotros. Ese espectáculo lo reservamos para más tarde.

Simon no entendía por qué la mujer continuaba moviendo aquella varita delante de él. Tampoco le quedaba claro por qué, una vez terminó, tenía que ponerse una graciosa venda sobre sus ojos. Sin embargo, lo hizo después de que Robert le enseñara cómo debía hacerlo. No tenía miedo. No mientras su abogado estuviera con él. Aunque, de algún modo, Stern parecía estar más aterrorizado que él.

Pero ¿de qué? Nada podría sucederles mientras estuviesen juntos.

Por eso decidió apretarle fuertemente la mano. No por él, sino para tranquilizarlo, mientras la mujer los conducía hasta el patio exterior a través de la entrada de los proveedores. El vehículo en el que montaron olía agradablemente a nuevo. Una vez se puso en marcha, los dedos de Stern empezaron a temblar en su mano; Simon lo atribuyó a las suaves vibraciones del motor que habían puesto en movimiento la berlina.

—¿Los tienes cerca?

—Sí, voy justo detrás de ellos.

Borchert notó que Carina se dejaba caer en su asiento con alivio. Hacía rato que esperaba la llamada de la mujer al número que él le había proporcionado en caso de emergencia. La tarjeta de prepago no estaba a su nombre, por lo que la policía debería tener problemas para localizarlos. A diferencia del móvil de la enfermera, razón por la cual quería que la llamada durase lo menos posible.

—¿Dónde estás?

—En Potsdamer Chaussee, a la altura de la gasolinera.

—¿Quieres que te siga? —preguntó ella.

—No.

Algo así estaba fuera de discusión. El hecho de repartirse en dos coches había sido puramente una medida de precaución. Como se esperaban, habían sacado la «mercancía» por la puerta de atrás, que Borchert había estado cubriendo desde el Corolla. Carina había utilizado su propio coche para controlar la entrada principal del edificio. El riesgo de ser descubiertos podría aumentar espectacularmente si ella acababa moviendo su Golf de donde estaba.

—Deberíamos haber entrado de golpe en la cafetería y...

—No.

Borchert interrumpió bruscamente la conversación. Había decidido que llevaban hablando más tiempo del necesario. No quería intervenir antes de que el marido de aquella mujer se presentara. ¿Y si ésta sólo era una simple mensajera y no tenía ningún tipo de información?

Colgó el aparato y se concentró para no perder de vista la berlina americana con cortinas grises en los cristales traseros. Al igual que él, la mujer que lo conducía se mantenía por debajo del límite de velocidad.

Borchert palpó el bolsillo de su pantalón de chándal en busca de su arma. El hecho de tocar la pistola de nueve milímetros le electrizaba. Notaba cómo la sangre latía por sus venas, un sentimiento que le entusiasmaba. *Perder los estribos, dejarse ir...* La mayoría de la gente usaba semejantes expresiones sin conocer su verdadero significado, sin haber experimentado nunca lo que él sentía. Borchert sonrió y pisó ligeramente el acelerador para llegar a tiempo de cruzar el semáforo de la estación de S-Bahn de Wannsee. A medida que aceleraba, su cuerpo descargaba cada vez más adrenalina. Les iba a dar su merecido a aquellos bastardos. Puede que, al final, no fuera capaz de recordar cómo habían llegado la sangre y las esquirlas a su sudadera, algo que solía ocurrirle cuando explotaba de verdad. Aunque no creía que le importara lo más mínimo, siempre y cuando esos miserables pudieran recibir su...

Crac.

Los preparativos de la pelea que Borchert había estado planeando mentalmente

fueron interrumpidos de repente. Pisó el acelerador pero no sirvió de nada. El ruido fue decreciendo en sus oídos y el silencio del motor se hizo aún más patente. Los demás conductores que iban detrás de él hicieron sonar sus bocinas enfadados y le adelantaron en cuanto vieron que el coche de Borchert no volvería a acelerar.

Andi giró la llave de contacto sudando. Una, dos veces. Junto a la caravana de Harry, el maldito trasto había vuelto a arrancar a la tercera. Sin embargo, ahora, el coche ni siquiera se dignaba hacer ruido. Mientras la berlina se iba alejando de él cada vez más, Borchert fue dando tumbos lentamente con el Corolla hasta detenerse en mitad de un cruce. Cogió el móvil para llamar a Carina. Quería preguntarle si conocía algún truco secreto que le sirviera para hacer que aquel trasto funcionara. Pero entonces se acordó de que ella tampoco podría ayudarle. El coche pertenecía a Sophie. Y él no tenía el teléfono de la exmujer de Stern.

¿Qué podía hacer? Empezó a sudar con más intensidad. Cuando se bajó para abrir el capó, apenas veía las luces traseras del coche en el que viajaban Simon, Robert y aquella loca peligrosa. Cuatro segundos más tarde, la berlina había desaparecido de su vista en algún lugar de la carretera entre Wannsee y Potsdam.

Cinco minutos más tarde, Borchert seguía sin detectar la avería; sin embargo, le daba igual. Le importaba un comino el atasco que estaba provocando en todas las direcciones aquella tarde de domingo. Tampoco se había dado cuenta de que la pantalla de su móvil indicaba que tenía tres llamadas de Carina.

Estaba ocupado única y exclusivamente en pensar qué iba a decirle al policía que acababa de pedirle la documentación.

El ruido exterior cambió por completo antes de que la berlina acabara deteniéndose definitivamente. El motor rugía con más intensidad y sonaba como si se estuviese proyectando contra cuatro paredes metálicas. Al mismo tiempo, Stern tenía la sensación de que le habían vuelto a vendar los ojos.

Había intentado contar las curvas, pero le había resultado imposible debido a que el vehículo cambiaba de carril continuamente. Su reloj interior tampoco había funcionado. Cuando le quitaron la venda de los ojos y vio el garaje en el que estaban, era incapaz de decir si el trayecto había durado diez minutos o más tiempo.

—¿Todo bien? —le preguntó a Simon, esforzándose porque su voz no sonara demasiado cariñosa.

Después de todo, debía interpretar bien su papel. El pequeño asintió y se frotó los ojos, que poco a poco empezaban a acostumbrarse a la luz halógena que tenían sobre sus cabezas.

—Por aquí, por favor.

La mujer ya se había adelantado a ellos y había abierto una puerta contraincendios gris. Al otro lado había una escalera que conducía al piso de arriba. Los peldaños eran de mármol brillante con vetas parecidas a un helado de vainilla caramelizado.

—¿Adónde vamos? —preguntó Stern aclarándose la voz.

No habían cruzado ni una sola palabra durante todo el trayecto, y ahora sentía que se le había secado la garganta. Debido a la excitación. Y al miedo.

—Desde el garaje se accede directamente al edificio principal —explicó la mujer mientras subía las escaleras delante de ambos. En efecto, la empinada escalera desembocaba en un área bañada de luz artificial. Stern tuvo que reconocer que la entrada de aquella mansión con suelo de parqué de madera noble le recordaba a su propia casa, a excepción del guardarropa y, por supuesto, de las macetas con plantas de *Amaryllis* que había por todas partes. Ahora sólo tenía la esperanza de que Borchert pudiera ingeniárselas de algún modo para entrar allí. Para ello necesitaría su arma o la palanca del maletero. Puede que ambas cosas, si lo que quería era derribar la pesada puerta de acero de la casa. Las ventanas de la mansión estaban aseguradas en el exterior mediante una persiana antirrobo de aluminio; todas ellas, según había podido advertir Robert, incluso la del salón adonde les conducían a él y a Simon.

—Por favor, siéntense. Mi esposo llegará en seguida.

Stern acompañó al niño hasta un sofá de piel de color blanco. Mientras tanto, la mujer se dirigió a un pequeño escritorio en el que había algunas botellitas de licor y algo para picar, caminando torpemente sobre sus altos tacones.

Intrigado por su peculiar modo de caminar, Stern pensó al principio que se debía a que estaba intentando no hacer ruido. Pero, entonces, justo cuando la mujer se estaba preparando un gin-tónico, cayó en la cuenta: ¡no quería dejar marcas con sus

tacones de aguja en el parqué recién encerado! En aquella casa no vivía nadie. Se hallaban en un edificio antiguo de muestra, lujosamente reformado, que aún no había sido alquilado. Amueblado con gusto, si bien evitando los toques personales. Stern inspeccionó la habitación y reconoció claramente cada uno de los detalles. El teléfono sin cable encima de la mesa. Los libros encuadernados en piel ordenados de forma meticulosa en una estantería medio vacía. El sofá de piel sobre el que apenas se habría sentado un puñado de compradores potenciales mientras el agente inmobiliario les enseñaba los planos de la casa. Stern hubiera apostado cualquier cosa a que se trataba de la misma inmobiliaria cuyo letrero estaba colgado en la cafetería de Mexikoplatz.

—¿Quiere que le sirva algo?

Él negó con la cabeza. En aquel momento, todas sus células grises daban vueltas bajo su cráneo. Era perfecto. El modo de proceder de aquel matrimonio mostraba una genialidad mórbida. No había nada en aquel lugar que una víctima recordara después. Nada de valor que no pudiera reemplazarse en caso de mancharse de sangre u otros fluidos corporales. Además, nadie se extrañaría de que la casa se sometiera a una limpieza intensiva antes de ser entregada a sus nuevos propietarios. Naturalmente, éstos nunca llegarían a conocer lo que había sucedido realmente en aquellas habitaciones en las que, una vez instalados, soñaban con un futuro feliz.

Stern sintió náuseas al darse cuenta de lo que simbolizaba el falso telón de fondo de la casa en la situación en la que se había visto envuelto desde hacía varios días. Todo formaba parte de una obra de teatro: lo que Simon conocía inexplicablemente sobre los crímenes y su absurda intención de asesinar a alguien en un futuro próximo. El DVD con la voz que afirmaba que su hijo aún seguía con vida. Y la conexión con los pederastas que parecía existir vagamente entre ambas representaciones teatrales, y en la que él mismo representaba un trágico e involuntario papel protagonista.

Stern tragó saliva dos veces invadido por una aguda acidez de estómago. Observó con el rabllo del ojo a Simon, quien, sentado junto a él, aparentaba estar bastante tranquilo, casi relajado. A diferencia de él, el niño no se sobresaltó cuando la puerta del salón se abrió y entró en la habitación un hombre mayor de aspecto distinguido acompañado de una sonrisa resplandeciente. Con al menos sesenta años, el hombre había dejado de ser atractivo en un sentido clásico. La edad había hecho empobrecer su cabello, en otros tiempos abundante, y le había proporcionado una red de finas arrugas alrededor de la boca. Sin embargo, aquello era lo que le hacía parecer elegante, casi majestuoso. A pesar de su extravagante modo de vestir.

—Qué bien, ya veo que habéis llegado.

Su voz sonaba agradable y cálida, a tono con el aura amable que le envolvía como si llevara un letrero en la frente. Finalmente, sus ojos se fijaron en Simon y aplaudió dos veces con sus manos en señal de reconocimiento mientras se acercaba lentamente. El frufú de su bata ahogaba el sonido del leve aplauso que, de todos modos, apenas podía oírse, puesto que sus manos estaban cubiertas por unos gruesos

guantes de látex.

Carina se soltó la cola de caballo y se sacó la cinta de color rojo frambuesa que llevaba en la frente. Borchert le había aconsejado que se pusiera el chándal. Según él, no existía mejor modo de camuflarse en público para huir de algún perseguidor sin llamar la atención.

Sin embargo, en aquel momento la cinta elástica parecía una grapa de acero que agujereara su cráneo.

¿Qué ocurre? ¿Por qué Borchert no coge el teléfono? ¿Dónde está Robert?

Su miedo se duplicaba cada vez que su corazón latía. Esperó un minuto y, entonces, tomó una decisión. No iba a quedarse allí durante más tiempo sin hacer nada.

Carina giró la llave de contacto.

Pero ¿adónde debo dirigirme?

Dio marcha atrás y las ruedas traseras de su vehículo golpearon con rudeza el alto bordillo de la acera. *No importa.*

Volvió a mirar hacia delante. Estaba a punto de salir rápidamente del hueco del aparcamiento cuando, de repente, una furgoneta naranja y roja aparcó en doble fila justo delante de ella.

¿Qué demonios...?

Carina bajó el cristal de su ventanilla y empezó a gritarle al hombre que acababa de salir de la furgoneta cargado con dos pizzas tan grandes como neumáticos de coche.

—¡Eh! ¡Muévete! —le gritó ella.

El joven estudiante sonrió maliciosamente. Al parecer, le resultaban divertidas las manchas rojas que le habían salido en la cara a Carina al enfadarse. Le lanzó un beso por el aire.

—Sólo un minuto, monada. En seguida vuelvo.

Carina sintió que el pánico la estrangulaba. *Se nos permite todo*, recordó las instrucciones de Borchert, *pero no debemos llamar la atención.*

Pero ¿qué podía hacer ella ahora? De la parte trasera de la furgoneta de las pizzas tan sólo sobresalía la anchura de una rueda, pero era suficiente para cerrarle el paso. Detrás de ella, su vía de escapatoria se veía bloqueada por un árbol cercado.

No me lo puedo creer...

Carina hizo sonar la bocina, pero el estudiante le hizo señas con la mano sin siquiera darse la vuelta.

Muy bien. No debemos llamar la atención.

Dio marcha atrás a pesar de que la caja de cambios se le resistía y acabó subiendo ambas ruedas traseras encima de la acera. Luego accionó la primera marcha, quitó el pie del freno y apretó el pedal.

—¡Eh, para ya!

El Golf chocó contra la puerta lateral trasera de la furgoneta.

—¿Te has vuelto loca? —Oyó que le gritaba el estudiante. Estaba a punto de llamar al timbre de una casa, pero no tuvo más remedio que dejar caer las pizzas.

Se quedó mirando horrorizado su furgoneta de carga, que ahora sobresalía en la carretera perpendicularmente. La fuerza de la colisión había destrozado la ventana trasera.

Exacto, pensó Carina repitiendo el movimiento. Tras chocar una segunda vez contra el guardabarros, que había abollado, consiguió empujar la furgoneta lo suficiente para salir de allí.

—¡Para! ¡Alto!

Salió disparada con el motor a muchas revoluciones en dirección a Argentinische Allee, haciendo caso omiso a los gritos del repartidor de pizzas, quien no dejaba de dar vueltas como una peonza en busca de algún testigo que hubiese visto el incidente.

A juzgar por el ruido que hacían los neumáticos, Carina sabía que su coche tampoco había salido muy bien parado, aunque eso no le impedía conducir más rápido.

¿Qué había dicho Borchert?

Se precipitó sobre el semáforo en rojo, preguntándose febrilmente qué dirección debía tomar una vez pasado el cruce.

En Potsdamer Chaussee, a la altura de la gasolinera, recordó. Maldita sea, Andi. Aquí hay una gasolinera en cada esquina.

Se saltó el semáforo en rojo y giró el volante bruscamente a la derecha. De alguna forma, le parecía que era más lógico conducir hacia las afueras que de vuelta al centro de la ciudad, como si el horror sólo pudiera tener lugar fuera del núcleo urbano, lo que, naturalmente, no dejaba de ser una completa estupidez. Pero debía tomar una decisión: tan sólo le quedaba la esperanza de que, por una vez, el destino hubiese repartido las cartas a su favor.

¿Dónde se ha metido Borchert?

Stern concentró toda su furia en su excliente. Por algún motivo volvía a retrasarse. Cinco minutos, eso era lo que había dicho. Como máximo. Luego se colaría en la casa y se enfrentaría al matrimonio. Después del *intermezzo* de aquella tarde en la caravana de Harry, Stern no albergaba ninguna duda de que Borchert lograría sonsacarles inmediatamente a los dos toda la información que necesitaban. Suponiendo que hubiese algo de valor en sus mentes enfermas. Sabían, por supuesto, que se estaban agarrando a un clavo ardiendo. Stern había decidido que aquella operación iba a ser su último y desesperado intento para comprobar si las afirmaciones de Simon eran ciertas.

Y para encontrar a Felix.

Más tarde, daba igual cómo acabara todo, llamaría a Engler para entregarse a la policía. Era abogado, no un criminal. Y mucho menos un investigador encubierto en un círculo de pederastas, cuyos miembros de pleno derecho estaban sentados en el sofá junto a él mientras acariciaban la rodilla de Simon.

—¿Cuánto? —preguntó el hombre alegremente sin apartar la mirada del niño.

Robert intentó identificar algún elemento diabólico en el perfil del hombre, pero seguía viendo al amable caballero que, sin vacilar, hubiera acudido a ayudarle en caso de sufrir una avería con su coche.

—Todavía no hemos hablado de ello, cariño. —La mujer continuaba de pie junto al mueble bar. Señaló a Simon haciendo un gesto con su copa—. Pero míralo bien: el niño parece estar enfermo.

—Es cierto. ¿Lo estás?

El hombre le levantó la barbilla a Simon. El guante de látex era incluso más pálido que la piel del niño.

—Dijimos que queríamos una mercancía limpia. ¿Qué le ocurre realmente?

Stern se quedó con las ganas de agarrarle la mano al hombre y romperle los dedos. No sería capaz de controlarse por mucho tiempo mientras estuviese en presencia de aquel matrimonio de perversos. Si Andi no aparecía pronto, ya se encargaría él de poner las cosas en su sitio. Aquel viejo verde pesaba unos diez kilos menos que él y no parecía ser muy ágil, por lo que podría reducirlo con facilidad; y aquella serpiente con gafas de sol no le supondría ningún problema siempre y cuando la cogiera por sorpresa. Además, podría utilizar el alargador de cable de la lámpara para maniatarlos. La única cosa era...

Stern quedó desconcertado al ver que el agente inmobiliario retiraba su mano cubierta de látex de la rodilla de Simon sin que él hubiera intervenido. A continuación escuchó un zumbido. La vibración de la llamada sonó más fuerte cuando el pederasta sacó de su bata un móvil extraplano con una tapa finísima.

—Sí, gracias —dijo tras un saludo hipócrita.

El pulso de Stern se aceleró. Le era imposible oír quién se hallaba al otro lado de la línea. Pero ambas partes parecían llevarse bien, pues el hombre se rió fuertemente y le dio las gracias una segunda vez. Su sonrisa desapareció de repente y lanzó a Stern una mirada de desconfianza.

—Muy bien, entiendo —dijo, y colgó.

El sofá emitió una especie de suspiro cuando el hombre se levantó y cogió a Simon de la mano.

—Es abogado —dijo mientras se dirigía a su mujer—. Lo busca la policía, ha secuestrado al niño en el hospital.

—¿Qué tontería es ésta? —preguntó Stern haciendo lo posible por mostrarse tranquilo. En realidad, su pulso se había descontrolado por completo debido al miedo. La situación empeoró al ver que la mujer le apuntaba con un arma.

—Aparte esa cosa de mi cara —le suplicó él sin éxito—. ¿Qué está pasando aquí?

—Eso mismo me gustaría preguntarle a usted, señor Stern. ¿A qué juega?

—No se trata de ningún juego. Vine hasta aquí para...

Stern se interrumpió a sí mismo desconcertado, al ver que el hombre se levantaba y le tendía la mano a Simon.

—Mientras seguís hablando de negocios, nosotros subiremos al piso de arriba. ¿De acuerdo, querida? —le susurró a ella al tiempo que le lanzaba un beso con la mano.

—¿Robert? —preguntó Simon tímidamente mientras el hombre le arrastraba en su dirección.

Stern quiso levantarse pero la expresión de la cara de la mujer le impidió hacerlo. Parpadeó y cerró los ojos por un momento para recomponerse. Sus pensamientos no dejaban de dar vueltas en su mente sin un rumbo fijo.

¿Qué debo hacer? ¿Dónde está Borchert? ¿Qué demonios debo hacer?

El viejo y bien parecido monstruo que llevaba a Simon de la mano estaba tan sólo a unos pasos de la puerta del salón. Sin embargo, Stern no tenía ni idea de cómo debía actuar para impedir que ambos saliesen de la habitación.

—¿Robert? —volvió a preguntar Simon.

Su voz sonaba suave, cálida y tranquila, como si le estuviese pidiendo permiso para quedarse a dormir en casa de un amigo. El niño confiaba plenamente en que su «abogado» no pondría en riesgo su vida. Después de todo, le había prometido aclarar aquel caso y protegerle de cualquier peligro, en cualquier situación.

Del mismo modo, el niño estaba más que convencido de que su destino era asesinar a alguien a la mañana siguiente. Si esto era así, nada podría sucederle aquí y ahora.

Stern detectó en aquel momento el tren de pensamientos que vagaba en la mente de Simon y supo lo que ocurriría si no actuaba en seguida.

Puede que únicamente le quedaran cinco segundos antes de que el viejo verde en cuyas manos había puesto al niño saliera de la habitación para llevarse a Simon a un

cuarto oscuro oculto en otra planta.

Se equivocó. Ambos desaparecieron tan sólo cuatro segundos después.

El radar registró que iba a noventa kilómetros por hora al pasar junto al cementerio del bosque. Ni siquiera se había dado cuenta de ello, aunque había levantado el pie del acelerador al ver que el tráfico se hacía más denso de repente.

¿Qué está pasando ahí delante?

Al llegar a Dreilingen, todos los coches delante del suyo se desviaban con rapidez hacia el carril de la derecha.

¿Una caravana? ¿A esta hora?

En todo caso, el tráfico debería haberse concentrado en el carril contrario, teniendo en cuenta que todos los berlineses que se habían escapado el fin de semana a las afueras de la ciudad estaban regresando ahora a sus casas.

La mujer se incorporó también al carril de la derecha y redujo la velocidad. Fue entonces cuando vio el problema. Justo delante del semáforo que había en el cruce, un coche de policía estaba ocupando el carril de adelantamiento en dirección Chaussee.

No, no, no. No, por favor.

¿Por qué tenía que caer precisamente ahora en aquella ratonera?

Se acercó a la luz azul intermitente en busca del agente que, con un disco en la mano, estaba desviando todos los coches hacia un lado de la carretera. Sin embargo, no vio a nadie. Y para ser un control de tráfico, la caravana de vehículos seguía avanzando asombrosamente sin demasiados problemas. La mayoría de los coches giraban a la derecha, en dirección a la estación de tren, para no tener que...

Oh, no.

Los ojos de Carina se llenaron de lágrimas. Soltó el volante y se llevó ambas manos a la boca. Detrás del vehículo de la policía había un pequeño coche de color plateado en el que sólo funcionaba una de las luces laterales de emergencia. No había señales de Borchert por ningún sitio. No obstante, no le quedaba la menor duda de a quién pertenecía aquel Corolla.

Andi ha sufrido un accidente. Debe de estar en el suelo. Oh, Dios mío...

Carina tardó un rato en reaccionar y descubrir qué significaba todo aquello. Durante unos segundos, su mente se negó a aceptar la verdad. No se trataba de un control de tráfico; nadie iba a hacerle una señal para que se parara, ni tampoco iban a arrestarla. Algo peor estaba sucediendo. Ahora. Con Simon. En algún lugar que sólo Robert Stern conocía. Robert: el mismo que confiaba en recibir una ayuda que nunca llegaría.

¿Y ahora? ¿Ahora qué?

Carina sólo lograba pensar con frases fragmentadas. Intentaba hallar alguna pista que le revelase hacia dónde se habían llevado a Robert y Simon. Continuó conduciendo lentamente, pasó junto al Corolla y dejó que el resto de los coches la adelantaran. Observó por el retrovisor que dos robustos agentes de tráfico se

disponían a apartar de la vía el coche de Sophie.

De pronto le invadió una idea. Carina se volvió y miró un momento hacia atrás.

¡Eso es! El coche. La dirección en la que iba.

El capó del vehículo indicaba que conducía en aquel sentido, hacia Potsdam. No era gran cosa: sólo un pequeño y minúsculo punto de partida para seguir buscando. Pero aun así significaba algo. Carina aceleró la marcha en cuanto atravesó el cruce, alentada por la idea de que al menos no había cometido ningún error hasta entonces. Iba conduciendo por la vía correcta en la dirección apropiada. Aquella esperanza irracional le dio ánimos para seguir, aunque sólo fuera durante una distancia de doscientos metros.

¿Y ahora qué?

Carina cruzó como un rayo la calle de Grosser Wannsee sin estar segura de si, al hacerlo, había perdido la única pista que tenía.

—¿Lo ha secuestrado en el hospital? ¿Qué le pasa al pobre niño?

La voz cínica de la mujer sonaba como la de una abuelita preocupada mientras seguía controlando los movimientos de Stern con su arma.

—El niño no tendrá nada infeccioso, ¿verdad?

Incapaz de responder, Robert continuó mirando con fijeza la puerta por la que Simon había desaparecido junto a su lascivo acompañante. Respiró profundamente, intentando contener la respiración.

El solo hecho de pensar que estaba compartiendo el aire con aquella mujer, que aspiraba lo que previamente había fluido de su nariz y su boca, le resultaba por completo insoportable.

—Supongo que sabrá que no pagamos nada por una mercancía deficiente, ¿no?

El rostro que se ocultaba tras las gafas de sol soltó una carcajada ronca y encendió otro cigarrillo. Stern oyó pasos en las escaleras: el crujido de los mocasines de piel enmudecía el suave chasquido de las zapatillas deportivas de Simon. Los sonidos se fueron alejando lentamente hasta que apenas se oían.

—No, nada de eso... No se mueva. —La mujer extendió el brazo con el que sujetaba el arma—. Acabaremos en seguida. Sólo serán cuarenta y cinco minutos. Después, mi marido hará un descanso y entonces será mi turno. —Frunció sus labios pintados de marrón oscuro como si estuviera dando un beso.

Stern sentía náuseas. Miró hacia el techo: ahora escuchaba los pasos justo encima de sus cabezas.

—Empezarán en cualquier momento. —Los labios de la mujer formaron una mueca que, al parecer, debía representar una sonrisa.

A continuación llegó hasta ellos el sonido de música clásica, que provenía del primer piso. Aquel corruptor de menores parecía ser un gran amante de la ópera. Stern reconoció algunos fragmentos de la melodía de *La Traviata*. Por primera vez en su vida deseó que Verdi nunca hubiese compuesto arias para Violeta.

—Muy bien. —Miró su reloj—. Aprovechemos el tiempo para charlar un poco. Adelante, dígame: ¿qué quiere realmente de nosotros?

—¿No es evidente?

Stern confió en que la mujer no pudiera detectar el temblor de su voz. La soprano se oía ahora con más ímpetu desde el piso de arriba.

—Usted puso un anuncio buscando un niño y yo le he entregado uno.

—No diga tonterías.

Era lista. No cometía el error de acercarse a él. Desde la distancia a la que la mujer se hallaba podría disparar contra él hasta la última bala. No tendría tiempo suficiente para recorrer siquiera la mitad de la distancia que había entre ella y el sofá donde estaba Stern. Las únicas armas que podía utilizar eran su voz y su inteligencia. Y ambas cosas amenazaban con dejarle en la estacada.

¿Dónde demonios se habrá metido Borchert?

—Usted no es un informante; al contrario, la policía le busca. No frecuenta nuestro círculo, ni parece comportarse como un abogado. Entonces, dígame, ¿por qué respondió a nuestro anuncio?

—Puedo explicárselo todo —mintió él, aunque, en realidad, no tenía ni idea de lo que podía hacer o decir a fin de evitar el peligro. Volvió a oír pasos en el piso de arriba.

—Le escucho.

Stern buscó febrilmente una respuesta lógica. Se preguntaba si había alguna solución antes de que a Simon se le acabara el tiempo en la habitación de arriba. Intentaba mostrarse tranquilo por fuera, pero, por dentro, estaba programado para huir. A pesar de todo no había escapatoria alguna de aquella situación desesperada. Si se levantaba del sofá sería hombre muerto.

—¿Qué? ¿Le ha comido la lengua el gato? Es una pregunta muy sencilla: ¿por qué ha secuestrado a un niño en el hospital y lo ha traído hasta aquí?

Robert se dio cuenta de que las pisadas que oía sobre su cabeza seguían el ritmo de la música. ¡El maníaco estaba bailando! Un pensamiento repentino le pasó por la cabeza al escuchar deslizarse aquellos movimientos. Stern no conseguía llegar con ello al principio, pero de repente lo vio bastante claro. Había algo que sí podía hacer, algo profundamente repugnante y depravado, por lo cual se odiaría a sí mismo después. Asintió como si se le acabara de ocurrir una idea y alzó la mano lentamente. Despacio, con cautela. Lo suficiente para no provocar una reacción violenta en la mujer.

—¿Qué está haciendo?

—Responder a su pregunta. Quiero mostrarle por qué he venido.

La mujer arqueó tanto la ceja izquierda que se hizo visible por encima de sus gafas de sol. Stern se había llevado la mano derecha al pecho. Empezó a desabrocharse un botón de la camisa y luego otro.

—¿Qué significa esto?

—¿Puedo quitarme la chaqueta?

—Si lo desea...

Stern se quitó solamente la americana, continuó desabrochando el resto de los botones de su camisa y, al cabo de unos momentos, se sentó en el sofá con el torso desnudo.

—¿Qué se propone?

En lugar de contestar, Stern se pasó la lengua por los labios y tragó saliva dos veces. Esperaba mostrar así un aspecto lascivo; en realidad, era una manera de contener sus ganas de vomitar.

—Vamos, no me diga. —La mujer volvió a levantar el arma, que había apartado a un lado durante una milésima de segundo—. ¿Cree que voy a caer en esa trampa?

—¿Por qué no? Es el motivo por el que estoy aquí.

Stern se sacó los zapatos negros de piel ayudándose de ambos pies. A continuación se desabrochó la hebilla del cinturón.

—Usted misma lo ha dicho. No soy policía ni tampoco un soplón. Sólo tengo ganas de hacer un poco el salvaje.

Se sacó el cinturón del pantalón y lo tiró frente a ella.

—Venga aquí para convencerse de ello.

Stern no lograba verle los ojos, por lo que no sabía si su táctica estaba teniendo éxito. Aun así, su experiencia como abogado le había enseñado que, al igual que el pez muerde el anzuelo, siempre existía una forma de atraer al enemigo. Sólo había que encontrarla. A la mayoría de las personas, la codicia o la lujuria les empujaba a hacer cosas de las que luego se arrepentían.

—Está loco —rió la mujer apagando el cigarrillo.

—A lo mejor, pero puedo demostrárselo si lo desea.

Stern se quitó los calcetines y se quedó sólo con el fino pantalón de su traje.

—¿Y cómo?

—Acérquese y siéntalo usted misma.

—No, no, déjelo. —Siguió de pie donde estaba y le amenazó con el arma en la entrepierna—. No me van esas cosas. Aunque tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

Stern no pudo evitar sonreír. Esta vez no estaba actuando. La mujer había picado el anzuelo; no muy fuerte, aún. Pero veía cómo aumentaba el ritmo de su respiración y notaba cierto tono de emoción en su voz. Le había tocado la fibra sensible. La pregunta era si lo habría hecho de la manera correcta.

—Levántese.

La mujer se dirigió de espaldas a la puerta, manteniendo siempre la distancia entre ambos.

Él la obedeció. Era bueno moverse, y la dirección también era la correcta. Cualquier cosa era mejor que quedarse sentado en el sofá, esperando a que la voz de la soprano acabara fundiéndose con los gritos de Simon. Al menos, eso era lo que él pensaba hasta que la mujer añadió:

—Veamos lo salvaje que se pone cuando observe a mi marido en acción.

El pánico sacudía por dentro a Carina.

¿Qué debía hacer ahora? ¿Continuar recto por Königstrasse? Y si era así, ¿durante cuántos metros? ¿Hasta el puente Glienicke? ¿O era mejor girar a la derecha en dirección al río? De igual modo podría haber cogido alguna de las muchas calles que tenía a su izquierda.

El móvil empezó a sonar en el asiento del pasajero. Estuvo a punto de resbalársele de sus dedos sudorosos cuando quiso abrir la tapa para contestar.

—¿Borchert? —gritó ella más alto de lo necesario.

—Frío. —El miedo se apoderó de ella al oír aquella voz distorsionada—. ¿Quién está ahí? ¿Qué quiere?

—Frío.

Casi fuera de sí debido al horror y a la preocupación que sentía por Simon, intentó poner en orden sus ideas. La siguiente calle a su derecha era Endestrasse. Le faltó poco para girar por ella, antes de darse cuenta de que no tenía salida.

—¿Qué es esto? ¿Un juego? —preguntó.

—Caliente.

Carina empezó a dar golpecitos con los dedos de su mano derecha sobre el volante de plástico como si se tratase de un tambor. ¿Cómo era posible? ¿Acababa de convertirse en una marioneta de la voz de la que le había hablado Robert? Y si así era, ¿por qué?

Comprobó sus terribles sospechas a través de una simple pregunta:

—¿Voy por la dirección correcta?

—Caliente.

Efectivamente. Ese loco tiene ganas de jugar. Y yo soy su gallinita ciega.

—De acuerdo. Voy en dirección a Potsdam, ¿verdad?

—Frío.

Así que tengo que girar antes.

—¿Aquí? ¿En Kyllmannstrasse?

—Frío.

—Entonces, ¿a la izquierda?

—Caliente.

Carina se situó al extremo del carril y estuvo a punto de acabar en la dirección opuesta de Königstrasse.

—¿Estoy muy cerca?

—Caliente.

Echó un vistazo a su alrededor pero, delante y detrás de su vehículo, había como mínimo una decena de coches diferentes, varios camiones y dos motos.

Era absolutamente imposible saber cuál de ellos la estaba siguiendo.

—¿Grassoweg? ¿Debo ir por Grassoweg?

La voz distorsionada le dio otra señal positiva. Sin prestar atención a los coches que venían en dirección contraria, Carina giró el volante en el último momento y estuvo a punto de chocar de frente contra la furgoneta de reparto de una floristería. El conductor del otro vehículo pisó el freno y, balanceándose peligrosamente a los lados, derrapó hasta el carril contiguo, por el que, afortunadamente, no venía nadie. El concierto de bocinas no comenzó a oírse hasta que el peligro había pasado y mientras Carina recorría a toda velocidad la estrecha calle residencial.

—¿Es aquí? ¿En esta calle?

—Frío.

Volvió a levantar el pie del acelerador. El alumbrado de la calle era tan pobre que apenas era capaz de descifrar la señal de la siguiente bifurcación.

—¿Kleinen Wannsee? —leyó finalmente.

—Caliente —replicó la voz con cierto tono de elogio. Era la primera vez que mostraba algún tipo de emoción durante la conversación. El hombre soltó una carcajada.

¿Número de la casa? ¿Cuál es el número de la casa?

Carina pensó el modo en que podía continuar con aquellas preguntas de «sí» o «no» para aproximarse a su objetivo de salvar a Simon.

—¿Por encima de cien?

—Caliente.

—¿Ciento cincuenta?

—Frío.

Necesitó tres intentos más antes de detenerse frente a la lujosa mansión de cuatro pisos con el número 121.

La regla más importante para ganar un caso imposible contra un adversario superior era algo que Stern no había aprendido en la Facultad de Derecho, sino de su padre.

—Busca en tu oponente los defectos de sus virtudes. Utiliza su mayor ventaja contra ellos.

Eran las palabras que siempre habían formado parte del discurso motivacional del entrenador honorífico de los Junior B, el equipo local de fútbol. Robert se preguntó si aquellas máximas podrían ayudarle en un momento como aquél, en el que era su propia vida lo que estaba en juego, y no los goles, los pases o el marcaje a otros jugadores. Analizó su posición de partida mientras lo conducían, descalzo y semidesnudo, fuera de la habitación. Ésta era funesta. La mujer tenía varios triunfos consigo. El mayor de todos era la pistola de nueve milímetros que sostenía en su mano. Además, la mansión tenía toda la pinta de estar cerrada herméticamente. Al menos, eso era lo que le parecía. Naturalmente, las ventanas y las puertas de una propiedad inmobiliaria vacía debían estar bien cerradas y con un seguro a prueba de ladrones. Incluso suponiendo que pudiera aprovechar la distancia que lo separaba de la mujer y saliera huyendo por la puerta trasera, sería bastante improbable que diera con una puerta abierta o una ventana sin rejas.

La mujer guarda la distancia apuntándome con un arma en la espalda. Y estoy encerrado en una especie de contenedor sin salida. ¿Dónde están los defectos de sus virtudes?

Los músculos de la espalda de Stern se contrajeron por la tensión, como le pasaba siempre que le daba vueltas a algún caso difícil de solucionar. En el despacho de su bufete era una señal infalible de que pronto iba a sufrir un ataque de migraña.

Teniendo en cuenta dónde se hallaba, estaba seguro de que el dolor que le esperaba sería mucho mayor.

Las tablas de madera de roble recién enceradas crujieron cansadas cuando Stern subió el primer peldaño de la escalera. La música que provenía del piso de arriba se escuchaba más fuerte a medida que avanzaba, pero los pasos arrastrados habían dejado de oírse.

Ha parado de bailar.

Stern se prohibió pensar en lo que el hombre podría estar haciendo en lugar de ello. En la habitación. Con Simon.

—Siga caminado —dijo la mujer con voz ronca al ver que él se detenía un momento y miraba hacia atrás por encima de su hombro. De todos modos, no fue capaz de distinguir nada. No sabía a qué distancia se hallaba de él. Por su voz no podía saber si la mujer le seguía o bien se había detenido a los pies de la escalera. Lo único que apreciaba en aquel momento era una franja de luz clara y unas siluetas borrosas. Por desgracia, estaba deslumbrado por uno de los focos halógenos que iluminaba toda la escalera desde abajo mediante una luz blanca artificial que se

reflejaba aún con más intensidad en las paredes desnudas de color crema. Stern tuvo que parpadear dos veces para borrar las sombras oscuras que seguían bailando ante sus ojos...

Y entonces, de repente, vio la solución: los defectos de ella. Robert se encontraba a mitad de camino de la escalera curvada, acercándose a la sencilla posibilidad de darle la vuelta al marcador. El único problema era que no estaba seguro de si funcionaría. Sólo podía esperar que así fuera.

Debía arriesgarse, intentar algo que pusiera a prueba su mayor —y, en consecuencia, su último— error.

Carina bajó del coche y buscó alguna señal de vida en el edificio ante el que se encontraba.

—¿Es aquí?

Miró hacia arriba. El tejado hexagonal en forma de capucha se alzaba como la peluca de un juez inglés sobre la decimonónica mansión de color amarillo trigo recién restaurada. No se veía luz en ninguna de sus plantas. Las persianas estaban bajadas y las contraventanas cerradas.

—Caliente —contestó la Voz. Con las piernas entumecidas por el trayecto en coche, Carina se dirigió a la puerta de hierro forjado del jardín. Para su sorpresa no estaba cerrada.

¿Y ahora?

Abrió la cremallera de la pequeña riñonera que formaba parte de su chándal. Además de la medicación de Simon, algo de dinero en efectivo y un par de cosas que Stern había pedido que le guardara, también se hallaba dentro la Röhm RG 70. El «regalo» de Borchert.

—Para casos de emergencia —le había dicho—. Pequeña y elegante. Es perfecta para unas manos delicadas de mujer.

Un sentimiento irreal la invadió mientras subía por el camino de grava. Nunca antes en su vida había tenido un arma en la mano. Y mucho menos había pensado que tendría intenciones de apuntarla contra alguien.

—¿Está abierto? —preguntó al llegar a la ornamentada puerta principal.

Por primera vez no obtuvo respuesta. Empujó con cuidado la madera rígida. Cerrada. Con llave.

Carina dio media vuelta pero no distinguió a nadie entre la luz sombría de las viejas farolas de la calle. Nadie que pasase por allí ni que la siguiese. Nada, salvo el ruido del tráfico que provenía de la cercana Königstrasse.

—¿Cómo puedo entrar? —le preguntó al desconocido del otro lado de la línea—. ¿Por la puerta trasera?

De nuevo no hubo ninguna respuesta, tan sólo una respiración ronca.

Observó la entrada del garaje que había en el ala derecha de la casa y vio huellas frescas de neumáticos entre la hojarasca húmeda.

—¿El garaje? —preguntó de espaldas a la puerta principal—. ¿Es eso? ¿Debo intentarlo por allí?

La Voz continuó en silencio. La respiración también había cesado.

Maldita sea, se dijo a sí misma. *No hay tiempo que perder. No puedo rastrear toda la zona. Quizá en este momento estén torturando a Simon ahí adentro y...*

Apretó la pistola fuertemente con su mano mientras el índice de su mano izquierda acariciaba el timbre metálico de la puerta. No era detective ni se había entrenado como policía, así que tenía todas las de perder en aquel terreno. No podía

ganar. Lo único que podía hacer era interferir y...

—Voy a llamar ahora —dijo por el móvil al tiempo que pulsaba el timbre.

—Frío —respondió una sonora voz directamente en sus oídos.

De repente sintió una explosión cegadora justo entre las sienes. Después, nada más.

Cada peldaño era una tortura. Cada paso que daba le aproximaba más a una probable muerte, pero él no era el tema en cuestión. Su muerte no llegaría a ocupar más de cuatro líneas en la sección local de la prensa amarilla. Y con razón. La tragedia más importante ocurría a tan sólo unos metros: en la habitación donde sonaba la ópera italiana.

Y todo es culpa mía, pensó Stern.

Fingió que perdía ligeramente el equilibrio y, por un momento, se apoyó contra la pared de su izquierda.

—¿Qué? ¿Ya le tiemblan las piernas antes de empezar?

Bien. Está justo detrás de mí, sólo a un par de pasos. Seguramente no quiere que me aleje de su campo de tiro cuando llegue arriba.

Stern sabía que debía actuar muy rápido. Continuaría en el lado izquierdo, lejos de la barandilla. Sólo quedaban cinco peldaños hasta el final.

El vestíbulo del pasillo en el que desembocaba la escalera empezó a visualizarse. A medida que Stern se acercaba, la maceta de terracota con el helecho artificial que había al final de las escaleras, junto a la barandilla, cobraba un aspecto más monumental.

Los trucos más sencillos son a menudo los más efectivos. Le había venido a la mente otra de las sentencias de su padre. El hecho de que su sencillo plan tuviera o no éxito dependía solamente de cuatro pequeños rectángulos de plástico.

Dos peldaños y ya está.

Estiró la mano cuidadosamente. Del mismo modo que cuando le quitan la venda a un herido después de mucho tiempo, Stern sintió cómo la sangre fluía por las yemas de sus dedos. Hubiera preferido utilizar la derecha, pero hubiese llamado demasiado la atención.

Un peldaño más.

Ahora veía el vestíbulo al completo. No había nada de valor, a excepción de una mesa auxiliar de color marrón sobre la que había uno de los folletos de la inmobiliaria desplegado. Tampoco había ventanas. ¡*Por suerte!*

Stern subió el último peldaño de la escalera como si pisase un témpano de hielo a punto de romperse. Reprimió las ganas de mirar hacia atrás y contuvo la respiración, concentrándose única y exclusivamente en los siguientes segundos. Incluso logró apartar de su mente el susurro apagado de la voz de aquel hombre, que continuaba cantando el aria de Verdi.

Simon no puede estar lejos.

—Diríjase a la izquierda, a la tercera puerta a la derecha. Podrá oír cómo lo celebran y...

La mujer no pudo terminar la frase, pues, de repente, el estridente sonido del timbre de la casa resonó a través de las paredes vacías.

Stern aprovechó aquel inesperado momento de distracción para darle la vuelta al marcador en un último intento desesperado. Simplemente se apresuró a pulsar la fila de interruptores de la luz que había al final de la escalera, justo a la altura de su hombro. Aquél era el punto vulnerable de la pareja: le habían privado de cualquier modo de huir, pero las persianas antirrobo también impedían el paso de la luz exterior. Tan pronto como Stern, rápido como un rayo, accionara los interruptores y las luces halógenas del techo se apagaran, el hueco de la escalera quedaría por completo inmerso en la oscuridad. Entonces, lanzaría hacia atrás el helecho artificial y la mujer saldría rodando escaleras abajo junto con la maceta de terracota.

Hasta aquí la teoría.

En la práctica, las cosas se desarrollaron de otra manera. Stern tuvo que admitir que se había equivocado en cuanto pulsó el primer interruptor. La oscuridad no sobrevino. Al contrario, las ondas de luz se extendieron de repente también al pasillo que había estado a oscuras hasta ese momento. En lugar de apagar la luz, había encendido las lámparas adicionales del piso de arriba.

Y así había facilitado a la psicópata que tenía detrás que le apuntara mejor con el arma y pudiera disparar con más precisión.

Había tantas cosas que Simon encontraba fascinantes en aquella habitación. Para empezar, el gracioso ruido que hacían sus zapatillas de deporte en el brillante suelo. Al sentarse en el borde de la cama metálica observó, bajo la tenue luz rojiza que oscurecía el cuarto, que todo el parqué estaba cubierto de un forro de plástico transparente.

El hombre quitó la llave de la puerta y caminó hasta un trípode negro que había en el rincón. Sobre éste se hallaba una pequeña cámara digital cuyo objetivo enfocaba exactamente la cama sobre la que Simon se había sentado. El hombre apretó un botón y un punto rojo y minúsculo junto a la lente empezó a iluminarse. A continuación, se dirigió a la única ventana que había en la habitación, cubierta por unas gruesas cortinas de goma de color verde militar, y puso en funcionamiento un pequeño equipo estereofónico.

—¿Te gusta la música? —le preguntó.

—Depende —susurró Simon, pero el hombre ya había dejado de escucharle. Se balanceaba al compás de la melodía que sonaba en el reproductor de CD. Simon no estaba seguro de si le gustaba aquella canción. Había escuchado una vez algo similar en el despacho de la directora del hospicio para niños y no le había gustado demasiado.

Mientras tanto, el hombre de la bata había cerrado los ojos y daba la impresión de haberse ausentado mentalmente. Simon quería levantarse y salir de allí. Ya había oído hablar de individuos como aquél. Una vez incluso había venido un policía a la escuela para enseñarles fotografías de la clase hombres con los que les habían aconsejado no ir. Aunque, de alguna forma, éste parecía ser bastante diferente del resto.

De repente, el volumen de la música aumentó y Simon empezó a toser. En seguida notó que se sentía algo débil. Se apoyó en el cabezal de la cama esperando que aquella sensación desapareciera. Al hacerlo, se dio cuenta de que había varios aparatos médicos encima de una mesa de cristal que le llegaba por la cintura y que estaba junto a la cama.

¿Qué es todo esto?

Percibió un miedo repentino, en realidad totalmente injustificado. Aquel hombre no podía hacerle nada, por lo de la mañana siguiente. Iba a encontrarse con alguien a las seis en un puente. Mientras se aferraba a aquel pensamiento no tenía por qué sentir miedo.

A pesar de ello no pudo evitar una sensación de angustia al ver las jeringuillas.

Las había visto antes, pero en el hospital no eran tan grandes. Además, otra de las cosas que le desconcertaban era la cinta de metal plateado que había sobre la tela verde de fieltro, entre el escalpelo y la pequeña sierra. Parecía una cadena de bicicleta minúscula con pinzas para la ropa en cada uno de los extremos.

—Ven aquí conmigo.

Entretanto, el hombre debía de haber estado bailando absorto durante varios minutos. Su voz sonaba amable. Simon, que había cerrado los ojos un momento para descansar, levantó la vista adormilado y miró hacia otro lado rápidamente. El hombre había dejado caer su bata hasta los tobillos y, a excepción de los guantes de látex, se hallaba completamente desnudo.

—Adelante, ven aquí.

—¿Por qué? —preguntó Simon sin dejar de pensar en Robert.

—Sé amable y tráeme eso que hay encima de la cama.

Simon miró lo que le señalaba el hombre. Volvió a toser y se sintió aún más débil que antes. Sin embargo, cogió lo que el hombre deseaba del colchón repleto de manchas, que no tenía sábanas ni funda.

Se levantó y se dirigió al hombre con las piernas tambaleantes. Su debilidad aumentaba a cada paso que daba, al igual que antes. Como cuando apostaba con Jonas a ver quién de los dos corría más rápido. Volvió a sentir un cosquilleo en la mano izquierda. Confiaba en que Stern entrara por fin para sacarle de allí.

—¡Lo estás haciendo muy bien! —dijo el hombre sin aliento, deteniéndose en mitad de una pirueta. Extendió el brazo con el que había estado sujetando continuamente a su acompañante invisible mientras bailaba y le rozó en el hombro con suavidad. Tocó a Simon una, dos veces. Luego empezó a reírse como si le hubieran contado un buen chiste.

—¿Sabes que eres un niño muy guapo?

Simon negó con la cabeza.

—Sí, sí. Y aún podrías serlo más.

—Pero no quiero.

—Claro que sí, confía en mí.

Simon notó que el hombre le arrancaba con violencia de la mano la bolsa de plástico. De repente dejó de ver lo que había a su alrededor. Intentó respirar pero no pudo. El plástico se desinflaba por dentro como un globo y le tapaba la boca. Activó las últimas reservas de fuerza que tenía y estiró los brazos hacia arriba para quitarse la bolsa de la cabeza, pero el hombre lo sujetó por las muñecas, le pasó las manos por detrás de la espalda y se las ató con cinta adhesiva. Simon intentó gritar pero ya no le quedaba aire. En lugar de oxígeno había estado respirando un mechón de cabello de su propia peluca, que se le había resbalado de la cabeza mientras el hombre le ponía la bolsa de plástico.

—¿Ves? Ahora sí que estás guapo de verdad —oyó que murmuraba la voz del hombre desnudo, mientras se lo llevaba arrastrándolo por la fuerza hasta el lugar donde había estado sentado antes. Hasta la cama—. Mucho mejor.

Simon empezó a dar patadas a ciegas en todas las direcciones, pero aunque parecía que de vez en cuando acertaba contra algún objeto blando o una espinilla, en seguida se dio cuenta de que él era el único que estaba saliendo perjudicado.

Se sentía cada vez más cansado. Cada vez más débil. Sus pulmones amenazaban con explotarle hacia fuera. Por eso no le sorprendió demasiado el fuerte estallido que hizo enmudecer la música de repente.

El disparo en el pasillo hizo que el hombre se detuviera durante un instante. Luego sonrió y cortó una tira larga de cinta adhesiva para pasarla alrededor de la bolsa y del cuello del niño. Sólo entonces podría tener las manos libres. Y necesitaba que fuera así para conseguir su propósito.

Cuando resonó el disparo, el mundo estalló a su alrededor. El dolor que siguió a aquel estruendo se convirtió en insoportable; sin embargo, no se extendió por la zona del cuerpo que él pensaba. Stern cayó hacia delante y se dio un golpe en la cabeza con la maceta de terracota. Aun así, la caída fue más un acto reflejo que una auténtica necesidad. Estaba seguro de que un disparo le había atravesado la espalda y de que había visto un orificio de salida en su estómago antes de que le sobreviniera la muerte. Pero en vez de eso, se quedó sordo y empezó a toser hasta enronquecer. Cada vez que respiraba de manera asfixiante sentía que su cuerpo ardía por dentro. Después de un rato, que a él le pareció una eternidad, justo antes de empezar a pensar que se había quedado ciego, comprendió lo que había sucedido.

Gas lacrimógeno.

La pistola no estaba cargada con munición letal. Aquellos dos perversos eran posiblemente pederastas, aunque también incapaces de cometer un asesinato. O bien tenían otro modo de hacerlo; quizá una simple bala no aumentaba su placer sexual.

Stern se dio cuenta de que todas sus suposiciones eran incorrectas cuando aquella mujer empezó a toser de repente, al igual que él.

—Mierda —dijo ella, pero incluso aquella única palabra era ininteligible. Las mucosas de su nariz seguían trabajando como si fueran las cataratas del Niágara.

Stern se dio la vuelta boca arriba y miró por las escaleras. Sus ojos le lloraban como si se los hubiese lavado con un limpiador de baño, pero a pesar del velo que los cubría vio que la mujer se hallaba unos pasos detrás de él. No dejaba de retorcerse y frotarse los ojos porque, al igual que él, no llevaba ninguna máscara protectora.

Así que no sabía con qué estaba cargada el arma, concluyó Stern. La pareja sólo se las daba de ser geniales. Sencillamente carecían de experiencia y quizá no habían probado nunca si el arma funcionaba bien. Y su estreno había fracasado.

Stern intentó ponerse de pie. Lo que siguió a continuación ocurrió de un modo tan poco intencionado como la nube de gas cloro. Su cuerpo empezó a tambalearse, perdió el equilibrio y, cuando ya pensaba que pisaba el suelo del pasillo, quedó suspendido en el aire y acabó cayendo por las escaleras.

Un dolor punzante cruzó su espalda tras abalanzarse como un torpedo sobre la mujer, apenas dos escalones más abajo. El estruendo que provenía de la escalera era ahora tan fuerte que Stern era incapaz de distinguir qué parte del cuerpo era responsable del ruido ensordecedor que los envolvía. Por segunda vez consecutiva, se había golpeado la cabeza contra algo duro, posiblemente un escalón, y estaba sangrando por la nariz. Luego se arrastró boca abajo y le sobrevino de repente un dolor incandescente en la pierna izquierda. El pie se le había quedado enganchado en la barandilla mientras caía y ahora cargaba todo su peso sobre las articulaciones del tobillo.

Rotura de ligamentos. Tendinitis aguda. Rotura del tobillo. Sufría las tres cosas, a

juzgar por el enorme dolor que sentía, pero a pesar de todo no le importaba. Cuando consiguió soltar el pie con cuidado, vio, a través de las lágrimas que le empañaban los ojos, que su adversaria se hallaba a los pies de la escalera en un estado considerablemente peor: no se movía y parecía que una de sus piernas, al igual que el resto de su cuerpo, se le había desencajado de un modo innatural.

Stern subió agarrándose a la barandilla. Se estremeció de dolor, como si acabara de ver a un dentista con un taladro, cuando intentó apoyar su pie izquierdo en el suelo, por lo que decidió continuar subiendo las escaleras a la pata coja. Tenía la sensación de que sus membranas mucosas se estaba disolviendo de lo mucho que le dolían.

«La tercera puerta a la derecha», había dicho la mujer. Era un detalle innecesario, pues, de todos modos, en su estado actual sólo podía dejarse guiar por el oído. *La Traviata* continuaba sonando a través de la robusta puerta de roble. Stern empujó el picaporte hacia abajo.

Cerrado.

Robert tomó una decisión en fracciones de segundo. Ignorando el atroz dolor que le sobrevenía en la pierna izquierda, como si le clavasen clavos de acero, dio un par de pasos hacia atrás y cogió la maceta. No le fue fácil levantarla debido a que, en lugar de tierra, el tiesto contenía unos pequeños guijarros blanquecinos. Primero lo arrastró algunos metros por el suelo hacia atrás. Al llegar a su objetivo, lo alzó en el aire con ambas manos, haciendo caso omiso al crujido de sus vértebras, y lo arrojó impetuosamente contra la parte de la puerta que resultaba más fácil de romper. El picaporte se rompió y la sencilla cerradura empezó a ceder. Stern se dejó caer con fuerza contra la robusta puerta. Una, dos veces, hasta que, finalmente, se precipitó en la habitación haciendo eses ebrio de dolor.

La escena que allí le aguardaba era peor que cualquier otra cosa que hubiese visto antes. Todo su ser se redujo a un solo grito: «¡Demasiado tarde!».

Primero vio al hombre. Desnudo, bañado en sudor y paralizado por el miedo. Su erección, que empezaba a remitir lentamente, parecía haber insensibilizado cualquier reflejo de huida. En su lugar, sólo se protegía la cara con los brazos. Nada más.

Stern miró hacia la cama y comprendió que la figura sin rostro que había allí era la de Simon, quien, atado y con una bolsa barata de supermercado sobre la cabeza, yacía inmóvil encima de un viejo colchón.

—Puedo explicarlo todo... —empezó a decir el pederasta.

Stern, ciego por las lágrimas, el dolor y la ira, se acercó cojeando hasta la cámara, cogió el trípode como si fuera un bate de béisbol y, cogiendo rápidamente impulso, le destrozó la mandíbula. El hombre se desplomó hacia atrás y arrastró consigo al suelo el equipo de música. La música de Verdi dejó de sonar en el mismo momento en que Stern se apresuraba hasta la cama, le cogía la cabeza a Simon y agujereaba la bolsa de plástico en seguida para que el niño respirara lo antes posible.

Stern sintió ganas de gritar con fuerza, con un alivio infinito. Había cometido un error detrás de otro y, sin embargo, finalmente no había perdido. Al menos, no había perdido a Simon. El pequeño tosía como un naufrago al que acaban de rescatar del agua. No había manera de que dejase de toser. A pesar de todo, Stern tenía la impresión de que el silbido que acompañaba a su respiración cada vez que sus pulmones tomaban oxígeno sonaba como la más bella de las sinfonías.

—Pérdoname, lo siento mucho... —soltó sin poder evitarlo mientras se abrazaba al niño.

Simon ya estaba sentado en la cama. Stern terminó de quitarle el resto de la bolsa de plástico y sujetó su cabeza entre las manos, como si se tratase de un tesoro, con cuidado para que no entrara en contacto con su pecho sucio y manchado de sangre.

—Está... —Simon respiraba con dificultad—. Está bien.

Pronunció aquellas dos palabras entre silbidos. A continuación volvió a toser y se sorbió la nariz. Stern se apartó unos centímetros de él. Afortunadamente la nube de gas lacrimógeno no había llegado más allá del pasillo. No obstante, tenía miedo de que hubieran quedado adheridas a su cabello suficientes partículas como para desencadenar otro problema más al niño.

—Uffff... uffff —dijo Simon respirando roncamente.

Al parecer, aún tenía la fuerza suficiente para sentarse; al contrario de Robert, quien en aquel momento hubiese preferido tumbarse en la cama y quedarse dormido. De repente, Simon empezó a repetir unos sonidos incomprensibles hasta que Stern se dio cuenta finalmente de lo que quería decirle.

¡Cuidado!

Dio media vuelta justo a tiempo para ver que el hombre con la mandíbula destrozada salía corriendo en dirección a la puerta.

—¡No se mueva! —le gritó Stern cogiendo de nuevo el trípode, del cual se había

desprendido la cámara. Esta vez le golpeó en un lado de la espinilla. El hombre, gritando y retorciéndose de dolor, acabó cayendo justo enfrente del umbral.

—No te muevas ni un solo centímetro o terminarás igual que la loca de tu mujer.

Stern se agachó y miró al pederasta, quien continuaba atragantándose con sus gritos de dolor. Le enseñó el escalpelo que había cogido de la mesa auxiliar y empezó a pensar en el siguiente paso. Hubiera disfrutando de lo lindo clavándole la punta del trípode en el pie desnudo o deslizándole la hoja del escalpelo por debajo de las uñas. Pero no podía hacerle eso a Simon. El niño ya había sido testigo de demasiada violencia o, lo que era peor aún, la había experimentado en su propia piel. Por culpa suya iba a necesitar en seguida tratamiento psicológico.

—Escúcheme, podemos solucionar esto —masculló el hombre. Se hallaba frente a él, con el cuerpo enroscado en el suelo. La simpática expresión que su rostro poseía al principio había cambiado completamente, y no sólo se debía a la nueva configuración de sus dientes.

—Tengo dinero. Su dinero. Como acordamos.

—Cállese. No quiero ningún dinero.

—¿Y qué quiere? ¿Por qué está entonces aquí?

—Simon, por favor, mira hacia otro lado —dijo Stern mientras volvía a sujetar el trípode en el aire. El hombre metió la barbilla entre sus rodillas y ocultó su cabeza cubierta de sangre entre sus manos.

—No, por favor... —suplicó—. Haré todo lo que desee. Se lo pido... Por favor.

Stern dejó que siguiera temblando a la espera de recibir un nuevo golpe. Finalmente le preguntó:

—¿Dónde está el móvil?

—¿Qué?

—Tu maldito móvil. ¿Dónde lo tienes?

—Allí.

El hombre señaló la bata que había encima de la cama. Stern retrocedió un paso y la cogió.

—En el bolsillo lateral. En el derecho.

Robert no lograba entender del todo el quejido lastimero del corruptor de menores. Por fin encontró el teléfono y lo tiró a los pies del hombre.

—¿Qué quiere que haga?

—Llámalo.

—¿A quién?

—A tu contacto, el mismo con el que has hablado antes en el salón. Quiero hablar con él.

—No, es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no tengo su número. Nadie tiene el teléfono del Comerciante. El hombre pronunció la última palabra como si fuera un nombre, y no la descripción de

una actividad profesional. Incluso en aquella ridícula situación en la que se encontraba, el demente era incapaz de disimular la admiración que sentía por la persona que manejaba el círculo pederasta.

—¿Cómo te pones en contacto con él?

—A través del correo electrónico. Nosotros le escribimos y él nos llama. Es lo que hicimos con usted también. Tina le... —empezó a sofocarse— le envió su nombre y su número de identidad por teléfono desde el coche. Y él nos llamó.

¡Tina! Así que aquella arpía moribunda que yacía a los pies de la escalera finalmente tenía un nombre.

—Muy bien, entonces deme el correo electrónico.

—Está en el móvil.

—¿Dónde?

El aparato emitía un ruido cada vez que Stern pulsaba una tecla. Conocía aquel modelo porque él mismo había tenido uno durante un tiempo, por lo que estaba familiarizado con su funcionamiento.

Stern encontró la lista de contactos sin tener que apartar la vista de aquel hombre, que seguía en el suelo.

—Está como «Bambino», pero no le servirá de nada.

—¿Por qué lo dice?

Stern no intentó memorizar desde el inicio los datos complicados: gulliverqyx@23.gzquod.eu. Iba a llevarse el móvil igualmente.

—Porque el correo cambia después de cada consulta. Ya no existe.

—¿Y qué haces la vez siguiente?

—No puedo decírselo.

—¿Por qué?

—Porque me matarían.

—¿Qué crees que voy a hacer yo? Dime rápidamente cómo puedo llegar al nuevo correo electrónico o hago que te reúnas escaleras abajo con tu mujer.

—Vale, vale, vale...

El hombre extendió un brazo con la mirada fija en el trípode que se cernía sobre su cabeza, y que amenazaba con caerle encima en cualquier momento.

—Tiene correos diferentes. Miles de ellos. Sólo funcionan una vez. Siempre tenemos que comprar uno nuevo si queremos hablar con él.

—¿Dónde? —Stern le escupió a propósito al repetir su pregunta—: ¿Dónde los compras?

Al escuchar la respuesta, el escalpelo se le resbaló de la mano, cayó al suelo de punta y se quedó clavado en el parqué.

—¿Qué has dicho? —dijo jadeando, boquiabierto. El punzante dolor de su cabeza, el tobillo hinchado, la espalda dislocada y los pulmones abrasados se habían unido para formar un nuevo dolor absoluto.

—¡Dilo otra vez! —le gritó.

—En el puente —repitió el hombre desnudo a sus pies, con las lágrimas cayéndole de las mejillas cubiertas de sangre. Al parecer, había revelado el secreto mejor guardado de aquella hermandad—. Compramos los correos en el puente.

Muchas escenas de terror emanan un aura capaz de desencadenar sentimientos contradictorios. Sin embargo, los signos claramente visibles de la violencia no son los que nos atraen o repelen de un modo equitativo. No son las salpicaduras de sangre o de cerebro en la pared que hay sobre la cama o los miembros despedazados que han sido hallados junto al baúl de la ropa recién planchada. Son las señales indirectas que transmite el lugar del crimen lo que en realidad crea una fascinación mórbida entre las personas ajenas a la escena. Una zona acordonada en una estación de metro que normalmente está repleta de gente desata un efecto semejante al que produce una plaza pública iluminada artificialmente por los faros de varios coches de policía que se encuentran aparcados allí.

—Mierda —maldijo Hertzlich frotando sus ojos cansados sin quitarse las gafas de montura dorada.

Malhumorado, le hizo señas a Engler desde la entrada del local. En la oscuridad de la noche otoñal, la cafetería iluminada de Mexikoplatz parecía una bombilla cercada por unos frioleros insectos nocturnos. Numerosos transeúntes que iban de camino a la estación de tren se veían obligados a continuar alejados de la zona acordonada por la policía. Por una vez realmente no había nada que ver allí, cumpliéndose el tópico con el que los agentes de uniforme solían informar a los curiosos que se acercaban a las escenas del crimen.

—Es una maldita mierda —repitió Hertzlich en voz alta cuando Engler se unió a él.

Parecía que todo el caso se les estaba escapando de las manos. Por eso había querido ir hasta aquel lugar; para formarse una idea de la situación. No obstante, nunca hubiese imaginado que sería tan desastrosa.

—Transmítame su informe —le exigió al tiempo que observaba con repugnancia, delante de sus propios ojos, cómo Engler extraía una aspirina Plus C del envoltorio y masticaba la pastilla efervescente sin necesidad de agua.

—Borchert tuvo una avería en el coche, así fue como dimos con él por casualidad —empezó a resumir Engler—. Nos ha conducido hasta Mexikoplatz y afirma con rotundidad que Robert Stern y el pequeño Simon han sido secuestrados por una mujer con la que habían quedado en esta cafetería. El número de matrícula que dice haber visto Borchert no está registrado. La única pista que tenemos hasta ahora es la dirección de este correo electrónico... —Engler señaló, cansado, el rótulo que había en el escaparate de la cafetería—, que pertenece a una pequeña agencia inmobiliaria de Berlín-Steglitz. La regenta un hombre llamado Theodor Kling, junto con su esposa Tina. Su secretaria estaba a punto de marcharse a casa, pero antes nos ha revelado que el hombre se encuentra ahora visitando algunas propiedades. Nos ha enviado por fax una lista de las que están a la venta. Las estamos comprobando en este mismo instante.

—¿De cuántas se trata?

—De ocho, todas cerca de aquí. Vaya, que no son muchas. El problema es que no podemos entrar en ellas para... Un segundo, me llaman. Podría ser Brandmann.

Engler abrió su móvil y torció el gesto de su cara como si hubiese mordido alguna cosa ácida. Hertzlich frunció el ceño con curiosidad.

—¿Dónde demonios se encuentra? —Oyó que preguntaba el inspector. El tono colérico de su voz delataba que no estaba hablando con su compañero.

—¿Una ambulancia para Kleinen Wannsee número 121?

Engler repitió de nuevo la dirección que le había comunicado Stern, cuyo nombre había oído fragmentado.

Hertzlich, que había anotado igualmente la información, dio un paso al lado y cogió su móvil para enviar probablemente a un equipo hasta allí.

—De acuerdo, espere a que lleguemos. No se mueva de donde está —dijo Engler. La conexión era tan mala que tenía la sensación de que hablaba con una hélice en segundo plano.

¿Dónde demonios se mete Brandmann cuando se le necesita?

—Imposible. No... tengo tiempo... aclar... —La voz de Stern se perdía por el espacio con fuertes intermitencias—. La... mujer... muerta... quizá, el hombre vive. Tenéis que... él... arrestar.

Engler continuaba sin entender nada.

—¿Cómo está Simon? —formuló la pregunta más importante.

—Por eso le llamo.

El abogado debía de haber dejado tras de sí la zona sin cobertura. Se habían acabado las interrupciones y ahora podía oírlo sin problemas.

—Escuche, esto tiene que acabar. Debe entregarse de una vez —le ordenó Engler.

—Sí, y voy a hacerlo.

—¿Cuándo?

—Ahora. Es decir... Espere un momento.

Se oyó un chasquido en la línea. A Engler le pareció oír de fondo a Simon. Así que Stern no había mentido. ¡El niño seguía con vida!

—Deme cuarenta minutos y nos veremos después. Pero sólo nosotros dos. Nadie más.

—De acuerdo. ¿Dónde?

El policía se quedó desconcertado cuando Stern le comunicó el lugar de la cita.

La persona con la que desea hablar no está disponible en este momento. Si desea que le notifiquemos mediante un mensaje de texto tan pronto como...

Maldición. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué no cogía Carina el teléfono?

¿Y qué demonios le ha pasado a Borchert? ¿Por qué nos ha dejado en la estacada?

Stern apagó la voz informatizada del buzón de voz. Furioso, sintió ganas de lanzar el móvil por la ventana de la berlina en el aparcamiento donde se habían detenido tras un turbulento recorrido por la ciudad. Le repugnaba profundamente pensar que aquel obsceno pederasta hubiese tenido el teléfono junto a su sudorosa oreja tan sólo unos minutos antes. Pero aún podría necesitar el aparato. Había hecho la más importante de sus llamadas primero para informar a Engler porque no se veía capaz de continuar así. Debía entregarse. Aun a riesgo de no saber nunca más lo que había ocurrido en realidad con Felix.

Pero esto había pasado ahora a un segundo plano. Su idea de perseguir como un loco a un fantasma debía acabar. Simon había estado a punto de ser asesinado. Aquélla era la realidad, y no sus fantasías sobre Felix y el niño con la marca de nacimiento.

Stern notó que dos dedos le tocaban en el hombro.

—¿Estás bien? —preguntó Simon.

El abogado sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas una vez más. Había dejado al niño con un monstruo sonriente, solo, en el infierno. ¿Y Simon quería saber cómo se sentía él?

—Estoy bien —mintió Robert.

En realidad, no tenía ni idea de cómo debía colocarse en el asiento para hacer un poco más soportable el dolor. Había sido un milagro que hubiera podido salir de la mansión sin desmayarse en medio del pasillo. Afortunadamente Simon parecía poseer un poder de recuperación fuera de lo normal, y no le había costado bajar las escaleras por sí mismo después de que Stern se hubiese asegurado de atar bien al pederasta con cinta adhesiva junto a la cama.

La mujer no se había movido cuando la habían pisado a los pies de la escalera, aunque Stern había creído detectar pequeños movimientos respiratorios. A pesar de lo mucho que le dolía cada centímetro de su cuerpo, el abogado había vuelto a entrar en el salón para recoger su ropa dispersa, antes de que ambos salieran rápidamente en coche del garaje. Tenían suerte de que la berlina americana fuera un modelo automático; su pie izquierdo estaba tan hinchado y le dolía tanto que apenas podía apoyarlo; y menos aún, utilizar el embrague.

—Pero haces mala cara —le dijo Simon con la voz afónica.

—Y tu voz parece la de la rana Gustavo —intentó bromear Stern.

Bajó las gafas de sol de su rostro, se miró en el retrovisor y tuvo que reconocer

que el niño tenía razón. En la guantera encontró un paquete de trapos húmedos desechables destinados a limpiar el parabrisas. Encogiéndose de hombros, cogió uno y se limpió con él la sangre de la cara.

—¿Y cómo te encuentras tú? —le preguntó mientras se aplicaba el trapo cuidadosamente alrededor de las heridas punzantes de su frente.

—Voy tirando. —Simon tosió con ahogo.

—Lo siento, lo siento de verdad —repitió Stern por, como mínimo, octava vez desde que habían dejado la mansión—. Pero haré que todo vuelva a ser como antes. Lo prometo.

—No ha pasado nada —respondió cansado el niño.

El abogado encendió la luz del techo del vehículo para verlo mejor. Los párpados del niño le temblaban ligeramente y no pudo evitar bostezar. Tras los acontecimientos de aquel día, Stern no tenía ni idea de si aquello era una buena o una mala señal.

—¿Necesitas alguna cosa? ¿Agua? ¿Tus medicamentos?

—No, sólo estoy cansado.

Simon volvió a toser. Durante el trayecto, Stern no se había dado cuenta de que la pierna izquierda del pequeño empezaba a moverse un poco.

—¿Podrás caminar solo hasta la entrada?

—Claro.

Simon abrió la puerta del pasajero y se detuvo, vacilante.

—Preferiría quedarme aquí contigo.

Stern movió la cabeza en señal de negación y, al hacerlo, sintió que le dolía.

—Lo siento.

—Pero a lo mejor me necesitas, ¿no?

—Ven aquí.

Stern apretó a Simon contra él e, ignorando el dolor punzante de su espalda, lo abrazó tan fuerte como pudo.

—Sí, te necesito. Más de lo que te imaginas, incluso. Por eso es muy importante que hagas lo que te he dicho. ¿De acuerdo? Entra en el hospital y preséntate en seguida en tu unidad, ¿lo has entendido?

Simon asintió entre sus brazos.

—Está bien. ¿Y qué vas a hacer tú ahora?

La voz del pequeño sonó ronca a través de la camisa de Stern.

—Voy a resolver el caso.

Simon dio un ligero paso hacia atrás y le miró a los ojos.

—¿De verdad?

—¡De verdad!

—¿Quiere decir eso que mañana no tendré que hacerle daño a nadie?

—Exacto.

—Porque yo no quiero hacerlo.

—Lo sé. —Robert le colocó un mechón detrás de la oreja y sonrió débilmente—.

¿Estás seguro de que podrás llegar solo? —le volvió a preguntar.

—Sí, estoy bien. Únicamente me duele la garganta.

—¿Y el temblor de tu pierna?

—No es tan grave. Además, seguro que ahora me dan algo para eso.

Simon ya había sacado un pie fuera cuando Stern le cogió por el hombro.

—¿Te acuerdas aún del lugar más maravilloso del mundo? —le preguntó—. ¿Lo que le dijiste al doctor Tiefensee cuando te preguntó en su consulta?

—Sí. —Simon sonrió.

—Iremos a ver esa playa, ¿vale? —le dijo, mientras el niño estaba de camino—. Cuando todo esto se acabe. Tú, Carina y yo. Y nos compraremos allí el helado más grande del universo, ¿qué me dices?

Simon continuó sonriendo de oreja a oreja y le saludó con la mano antes de alejarse. Apenas unos metros separaban el aparcamiento de la entrada de la clínica, pero Stern siguió cada uno de los pasos del niño con una mirada casi hipnotizada. Puso en marcha el motor, aunque no con la intención de conducir. Quería ser capaz de arrancar el coche lo más rápido posible en caso de emergencia. Naturalmente, el recinto de la clínica Seehaus no tenía los peligros a los que había sido expuesto el niño durante aquellas últimas horas. A pesar de ello, Stern no aplacó su miedo hasta que las puertas correderas de cristal de la clínica se abrieron y vio que Simon desaparecía tras ellas.

El abogado miró su reloj y dio marcha atrás en el aparcamiento. Eran las seis y cuarenta y seis de la tarde. Debía apresurarse si no quería llegar demasiado tarde a la fiesta.

—De acuerdo, ya está aquí. ¿Qué tengo que hacer?

El hombre con barba que estaba sentado en la cafetería del hospital removía la espuma de su café con leche mientras observaba cómo el niño se dirigía a los ascensores.

—Simon debe estar yendo justo a la unidad donde lo tratan —continuó informando a alguien a través de su móvil. Estaba sacando la larga cucharilla de café del vaso para chuparla cuando algo le llamó la atención.

—Un momento —dijo, interrumpiendo a la voz del otro extremo de la línea—. Lo acaba de localizar un médico. Sí, está hablando con Simon. Supongo que pronto se armará un buen alboroto.

Soltó el vaso ondulado de café con sus gigantescas manos y se levantó para ver mejor al grupo de enfermeras y doctores que se había formado alrededor de Simon. El ruido de las voces fue en aumento. El hospital zumbaba con tanta actividad febril.

—¿En serio? ¿Está usted seguro?

Las voces nerviosas frente al ascensor aumentaron de volumen, y el hombre apenas podía concentrarse en las instrucciones que estaba recibiendo por teléfono. Le pidió a su interlocutor que hablara más alto. Finalmente, comprendió todo lo que le estaban diciendo y gruñó en señal de aprobación.

—De acuerdo. Lo haré.

Picasso colgó el móvil y dejó su café intacto sobre la mesa.

—¡Suuuuu biiiiiiilleeeee...!

Las letras flotaban en sus oídos. Se expandían de un modo antinatural, como si las reprodujese una cinta a velocidad lenta. Las palabras se volvían incomprensibles.

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

Carina se sentía como si estuviera sentada encima de una lavadora que, al llegar a la última fase, activaba el programa de centrifugado. La superficie dura que tenía debajo se movía violentamente y una fuerza invisible la sacudía hacia delante una y otra vez para, momentos después, empujarla de nuevo contra el respaldo rígido.

Parpadeando febrilmente, empezó a sentirse mareada de repente. Fue entonces, como si hubiese estado respirando a través de los ojos, y no de la nariz, cuando detectó la fetidez que había a su alrededor. Alcohol. Vómitos.

Intentó mantener sus párpados abiertos pero, aun así, no logró ver nada. Nada, al menos, que pudiera ofrecerle una explicación lógica de lo que le había ocurrido.

Un hombre flaco con bigote y la raya del pelo de color marrón canela se inclinó hacia ella. Llevaba consigo una tarjeta de plástico, como si estuviera a punto de identificarse.

—¿Qué... meeeee... me ha pasado? —intentó decir ella, pero sus palabras era aún más incomprensibles que las de aquel extraño que la miraba con expresión severa. El hombre, que no parecía ser muy educado, elevó el tono de su voz mientras le hablaba y ella por fin entendió lo que le estaba diciendo. Aunque sólo fuera acústicamente.

—Su billete, por favor.

—¿Qué? ¿Cómo?

Haciendo un gran esfuerzo, Carina se volvió y vio que el revisor pasaba a su lado. Frente a ella quedaba todavía un asiento, en el que estaba una mujer mayor. Ésta miró a Carina con cierta repugnancia y se sumergió de nuevo en su revista.

—Yo, bueno... me acuerdo de que...

Carina se dio cuenta de que ella era el origen del hedor: vino tinto barato, cuyas manchas estaba repartidas por todas partes, en el chándal y en la sudadera.

¿Cómo es posible?

Lo último que recordaba era aquella voz aterradora. *Frío.*

Y luego la certeza de haber caído en un sueño profundo e infinito. ¿Y ahora?

Se tocó las sienes, que le palpitaban de dolor, y comprobó sorprendida que no tenía ningún tipo de herida. Ni siquiera un chichón.

—Si no me lo da pronto, tendrá que acompañarme.

A medida que los segundos iban transcurriendo, cada elemento que había a su alrededor se unía para formar una extraña imagen en su totalidad. La ventana rayada, los tubos de neón moviéndose sobre su cabeza, el agarradero del asiento. Sabía muy bien dónde se encontraba, pero desconocía el porqué. De igual modo podría haberse

despertado encima de un témpano de hielo en la Antártida. El departamento del tren que traqueteaba en mitad de la noche de Berlín le parecía igualmente irreal.

—Pensaba que estaba muerta —le dijo al revisor, quien no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—No, sólo tienes pinta de estarlo.

Le cogió la mano derecha antes de que ella tuviera tiempo de apartarla, y le quitó algo los dedos.

—Aquí está.

Comprobó el sello que había en el billete y, al parecer, quedó satisfecho.

—Es la primera vez en mi vida que veo algo así. Te emborrachas tontamente como una cuba y, aun así, eres capaz de sacar un tique de la máquina.

Le devolvió el billete aconsejándole que se lo tomara con más calma el fin de semana siguiente. Luego continuó con su trabajo.

El tren aminoró la marcha y entró bajo el techo de una estación de tren poco iluminada, cuyos carteles seguían escritos en la letra propia del alemán antiguo: S-Bahnhof Grunewald.

Sólo estoy a dos estaciones de Wannsee.

Carina se puso de pie y se dio cuenta de que el resto de los pasajeros se apartaban para dejarla pasar, al igual que si tuviese una enfermedad contagiosa. Tambaleándose, se dirigió al andén.

Escuchaba zumbidos en su cabeza como si tuviese dentro una colmena. La Voz había utilizado probablemente un arma paralizante y luego había vertido aquel vino peleón sobre ella y la había abandonado en la estación de tren como si fuera una vagabunda.

Pero ¿por qué?

El aire fresco reactivó sus sentidos, pero también hizo aumentar su miedo. La cuestión no era qué le había pasado a ella. Lo que importaba era qué le había sucedido a Simon. Y a Robert.

Se detuvo en mitad de la escalera, junto a la marquesina, y dejó que la adelantaran los pocos pasajeros que habían bajado con ella en la estación.

¿Y ahora?

Se sentía tan desvalida como hacía una hora, cuando no sabía adónde debía dirigirse para rescatar a Simon y Robert. Pero ahora su condición física era considerablemente peor. Le estallaba la cabeza, estaba mareada y su estómago gruñía tan fuerte que le parecía que no paraba de vibrar. Su mano se quedó enganchada en el bolso de plástico sin darse cuenta: ahora eran sus dedos los que vibraban, al tiempo que algo empezaba a sonar.

Carina tuvo que intentarlo dos veces antes de poder abrir la cremallera del bolso. Le sorprendió ver que todo seguía dentro: el dinero, los medicamentos de Simon e incluso el arma que le había dado Borchert. Luego sacó la ruidosa agenda electrónica que Robert le había pedido que le guardara.

Abrió la funda de cuero y observó la entrada de datos que parpadeaba: una cita. El pitido era para recordarle a Robert la única cita que había tenido el jueves. Con ella.

Carina apagó la alarma recordatoria, sabiendo que no podía ser una coincidencia. El juego que había comenzado en aquella solitaria zona industrial junto a la autopista urbana no había llegado aún a su fin.

Puso los brazos en cruz temblando de frío, y se frotó por encima del jersey, una y otra vez, como si de ese modo pudiese arrancarse las cuerdas que estaba moviendo el invisible titiritero para guiarla a través de la locura.

Momentos después, se puso en movimiento arrastrando sus pasos cansados. Podría lograrlo si se apresuraba. El lugar donde habían quedado no estaba muy lejos de allí.

Cuando le pusieron las esposas en el aparcamiento de Clayallee, Stern se acordó de una frase que le había dicho una cliente unos años atrás: «Es como si dejaras toda tu vida en un guardarropa». Si bien la mujer no había sido detenida sin motivo justificado, como era ahora su caso, Stern tuvo que admitir que aquella falsificadora había descrito bastante bien aquel primer momento de desesperado desamparo.

—¿Por qué aquí? —Engler miró por el retrovisor y repitió de nuevo su pregunta a Stern—. ¿Por qué insistió en vernos en este parque de atracciones?

El inspector estaba sentado al volante de su coche de servicio camuflado. Sólo algunos policías sabían que la berlina gris era realmente un vehículo oficial.

—Para ver cómo mantiene nuestro acuerdo.

Stern hizo lo posible por mantener los ojos abiertos. Poco a poco anhelaba sufrir una pérdida de consciencia propicia que pusiera fin a todo su dolor. Pero aún era pronto para ello.

—Tenía que asegurarme de que vendría solo. —Stern le recomendó a Engler que echara un vistazo por la luneta trasera a la noria iluminada de la que se iban alejando paulatinamente con el coche—. Las vistas desde allí arriba son realmente espectaculares.

Había llamado al policía desde una de las góndolas, pidiéndole que encendiera los intermitentes. Después de localizarlo en el aparcamiento para visitantes, se había quedado en la noria durante tres vueltas más antes de decidir arriesgarse. Y, efectivamente, no se había abalanzado sobre él ningún policía de paisano cuando había subido al coche del inspector.

—Entiendo. —Engler asintió en señal de aprobación sin poder evitar un estornudo repentino—. Pero su preocupación era injustificada —dijo en cuanto se calmó su nariz. Su voz sonaba tan resfriada como durante el primer interrogatorio. Resultaba increíble pensar que sólo habían pasado tres días desde entonces—. Nos siguen la pista a través del GPS —tosió el inspector—. La jefatura central sabe siempre dónde nos encontramos. Además, sólo le considero un cabrón, no pienso que sea peligroso. —Sonrió por el retrovisor—. Al menos, no tanto para no poder arreglármelas yo solo con usted.

Stern asintió y observó su muñeca izquierda. Los bordes rugosos de las esposas empezaban a dejarle las primeras marcas.

—Pero ¿por qué quería verse a solas conmigo? Al fin y al cabo, nosotros no somos precisamente uña y carne.

—Por eso mismo. Mi padre solía decir: «Haz negocios únicamente con tu enemigo». No te traicionará nunca. Además, no me parece que Brandmann sea de fiar. No le conozco.

—Su padre es un hombre listo. ¿De qué negocios se trata entonces?

—Le proporcionaré una información que le servirá para arrestar, como mínimo, a

dos criminales: un traficante de niños y el Vengador. Me refiero a la persona responsable de los cadáveres que encontramos.

La oscuridad aumentó a su alrededor. Los edificios de viviendas que hallaban a ambos lados de la carretera desaparecieron tras la lluvia. Dejaron atrás la parte iluminada de Hüttenweg y siguieron conduciendo por una vía de enlace entre Charlottenburg y Zehlendorf que atravesaba Grunewald.

—Muy bien, ¿y qué quiere a cambio?

—No importa las pruebas que piense que tiene contra mí; y mucho menos, lo que voy a explicarle ahora. Pero debe poner a las hijas de mi exmujer bajo protección policial lo antes posible.

—¿Por qué?

—Porque alguien me está chantajeando. Lo que me lleva a mi segundo requerimiento: debe dejarme libre hasta mañana por la mañana, a las seis en punto de la madrugada.

—Está usted chiflado.

—Quizá, pero no tan loco como estos dos de aquí.

—¿Qué es eso?

Engler lanzó una mirada fugaz al asiento del pasajero. Stern se las había ingeniado para sacar una minúscula cinta de vídeo de su chaqueta con las manos atadas, y se la había tirado al policía.

—Es una cinta del dormitorio del agente inmobiliario de Wannsee. Eche un vistazo a lo que él y su mujer tenían planeando hacer con Simon. Si es que tiene la sangre fría y el estómago para ello.

—¿Es él quien mueve los hilos?

—¿El de la inmobiliaria? No.

Stern explicó a Engler tan rápido como pudo lo que había descubierto en las últimas horas.

—Se supone que mañana temprano habrá un encuentro entre pederastas para vender a un bebé. Simon tiene la visión de que matará al traficante mientras se produce la entrega. En venganza.

—¿Y usted se cree eso?

—No. Si la historia es cierta, no será Simon quien aparezca en el puente, sino otro vengador. Y disparará al traficante en cuanto tenga la oportunidad.

Engler se aproximó despacio al cruce de Hüttenweg con Koenigsallee.

—Muy bien, suponiendo que haya algo de cierto en su fantasiosa teoría. —El inspector preguntó con desconfianza—: ¿Cómo es que el niño sabe todo eso?

Stern miró a su alrededor para ver si les seguía alguien, pero, a excepción de un motorista que conducía delante de ellos y empezaba a alejarse en dirección a Avus, ambos se hallaban solos en medio del bosque, esperando a que el semáforo se pusiera en verde.

—¿Cómo es posible que su cliente, Simon Sachs, pueda ver de repente el futuro

como si fuera el pasado?

—Ni idea.

La lluvia se hizo más densa. Engler activó la máxima velocidad del limpiaparabrisas.

—«Ni idea» es una mala respuesta si lo que quiere es que le suelte de nuevo. ¿Cómo puedo saber que usted mismo no está metido en esto?

Mientras continuaban el trayecto, Stern se extrañó durante un momento del ruido que de repente hacía el motor. Sonaba como si Engler hubiese llenado el depósito con gasolina de menor octanaje.

—Ése es el motivo por el que no debería encerrarme. Mañana temprano se lo demostraré. En el puente.

—¿Y dónde se supone que tendrá lugar? ¿En qué puente?

—Primero hagamos el trato y luego le revelaré la dirección.

¡Un momento! ¿Qué es eso?

Stern se inclinó molesto hacia el asiento de delante. Se había equivocado. Al motor no le pasaba nada. El ruido similar al de un cortacésped que oía provenía del exterior. Y era cada vez más fuerte.

—¿Sabe alguien más que nos hemos citado? —preguntó Engler de repente. Parecía nervioso e inmediatamente traspasó su tensión a Stern.

—No, nadie —contestó Stern, titubeante.

—¿Y qué número era ése?

—¿Cuál?

Robert se tocó el bolsillo de la chaqueta buscando su teléfono. Todavía estaba encendido. *Lo cual quería decir que...*

—El número con el que me ha llamado. ¿A quién pertenece el móvil?

Engler se mostraba cada vez más inquieto. Miró hacia atrás por encima de su hombro mientras conducía.

—Al agente inmobiliario. Pero ¿por qué...?

El limpiaparabrisas se movió hacia la derecha y se llevó a un lado consigo el agua de la lluvia. Durante un breve instante éste se transformó en una enorme lupa, y entonces Stern lo vio con claridad.

El motorista. Había vuelto sobre sus pasos y se dirigía hacia ellos con la luz apagada, sin casco, extendiendo uno de sus brazos.

El semáforo se puso en verde y Engler puso la primera marcha.

¡Maldita sea! Borchert nos advirtió a todos expresamente. Cualquier tonto puede rastrear un móvil...

Hubo un estallido. Y los pensamientos de Stern quedaron interrumpidos bruscamente.

Los tres disparos sonaron completamente inofensivos, como cuando explota un petardo húmedo en Nochevieja del que sólo ha llegado a encenderse la mitad de la pólvora negra. Sin embargo, su silencioso sonido engañaba. Los disparos atravesaron el parabrisas con una fuerza fugaz, dejando el vidrio de seguridad hecho añicos como si fuera confeti.

Stern era incapaz de decir cuál de ellos había alcanzado al policía, cuya cabeza se había desplomado sobre el volante. El semáforo seguía en verde. Poco después, cuando se había puesto en amarillo, la luz interior del vehículo se había encendido. Robert no se había dado cuenta de ello al principio, porque estaba en estado de *shock*. En aquel momento su cerebro estaba demasiado ocupado procesando una sesión de imágenes espantosas: el motorista, la luneta hecha pedazos, la mano del inspector moviéndose convulsivamente.

La dentadura de Stern castañeteaba de forma irregular. Tenía escalofríos. Debido a la conmoción, el dolor y el pánico, y porque, de repente, le había caído una ráfaga de lluvia directamente en la cara. Fue entonces cuando se dio cuenta de por qué la luz estaba encendida: su puerta estaba abierta. Alguien la había abierto de golpe.

—No se ha atendido a nuestro acuerdo —le susurró un hombre en la oscuridad. Entonces sintió frío en su cabeza. El motorista le apuntaba con la boca de la pistola justo en ella—. Saludos cordiales de la Voz. Usted quería saber si la reencarnación existe, ¿no es cierto?

Stern cerró aún más fuerte los párpados de sus ojos. Su cabeza vibraba de la misma tensión. En aquel instante fue consciente de que ninguna de las descripciones de aquellos últimos segundos tenían que ver con él. No había ninguna película proyectándose a la vista de la muerte, ni siquiera una imagen fija. En su lugar, durante una pequeñísima fracción de segundo, Stern sintió todas y cada una de las células de su cuerpo. Era consciente del ruido sordo que le acompañaba mientras fluía a cada segundo más y más adrenalina desde la médula suprarrenal a la vorágine de su sistema circulatorio. Escuchaba cómo se dilataban sus bronquios y sentía las contracciones de su corazón, que iban en aumento como si estuviesen teniendo lugar pequeñas explosiones bajo el pecho. Al mismo tiempo, empezó a cambiar su modo de percibir el exterior. Ya no sentía el viento como una unidad, sino como un soplo de arena formado de incontables átomos de oxígeno, que impactaban uno a uno sobre su piel junto con las gotas de lluvia.

Stern se oyó gritar a sí mismo. Tenía miedo. Tanto como jamás había tenido. Pero, a la vez, también estaba experimentando otras emociones más intensamente que nunca. Era como si alguien le estuviera enseñando por última vez qué emociones sería capaz de sentir si le hubiese concedido una oportunidad a la vida. Entonces, justo antes de llegar al fin, sintió que su cuerpo se deshacía. Notó que el Robert Stern que estaba compuesto de átomos y moléculas intentaba disolverse separando sus

componentes para facilitar que el proyectil entrara en su cuerpo.

Y mientras un manto de profunda tristeza caía sobre él, oyó el disparo mortal.

La bala impactó como estaba previsto: en medio de la frente, formando en el cráneo un agujero del tamaño de una uña. Por sus bordes salía sangre como si se tratase de una botella de ketchup mal cerrada.

Stern abrió los ojos, se tocó la cabeza y, sin creérselo, examinó la zona donde el asesino había estado apuntándole con el arma unos momentos antes. Todavía sentía dolor debido a la presión que había ejercido la pistola contra las sienes. A continuación se miró las manos, pensando que vería, olería y sentiría la sangre en las yemas de sus dedos, pero no fue así.

Finalmente dirigió su vista al frente. Y oyó cómo el arma de Engler caía sordamente a los pies de la alfombrilla. La mitad de la cara del inspector parecía estar bañada en sangre. Stern no se dio cuenta hasta más tarde de que era el reflejo de la luz del semáforo, que había vuelto a ponerse en rojo, lo que producía aquel efecto.

¡Me ha salvado la vida!, pensó Robert. Se las ingenió con sus últimas fuerzas para echar mano de su pistola y enfrentarse al asesino que...

Por un momento Stern tuvo la esperanza de que el agente no estuviese demasiado malherido. Engler seguía sentado de lado, como un padre de familia que intenta asegurarse de que todos se han puesto el cinturón antes de comenzar el viaje. Daba la impresión de que, por primera vez, observaba a Stern con amabilidad. De repente, una gota de sangre se desprendió de su barbilla. Abrió la boca sorprendido, parpadeó una última vez y volvió a caer hacia delante sobre el volante. La mano que había estado sosteniendo la pistola se relajó con el resto del cuerpo.

El sonido feroz de la bocina sacó a Robert de su estado de trance y le hizo recuperar el control de su cuerpo. El ruido blanco que escuchaba en sus oídos desapareció, la vida volvió a fluir en él y, con ello, apareció otra vez el dolor. Se desabrochó el cinturón y empezó a salir del vehículo. Mientras lo hacía sus ojos se posaron en el arma de Engler. La cogió del suelo y apuntó con ella al asesino mientras bajaba del coche. Frente a él yacía un hombre de pelo largo con los ojos increíblemente abiertos. El resto de la cabeza estaba siendo absorbido por el asfalto. Stern nunca había visto antes la cara afeitada del cómplice y, a pesar de ello, el muerto le resultaba familiar.

Engler me ha salvado. Precisamente Engler.

Intentó caminar un trozo hasta el carril de bicicletas, pero tropezó al cabo de unos pasos y acabó rodando por un terraplén. Cayó sobre sus manos atadas y sintió el sabor de la tierra húmeda, las hojas y la madera, antes de hallar el valor suficiente para levantar su cabeza del suelo y ponerse de pie.

Debo alejarme de aquí.

Robert se balanceó a los lados. Sin querer apoyó todo su peso en el pie

equivocado y tuvo que sostenerse de pie contra un tronco mojado. Pero ni siquiera el enorme dolor físico que sentía conseguía acallar su miedo creciente. A lo lejos podía oír el ruido de coches pasando, pero ninguno se detuvo. Nadie bajó para ayudarlo o para arrestarlo. Todavía no. Los coches patrulla estarían seguramente de camino.

No van a creerme. Debo alejarme de aquí.

Stern gritó de nuevo. Esta vez el dolor de su alma era mucho peor que cualquier daño físico que hubiese experimentado anteriormente. En seguida se adentró en el bosque dando tumbos, deseando recuperar su destrozada vida, la cual, tan sólo dos días antes, había odiado a muerte.

Veinte horas y diecisiete minutos. Eso quería decir que aquel canalla se estaba retrasando diecisiete minutos y, si había algo que él odiaba de verdad, era la impuntualidad. Y, claro está, que lo dejaran plantado. Eso era mucho peor. ¿Qué se pensaba la gente? Nadie era inmortal y, sin embargo, todos se comportaban como si existiera una oficina de objetos perdidos dedicada exclusivamente para las horas malgastadas. Un lugar adonde uno se dirigiera a fin de recuperar el tiempo que había perdido durante su vida.

El café se había enfriado. Lo tiró con rabia en el fregadero, furioso también por aquel nuevo despilfarro. Y enfadado consigo mismo. Ya sabía que el chico tampoco vendría esta vez. Entonces, ¿por qué se le había ocurrido hacer café? Era culpa suya y de nadie más.

En la habitación contigua se oía el ruido de una cucharilla en una taza de porcelana.

—¿Prefiere una taza de té para variar? —dijo con voz quebradiza mientras apagaba un cigarrillo sin filtro, que se había consumido hasta casi quemarle las yemas de los dedos—. Voy a hervir agua.

—No, gracias.

A diferencia de él, aquella visita inesperada no parecía tener ningún problema en regalarle a la muerte los minutos desaprovechados. A lo mejor resulta que a uno le tenían que salir almorranas; que se le tenían que caer los dientes o las uñas de los pies tenían que volvérselo amarillentas para negarse a esperar media hora al otro. Ése era el tiempo que llevaba sentado en el banco de madera de pino tapizado, el último mueble que había comprado junto con su esposa.

Maria siempre había sido puntual; normalmente incluso se presentaba demasiado pronto. Tenía que ver con el cáncer que padecía y que la estaba matando. Qué ironía. Al contrario de lo que le sucedía a él, ella no había fumado nunca en su vida.

¡Vaya! El hombre cerró el grifo antes de que la tetera estuviese demasiado llena y caminó hacia la ventana. Con la cabeza de lado, se paró a escuchar con atención si aquel chirrido se repetía. A lo mejor no había cerrado bien el contenedor de la basura, lo que le hacía pensar que tendría que salir afuera con aquel tiempo de perros para evitar que los jabalíes escarbaran en el césped.

La pequeña ventana de madera ante la que estaba daba a la parte de atrás. Generalmente podía observar desde allí, en la terraza, el embarcadero del estanque donde se hallaban los botes neumáticos. No obstante, el contraste producido entre la clara iluminación de la cocina en el interior y la profunda oscuridad del exterior era tan grande que la visibilidad tras el cristal era prácticamente nula. Por eso se llevó un gran susto al detectar un rostro maltrecho afuera, dando golpes contra el cristal.

Qué demonios...

El anciano retrocedió un paso y estuvo a punto de tropezar con un taburete de la

cocina. La cara se había esfumado detrás del vaho de la ventana que había dejado su respiración desde fuera. Lo único que distinguía el viejo eran las manos atadas que en ese momento no paraban de dar golpes contra su ventana.

Se estremeció una vez más e intentó recordar dónde estaba el arpón que guardaba para defenderse en casos de emergencia. Se dio cuenta de que no sería necesario al oír que alguien llamaba.

—¡Hola! ¿Estás ahí?

A pesar de que le costaba relacionar una voz familiar con aquel rostro sucio y desfigurado, no había vuelta de hoja: el individuo que esperaba afuera no era un extraño. Todo lo contrario.

El hombre mayor salió de la cocina arrastrando los pies y se dirigió a la puerta trasera de la casita de fin de semana.

—Llegas tarde —gruñó cuando finalmente abrió la puerta agarrotada—. Como siempre.

—Lo siento, papá.

Aquella cara maltrecha se acercó a él. El propietario de ese rostro arrastraba una pierna, aunque la parte superior de su cuerpo se mantenía curiosamente rígida.

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha atropellado un autobús?

—Peor.

Robert Stern pasó delante de su padre y caminó hacia la sala de estar. Y nunca hubiera podido imaginar quién estaba esperándole allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —consiguió preguntar antes de que el suelo girara de repente bajo él en el sentido contrario a las agujas del reloj. Lo último que oyó fue un grito entrecortado, seguido del estrépito de la porcelana haciéndose añicos. Seguidamente Stern se desplomó junto a los pedazos rotos de la taza de café que se le había caído a la mujer, asustada al verlo entrar repentinamente.

Cuando volvió en sí, no sabía dónde estaba ni por qué Carina se hallaba inclinada sobre él mirándole con ojos abiertos por el terror. Un mechón rizado de su cabello largo se balanceó sobre su frente como una pluma, y Robert deseó percibir una suave caricia como aquélla por todo su cuerpo. Sin embargo, en vez de eso, el dolor que sintió cuando intentó tensar los músculos de la nuca y levantar la cabeza le hizo recordar todos los horribles acontecimientos que le habían sucedido en las últimas horas.

—¿Simon? —dijo con la voz ronca—. ¿Sabes...?

—Está a salvo —le susurró ella con un murmullo ahogado. Una lágrima cayó por sus pálidas mejillas—. He hablado con Picasso. Han colocado a un vigilante delante de su habitación.

—Gracias a Dios.

Todo el cuerpo de Stern empezó a temblar.

—¿Qué hora es?

Oyó el silbido de un hervidor de agua en la cocina. Era una buena señal. Si su padre seguía haciendo té en la habitación de al lado, entonces quería decir que no había estado desmayado mucho tiempo.

—Son casi las ocho y media —confirmó Carina.

Observó que la mujer se secaba las lágrimas con el dorso de su mano. Luego cogió un cuchillo que ya tenía preparado a su lado e hizo dos pequeños cortes para liberarle de las esposas.

—Gracias. ¿Qué sabes de Sophie? ¿Sabes si las gemelas están bien? —Parecía que su lengua se hubiera convertido en una pelota de tenis.

—Sí. Me ha enviado un mensaje al móvil. Algún vecino debe de habernos visto esta mañana y ha informado a la policía. Están registrando su casa.

Stern notó algo menos de tensión en su estómago. Al menos las niñas estaban fuera de peligro.

—No podemos quedarnos aquí.

Robert se interrumpió. Dos zapatillas de fieltro de color verde y gris salieron volando por delante de sus ojos y aterrizaron junto a su cabeza. Apretó los dientes y, apoyando los puños en la gastada moqueta, se impulsó para levantar su torso.

—Primero llegas tarde y ya te quieres marchar en seguida, como siempre. —Si a Robert se le hubiese ocurrido introducir una moneda en los surcos de la frente de su padre, a buen seguro ésta se hubiese quedado allí atascada. Georg Stern había oído

por casualidad las últimas palabras de su hijo mientras se dirigía a la habitación con la tetera panzuda. Furioso, la dejó de golpe sobre el platillo de metal—. A decir verdad, no me extraña lo más mínimo.

—No le habrás contado nada, ¿verdad? —le preguntó Robert a Carina, cuyo aspecto era igual de malo que el suyo. Además, olía como la taberna de una estación de tren.

—No, no exactamente. Sólo le he dicho que teníamos problemas y que necesitábamos un sitio donde escondernos.

—Pero ¿cómo sabías que...?

—Sí, problemas —le interrumpió su padre, furioso—. Siempre igual, Robert, ¿no? Si hubiese algo que celebrar no vendrías a verme.

—Pérdoname, pero...

Stern se levantó del banco mientras Carina se enfrentaba a su padre con aire desafiante.

—¿Es que no se da cuenta de lo que le ha sucedido a su hijo?

—Claro que sí, lo veo muy bien. No estoy ciego, jovencita. Al contrario de él. Parece que no sepa que no soy tonto.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que existe la televisión. Puede que los dos penséis que ya no estoy cuerdo, pero soy capaz de reconocer a mi hijo cuando sale en la noticias de la noche como si fuera un fugitivo. Además, un tal inspector Brandmann no ha dejado de molestarme. Es sólo cuestión de tiempo que vuelva a aparecer por aquí. Por una vez, Robert tiene razón cuando dice que no podéis quedaros aquí.

—Entonces no comprendo por qué le trata con tanto odio, sabiendo por lo que está pasando.

—Por eso mismo, pequeña. —El padre de Stern dio una palmada con sus manos ásperas—. Por supuesto que sé que tiene problemas. Hace diez años que es así, y ahora hay que añadir un par más. Pero ¿qué quiere que haga yo? Robert no habla conmigo. Viene por aquí para hablar del tiempo, de la Bundesliga o de mis visitas al médico. Mi propio hijo me trata como si fuese un extraño. No deja que me acerque a él. Incluso ahora que necesita mi ayuda... —Stern observó un brillo húmedo en los ojos blanquecinos de su viejo padre mientras éste se dirigía a él—. Sé que te ofendo, hijo, cada vez que hablamos por teléfono o nos vemos. Pero eres una persona tan hermética. No te entiendo, por mucho que quisiera... —Se aclaró la garganta para librarse del tono que estaba adquiriendo su voz y volvió a dirigirse a Carina, quien se hallaba desolada en medio de aquella habitación de techo bajo—: Pero a lo mejor consigue hacer algo con él, jovencita. En seguida supe que tenía usted agallas. Hace tres años estuvo aquí con él y me llevó la contraria mientras yo decía estupideces. Y ahora lo está volviendo a hacer. Me parece bien. —Georg abrió la boca como si estuviera a punto de decir algo importante. Sin embargo, acabó aplaudiendo otra vez y se volvió dándoles la espalda a ambos—. Ya está bien —murmuró para sí mismo

—. No es momento de ponerse sensible.

Salió de la habitación con unos pesados pasos y regresó minutos después con un pequeño neceser de color marrón.

—Aquí está.

—¿Qué es? —preguntó Carina alargando la mano.

—Es el botiquín de Maria. Su provisión de medicamentos. Mi mujer tomaba esos calmantes como si fueran caramelos. Seguramente habrán caducado ya, pero puede que el Tramadol aún haga efecto. Robert tiene pinta de poder soportar una buena dosis de analgésicos. —Se rió profundamente—. Y esto es para vosotros dos.

Stern cogió al vuelo la llave que le lanzaba su padre.

—¿A qué pertenece?

—Es de la caravana.

—¿Desde cuándo conduces...?

—Yo no. Es de mi vecino. Eddi se ha ido de viaje y tengo que mover ese monstruo cuando el proveedor del gasóleo para la calefacción tiene que acceder a su propiedad. Lleváosla, salid de aquí y buscad un lugar seguro para pasar la noche. —Georg se arrodilló en el suelo y sacó una bolsa de viaje que había debajo del banco de madera donde estaba sentado Robert—. Y aquí tenéis ropa limpia, jerséis y demás para que os cambiéis.

Stern se levantó sin saber qué decir. Hubiera deseado abrazar a su padre, pero era algo que nunca había hecho antes. Siempre se daban la mano para despedirse; no recordaba otra cosa que no fuera así.

—Soy inocente. —Fue lo único que pudo decir.

Su padre, que se dirigía al pasillo de nuevo, dio media vuelta como si hubiese visto a un fantasma.

—Dime, ¿quién demonios te crees que soy? —le preguntó, hecho una furia. Su voz sonó otra vez tan colérica como al principio—. ¿De verdad piensas que he dudado de ello un solo segundo?

Mucho después de que el sonido del motor diésel de la caravana se hubiese apagado, y las luces de freno rojas hubiesen desaparecido tras la pequeña parcela ajardinada, Georg Stern seguía de pie en la puerta de su casita de campo, observando la oscuridad lluviosa fuera. Volvió a entrar sólo cuando el viento cambió su dirección y sopló directamente sobre sus ojos unas finas gotas de lluvia. Una vez en la sala de estar, recogió las tazas usadas, pasó un trapo húmedo sobre la mesa y vertió en el fregadero de la cocina el té que se había quedado frío. Luego desconectó su móvil del cargador y marcó el número que el policía le había dado en caso de emergencia.

En vista del poco tiempo del que disponían, el área de descanso que se hallaba detrás del motel Avus, justo al lado de la concurrida autopista, fue el mejor refugio que encontraron para pasar la noche. En aquel lugar, cerca del recinto ferial, había un gran número de camiones y autocaravanas que estacionaban gratuitamente en cualquier época del año. Un vehículo más o menos apenas llamaría la atención.

—Es una trampa —dijo Carina mientras aparcaba en un hueco, a enorme distancia de una pequeña furgoneta de mudanzas.

Durante el corto trayecto hasta allí, apenas habían logrado comentar los detalles más importantes.

—No debes ir al puente mañana. De ningún modo.

Haciendo una mueca de dolor, Stern se volvió con dificultad en el asiento del pasajero mientras se abría paso hacia atrás. Había tomado varias de las pastillas de su madre, y empezaba a sentir de manera gradual el esperado efecto analgésico. Completamente exhausto, Robert se tumbó en una cama que había en la parte trasera de la caravana y que para su sorpresa era cómoda. Carina puso el freno de mano, paró el motor y se bajó de la cabina para ir a la parte trasera.

—No tengo otra alternativa. —Stern había repasado todas las opciones—. No puedo entregarme ahora.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado tarde. Debería haberme quedado en el coche de Engler, en lugar de salir huyendo. ¡Y encima con su arma de servicio! Pero sentía tanto horror al principio que sólo podía pensar en huir. Pensé que nunca me creerían si les decía que me había citado con Engler y que después me había convertido en el único superviviente de aquel ataque.

—Puede que tengas razón.

—Además, debe haber un espía. La Voz conoce cada paso que damos. Cambiará sus planes si acudo a la policía. No se presentará a la cita, desaparecerá del mapa. Y nunca sabré...

... *lo que le pasó a Felix*, pensó Stern, abatido.

—Quizá ya lo haya hecho.

Carina se sentó en la cama junto a Stern y le desabrochó los botones de la camisa. Luego le ordenó que se irguiera.

—¿Te refieres a cancelar la cita? Es posible. Seguro que sabe que estoy con vida, pero no conoce si he descubierto la dirección del puente. Además, quiere enfrentarse a su vengador cueste lo que cueste. Seguirá adelante mientras su confidente de la policía no le prevenga de lo contrario. Y hasta ahora no hay ningún motivo para ello. La única persona con la que hablé de ello fue Engler, y está muerto.

Stern se desprendió como una serpiente de su camisa de algodón empapada de sudor y la dejó sobre su estómago. Escuchó cómo Carina tomaba aire profundamente

al ver los numerosos cardenales alrededor de su columna vertebral. A continuación sintió una desagradable sensación de frío por encima de la vértebra lumbar y su cuerpo se puso en tensión.

—Lo siento. La pomada se nota fría al principio, pero luego en seguida se calienta.

—Eso espero.

Deseaba no mostrar su punto débil en presencia de Carina, pero sentía un dolor tan fuerte en aquel momento que hubiera acabado gritando si una mariposa se hubiese posado en su espalda.

—Hablemos ahora sobre ti, Carina. Te están buscando por haber secuestrado a un niño. Tus huellas dactilares están en el timbre al que llamaste cuando fuiste a la mansión de la inmobiliaria y tu coche sigue aparcado justo delante de la puerta. Además, mientras yo no pueda demostrar lo contrario, se supone que te has dado a la fuga con el asesino de un policía —dijo Robert, detallando la situación—. Debemos pensar de qué manera puedes entregarte sin que...

—¡Sssssh...! —añadió ella, y él no supo si debía tranquilizarse o simplemente le estaba pidiendo que guardara silencio.

—Date la vuelta.

Stern apretó los dientes y se puso boca abajo.

Sintió que podía moverse algo mejor que antes. El analgésico estaba ejerciendo sus primeros efectos.

—... sin que te endosen algo más como lo han hecho conmigo.

—Ahora no —susurró Carina apartándole de la frente un mechón de cabello con sangre incrustada.

Robert respiró profundamente, disfrutando del delicado masaje de sus expertas manos. Mediante círculos concéntricos, sus dedos presionaron suavemente su piel, recorriendo el cuello hasta llegar a los hombros. Fueron acariciando su pecho desnudo hasta detenerse por un momento en el corazón, que le latía muy deprisa, y continuaron deslizándose delicadamente hacia abajo.

—Casi no tenemos tiempo —susurró él—. Será mejor que lo aprovechemos con sensatez.

—Eso haremos —le interrumpió ella, y apagó la luz.

Es una locura, pensó él. Se preguntaba qué era lo que más le estaba anestesiando: los medicamentos en su torrente sanguíneo o la respiración de ella rozando su piel. La sensación de dolor volvió a cobrar vida furiosamente mientras intentaba incorporarse para detener a Carina. Entonces, el dolor se desplazó hasta el rincón más lejano de su conciencia, como si fuera un niño enfadado, esperando a resurgir de nuevo junto con sus miedos y preocupaciones reprimidos.

Stern sintió que se relajaba, prácticamente en contra de su voluntad. Con los labios abiertos, saboreó el dulce aliento de ella en su boca y sus propias lágrimas, que la lengua de Carina había recolectado probablemente al besarle. El silbido del viento

que desgarraba el recubrimiento exterior de la caravana acabó por transformarse en una agradable melodía. Robert hizo lo posible por pensar en Felix, en el niño con la marca de nacimiento y en un plan que les ayudara a resolver sus problemas irrealistas. Pero ni siquiera conseguía arrepentirse del error que había mantenido separados durante años a él y a Carina. Durante unas horas, la caravana se convirtió en una coraza que les protegía a ambos de un mundo completamente fuera de sí.

Por desgracia, aquel estado de ilusoria seguridad no duró mucho tiempo. Cuando el sonido estruendoso de la tormenta lo empujó de nuevo a la realidad justo antes de las cinco de la mañana, Carina seguía enfrentándose a algún enemigo invisible en sueños. Stern consiguió soltarse del abrazo intranquilo de la mujer, se vistió y se sentó al volante de la caravana con el rostro desfigurado por el dolor. Veinte minutos más tarde se detenía en el aparcamiento de la clínica Seehaus. Ella abrió los ojos, se desesperó, se levantó y se dirigió lentamente a la parte delantera del vehículo.

—¿Qué hacemos aquí? —le preguntó a él.

Ella se sentó en el asiento de pasajero y miró hacia fuera. Su voz sonaba totalmente despierta, como si le hubieran tirado un vaso de agua fría a la cara.

—Tienes que bajarte aquí.

—Ni lo sueñes. Iré contigo.

—No, no tiene sentido que nos arriesguemos los dos.

—¿Y qué quieres que haga aquí?

Después de dar muchas vueltas a todo, finalmente Stern había desarrollado un plan que era tan absurdo que ni siquiera valía la pena llamarlo así. Se lo explicó y ella protestó como él esperaba, pero al final reconoció que no tenían otra posibilidad. Si es que contaban con ésta.

Robert percibió la hostilidad en Carina cuando la abrazó por última vez. Sabía que lo que realmente le repugnaba a ella no era el beso, sino lo que éste significaba. El día anterior ambos se habían encontrado el uno con el otro después de tanto tiempo y ahora, apenas unas horas más tarde, él estaba sellando una separación que probablemente iba a durar mucho más que los tres años que habían perdido hasta entonces. Probablemente, para siempre.

La verdad

«Estoy seguro de haber estado aquí,
tal como ahora, mil veces antes,
y espero regresar otras mil veces más».

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

«Y así como a los hombres les está establecido morir
una vez, después, llega el juicio».

HEBREOS 9:27

«El perdón es una cuestión entre los pecadores y Dios.
Yo sólo estoy aquí para organizar el encuentro».

DENZEL WASHINGTON, en *El fuego de la venganza*

*«This could be then end of everything
So why don't we go
Somewhere only we know?».*

KEANE

1

Stern había visto muchas cosas en las últimas horas: cadáveres con el cráneo partido, muertos en la consulta de un médico y en un congelador. Habían golpeado, colgado y ejecutado a hombres ante sus ojos. Había tenido que soportar la mirada de un niño que intentaba respirar desesperadamente a través de una bolsa de plástico mientras un hombre desnudo bailaba frente a él. La imagen que tenía del mundo se había desprendido de su marco. El burócrata insensible que había en él se había convertido en un escéptico, que había dejado de negar categóricamente la posibilidad de que existiera la reencarnación desde que Simon le había conducido de un fenómeno inexplicable a otro.

Asesinato, chantaje, corrupción de menores, huida policial y dolor inconcebible: Stern había asumido todo aquello a fin de saber lo que le había sucedido a su hijo. Y, sin embargo, algunos episodios de su fin de semana no habían resultado ser tan diferentes de las actividades de la mayoría de los berlineses: había ido a pasear al zoológico, había estado bailando en una discoteca y se había montado varias veces en la noria de un parque de atracciones. Además, su siguiente objetivo incluso aparecía como una excursión recomendada en varias guías de la ciudad. Claro que éstas aconsejaban otro tipo de itinerario y horarios distintos a los suyos.

El camino que decidió seguir Robert una hora antes de que saliese el sol le condujo a través de la oleosa oscuridad azotada por el temporal y la lluvia del bosque Grunewald. Había aparcado la caravana en Heerstrasse y desde allí había recorrido a pie los últimos metros hasta el lago. Las ramas mojadas de los abetos le azotaban en la cara, y las más afiladas le desgarraban la piel haciéndole sangrar. Avanzaba por el camino despacio, con cuidado de no resbalar en un charco, tropezar con alguna de las raíces del suelo o lastimarse el pie por algún otro motivo. En aquel instante era capaz de soportar el dolor sin problemas, lo que él atribuía a un aumento en la producción de adrenalina. No había tomado ningún medicamento más.

Stern no quería que su capacidad de reacción se viera aplacada en caso de ser testigo de la venta de un niño.

O de un asesinato.

Hasta entonces había tenido que luchar contra otra clase de peligro: el viento. Cada tres pasos que daba, la tormenta quebraba alguna rama carcomida haciendo que ésta saliera disparada. En ocasiones oía como si toda la copa del árbol hubiera sido arrancada, por lo que Stern se sintió aliviado al ver que el débil rayo de luz de su pequeña linterna le conducía por fin a una vía asfaltada.

Sólo le faltaba recorrer algunos metros más hasta Havelchaussee. En seguida llegó a orillas del lago. El «puente» estaba justo delante de él; se movía tanto que incluso su sola visión mareaba. De vez en cuando las ráfagas empujaban violentamente el velero de dos palos y tensaban las jarcias que crujían, como si intentaran llevarse el restaurante flotante del embarcadero.

EL PESCADO MÁS FRESCO DE LA CIUDAD, decía el letrero iluminado de la entrada.

Stern había conocido el doble significado de aquel anuncio el día anterior. Para los principiantes, el puente era un conocido merendero, muy concurrido especialmente durante los meses de calor. Los lunes, día oficial de descanso, era el único momento en los que se congregaban a bordo «grupos cerrados».

Fotos, vídeos, direcciones, números de teléfono, niños... Robert prefería no pensar en las terribles transacciones que tendrían lugar allí semana tras semana.

Se secó la lluvia de la cara y miró el reloj: quedaban cinco minutos.

En seguida decidió ocultarse detrás de un remolque de barcos vacío que había al borde de la orilla y esperar al hombre de quien, hasta el momento, tan sólo conocía su voz distorsionada. Todavía no había signos de él. A excepción de dos luces de posición, el barco estaba completamente a oscuras y tampoco había nadie en el aparcamiento para visitantes.

A aquella hora, el Havelchaussee seguía cerrado al tráfico convencional por motivos medioambientales. Por eso Stern, a pesar del fuerte ruido del viento, lograba oír la vibración que producían los motores de ocho cilindros que, a un ritmo lento pero constante, se aproximaba desde Zehlendorf.

El todoterreno oscuro iba a velocidad más rápida de lo normal y llevaba tan sólo las luces de posición encendidas. Stern casi tuvo la esperanza de que su conductor había tomado un atajo a través de la orilla y que iba a continuar su viaje sin detenerse. Pero, entonces, los faros delanteros se apagaron por completo y el robusto vehículo, haciendo rechinar los anchos neumáticos, giró hacia la vía de acceso que llevaba al puente. El coche se detuvo a unos cincuenta metros de la pasarela que había en la entrada. Un hombre bajó de él. Stern apenas podía distinguir su vaga silueta en la oscuridad; sin embargo, le pareció que le era familiar: una figura alta, erguida, con los hombros anchos y una forma de caminar fuerte y decidida. La conocía. Ya la había visto antes. Incluso más de una vez.

Pero ¿dónde?

El hombre se subió el cuello de su gabardina oscura, se puso una gorra de béisbol y se bajó la visera hasta la frente. A continuación, abrió el maletero del coche y sacó de dentro una pequeña cesta cubierta con una manta de color claro.

El viento cambió un momento de dirección hacia Stern. No estaba seguro de si la tensión de sus sentidos le estaban jugando una mala pasada, pero le había parecido oír los llantos de un recién nacido.

Robert esperó hasta que el hombre cerró la puerta de hierro forjado que permitía el acceso a la escalerilla. Entonces, buscó algo en el bolsillo del pantalón. A menudo había leído acerca de la tranquilizadora sensación de tener un arma en las manos. Pero él no podía afirmar esto. Quizá fuera porque sabía a quién pertenecía aquella pistola. El arma de un hombre quien, a pesar de haberle considerado siempre un adversario, había dado su vida por Stern.

No obstante, intercambiar disparos con un asesino profesional no formaba parte

de su plan. Si Simon, por el motivo que fuera, había previsto realmente el futuro, entonces aparecería otra persona en escena en cuestión de segundos. ¡El Comerciante! Puede que un pederasta, aunque quizá fuera, efectivamente, el Vengador, el responsable de haber asesinado a aquellos criminales durante los últimos quince años. De un modo u otro la policía debía apresurarse si quería evitar que se produjese una catástrofe.

Stern miró el reloj por última vez. Eran casi las seis. Si Carina se atenía a su plan, en diez minutos como máximo, aquella vía desértica se convertiría en un circuito de coches patrulla, coches celulares y vehículos de rescate de todo tipo. Pero si algo salía mal —por ejemplo, porque realmente hubiese un confidente en la policía que frustrase el arresto—, Stern quería asegurarse antes de desenmascarar la identidad de la Voz, la identidad del hombre que podía revelar lo que había ocurrido hace años en la unidad de lactantes del hospital.

Y si su hijo seguía con vida.

Stern salió de detrás del remolque. Había llegado la hora.

Con el cuerpo agachado, avanzó a hurtadillas por el camino empedrado que conducía hasta el puente. El corto trayecto hasta el vehículo ya le había dejado sin aliento. Se apoyó contra la rueda de repuesto que había en el exterior, colgada junto al cristal trasero del todoterreno. Cuando se recuperó, encendió su linterna lo justo para comprobar la matrícula del coche: «Pista número 1.»

Los números de matrícula de Berlín eran fáciles de recordar. Dio por sentado que, naturalmente, sería falsa, así que decidió continuar. Mientras echaba una ojeada a la parte trasera del vehículo, vio que un rayo de luz se deslizaba rápidamente por la cubierta superior del puente. Al parecer, el traficante también se abría paso a tientas con su linterna.

Muy bien. ¡Vamos allá!

Stern decidió ir hasta la escalerilla. Debía aproximarse a la Voz tanto como le fuera posible si quería verle la cara. Su pulso se aceleró. Sabía que la rapidez de sus actos era lo más importante en ese momento. Mientras el presunto traficante de niños no hubiera aparecido todavía, la Voz no se mostraría demasiado desconfiado si notaba algún tipo de movimiento en el aparcamiento de coches.

Stern rezó para poder soportar el dolor mientras se preparaba para hacer un pequeño *sprint* hasta el barco. Estaba a punto empezar a correr cuando, de repente, se fijó en la puerta del pasajero.

En seguida se detuvo. *¿Es posible que esté...?* Efectivamente. Abierta. No la habían cerrado bien. Probó a abrirla y se estremeció de horror.

¡Maldita sea!

La luz del interior se había encendido. Stern se sintió como si hubiese lanzado al cielo un cohete iluminado. Saltó dentro del coche lo más rápido que pudo y cerró la puerta de nuevo. Desde la oscuridad del interior, observó si el desconocido se había dado cuenta de ello desde el puente. El rayo de luz de la cubierta había desaparecido. En vez de ello, vio que ahora se encendía una pequeña lámpara en la cabina del barco. Stern observó una sombra. Al parecer, el hombre al que él consideraba la Voz no lo había descubierto.

Rápido.

Se sentó en el asiento del copiloto y miró a su alrededor. ¡Una TRAMPA! En su mente se encendió un piloto de emergencia al ver que las llaves del coche estaban puestas. Buscó su pistola y reprimió todos los instintos que le decían que debía huir de allí. Se dio media vuelta, se arrastró hasta el asiento trasero del vehículo y, por encima de los reposacabezas, miró dentro del maletero, que seguía abierto. Una vez que se hubo asegurado de que, al contrario de lo que esperaba, él era la única persona que había dentro del coche, activó el sistema de cierre.

¿Y si no se trata de ninguna trampa, después de todo?

Stern comprobó el retrovisor para ver si se acercaba otro vehículo. Sin embargo, detrás de él no existía el más mínimo movimiento, aparte de las ramas de los árboles que se arqueaban en el viento como cañas de pescar. Abrió la guantera, que sólo contenía una caja de plástico con toallitas húmedas. A continuación bajó el parasol y miró en los bolsillos laterales: nada. No había ninguna pista que revelara la identidad del conductor.

Los ojos de Stern se fueron acostumbrando lentamente a la media luz mortecina. Observó que el interior estaba limpio y vacío, como si fuera un vehículo nuevo. No había ningún CD ni recibos de gasolineras, mapas de la ciudad u otras cosas que los conductores llevan consigo normalmente al viajar. Ni siquiera había un disco de estacionamiento. Stern echó un vistazo debajo de los asientos en busca de algún compartimento oculto. Sin éxito. Se golpeó con el codo contra la consola que separaba ambos asientos delanteros y estaba a punto de bajarse del coche cuando se le ocurrió algo.

¡La consola!

Por supuesto. Era demasiado ancha para tratarse de un reposabrazos. Intentó abrirla por el lado que no era, pero en seguida se abrió con un crujido silencioso. El compartimento que había bajo la cubierta de cuero estaba igual de vacío que el resto. Con una única excepción. Stern sacó con dos dedos un disco plateado sin funda. La escasa luz del puente bastaba para descifrar la fecha que alguien había escrito con rotulador verde en el DVD.

Era el último día de vida de su hijo.

3

Las personas que visitaban un hospital del tamaño de la clínica Seehaus pasaban desapercibidas a menos que quisieran de algún modo atraer la atención. Por ejemplo, preguntando el camino en la recepción, llenando de humo la entrada con un cigarrillo o quedándose atascadas en medio de la puerta giratoria con un gigantesco ramo de flores. Por el contrario, una mujer con un chándal gris y sin mucho equipaje acompañándola resultaba prácticamente invisible, a pesar de ir a toda prisa hacia los ascensores a primerísima hora de la mañana.

Carina sabía que ya se estaban sirviendo a toda marcha los desayunos, y que inmediatamente iba a producirse el cambio de turno. El límite de atención de las enfermeras y doctores que se hallaban agotados había alcanzado, por lo tanto, su nivel más bajo en el momento en que empujó las puertas de vidrio y entró en el pasillo de la Unidad de Neurología. A pesar de ello, temerosa de que alguien la reconociera, ocultó su rostro bajo la capucha de la sudadera que el padre de Robert le había dado la noche antes.

Salió del ascensor y echó un vistazo al enorme reloj que había al final del pasillo: quedaban dos minutos. Ciento veinte segundos para atraer la atención del personal. Era la parte más importante de aquel plan.

—Poco antes de las seis, debes ir a tu unidad y hacer sonar la alarma. Quiero que la oigan tantos compañeros tuyos como sea posible cuando estés hablando con el vigilante que se halla fuera de la habitación de Simon —le había dicho Robert, persuasivo.

No debía haber ninguna duda de que ella se entregaba voluntariamente, así la policía no podría acusarla de nada. También le había hecho prometer algo más.

—En cuanto te entregues, diles dónde estoy. Pero que sea a las seis en punto.

Carina recordó su última conversación con él mientras se apresuraba por el pasillo.

—¿Por qué no? —le había preguntado ella—. Pasarán al menos quince minutos hasta que llegue la ayuda.

—Exacto. Es el tiempo que necesito para descubrir qué le sucedió a mi hijo. Y si realmente tratan de vender a un niño en el puente, retrasarse más de la cuenta puede representar un gran peligro para éste.

—Pero si llegan demasiado tarde, morirás.

Él había sacudido la cabeza cansado.

—No creo que la Voz quiera matarme. Ha tenido suficientes ocasiones para hacerlo en estos últimos días.

—¿Qué quiere entonces?

En lugar de contestarle, la había besado una última vez. Luego se había ido con el vehículo para descubrirlo.

Carina se detuvo.

La puerta de vidrio opalino que daba a la sala de las enfermeras solía estar abierta, pero parecía que esta vez parte del personal femenino se había retirado allí para hacer el descanso tranquilamente antes de tiempo. Carina oyó una risa aguda. La voz no le resultaba familiar, por lo que supuso que se trataba de alguna suplente de otra unidad, que se había hecho cargo de su turno a corto plazo.

Clac. La aguja del reloj del pasillo devoró otro minuto de su tiempo. Levantó la mano para llamar a la puerta cuando, de pronto, se quedó petrificada.

Pero es imposible..., se le pasó por la cabeza. Al entrar el pasillo, había mirado de reojo la habitación 217. El policía que había delante de la puerta tenía que descubrirla sólo cuando ella se acercara a él. No al contrario. Y, no obstante, no daba crédito a lo que había visto con el rabillo del ojo.

¡Nada!

Se volvió despacio, observando el largo pasillo que habían fregado con antiséptico.

En efecto: allí no había nadie. No había ningún hombre. Ninguna mujer. Ningún policía.

Puede que el agente haya salido un momento a fumarse un cigarrillo, claro.

Carina retrocedió lentamente por el corredor.

Bien. A lo mejor ha ido un momento al cuarto de baño. O ha entrado en la habitación del niño para ver cómo está. Pero entonces, ¿no debería haber una silla delante de la puerta?

Habitación 203, 205, 207. Su pasos se apresuraban a medida que dejaba atrás cada una de las puertas.

¿Y si en realidad no le hubiesen ofrecido protección personal? ¿Aun sabiendo que Simon ya había sido secuestrado una vez? ¿Y precisamente hoy?

Pasó corriendo junto a la habitación 209.

—¿Eres tú? ¿Carina? —Oyó que una mujer la llamaba con voz nerviosa detrás de ella. A diferencia de la risa anterior, esta vez la voz le resultaba familiar. Aun así, decidió no darse la vuelta. Su objetivo no podía ni debía esperar.

En vez de ello, abrió de golpe la puerta de la habitación 217 y tuvo unas ganas enormes de gritar, porque lo que veía allí era justamente lo que había temido. Nada. No había ningún niño. No estaba Simon. Tan sólo una cama con sábanas limpias esperando a un nuevo paciente.

—¿Carina Freitag? —preguntó la mujer nuevamente, esta vez justo detrás de ella.

Ella se dio la vuelta; en efecto, se trataba de una enfermera nueva. Una pelirroja que se había sentado alguna vez junto a ella en la cafetería. Marianne, Magdalena, Martina... o algo similar. Pero ya no importaba cómo se llamara. El único nombre que le importaba algo a Carina en aquel instante era uno que pertenecía a una persona que había desaparecido.

—Simon... ¿Dónde está?

—Lo han trasladado, pero...

—¿Trasladado? ¿Adónde?

—A la clínica Kennedy.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—No tengo ni idea. Está en el registro médico. Mi turno acaba de empezar. Mira, no me pongas en un aprieto. Tengo órdenes de llamar al jefe médico si apareces por aquí.

—Pues hazlo. Y será mejor que llames rápidamente a la policía.

—¿Por qué?

La enfermera soltó el teléfono que sostenía.

—Porque han secuestrado a Simon. En la JFK no hay ninguna unidad de Neurorradiología. Es una clínica privada de medicina interna.

—¡Oh...!

—¿Quién ha dado el visto bueno? ¿Quién estaba de servicio antes que tú?

La pelirroja se mostraba ahora totalmente insegura. Empezó a enumerar varios nombres hasta que Carina le pidió que repitiera uno de ellos. Estuvo a punto de tropezarse consigo misma al adelantar precipitadamente a la enfermera y salir corriendo de la habitación.

¿Picasso? ¿Desde cuándo había vuelto al turno de noche?

Stern giró la llave de contacto lo suficiente para encender el moderno sistema de audio que tenía el todoterreno. El reproductor de DVD absorbió el disco con avidez. Había dejado de mirar lo que ocurría en el puente. Robert sólo miraba fijamente la pantalla, sintiéndose como un estudiante que no puede hallar su nombre en la lista de exámenes aprobados. La gran diferencia era que, en el caso de aquel examen, se trataba de la vida de su hijo. O más bien, lo que parecía más probable, de la muerte de éste.

Cuando la imagen de la pantalla empezó a tomar forma, Robert pensó en un principio que se trataría de una copia del DVD que ya conocía. Al igual que el otro vídeo, empezó con unas imágenes de matiz verdoso de aquella noche en la unidad de lactantes. Felix aparecía en su camita una vez más. Y otra vez más, extendía en el aire su puño derecho y abría sus minúsculos dedos. Stern deseaba apartar la vista y cerrar los ojos, pero sabía que era inútil. De todos modos, la imagen fija que venía a continuación había quedado impregnada en su mente para siempre desde la primera vez que se había visto obligado a verla en el viejo televisor de su casa: el cuerpo recién nacido de Felix, inmóvil, con los labios demasiado morados y aquellos ojos inexpresivos que, una década más tarde, aún parecían reprocharle a su padre el hecho de no haber impedido su muerte. Stern juntó ambas manos como si estuviese rezando y se mordió la lengua, deseando despertar por fin de aquella horrible pesadilla. No había venido para ver de nuevo cómo moría su hijo.

Pero entonces, ¿por qué estás allí? ¿De verdad eres tan estúpido como para pensar que existiría otra explicación?

—¡Claro que sí! —se respondió a sí mismo y, por primera vez, pronunció sus pensamientos en voz alta—. Felix está vivo. No quiero que su corazón deje de latir. Por favor, no dejes que muera. Otra vez no.

Era más una súplica que un rezo y, a pesar de que no había mencionado el nombre de a quien dirigía aquel ruego desesperado, sus palabras parecieron surtir efecto.

¿Qué es eso?

La sucesión de las imágenes empezó a diferir de las que había visto en el primer DVD. De pronto una sombra se abalanzó sobre la cama del recién nacido. La cámara lo enfocó de cerca y las imágenes se mostraron más granulosas. Fue entonces cuando sucedió algo incomprensible. Las manos de un hombre se deslizaron rápidamente en la toma: primero una, luego la otra. Ásperas y desnudas como eran, se acercaron hasta Felix y se posaron sobre su frágil cabeza. Stern parpadeaba débilmente, temeroso de que las siguientes imágenes resultaran ser aún más terribles que aquellas que había tenido que soportar hasta el momento. Quiso ordenarle a sus dedos que apagaran la reproducción, pero, mientras su alma intentaba pulsar el botón para desconectarle del dolor, su cerebro luchaba en su contra para impedirselo. Finalmente, se resignó a continuar con aquella inevitable tortura, consciente de que,

al fin y al cabo, su viaje de exploración podría llegar a su fin bajo la oscuridad del aparcamiento de aquel lago. El DVD seguía dando vueltas sin piedad, y Stern veía cómo el hombre estiraba sus manos en dirección al recién nacido. ¡Felix! Una de ellas le sujetaba el cuello; la otra, el torso. A continuación, los músculos del robusto antebrazo se tensaron y el desconocido...

Dios mío, ayúdame...

... levantó a Felix y...

No puede ser. Eso...

... y lo sacó de su cama.

¡Es imposible!

Al cabo de unos segundos, el pequeño colchón volvía a estar ocupado. Por otro recién nacido. El mismo pijamita para dormir de bebés, igual talla, estatura similar. Había una única diferencia: no era Felix.

¿O quizá sí?

El nuevo recién nacido se parecía mucho a su hijo, pero algo en su mirada había cambiado.

¿La nariz? ¿Las orejas?

Stern no lograba saber qué era: la calidad del vídeo era demasiado mala. Se frotó los ojos y se apoyó con ambos brazos contra el cuadro de mandos. Luego, acercó su cara a la pantalla tanto como pudo. No tenía sentido. Ahora el contorno del recién nacido se veía aún más borroso. Todo lo que podía decir con seguridad era que aquel niño también estaba vivo. Pero, de una forma inquietante, sus movimientos le eran más familiares que los que acababa de ver en el recién nacido que había ocupado poco antes su lugar.

Pero eso significaría que...

Robert miró la fecha que había en la pantalla. Y quedó totalmente perplejo.

Concentró todos sus sentidos, casi de manera autista, intentando comprender las imágenes del vídeo. Sin éxito.

¿Un cambio? Imposible. Felix era el único niño que había en la unidad de lactantes; el resto eran niñas. Además, él le había visto morir. ¿Cuál de los dos vídeos era el auténtico?

La respiración de Stern se volvió entrecortada mientras observaba en la pantalla los últimos segundos de aquel engaño. La imagen volvió de nuevo a un primer plano, solamente de la cabeza del niño, y de las manos velludas sin cuerpo que colocaban un pequeño brazalete con un número en la muñeca derecha del recién nacido. El número identificador de la unidad de lactantes del que había carecido el niño hasta ese momento.

Entonces, todo se acabó. La grabación llegó a su fin. La pantalla quedó a oscuras, y Stern miró el móvil que vibraba en su mano desde hacía un buen rato.

—Buenos días, señor Stern.

Robert había creído que ya hacía mucho que había caído en lo más profundo de su desesperación. Al oír la voz distorsionada se dio cuenta de lo equivocado que estaba. En el bar del restaurante del barco, la luz se había apagado una vez y se había vuelto a encender. La figura de una sombra apareció en la enorme ventana que daba al aparcamiento.

—¿Qué hizo con mi hijo? —consiguió preguntar Stern.

A pesar de haber esperado una respuesta como aquella más que nada en el mundo, apenas podía creérsela.

—Lo intercambiamos por otro.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Lo acaba de ver ahora mismo.

—Sí. Y hace tres días me envió un DVD en el que el niño fallecía —gritó Robert—. ¿Qué quiere de mí? ¿Cuál de las grabaciones es la auténtica?

—Ambas —dijo la Voz con calma.

—Miente.

—No. Uno de los niños murió y el otro vive. Felix tiene ahora diez años y vive con una familia adoptiva.

—¿Dónde?

La Voz hizo una larga pausa, como si fuese un orador que necesita tiempo para beber un vaso de agua. Seguía sonando metálica, si bien la distorsión no era tan artificial como otras veces.

—¿De verdad quiere saberlo?

—Sí. —Stern se oyó a sí mismo diciendo estas palabras. En realidad, no existía nada más importante en aquel momento.

—Entonces, abra la guantera.

Él obedeció como si le dirigiesen con un mando a distancia.

—¿Y ahora?

—Coja la caja y ábrala.

Con dedos temblorosos, Stern levantó la caja de las toallitas húmedas. El aire se escapó con un furioso bufido al levantar la pequeña tapa de plástico.

—Ya está.

—Bien. Saque uno de esos pañuelos y póngaselo fuertemente sobre la nariz y la boca.

—No —respondió instintivamente. No necesitaba ningún adhesivo con una calavera para saber lo tóxica que debía de ser aquella sustancia, cuyo vapor empezaba a invadir el interior del coche.

—Pensé que quería volver a ver a su hijo.

—Sí, pero no deseo morir.

—¿Quién dice que eso es lo que va a ocurrir? Lo único que le pido es que se aplique el pañuelo contra la cara.

—¿Y qué pasa si me niego?

—Nada.

—¿Nada?

—No. Puede bajarse del coche e irse a su casa.

Y no saber nunca dónde se encuentra mi hijo.

—Pero sería un error. Ahora que ya ha llegado tan lejos.

—Está mintiendo. Esas imágenes son falsas.

—No lo son. —La Voz respiraba con dificultad.

—Entonces, explíqueme cómo lo hizo. Me ha dicho que había dos niños. —La voz de Stern sonaba quebradiza y se precipitaba con cada pregunta—. ¿Cómo es que no nos dimos cuenta de ello? ¿De quién era el otro recién nacido? ¿Por qué los intercambió?

¿Y por qué nadie lo ha echado de menos después de morir en los brazos de Sophie?

—Muy bien, se lo explicaré. Pero luego será su turno.

Stern cerró la tapa de la caja y sacudió la cabeza.

—Para que lo entienda todo, debe saber de qué modo me gano la vida.

—Trafica con niños.

—Entre otras cosas. Tenemos muchas actividades de negocio. Pero el tráfico de recién nacidos es uno de los más lucrativos.

Stern tragó saliva con dificultad y miró por el retrovisor. Pasaban dos minutos de las seis y el Vengador no daba aún señales de vida.

—Mi negocio se basa en el maravilloso invento de los Babyklappe, una especie de buzón que sirve para entregar de forma anónima a los recién nacidos. ¿Sabía que algunos hospitales de Berlín poseen contenedores de basura humanos en los que cualquier madre puede «arrojar» a su bebé no deseado en vez de abandonarlo en otro sitio o incluso matarlo?

—Sí.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con Felix?

—¿Cuándo fue la última vez que oyó que habían entregado allí a un niño? Al parecer sucede muy, muy raramente; como mucho, dos veces al año. Pero no es cierto. En realidad, ocurre continuamente.

La Voz chasqueó la lengua.

—Cuando una madre introduce a su hijo en el «buzón» se activa una alarma silenciosa en la clínica. Alguien del personal acude allí y se encarga del niño expósito. Y en dos de cada tres casos esa persona es una enfermera a la que yo tengo en nómina.

—¡No! —replicó Stern respirando roncamente.

—Sí. Es la ventaja que tiene una alarma silenciosa: nadie puede oírla. La ley de

protección de datos prohíbe la instalación de cámaras de vigilancia alrededor del «buzón». La dirección del hospital no sabe, por lo tanto, el número de niños que se entregan realmente. Yo sólo tengo que recogerlos cuando una madre aparece para depositar voluntariamente a su hijo. Lo mejor de todo es que la mayoría de estos niños son alemanes. Los matrimonios sin hijos pagan un precio altísimo por ellos. De hecho, es un negocio muy sencillo, si no fuera porque tengo que eliminar a mis trabajadores continuamente.

Stern se sintió mareado de un modo indecible. Era el crimen perfecto. El traficante de niños ni siquiera corría el riesgo de cometer un secuestro. Los recién nacidos eran abandonados allí «voluntariamente», por lo que tampoco había padres que los echaran de menos ni los buscasen de manera desesperada.

—Todavía no comprendo qué tiene que ver todo esto con Felix.

Robert sentía que se le acababan las fuerzas. El viento, que seguía sacudiendo el vehículo desde fuera con la misma potencia se lo podía haber llevado volando sin ningún esfuerzo.

La Voz hizo una breve pausa. Robert contuvo la respiración. Y el dique se rompió:

—Felix estaba en el momento oportuno en el hospital equivocado. Un día antes de su nacimiento hubo otro niño adorable en el «buzón» de la clínica. Informé a mis impacientes compradores de aquel afortunado acontecimiento. Pero luego, cuando mis médicos examinaron por primera vez al niño expósito, le diagnosticaron una lesión cardíaca mortal.

Stern notó como si le hubiesen colocado un pesado anillo alrededor del pecho.

—Estaba condenado a muerte desde el principio. Una operación no hubiera tenido sentido y, de todos modos, estaba fuera de lugar. Nadie debía conocer la existencia de aquel niño.

El anillo ciñó aún más su cuerpo.

—Comprenda mi difícil situación: era uno de mis primeros negocios. No podía ni quería cancelar el trato. Por otro lado, tampoco deseaba entregar una mala mercancía.

—¿Así que decidió intercambiar a los recién nacidos?

—Exactamente, justo después del parto. Por suerte, el niño abandonado guardaba un gran parecido con Felix. De todos modos, suponiendo que éste hubiese sido más alto, más gordo o más feo, tampoco hubiese notado la diferencia entre ambos recién nacidos. Sólo se dio cuenta de la marca de nacimiento la segunda vez que lo vio y, entonces, ya habíamos intercambiado al niño.

Stern asintió a su pesar: la Voz tenía razón. Inmediatamente después del complicado parto, en medio de aquella exhausta bendición, le habían entregado a Sophie al recién nacido, todavía húmedo y repleto de sangre, cubierto con una manta. Y, dado que Felix era el único varón de la sala, no había habido motivos para preocuparse cuando se lo llevaron de la habitación para examinarlo por primera vez. Pero ¿por qué alguien había querido hacerles algo tan cruel?

—¿Lo ha entendido ya por fin? A excepción de los primeros momentos después de nacer, el niño al que mimaron y acariciaron fue siempre el bebé abandonado.

Las imágenes inestables de la unidad de lactantes aparecieron de forma fulminante en la memoria de Stern.

—¿Y ese otro niño...?

—... murió, como esperábamos, dos días después de producirse el intercambio. Usted mismo ha visto la grabación del vídeo de vigilancia.

—Un momento, no me estará diciendo que esas imágenes son...

—¿... de una cámara de vigilancia que estaba instalada en un lugar fijo? —preguntó la Voz, con tono divertido—. ¿Por qué no? ¿Por los cortes? ¿Por las imágenes móviles, las tomas de cerca, el *zoom* y otros efectos especiales? ¿Qué piensa que puede hacerse con ayuda de una aplicación informática moderna para el tratamiento de imágenes? Por ejemplo, se puede escanear una marca de nacimiento con la forma de Italia en el hombro de un niño de diez años. ¿No le parece una ironía del destino que haya tenido que mentirle para que me crea?

Stern gritó:

—¿Y qué ocurre si está mintiéndome de nuevo?

—Descúbralo usted mismo. Eso es todo lo que puedo decirle. Decídase. Coja el pañuelo húmedo de la caja si desea volver a ver a su hijo.

Stern miró fijamente la caja de plástico que tenía en sus manos.

—O le digo adiós.

Todas las luces se apagaron en el puente. De repente, el aparcamiento de coches frente al tempestuoso lago se sumergió en la oscuridad. Stern apretó aún más fuerte el móvil contra su oreja, que le ardía. Pero ya no había línea. La Voz había colgado.

Y ahora ¿qué?

Observó la llave de contacto que le permitiría poner en marcha el vehículo y huir lejos. Pero ¿adónde? ¿De vuelta a una vida cuyo vacío, a partir de ahora, estaría lleno de dudas angustiosas? Sabía que acababa de escuchar la mentira bien meditada de un loco, pero le daba igual. Lo único que importaba era cuánto estaba dispuesto a creer en aquella mentira.

Stern abrió la caja, se detuvo un momento y sacó el paño mojado de celulosa. Notaba su humedad y pesadez en la mano. Estaba impregnado de una sustancia que, si bien quizá le mataría, seguro que le conduciría aún más cerca de la muerte. Se cubrió la cara con él y, sin querer, le vino a la mente la imagen de una mortaja. Luego aguantó la respiración y pensó en Felix. Cuando ya parecía que sus pulmones iban a estallar, abrió la boca y la nariz al mismo tiempo y respiró profundamente. Consiguió hacerlo tres veces por sí mismo antes de quedar sepultado bajo un silencio infinito.

En la habitación apestaba a sudor y vómito. Carina se temió lo peor al entrar en el cuarto de descanso, que el personal del hospital utilizaba para dormir un poco cuando el turno de treinta y seis horas se lo permitía.

—Aquí es donde le vi por última vez —susurró la enfermera pelirroja.

Ésta se había quedado en el pasillo, delante de la puerta. Carina ni siquiera se molestó en encender la luz del cuarto, que tenía el tamaño de un trastero. La luz halógena del techo no funcionaba desde hacía tiempo, pero nadie había avisado al conserje de ello. Las personas que se retiraban allí para descansar no necesitaban ninguna lámpara. Por eso las persianas siempre estaban bajadas.

Sin embargo, incluso la escasa luz que entraba en la habitación desde el pasillo bastaba para revelar la escena que iba a estremecer a Carina.

¡Picasso!

Se hallaba en medio de un charco de vómitos, delante del estrecho sofá. Se había caído o bien no había conseguido llegar hasta el mueble.

—¿Qué...? ¡Oh, Dios mío!

La enfermera que estaba detrás de ella se tapó la boca con una mano temblorosa.

—Ve a buscar un médico en seguida, y a la policía —murmuró Carina inclinándose hacia el cuerpo inmóvil de su compañero.

La pelirroja parecía no entender nada. Se había quedado de pie petrificada, sin apenas poder controlar su tembloroso labio inferior.

—¿Está...? ¿Está...? —preguntó, demasiado conmocionada para pronunciar la palabra crucial.

¿Muerto?

Carina se arrodilló junto al enfermero y el hedor se hizo aún más patente. Cogiéndolo fuertemente por sus robustos hombros, le dio la vuelta para que su espalda quedara ahora tendida en el suelo. Se sintió intensamente mareada, hasta que se dio cuenta de que aquello era una buena señal. Podía percibir el olor a orina, a sudor, a vómito. ¡Pero no a sangre!

Suspiró cuando confirmó su sospecha.

—¡Un médico! ¡Un médico, rápido! —gritó entonces, intentando que la otra enfermera reaccionara.

Los párpados de Picasso no dejaban de moverse. Finalmente, los abrió, a pesar de la débil luz de la habitación, Carina notó que sus ojos parecían estar más despiertos de lo que ella se esperaba, en vista de los síntomas de envenenamiento.

—¿Puedes oírme?

El enfermero parpadeó.

Gracias a Dios.

Le cogió las manos para intentar tranquilizarlo y, al hacerlo, se dio cuenta de que sus dedos agarraban con fuerza una hoja de papel.

—¿Qué es esto? —preguntó levantando la voz, como si Picasso estuviese en condiciones de responder. Sus manos se relajaron un poco y ella aprovechó para quitarle el papel.

Se trataba de una simple hoja impresa por ordenador. A la luz del pasillo reconoció la tabla de datos de la clínica. Picasso había impreso en el ordenador del hospital la distribución de camas de la Unidad de Cuidados Intensivos.

Pero ¿por qué?

Vio en la tabla los dos nombres subrayados en rojo y se horrorizó.

Imposible.

Comprobó una vez más la fecha de distribución de varias semanas anteriores. No cabía la menor duda.

De repente sintió que una mano se posaba en su hombro. Se dio la vuelta rápidamente, como si un ladrón la hubiese sorprendido por detrás en medio de la oscuridad.

—Vale, vale. Cálmese. Será mejor que me acompañe hasta que...

Carina apartó con brusquedad la mano y empujó a un lado al jefe médico, que había acudido para ayudar, acompañado de la enfermera. Seguidamente, Carina abrió la cremallera de la riñonera y sacó su pistola.

—Le han envenenado —dijo mirando a Picasso, quien ahora ponía todos sus esfuerzos en alcanzar el sofá sin ayuda. Fuera lo que fuese lo que habían puesto en su café para facilitar el secuestro de Simon, la dosis había sido demasiado baja para un oso como él.

—No os atreváis a seguirme. Esperad aquí y decidle a la policía que deben enviar todos los refuerzos disponibles a Havelchaussee, a la altura de Schildhorn.

—Carina...

La llamada del médico resonó a sus espaldas con poquísimo entusiasmo. Ninguna de las enfermeras se aventuró a seguirla, al ver que ella llevaba un arma en la mano.

¿Y ahora?

La pistola no le serviría de mucho, pero tampoco podía esperar a que llegara la policía. Debía ayudar a Stern lo antes posible. *Pero ¿cómo?* Había dejado su coche delante de la casa de la inmobiliaria.

—No puede salir de aquí —le dijo el médico.

Cierto. *A no ser que...*

Carina se apresuró a entrar en la sala de enfermeras y cogió la chaqueta de cuero de Picasso. De vuelta a los ascensores, se detuvo un momento delante de una de las habitaciones que se hallaba justo enfrente de la sala para fumadores. Sólo para asegurarse, decidió abrir la puerta. Vacía. Sus peores sospechas se confirmaron.

Mientras bajaba por las escaleras hacia la entrada principal, registró el interior de la chaqueta del enfermero.

Bingo.

Cartera, chicles, un manojo de llaves.

A través de la puerta de cristal, que estaba abierta, Carina pasó velozmente por delante del recepcionista, que hablaba nervioso por teléfono, y salió al exterior. Sabía dónde había aparcado Picasso su deportivo aquella mañana, en el mismo lugar donde lo dejaba cada día.

—Como máximo, va a doscientos ochenta kilómetros por hora —se había jactado una vez delante de ella mientras intentaba convencerla de que se escaparan juntos.

Carina dudó que una velocidad como aquélla fuera ahora lo bastante rápida para impedir la catástrofe.

Stern se despertó y notó que la mortaja que tenía sobre su cara había adquirido una textura más consistente. Era más gruesa y más densa. Estaba hecha de un material más áspero que le rascaba la piel de un modo desagradable, como un jersey de invierno de algodón barato. Las náuseas eran prácticamente insoportables. Y no sólo se debían al cloroformo, que aún seguía en el interior de su cuerpo, sino también a lo que tenía en la boca. La esponja tenía un sabor dulce y salado al mismo tiempo, como si unas manos repletas de sudor la hubiesen enrollado y, seguidamente, la hubieran introducido a presión bajo su lengua. Empezó a sentir que se ahogaba y la mínima contracción de los músculos de su cuello le provocaba incluso una ola de dolor que se iba extendiendo desde su nuca hasta debajo de la frente. Nunca en su vida había tenido un dolor de cabeza como aquél. Ni nunca había sentido tanto miedo como ahora.

Abrió los ojos y tuvo la sensación de que la oscuridad que le rodeaba se hacía más intensa. Al menos, había visto velos de luz bailando bajo sus párpados cerrados, pero ahora también habían desaparecido. Su corazón dejó de latir durante un segundo. Luego durante otro.

Estoy paralizado, le pasó con rapidez por la cabeza. Del cuello para abajo. Ni siquiera puedo mover los labios.

Intentó abrir la boca. Sin éxito. Notó con alivio que los músculos de la mandíbula estaban intactos hasta que se dio cuenta, horrorizado, de por qué sólo podía respirar por la nariz.

Primero me han amordazado y luego me han puesto un saco encima de la cabeza.

—¿Dónde estoy? —gruñó lo mejor y más alto que pudo, a pesar de la cinta adhesiva de plástico que le tapaba la boca.

Un pánico desnudo se incrustó en su sistema nervioso como si fuera una garrapata. Creyó que estaba a punto de morir ahogado. De pronto una pequeña luz cayó sobre él, y deseó con todas sus fuerzas que también le hubiesen vendado los ojos. Su cabeza no estaba metida dentro de un saco, ahora lo veía. Incluso después de que sus pupilas se hubieran acostumbrado a aquella suave fuente de luz y de que los destellos se apagaran lentamente en su retina, necesitó un tiempo para reconocer de quién eran los ojos atemorizados que le miraban fijamente a través del pasamontañas. ¡Eran los suyos!

Parpadeó dos veces en el retrovisor y luego se volvió. Con cuidado. Como a cámara lenta. Evitando cualquier movimiento súbito que pudiera causarle el vómito con la mordaza en la boca.

¿Es realmente...? Sí, sin ninguna duda. Estaba sentado en un coche vacío. En el asiento del pasajero. Y sabía a quién pertenecía aquel Mercedes: a él mismo.

Pero ¿dónde estoy?

Las manchas de color gris y negro que había detrás del parabrisas cobraron forma

gradualmente. Al principio creyó que los mástiles que se balanceaban ante él eran una ilusión óptica, un efecto secundario más del anestésico. En realidad, resultaron ser árboles que luchaban contra el viento a unos sesenta metros de donde se encontraba. Entre el Mercedes y la linde del bosque había una superficie libre del tamaño de un aparcamiento.

Stern se inclinó cuidadosamente hacia delante para evitar cargar todo el peso del cuerpo sobre sus muñecas maniatadas. Frunció el ceño intentando recordar dónde había visto antes el lugar abandonado donde se hallaba. Justo cuando se le empezaba a ocurrir algo, le distrajo un sonido en el asiento trasero. En seguida oyó que alguien tosía roncamente sobre un pañuelo.

—Fantástico, así que ya se ha despertado. Casi media hora antes de tiempo.

Stern reconoció la voz. Sin efectos de distorsión sonaba claramente más humana.

Una corriente de aire frío penetró en el coche mientras el hombre bajaba del vehículo. Robert se estremeció de dolor. La luz de color crema de la lámpara de lectura había iluminado el perfil característico del asesino sólo durante una fracción de segundo, pero le había bastado para reconocer al individuo por el retrovisor. La imagen de aquel hombre redujo a cero su capacidad de pensar, ya que lo que acababa de ver era completamente imposible.

—Bueno, ¿cree ahora en la reencarnación?

Engler soltó una carcajada mientras abría la puerta del pasajero y arrastraba a Stern fuera del coche como si se tratase de un saco de patatas.

El abogado tropezó hacia delante y, sin poder apoyarse debido a que tenía las manos atadas, se precipitó de cabeza sobre el suelo de barro pisoteado. Una capa apelmazada de hojas y tierra húmeda amortiguó el golpe y Stern lamentó no haber perdido el conocimiento.

¿Engler? ¿De la brigada de homicidios? ¿Cómo era posible?

Dos fuertes manos lo levantaron de golpe. De repente se le pasaron dos cosas por la cabeza: conocía el aparcamiento y sabía por qué se hallaba allí.

—No tiene que creer todo lo que ve —dijo el inspector mientras levantaba a Stern.

—«¡Hola! ¿Doctor Tiefensee? ¿Está usted ahí?» —imitó con voz burlona la escena que había representado en la consulta del médico. Luego se tapó la boca con una bolsa de plástico y continuó hablando con la voz distorsionada—. ¿Ve usted las tijeras de cirujano? Cláveselas en el corazón.

Engler retrocedió un paso y cerró de golpe la puerta del pasajero, que seguía abierta. El ruido le hizo recordar a Stern los portazos que había escuchado en la consulta de Tiefensee. Fue entonces cuando se dio cuenta de que ambas voces nunca habían coincidido. Siempre que Engler había utilizado la voz distorsionada lo había hecho desde alguna de las salas de consulta. Sólo había hablado con voz natural desde el pasillo.

—Fue divertidísimo sacar de allí a mi compañero; el mismo al que usted

sorprendió en la consulta. —Engler se rió—. Casi tanto como la escena de accidente. ¡Pero hombre! Todo iba bien según el plan y, de repente, me dice que quiere entregarse. Tenía que evitarlo. Es una suerte que sea usted sumamente crédulo. Tres disparos, un parabrisas hecho añicos y algo de sangre de mentira en la boca. En su caso no es necesario nada más. Bueno, sí. Quizá un nuevo DVD. —Su risa entre dientes sonaba ahora casi histérica. Engler volvió a calmarse un poco y escupió en el suelo húmedo del bosque—. ¿Qué le pareció el episodio del motorista? Sólo me pidió quinientos euros por destrozar la luneta y ponerle a usted el arma en la cabeza. Pero no se preocupe, no tiene que darle ninguna pena. Además, tenía a Tiefensee sobre su conciencia. ¿Se acuerda? Era aquel individuo de pelo largo al que siguió usted al salir de la consulta médica.

Stern dio un paso hacia delante y golpeó contra el maletero de su Mercedes. Sintió que pronto iba a necesitar apoyarse en algo si no quería desplomarse al suelo de nuevo en aquel lugar, en medio del aparcamiento de la desértica zona de baños de Wannsee.

—¡Ah, sí! —Engler se comportó como si en aquel mismo instante se le hubiese ocurrido una idea importante—. Para mi gusto, demasiada gente sabía lo del puente. Por eso acordé otro lugar de encuentro con el hombre que planea matarme, y pospuse nuestra cita cuarenta y cinco minutos. Pero estoy seguro de que no nos aburriremos mientras esperamos a que llegue nuestro invitado sorpresa.

Nada. Ninguna luz, ningún coche. Ninguna señal de vida. En ocasiones, la ausencia de algo podía percibirse tanto como la presencia de una multitud de gente gritando. Carina se hallaba en el aparcamiento, delante del puente, y sentía que la soledad le abrumaba.

¿Dónde están? ¿Dónde está Robert? ¿Y Simon?

A excepción del coche con el que ella misma había venido, no se veían otros vehículos en la vía de acceso al restaurante flotante. El murmullo de las hojas de los árboles, el crujido de las jarcias y el movimiento nervioso de las olas ahogaban posiblemente los sonidos de los alrededores, pero su instinto le decía que allí no había nada que hacer callar. Estaba sola.

Carina cogió su móvil para telefonar de nuevo a la policía, como ya había hecho una vez mientras se dirigía al lago. No tenía sentido volver a llamar a Robert. Su móvil estaba desconectado o bien fuera de cobertura.

Con la pequeña pistola en la mano, caminó una vez más hasta la puerta cerrada del embarcadero, preguntándose si debería trepar por ella. La puerta enrejada de hierro forjado estaba envuelta en alambre de espino por la parte de arriba, lo que podía causarle un buen desgarro en el estómago.

No pudo evitar pensar en las películas en que el protagonista se agarraba a una cuerda y se desplazaba por el barco agarrado a ella. Pero sus débiles brazos le transmitían un mensaje muy claro: «No tienes ninguna oportunidad».

Detrás de ella, el ruido de un vehículo adelantando a toda velocidad se entremezcló con el sonido enfurecido de la tormenta de otoño. Buscó a ciegas en su móvil la tecla para llamar a emergencias de nuevo y luego se apoyó con la espalda contra la puerta de rejas. Fue entonces cuando lo sintió: justo en el momento en que estaba cerrando los ojos.

Presa del pánico, Carina dejó caer su móvil. Al chocar contra el suelo, la batería saltó y el resto del teléfono acabó cayendo en el desembarcadero, en medio del agua oscura y agitada. Carina dio media vuelta lentamente, demasiado distraída por su repentina sospecha para lamentar la pérdida de su único medio de comunicarse.

En efecto, había estado allí todo ese tiempo. El enorme letrero de cartón plastificado que le había estado perforando la espalda mientras se apoyaba contra la puerta cerrada. Lo había pasado por alto, precisamente, porque resultaba tan evidente. Hasta entonces había creído que se trataba de un rótulo de la dirección del restaurante donde se informaba del horario de apertura o una nota de aviso para aquellos que querían subir a bordo, quienes sólo debían hacerlo bajo su propia responsabilidad.

No obstante, al echarle un vistazo más de cerca, no le pareció que fuera demasiado profesional tratándose de una advertencia permanente. Era como si lo hubiesen escrito con un ordenador de casa y luego lo hubieran fijado provisionalmente con cuatro hilos de alambre en los barrotes metálicos.

Además, lo que más le desconcertaba ahora era el enorme y sonriente *smiley* que aparecía al final de la última palabra: la única que podía descifrar dadas las condiciones luminosas que había bajo la pálida luz de la luna.

Carina sacó un encendedor de su riñonera. Cuando la llama amarilla iluminó el texto completo, ardió también la última esperanza que le quedaba.

¡A todos los que llegáis tarde!

La caminata matutina empieza hoy, como excepción,
en la zona de baños de Wannsee.

A las seis y cuarenta y cinco. Por favor, sed puntuales.

Robert ha organizado una pequeña fiesta.

Ya no había nada que tuviese sentido y, sin embargo, en ese momento creía ver las cosas muy claras. Aquí y ahora, bajo el lento amanecer.

Los DVD, el falso asesinato llevado a cabo por el motorista, su propio Mercedes, junto al que estaba a punto de caerse desplomado. Todo aquello sólo significaba una cosa: estaba seguro de que el sádico plan de Engler no tenía previsto revelarle la verdad sobre Felix. Al contrario, el policía obtendría su mayor placer enviándole finalmente a la muerte sin que hubiera descubierto nada. Stern asintió con la cabeza encolerizado, como quien se da cuenta por fin del error que ha cometido. Poco a poco se iba componiendo el rompecabezas en que él aparecería al final como un cadáver.

—No mire con tanto espanto. —Engler seguía riéndose mientras daba zancadas alrededor del coche. Llevaba puesto un chándal ceñido y unas botas de boxeador, lo que hacía que pareciera de un modo absurdo un elegante maniquí masculino.

—Usted mismo se lo ha atribuido todo.

El policía cogió una bolsa de lona del asiento de atrás y la lanzó a los pies de Stern.

—Primero Harald Zucker. Luego Samuel Probtjeszki. Parece que no puede dejar descansar en paz a los muertos.

Stern sintió que el viento le tiraba del pantalón de una pierna. Deseó fuertemente que aquella ráfaga se convirtiera en un huracán y se lo llevara volando consigo. Lejos de aquella pesadilla.

—Descubrí los cadáveres de mis antiguos empleados ya hace años y, si por mí hubiese sido, todavía estarían pudriéndose donde estaban escondidos.

—¿Por qué?

Robert gruñó horrorizado. Se oía como si quisiera imitar el sonido de un animal al que han disparado. Pero Engler no tenía problemas en entender lo que decía, a pesar de seguir amordazado, y lo miró como si acabase de preguntar alguna estupidez.

—Porque no quería investigarme a mí mismo.

¡Oh, Dios mío!

En el cerebro de Stern pareció abrirse una presa, liberando así una pila enorme de conocimientos: todas las personas asesinadas habían sido empleados de Engler. Nadie necesitaba buscarlos mientras se considerase que estaban desaparecidos. Todos se alegraban de saber que aquella escoria se había esfumado. Hasta que Simon apareció y encontró el cadáver. Ahora todo el mundo buscaba a su asesino y el motivo. Engler debía hallar al Vengador antes de que algún otro lo hiciera. Y antes de que alguien averiguara que el propio nombre del policía también formaba parte de la lista negra.

Stern sintió escalofríos por todo el cuerpo al darse cuenta del papel que iba a tocarle representar en aquel último acto.

El inspector de policía miró el reloj y asintió satisfecho. Fuera lo que fuese lo que se proponía, parecía salir todo según su plan.

—Nos quedan quince minutos. Me gustaría aprovechar este tiempo para agradecerle que me pusiera sobre aviso. Todavía no entiendo cómo sabía Simon lo de la cita de esta mañana en el puente, pero eso ya no importa. Desde que me avisó, tuve la certeza de que el comprador sólo había fingido que quería un recién nacido. Lo hizo muy bien, por cierto. Seguro que se trata del Vengador que estamos esperando que aparezca en un par de minutos.

—Y vas a sacrificarme a mí en tu lugar. Seré tu chivo expiatorio.

Stern dio un tirón de las esposas e intentó gritar. En seguida se dio cuenta de que lo único que había hecho en las últimas horas era tirarse piedras contra su tejado. Había ido al matadero por voluntad propia. Iban a eliminarlo allí en medio de la venta de un recién nacido. Y, previamente, él mismo había hecho todo lo posible para que le confundieran con un pederasta capaz de hacer algo así.

Stern tragó saliva sin querer y sintió algo de sangre en el paladar. Engler no se había mostrado precisamente amable con él cuando lo había amordazado.

¿Cómo he podido ser tan estúpido?

Todo el tiempo había creído que seguía la pista de la Voz, cuando en realidad había ido siempre tras las huellas que ésta había colocado para él y que, finalmente, le habían conducido a aquella trampa. Primero había hecho recaer todas las sospechas en él, encontrando los cadáveres y sosteniendo afirmaciones increíbles sobre la reencarnación. Luego había secuestrado a un niño pequeño en el hospital, había dejado sus huellas dactilares en la consulta de Tiefensee y en la mansión del matrimonio de pederastas. Y, para rematar, le había entregado a Engler un vídeo de él mismo sin camisa entrando de golpe en una habitación donde estaban torturando a un niño medio desnudo.

Las huellas dactilares de Carina también se hallaban en el timbre de la casa, y su coche estaba aparcado justo enfrente de la puerta principal de la casa del agente inmobiliario. Teniendo en cuenta que Engler se encargaba de la investigación, le sería sencillo marcarles para siempre a él y a su cómplice como una pareja de pederastas. Y el único testigo de la defensa era un antiguo productor de películas porno que ya había sido acusado una vez de violación. Era diabólico. Engler le estaba colgando la culpa de todos sus crímenes.

—No sea tan duro consigo mismo —refunfuñó finalmente Engler. Tras un breve ataque de tos, se sorbió la nariz y escupió mucosidad junto a la bolsa de lona—. No lo ha hecho todo mal. Al principio, lo único que quería de usted era que me proporcionase el nombre del Vengador. Tenía acceso a una fuente. A Simon. ¡Dios! Casi me vuelve loco el día del interrogatorio. Durante años ha estado representando continuamente a tipos extraños. Y, de repente, le llama un cliente que podría serme útil, y va usted y rechaza el caso. No podía permitirlo. Por eso necesitaba hallar una medida de presión.

El DVD.

—Por cierto, ése fue el único elemento casual de todo este juego. El hecho de

que, precisamente usted, el abogado cuyo hijo fue intercambiado por mi gente hace diez años, fuera la clave para solucionar mi mayor problema.

Robert miró el cielo tormentoso de la mañana, cuya oscuridad nocturna estaba dejando sitio a un tono sucio de gris. Le recordaba al color de las paredes de la sala de interrogatorios de la policía.

Engler, la Voz, soltó de nuevo una carcajada. Se inclinó hacia la bolsa y abrió la cremallera. Stern sintió unas punzadas en el costado.

—Es una lástima que no haya traído a Carina con usted. Le podría haber hecho compañía en este momento. Aunque déjeme que lo adivine: ambos acordaron una hora para informar a la policía, ¿verdad? Bien, ¿quiere saber por qué no me importa lo más mínimo?

Engler sacó una bolsa de plástico llena de algo que abultaba. Parecía contener un objeto grande, aunque ligero, algo similar a una almohada.

—Porque la policía ya ha llegado. Con tres unidades móviles.

Stern dio una vuelta sobre sí mismo e intentó vislumbrar algo bajo el crepúsculo inútilmente.

—Son alrededor de veinte hombres. Todos se hallan fuera del alcance de la vista para no poner en peligro la vigilancia. Tan sólo esperan mi señal. —Dio un golpecito con los dedos al aparato de radio que llevaba colgado en su cadera—. La vía por la que se accede a la zona de baños es un callejón sin salida. Cuando dé la señal de que el comprador ha llegado, se montarán las barricadas para preparar la detención. —El policía llevó la bolsa de plástico hasta el maletero—. No me mire con ojos tan incrédulos. Informé oficialmente de esta operación encubierta después de que mis investigaciones revelaran que usted intentaría encontrarse con un corruptor de menores; hoy y justo en este lugar. —Sonrió ampliamente con ironía—. No estoy aquí para divertirme; he venido para arrestarle, pero me temo que llegaré demasiado tarde para impedir la tragedia que empezará en seguida...

Mientras pronunciaba estas palabras, Engler abrió el maletero del Mercedes. Stern sintió que le faltaba el aire al ver lo que había dentro. Era como si la mordaza que tenía en la boca hubiese aumentado su volumen por dos, intentando expulsar la mandíbula de la cara y, luego, dinamitar su cráneo entero. Con un único movimiento de su mano, Engler sacó la bata verde de hospital que cubría el cuerpo inconsciente del niño. Bajo la luz tenue del interior del maletero, daba la impresión de que Simon ya estaba muerto.

Stern era incapaz de apartar la mirada del niño que yacía en el maletero, enrollado como una rueda de invierno desechada.

—¡Silencio!

Engler caminaba muy cerca detrás de él, que sentía la presión contra su espalda. Pensó que el policía iba a romperle las muñecas al ver que se las retorció dolorosamente. Pero, de repente, escuchó un crujido y notó que sus manos estaban libres. Le había quitado las esposas.

—No se mueva —le susurró en el oído. Stern podía percibir su húmedo aliento a través del grueso tejido del pasamontañas—. ¡Ahora dese la vuelta!

Se sintió mareado. Le costaba un enorme esfuerzo apartar la vista de Simon mientras obedecía las órdenes del policía, que volvía a estar de pie frente a él, sujetando en la mano izquierda una pistola con una luz halógena encima del cañón. Con la otra mano apretaba a un niño recién nacido contra su pecho.

Los ojos de Stern se ensancharon, y necesitó unos segundos para darse cuenta de que la cabeza de color carne pertenecía a un muñeco. Era la única parte del cuerpo que sobresalía de la sábana blanca de lino que cubría aquella imitación de tamaño natural.

—Hasta puede hablar —dijo Engler con una sonrisa sarcástica mientras le apretaba la barriga.

Así que era eso. Stern se acordó del llanto que había oído junto al puente.

Engler cerró de nuevo la puerta del maletero. Ningún quejido. Ningún pequeño sobresalto. Nada. Simon no parecía haberse movido en todo aquel rato ni siquiera una sola vez.

—Ahora voy a darle las últimas indicaciones. Luego me sentaré en el asiento trasero de su coche y estaré observándole. Si, por lo que sea, se le ocurre cambiar mis reglas, me bajaré, abriré el maletero y ahogaré a su amiguito con mis propias manos. ¿Me he explicado bien? —El abogado asintió con la cabeza—. Hágalo todo tal y como le digo y encontrarán a Simon inconsciente junto a su cadáver. Está anestesiado, así que no se acordará de nada. No le miento: dejaré que viva. Lo crea o no, al contrario de Probtjeszki, detesto matar a propósito a los niños. Los buenos traficantes no destruyen su mercancía voluntariamente. Pero eso ahora sólo depende de usted.

El sudor bajo el pasamontañas quemaba como si fuera un ácido. Stern tenía la sensación de estar metido en una prensa de lana que le iba ahogando poco a poco. Una vez que hubo repasado mentalmente las órdenes de Engler, éste le entregó el muñeco en una pequeña cesta de mimbre que probablemente había sacado del asiento trasero del coche. En seguida notó que el policía le metía un sobre en el bolsillo del pantalón.

¿Qué es? Engler leyó la pregunta en la mirada abatida de Stern.

—Lo prometido es deuda —le dijo el policía con un matiz irónico—. Le he escrito la dirección de Felix. ¡Quién sabe! A lo mejor le sirve de algo en otra vida.

La risa de Engler se fue alejando y al final acabó por extinguirse completamente en cuanto se cerró la pesada puerta del Mercedes.

Stern tuvo que reunir todas sus fuerzas a fin de evitar respirar más rápido y profundo de lo necesario debido al miedo que sentía. Inclino la cabeza con la esperanza de que sus ojos se acostumbraran con mayor rapidez a la oscuridad que seguía reinando, si bien todavía no lograba distinguir entre los árboles ninguno de los focos de luz que debían verse.

Pero pronto iba producirse un cambio. La muerte estaba en camino e iba a hacerse realidad en apenas unos minutos. Su torso se contrajo a la espera del dolor que estaba a punto de atravesar sus músculos. Luego, se puso en marcha a su pesar.

Nunca deja de sorprenderme la fuerza que Dios confiere a las personas cuando se trata de luchar contra el demonio, pensó el hombre. Se aclaró la voz y tosió a continuación. Levantó el pie del acelerador al darse cuenta de que, en un momento de distracción, había sobrepasado el límite de velocidad. El sudor le corría por la frente arrugada y quedaba atrapado en sus cejas peludas.

En realidad, su cuerpo ya no se veía sometido al estrés del modo en que lo haría aquel día. En los últimos años se había exigido demasiado. Durante la década de la venganza. Todo había comenzado con un breve artículo sobre el abuso de menores. Lo había escrito para un pequeño semanario porque la editora jefe se había puesto enferma, y él era el único que podía sustituirla.

Ahora consideraba que aquello había sido una señal. No podía ser una casualidad que precisamente él hubiera de escribir sobre aquellos perversos crímenes, teniendo en cuenta que su propio hermano había desaparecido con ocho años. Su cuerpo fue encontrado seis meses después en un estado tan horrible que habían aconsejado a sus padres que era mejor que no lo vieran una última vez.

Aquel primer artículo inició toda una serie, y ésta se convirtió en el manuscrito de un libro que, no obstante, nunca acabó en las manos de una editorial. Ya no le veía sentido a publicar aquellos oscuros capítulos. De todos modos, ningún niño podría olvidar jamás una tortura como aquella. Y tampoco ningún pederasta renunciaría a sus enfermos planes. Además, nadie le iba a devolver a su hermano. Todo seguiría como hasta entonces. Un día de domingo, percibiendo aquella amarga verdad con tanta claridad como las imágenes que no le dejaban dormir por la noche, decidió actuar. Los primeros asesinatos habían sido los más difíciles. Los que vinieron a continuación habían sido más sencillos, menos Zucker, quien no tenía que haber acabado con un hacha en la cabeza. Pero el hombre tenía mucha fuerza y se había defendido con fiereza; incluso había estado a punto de robarle la pistola. Por suerte, Dios le había otorgado otro tipo de arma. A pesar de que aquella fábrica en ruinas había sido devorada por un incendio años atrás, seguía colgada en la pared junto al extintor carbonizado. Después de eso, había sido incapaz de comer nueces. El sonido de éstas crujiendo se le hacía simplemente insoportable.

El viejo se secó el sudor de la frente. Pensó en encender la radio, pero en seguida cambió de idea. Le gustaba escuchar música, pero prefería aguardar aquel último acto en silencio.

El coche que le había acompañado fielmente en sus siniestros viajes durante muchos años pasó la salida de Hüttenweg. Sólo quedaban un par de kilómetros. *Pronto estaremos allí.*

Como solía ocurrir siempre, sentía ligeras ganas de ir al baño. Tan sólo eran los nervios. Se olvidaría de la presión de su vejiga en cuanto pudiera mirarle a la cara al diablo. Había estado preparando aquel día durante meses. No era la primera vez que

tenía que hacerse pasar por uno de ellos; asumir la identidad más cruel que había: la de un pederasta. Hacía tiempo desde la última vez que había eliminado una lacra del mundo: dos años y medio. Muchos de sus antiguos contactos lo habían dejado; otros habían sentido desconfianza al enterarse de que reaparecía en escena repentinamente. Sin embargo, por fin consiguió ponerse en contacto con aquel hombre, el traficante a quien todos conocían como el Comerciante. Vía internet. Y hoy era el día del encuentro. Por supuesto que le era imposible predecir si iba a tener la oportunidad de arrancar de raíz aquella mala hierba. Tampoco sabía qué pensar después de que, en el último segundo, el hombre hubiese querido posponer la cita tres cuartos de hora. Sólo sabía que la suerte estaba en manos de Dios. Era un hombre viejo. Al contrario de aquellos niños, él no tenía nada que perder.

El hombre tomó la salida de Spanische Allee y acarició el revólver que había en el asiento del acompañante. Se había preguntado muchas veces si hacía lo correcto, claro. Conversaba con el Señor cada domingo y le pedía una señal. Una pequeña indicación que le dijera que no debía continuar. Una vez, mientras estaba hablándole de Simon, pensó que allí estaba: la señal de Dios. Pero estaba equivocado.

Y había continuado. Hasta ahora.

Encendió las luces largas al llegar a la oscura carretera que iba por el bosque: el callejón sin salida que conducía a la zona de baños de Wannsee.

Cuarenta metros todavía.

Stern iba apoyando un pie tras otro. Primero el sano, luego el que tenía hinchado. Caminando siempre hacia la luz, como le había ordenado Engler.

La espera bajo el frío y la lluvia le había parecido una eternidad angustiada, pero, apenas unos minutos después de que el policía lo hubiese dejado solo, aquel coche había tomado el acceso a la carretera, conduciendo hasta el aparcamiento desértico con las luces largas encendidas. Robert pensó por última vez si no existiría alguna posibilidad de retrasar aquel final inevitable, pero no se le ocurría nada. Como un animal que va camino del matadero, continuó andando paso a paso hacia el coche que avanzaba lentamente y, también, hacia su propia muerte.

Su pulso se aceleró de nuevo al ver que el utilitario se detenía de repente.

El viento trajo a sus oídos el crujido metálico de un desgastado freno de mano. Casi al mismo tiempo, se abrió la puerta del conductor y una figura de movimientos torpes bajó del vehículo.

¿Quién es?

Cada dos pasos unos rayos de dolor atravesaban su columna vertebral tan fuertemente que Stern pensaba que podrían alumbrar la oscuridad del aparcamiento mojado por la lluvia. Intentó buscar alguna señal que le permitiera reconocer al hombre que se acercaba al capó del coche arrastrando sus pasos y se detuvo justo en medio de los focos. En vano. Aun así, tampoco podía descartar lo contrario. En aquel instante se sentía como un hombre muerto de sed que se dirige a un espejismo en el desierto; así de irreal era aquella situación. Cuanto más se acercaba a las luces, más borrosa se veía la silueta de aquel hombre. Sólo había una cosa cierta: no era joven, quizá incluso se tratase de un anciano. Los movimientos lentos, los pasos cortos, su postura ligeramente inclinada. Stern intentó distinguir algo más de la misteriosa figura que se había parado inmóvil junto al cegador faro. La escasa luz del sol naciente apenas conseguía encontrar su camino a través de la oscuridad del cielo nuboso, lo que le proporcionaba al hombre un aura inquietante. *Como un ángel de la muerte envuelto en una aureola*, pensó Stern al tiempo que parpadeaba para sacarse una gota de lluvia de los ojos.

Treinta metros todavía.

Caminó reduciendo aún más la velocidad de sus pasos. Por lo que podía recordar, aquélla era la única libertad de acción que le quedaba. No infringía ninguna de las letales reglas de Engler.

«Sólo tiene que caminar en línea recta —le había dicho el policía—. Ni a la derecha ni a la izquierda. No intente escapar».

Conocía las consecuencias. Y también había captado la naturaleza del plan que estaba llevando a cabo. Con cada paso que daba no sólo acortaba la distancia, sino también el tiempo de vida que le quedaba.

Apretó contra su pecho la cesta en la que yacía el muñeco que imitaba a un recién nacido. Engler le había sacado las pilas para mayor seguridad. Nada debía servirle de distracción al Vengador. Nada debía alertarle de que iba a enfrentarse a la persona equivocada. El policía se había imaginado un duelo en el que Stern debía aparecer desarmado. Si aquel hombre era realmente el Vengador, creería que se hallaba frente al traficante de niños y no dudaría en dispararle. A la primera oportunidad. En cuestión de segundos.

Veinte metros todavía.

Ahora se hallaba al alcance de la voz. Pero la mordaza que iba dilatándose en su boca seca le impedía cada vez más comunicarse de un modo u otro. Le asaltó una sensación de desamparo infinito, la misma que había sentido en el funeral de Felix.

¿O en el funeral de otro niño que no era el suyo?

Sus esperanzas se habían esfumado. No había forma de escapar. Todo lo que hiciera ahora pondría en peligro a Simon. Todo lo que dejara de hacer le mataría a él mismo.

Quince metros todavía.

Stern comprendió lo improbable que era el hecho de que Engler dejara a alguien con vida después de maquinar una ejecución como aquélla. En cuanto él recibiera una bala en la cabeza, Engler acabaría con el Vengador y, en seguida, dispararía a Simon. Luego sólo necesitaría un minuto para preparar los cadáveres y dar la señal para el arresto. Stern visualizaba claramente el informe oficial:

Traficante de niños (Robert Stern) hace entrega de un niño (Simon Sachs) a un pederasta (?).
La entrega fracasa.
Le sigue un intercambio de disparos durante el cual resultan mortalmente heridas las tres personas.
El testigo oculto (inspector Martin Engler) fue incapaz de impedir lo ocurrido sin poner en peligro su propia vida.

Diez metros todavía.

¿Quién sabe? Stern sintió la llama de la esperanza irracional. Simon está anestesiado, por lo que no es un testigo peligroso. Cuantos más cadáveres haya, mayor será el riesgo. ¿Mataría Engler a más hombres de los necesarios? Puede que deje a Simon con vida.

La sombra de la figura empezaba a perfilarse. En Robert aumentó la extraña sensación de que ya había visto a aquel hombre.

—¿Es buena la mercancía?

Stern dio un sobresalto, asustado, y estuvo a punto de detenerse. A pesar de que Engler ya le había informado del código con antelación, se sintió como si un verdugo le hubiese preguntado si tenía algo que decir antes de acabar con su vida.

Siete metros todavía.

Se quedó quieto. Según lo acordado, debía agacharse lentamente y dejar la cesta,

con el mayor cuidado posible, sobre el suelo cubierto de barro del aparcamiento. A continuación, tenía que ponerse en pie y, con los dedos índice y corazón de la mano izquierda, hacer una señal en forma de V de victoria.

—Eso sellará el trato —le había dicho Engler.

Y a mí me convertirá en una diana, pensó Stern. Se quedó agachado sobre el muñeco un segundo más de lo necesario.

Y ese instante lo cambió todo. Quizá porque la luz del foco se reflejaba de un modo diferente desde el ángulo donde estaba. Quizá porque se hallaba ahora a una menor distancia o porque el sol de la mañana se dejaba ver cada vez más. A Stern le daba igual cuál era motivo por el que había reconocido, de repente y con claridad, a la persona que se hallaba frente a él, con el fino cabello despeinado por el viento. A pesar de que sólo le había visto una vez en su vida.

Hizo un esfuerzo, se libró de su mirada fija y fue levantándose lentamente.

¿Y ahora qué hago?

El sudor se concentró bajo la máscara de algodón, que le picaba.

¿Cómo puedo hacerle una señal sin que Engler sospeche?

Stern levantó su brazo, que, de golpe, pendía de su hombro como un trozo de plomo incontrolable.

Tiene que haber alguna manera. Tienes que poder hacer algo.

Deseaba arrancarse la gorra y la cinta adhesiva de la cabeza para quitarse la mordaza, pero un movimiento sospechoso como aquél supondría la muerte de Simon.

El brazo del hombre desconocido ya se había colocado a la altura de las caderas. Stern no lo vio, pero se imaginó que estaba sacando algo del bolsillo de su pantalón.

¿Una pistola? ¿Un revólver? Ni importaba. Sólo dos segundos más y sería historia. El abogado sintió náuseas. Estaba seguro de que, en aquel momento, a pesar de que veía las manos del Vengador, le estaban apuntando con un arma en la cabeza.

Un sonido gutural, tan suave que sólo él mismo podía oírlo, se desprendió de su garganta seca. Lo que finalmente rompió su bloqueo mental.

¡Exacto! ¡Eso es!

Era estúpido, banal y, probablemente, estaba condenado a fracasar. Pero al menos no iba a recibir a la muerte sin haber hecho antes nada en absoluto.

Clic.

Frente a él, a siete metros de distancia, el hombre a quien ya había reconocido había preparado el arma para disparar. A pesar de ello, Stern alzó el brazo, cerró los ojos y empezó a tararear: seis tonos, la secuencia melódica más simple que conocía. Pero la única que tenía cierto sentido y que podía oírse a través de su cara momificada.

Money, money, money.

Tarareó el estribillo una última vez. Luego cerró los ojos esperando la explosión mortal dentro de su cráneo.

Al cabo de dos segundos, cuando aún no había sucedido nada, sus párpados

temblaron. Sus esperanzas se reanimaron, sintió que su pulso se aceleraba y, emocionado ante la posibilidad de que el hombre hubiese interpretado correctamente su señal, abrió los ojos. Justo cuando sonaba el primer disparo.

Engler vio cómo Stern salía disparado hacia atrás y se tambaleaba ligeramente en el aire antes de golpearse con fuerza la cabeza contra el asfalto. Mientras el abogado caía desplomado en el suelo, el policía se precipitó hacia delante, saltando bruscamente sobre la espalda del tirador. La fuerza de aquel choque hizo que el anciano se dislocara dos vértebras y se rompiera una costilla. El inspector se levantó de nuevo y le quitó la pistola de las manos a su víctima, que no paraba de gemir de dolor. Finalmente, puso al viejo boca abajo, se sentó sobre sus caderas para inmovilizarlo y le puso la pistola directamente en la frente.

—¿Quién demonios eres? —le gritó.

La luz de la linterna que había sobre el cañón del arma enfocó una cara repleta de arrugas que no había visto nunca antes.

—Losensky. Me llamo Frederik Losensky —dijo el viejo, sofocado.

Escupió algo de sangre en la cara del policía. Éste se limpió la mejilla con la manga y le partió violentamente la mandíbula. Estaba a punto de introducirle la pistola en la boca cuando se detuvo.

—¿Con quién estás? ¿Para quién trabajas?

—Para él.

—¿Para quién? ¿Quién es tu jefe?

—El mismo que el tuyo: Dios.

—¡No puedo creerlo! —Engler apretó el cañón bajo su mandíbula—. Así que todos estos años nos ha estado tomando el pelo un jubilado maníaco religioso. —La risa de Engler acabó en una tos bronquial—. Muy bien, entonces tengo una buena noticia para ti —continuó con la voz ahogada—. Tu jefe, tu querido Dios, acaba de invitarte a una importante reunión y me ha pedido que te envíe allí. Tiene algo de prisa, así que...

—Arriba las manos.

Engler enarcó las cejas, levantó la cabeza y miró a su izquierda. La figura de una mujer apareció detrás de un grupo de abetos.

—Bienvenida a la fiesta —rió cuando reconoció a Carina—. Ya era hora de que llegara.

La mujer avanzó dos pasos hacia él y se detuvo a una distancia segura.

—¡Aléjese de ese hombre y tire la pistola!

—¿Y qué pasa si no lo hago?

A pesar de la corta distancia a la que se hallaba, Engler tenía que levantar la voz para que le oyeran. El viento soplaba con más fuerza desde que Carina había llegado.

—Entonces le dispararé.

—¿Con eso que tiene en la mano?

—Sí.

Engler soltó una carcajada.

—¿Es la misma pistola que llevaba ayer en la riñonera?

—¿Adónde pretende ir a parar?

—Por favor, apriete una vez el gatillo.

—¿Qué?

Carina, que había estado aguantando el arma con una mano, puso rápidamente la otra en la empuñadura de la pistola. Daba la impresión de que estuviese rezando.

—Sólo se lo pido —dijo el policía. El viejo respiraba con dificultad debajo de él—. No tiene por qué apuntarme a mí. Simplemente dispare una vez al aire.

—Pero ¿por qué?

El brazo de Carina empezó a temblar ligeramente, como si el arma le pesara cada vez más en sus manos a medida que pasaban los segundos.

—Porque así podrá comprobar que esa maldita cosa no está cargada. ¿O es que pensaba realmente que iba a devolverle el arma sin quitarle antes los cartuchos?

—¿Quién le dice a usted que no he vuelto a cargarla?

—Su mirada de espanto, señora Freitag.

Engler retiró el arma de la cara de Losensky y apuntó con ella al torso de Carina.

—Hasta la vista —dijo.

«Clic», se oyó cuando Carina apretó el gatillo. «Clic, clic». El cuarto intento quedó silenciado por la fría carcajada de Engler.

La inútil pistola le resbaló de los dedos y cayó a sus pies en medio del lodo.

—Una lástima.

El policía tensó el gatillo de su arma y dirigió el puntero láser directamente a la frente de Carina.

El disparo resonó como un látigo sobre el inquieto lago de Wannsee mientras parecía que la tormenta se detenía por un breve instante para tomar aliento. Entonces, con un nuevo rugido, las ráfagas de viento se tragaron aquel sonido mortal.

El comienzo

«No es más sorprendente
nacer dos veces que nacer una».

VOLTAIRE

«Prueba de ello es lo que explican las personas
que sufrieron una experiencia cercana a la muerte.

Casi todas ellas han sentido que su alma se desprendía del cuerpo antes de ser reanimadas. Y no sólo eso; algunas incluso afirman que, mientras morían, ya sabían qué nuevo cuerpo iba a ocupar su alma...».

CARINA FREITAG

1

Las voces se pían revestidas de un susurro metálico, como si saliesen de unos auriculares de MP3 con el volumen demasiado alto. Cuantas más sacudidas daba el vehículo, más fuerte y claro se oían. Finalmente penetraron tan vigorosamente en la mente de Simon que éste ya no pudo continuar durmiendo. Abrió los ojos durante una milésima de segundo, el tiempo suficiente para saber que junto a él había dos hombres sentados en la parte trasera de una ambulancia.

—¿Criptomnesia? —preguntó la voz ronca. En seguida reconoció a quién pertenecía.

¡Borchert!

—Sí —respondió el profesor Müller—. La reencarnación es un ámbito de investigación controvertido, por supuesto. Sin embargo, la criptomnesia se considera hoy en día el principio más lógico para explicar las experiencias trascendentales del renacimiento de una persona de una forma lógica y científica.

Simon intentó levantarse. Tenía sed y le picaba la rodilla izquierda bajo el fino pantalón de su pijama. Normalmente estaba solo cuando se despertaba. Necesitaba algún tiempo para sí mismo para volver a «aclararse la mente», como apuntaba Carina. Siempre que se lo decía no podía evitar pensar en aquellas bolas de nieve. Esos objetos de cristal que se agitan y, al hacerlo, se ve cómo se deslizan hasta la superficie unos copos de poliestireno. En ocasiones, después de despertarse, tenía la sensación de que su cabeza era algo parecido. Los primeros diez minutos del día prefería esperar un rato hasta que las imágenes, las voces y las visiones de su cabeza se colocaban de nuevo en su sitio. Por eso Simon había decidido hacerse el dormido durante un rato mientras escuchaba las débiles palabras a escondidas.

—¿Necesito el título de bachillerato para entenderla? —quiso saber Borchert.

—No, no creo. En realidad es bastante sencillo. Hasta no hace mucho tiempo los científicos daban por sentado que nuestro cerebro humano disponía de un filtro. Debe saber que su cerebro está capacitado para procesar numerosa información cada segundo simultáneamente. Ahora mismo, por ejemplo, sólo desea escucharme, comprender lo que le digo y, mientras tanto, no resbalar de su asiento cuando la ambulancia tome una curva. Sin embargo, no le importa en absoluto el número de certificación que aparece en la maleta de los medicamentos o si mis zapatos llevan o no cordones.

—Son mocasines.

—Sí. Sus ojos lo han visto todo este tiempo, pero el filtro de su cerebro separó esta información irrelevante hasta que he hecho que le llame la atención. Y así es como debe ser. Imagínese cómo sería si tuviese que contar, una a una, las hojas de los árboles mientras pasea por el bosque. Si ahora estuviésemos conversando en una cafetería, sería incapaz de difuminar las conversaciones que tienen lugar en la mesa de al lado.

—Creo que me lo haría encima.

—Usted se ríe. Pero tiene razón. Sin el filtro, su cerebro estaría tan ocupado procesando un flujo inimaginable de información que usted ni siquiera podría controlar las funciones corporales más simples.

—Pero ¿no acaba de decir que esa teoría del filtro ya ha pasado a la historia?

Simon sintió que una fuerza invisible tiraba de su cabeza hacia delante. Por lo visto se hallaba tumbado en el sentido de la marcha y la ambulancia posiblemente se había parado.

—No exactamente —contestó Müller—. No obstante, existe una nueva y muy lógica teoría basada en las investigaciones del savantismo.

—¿Y eso qué es?

—Es probable que le suene más el término «autista».

—¿*Rain Man*?

—Sí, por ejemplo. Déjeme pensar cómo se lo explico para que lo entienda.

A pesar de tener los ojos cerrados, el niño vio que el director médico hacía un gesto hacia abajo con el ángulo de la boca mientras meditaba, y se aguantaba la risa.

—Bien, olvídense del filtro y, en vez de ello, piense en una válvula.

—De acuerdo.

—Gracias a la capacidad que posee el cerebro de almacenar datos ilimitadamente, todo parece indicar que nuestro primer paso es almacenar todo lo que registra, aunque sólo a un nivel subconsciente. Una válvula bioquímica de nuestro cerebro impide que nuestra memoria se vea sobrecargada a largo plazo, y únicamente libera los datos que realmente necesitamos.

—Entonces, todo se guarda en una especie de archivador, pero no es fácil poder abrir la tapa.

—Es una manera de decirlo.

—¿Y qué tiene que ver eso con la reencarnación de Simon?

—Muy fácil. ¿Se ha quedado alguna vez dormido frente al televisor?

—Un montón de veces. La última vez fue mientras veía uno de esos aburridos documentales sobre las quemaduras de brujas.

—Bien. Usted se durmió, pero su cerebro seguía activo, naturalmente, y absorbió toda la información que provenía del televisor.

—No lo sabía.

—¿Lo ve? Usted archivó toda la documentación, pero la válvula impidió que lo recordara activamente. Sin embargo, un terapeuta profesional podría estimular su subconsciente bajo la hipnosis.

—Y abrir la tapa.

—Exacto.

Simon escuchó un clic y, a continuación, el sonido débil e irregular de algo rascando cerca de su oído derecho. Supuso que el jefe médico estaba dibujando algo a Borchert para explicarle gráficamente sus razonamientos.

—En la mayoría de las regresiones en las que se expone al paciente a trance o hipnosis sucede precisamente esto. Las personas creen que su espíritu ha estado en una vida anterior. En realidad, sólo están recordando algo que archivaron sin darse cuenta en uno de los niveles más profundos de su conciencia. Por ejemplo, si usted fuera sometido a una regresión, sería posible que acabase recordando el documental de la Edad Media que vio en la televisión y creyera que es una bruja a la que están quemando en una hoguera. Incluso sería capaz de mencionar la fecha y el lugar exactos; los mismos datos que aparecieron en el documental.

—Pero no he visto ninguna imagen.

—Sí que lo hizo. Las imágenes de su propia mente a menudo resultan más fuertes que la impresiones reales. Es como cuando lee un libro.

—Mmmm, bueno. De eso ya no me acuerdo. ¿Y dice que se llama criptonosequé?

Simon notó ahora que la ambulancia aceleraba cada vez más. La última vez había sido Carina la que había conducido a aquella velocidad. Cuando se dirigían al polígono industrial en ruinas, donde se había encontrado con su abogado por primera vez.

Robert y Carina. ¿Dónde se habían metido?

—Criptomnesia. Es el término técnico que se utiliza cuando usted percibe el conocimiento de otra persona de modo subconsciente y lo asume como propio. ¿Me sigue?

—Ahora sí. Pero Simon no se quedó dormido frente al televisor, ¿verdad?

El niño estuvo a punto de parpadear. Apretó los ojos con fuerza. Cuanta más fuerza hacía con sus párpados contra las pupilas, mejor veía las imágenes con las que acababa de soñar.

Frente a la puerta. Con el número 17.

—No, claro —respondió Müller—. Pero sucedió algo similar. Me parece que ya sabe que tuvimos que interrumpir la radioterapia hace aproximadamente un mes.

—Sí.

—Debido a los efectos secundarios, Simon fue trasladado a Cuidados Intensivos con cuarenta y un grados de fiebre y neumonía. Al mismo tiempo ingresó otro paciente.

—Frederik Losensky.

—Exacto. Sesenta y siete años de edad, periodista. Sospechábamos que había padecido un ligero ataque al corazón. A excepción de los dolores circulares del pecho no había nada que llamara la atención; se hallaba completamente consciente. Fue enviado a Cuidados Intensivos para tenerlo en observación.

—No me lo diga: estuvo justo al lado de Simon.

—Eso mismo. Como habrá podido leer a través de la prensa, Losensky era responsable de los asesinatos en serie de varios pederastas.

—El Vengador.

—Y era un hombre muy devoto. Por entonces ya estaba en contacto con el

cabecilla del círculo de traficantes de menores. No creo que el infarto que sufrió fuese por casualidad, poco tiempo después de que el Comerciante le hubiese confirmado que quería reunirse con él en persona.

—Y aquella noche, en la sala de Cuidados Intensivos, ¿habló Losensky con Simon?

—No, el niño no estaba en situación de hablar. Tenía tanta fiebre que todos pensamos que íbamos a perderle. Pero por ese motivo, o a pesar de ello, el viejo le habló.

—¿Como una televisión?

—Si prefiere expresarlo de ese modo... Creemos que Losensky pensó que era una señal divina el hecho de encontrarse precisamente junto a un niño huérfano y muy enfermo. Esa clase de niños alimentaban sus sentimientos de culpa. Así que aprovechó aquella noche en la sala de Cuidados Intensivos para confesarse. Le explicó a Simon cada uno de sus asesinatos. Losensky era quien los había cometido, por lo que podía describir lo ocurrido fielmente y con todo detalle.

—Es de locos.

Borchert tosió. Simon también lo hubiese hecho, pero prefería no llamar la atención. Aún no. Primero tenía que entender qué tenía que ver aquella conversación con la habitación del hotel que había aparecido en su sueño.

—Sí, lo es. Pero puede que también nos hubiésemos vuelto locos igualmente si hubiéramos visto lo que Losensky había descubierto relacionado con el maltrato de los niños. Sea como fuere, Simon se recuperó, al contrario de lo que esperábamos, y los acontecimientos siguieron su curso. Entonces, el día de su décimo cumpleaños fue sometido a hipnosis y ésta le condujo a una regresión. Fue como si el doctor Tiefensee le hubiese clavado una aguja quirúrgica en una región específica de su subconsciente. La burbuja de la memoria estalló y Simon recordó algo que, un mes antes, se había abierto paso en su cerebro bajo la niebla de sus sueños febriles.

—La confesión de Losensky.

—Como es lógico, el niño no sabía cómo había llegado hasta aquel recuerdo. ¿Comprende lo que le digo?

Borchert se rió escuetamente.

—Creo que es como cuando te encuentras de repente veinte euros en el bolsillo de un pantalón viejo, pero no te acuerdas de cuando has llevado puesto algo tan horroroso.

—Es un buen ejemplo. Encuentra el dinero y se lo gasta porque debe suponer que le pertenece. Simon halló en su mente el recuerdo de aquellos terribles asesinatos y estaba firmemente convencido de que él mismo era el único responsable. Por ese motivo superó el detector de mentiras.

—¿Y cómo sabía lo del futuro?

—Losensky terminó su confesión pidiéndole un favor a Simon. Mire aquí...

Simon escuchó el crujido seco de las hojas de un periódico.

—Ha salido hoy en la prensa sensacionalista. Encontraron el diario de Losensky en un armario del hospital y han impreso algunos fragmentos de él. —Müller leyó en voz alta—: «Así que le expliqué a Simon mi último gran plan. Le dije que iba a volver a hacerlo. El uno de noviembre a las seis de la mañana en el puente. “Simon”, le dije textualmente, “voy a disparar al diablo cuando me entregue al recién nacido. Pero no estoy seguro de estar haciendo lo correcto. Por eso necesito pedirte un último favor. Muy pronto, cuando estés...”».

—«... ante la presencia de Nuestro Señor, dile que lo he hecho todo de puro corazón». —Simon abrió los ojos de repente y, para sorpresa de Müller y Borchert, terminó de pronunciar las últimas frases de la confesión de Losensky—. «Pregúntale si estoy obrando mal. Si es así, sólo debe enviarme una señal y me detendré en seguida».

—Estás despierto.

—Sí, ya hace rato —reconoció Simon. Se aclaró la garganta y miró al jefe médico con ojos avergonzados.

—¿Entonces es verdad?

Borchert se inclinó sobre él.

—No he comprendido todo lo que habéis dicho. Pero puedo recordar la voz. Sonaba... muy amable.

La ambulancia aminoró la marcha. Simon intentó levantarse de modo vacilante.

—¿Así que no he hecho nada malo?

—No, en absoluto. —Borchert y el médico respondieron al unisono.

—¿No he matado a nadie?

—No lo has hecho.

—Pero ¿por qué no están con nosotros Robert y Carina?

—¿Sabes...? —Los dedos largos y cálidos del profesor se posaron en su frente—. Has estado tres días seguidos durmiendo casi todo el tiempo.

—Y durante este tiempo, bueno... ha pasado algo —añadió Borchert.

—¿El qué?

Simon estaba desconcertado. Los dos adultos se mostraban muy extraños, como si pretendiesen ocultarle algo.

—¿He hecho algo malo? ¿Es que ya no me quieren?

Miró directamente a Borchert.

—¡Qué tontería! No debes pensar eso.

—Entonces no lo entiendo.

—¿De verdad no te acuerdas de nada? —quiso saber Andi.

Simon movió la cabeza en señal de negación. Durante las últimas noches se había despertado numerosas veces, pero sólo brevemente. Y nunca había habido nadie con él.

—No, ¿qué ocurre?

El sol pareció ponerse de repente tras los cristales opalinos del vehículo. El motor

diéssel empezó a sonar de un modo diferente, y Simon se recordó del desagradable momento que vivieron cuando aquella mujer fea condujo el coche al interior del garaje de la mansión.

—Ya hemos llegado —dijo alguien desde la parte delantera de la ambulancia, al tiempo que se bajaba del vehículo.

—¿Qué pasa con Robert y Carina? —preguntó Simon una vez más.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron de golpe.

—Bueno, creo que será mejor que te lo diga otra persona —dijo el profesor Müller cogiéndole la mano a Simon suavemente.

2

Las imágenes deformadas en blanco y negro sin sonido poseían la misma calidad que la del vídeo casero más barato. Las luces del coche deslumbraban la cámara de tal modo que parecía que las tomas eran imágenes sobreexpuestas de una ecografía.

—¿Es un niño o una niña? —había bromeado el fiscal al enseñarle la cinta por primera vez.

Brandmann también había necesitado un tiempo, mientras duraba la proyección, para reconocer a los dos hombres del vehículo.

—Aquí se ve cómo Losensky desenfunda la pistola.

Se aclaró la voz y señaló el punto al que se refería, dando unos golpecitos en la pantalla con el borde de un encendedor desechable.

—Está usted en medio.

—Oh, perdone. —Brandmann se apartó del haz de luz del proyector de vídeo—. Muy bien, preste atención: parece que el anciano empieza a dudar. Pero, mire ahora: Losensky sube el arma un poco más. Y entonces: ¡bang!

El disparo a bocajarro provocó una luz brillante, dejando tras de sí un rayo amarillo en forma de eco en la pantalla. A continuación, como si hubiese sido alcanzado por una bola de demolición, Stern salió disparado hacia atrás, golpeándose la nuca con el aparcamiento de la zona de baños, donde se quedó tumbado sin moverse.

—Engler lo filmó todo. Su cámara estaba en la bandeja trasera del coche, donde él mismo la había escondido. —El policía se aclaró la voz como hacía casi siempre que iba a terminar una frase. Se abstuvo de preguntar si podía fumar y detuvo la cinta un momento—. Sería una prueba de vídeo perfecta. Una operación fallida de tráfico de menores. Un par de cerdos eliminándose entre ellos. Engler era un verdadero fanático de los vídeos. Creemos que dejó que la cámara siguiera grabando para vender después la cinta como película *snuff*. O para uso doméstico, quién sabe. Está claro que no teníamos que llegar a ver las imágenes que vienen a continuación.

—¿Adónde me lleváis?

El reposapiés de la silla de ruedas dejó una marca negra en la pared de la escalera. Simon se dio media vuelta en el asiento y miró a Borchert, quien, detrás de él, cogía los mangos empapado de sudor.

—Tienes que ir a rehabilitación —le dijo con voz ahogada.

El conductor de la ambulancia, que llevaba la silla desde abajo, también respiraba aceleradamente a medida que se acercaban arriba.

—¿Qué rehabilitación?

—Un tratamiento especial. Para casos especialmente difíciles... ejem... como el tuyo.

Borchert lamentó haber dicho aquellas palabras.

—¿Y dónde estamos ahora?

Habían alcanzado el último peldaño. Simon miró abajo, donde el profesor Müller seguía esperando a los pies de la escalera.

—En un clínica privada —rió el jefe médico, al tiempo que también subía las escaleras.

—¡Menuda clínica! ¿Es que no tiene ascensor?

—Será mejor que des una vuelta por ella. ¡Eeeehh!

Simon no pudo evitar reírse para sus adentros. De pronto se sentía como si estuviera en una atracción de autos de choque de una feria. Primero lo movían bruscamente hacia delante, luego hacia atrás y, finalmente, empezaba a girar sobre su propio eje como si fuera una peonza de hojalata.

—Por favor, para ya —dijo Simon entre risas, pero Borchert hizo que diera dos vueltas más antes de empujarle desde la escalera y avanzar a toda pastilla por el pasillo desnudo.

—Me encuentro mal —se quejó Simon. La silla de ruedas se había detenido por fin, a diferencia de las imágenes que seguían dando vueltas ante sus ojos. Los rostros de Borchert, Müller y el conductor dejaron poco a poco de moverse.

—¿Qué... qué es eso?

Simon se puso la mano en la cabeza para ver si tenía puesta la peluca. Cuando dormía siempre la dejaba encima de la mesita de noche. Pero ahora podía notarla claramente bajo el hormigueo de sus dedos. Así que, no podía estar soñando, a pesar de que parecía todo lo contrario.

—Bien, ¿qué te parece?

La mirada atónita y silenciosa de Simon era suficiente como respuesta. Con unos movimientos muy lentos, como si acabara de tomar su medicación, plegó torpemente la manta blanca del hospital que yacía en su regazo y la colocó en el reposabrazos.

No podía explicarse por qué lo hacía. Probablemente sólo quería tener ocupadas sus temblorosas manos antes de verse totalmente paralizado por un flujo de

sensaciones maravillosas. Entonces, no pudo contener una sonrisa. Las facciones de su cara cambiaron y, con ello, también desapareció el caparazón de plomo que lo envolvía.

Simon se volvió. Vacilante. Miró con curiosidad las caras de sus acompañantes, que le sonreían animosamente. Borchert, cuyos ojos se veían difuminados en su rostro sudoroso, era quien sonreía con mayor ironía de los tres. Así que decidió arriesgarse. Se puso de pie y caminó dos pasos por aquella sala increíblemente grande. A pesar de que aún había muchas cosas más por descubrir, era incapaz de apartar la mirada de las palmeras que había en la entrada. Cerró los ojos y tuvo miedo de que el espejismo desapareciera en cuanto los volviera a abrir. Pero al cabo de un segundo seguía todo: las cabañas de bambú del color del azúcar moreno, el ruido omnipresente de las olas del mar y, un poco más lejos, la mujer que le sonreía con una corona de flores en su cabello.

—¡Bienvenido! —dijo Carina acercándose a él.

Una agradable y cálida sensación invadió al niño en lo más profundo de su ser.

—¿Puedo? —preguntó Simon con timidez, sorprendido de escuchar lo diferente que sonaba su voz. Luego, cuando los hombres empezaron a aplaudir entre risas, puso con torpeza, al igual que si fuera un cachorro, su pie desnudo sobre la arena de color blanco crema.

Brandmann volvió a apretar el botón de «Play» y la imagen congelada se puso en movimiento. En la pantalla podía verse cómo Losenky era reducido por Engler.

—Éste es el momento en que la señora Freitag aparece en escena. —Brandmann explicó el motivo por el que Engler se volvía hacia un lado de repente en la grabación—. No se ve en la imagen en ningún momento. Por desgracia su pistola no estaba cargada.

—O por suerte.

—Sí, según como se mire.

La grabación mostraba a Engler levantando el brazo, apuntando a Carina, tensando el gatillo. Luego sobrevino el disparo a bocajarro. Detrás de él. La bala alcanzó a Engler directamente en la nuca.

—Sí, así fue —dijo Stern comprobando las imágenes.

Sacó su meñique de la quemadura de cigarrillo que había en el desgastado sofá de piel y luchó por ponerse de pie. Entonces, empezó a tatarrear.

—Abba. —Brandmann sonrió—. Realmente creo que Losensky lo interpretó como una señal de Dios y disparó al aire cuando escuchó *Money, Money, Money*.

—Contaba con que haría algo así. El pánico fue lo único que me hizo caer de espaldas, no su bala. Cuando me di cuenta de que el disparo no me había alcanzado, supe que no debía frenar la caída. Si lo hubiese hecho, Engler habría pensado que seguía con vida. En el fondo le vencí utilizando su propio método. El truco de hacerse el muerto también ha funcionado conmigo. Aunque me ha costado esto...

Stern se tocó el collarín de color carne y el vendaje que tenía alrededor de la frente. A pesar de la conmoción cerebral, había logrado moverse a rastras por el aparcamiento. Centímetro a centímetro, había ido avanzando hasta el lugar donde se hallaba el arma que Engler le había quitado a Losensky de las manos unos momentos antes. No obstante, si Carina no hubiese aparecido, no hubiera tenido tiempo de coger la pistola, apuntar y disparar.

Stern caminó cojeando hasta donde se encontraba el agente especial.

—Creí que todo este tiempo era usted mi enemigo. Por eso decidí confiar en su compañero, y no en usted.

—Lo entiendo.

Brandmann se aclaró la garganta por, como mínimo, vigésima vez y, nervioso, empezó a hacer girar la piedra del mechero con su carnosos pulgar.

—Pero Engler no era mi compañero. Oficialmente no soy asesor psicológico; ése era mi camuflaje. En realidad, trabajo para el Departamento de Asuntos Internos. Sospechábamos que Engler estaba implicado en actividades criminales desde hacía tiempo. Conocíamos la existencia de varias casas de veraneo en Mallorca y de otras inversiones de capital que el salario normal de un policía no se puede permitir. Pero nadie había contado con las dimensiones de su otro trabajo. Al menos, yo seguro que

no.

Aparentemente, la expresión llena de reproches de la cara de Brandmann iba dirigida a él mismo.

—¿Se suponía entonces que no tenía que investigar mi caso en absoluto?

Brandmann sacudió su robusta cabeza.

—No, al principio no. No pensamos que la corrupción de Engler y los cadáveres que encontramos gracias a Simon tuviesen alguna relación. —Se aclaró la voz y se pasó la lengua sobre los labios secos—. Nuestra estrategia era ponerle nervioso, y la forma de hacerlo era inmiscuirme en su trabajo de un modo torpe y molesto. Esperábamos que actuara sin cuidado. Que escribiese algún correo electrónico sin códigos o utilizara un número de teléfono móvil poco seguro, si le presionábamos lo suficiente y lográbamos que perdiera la concentración. Algo que nos condujera a su fuente de ingresos. Sin embargo, cuando el caso de Simon se fue complicando cada vez más, el inspector jefe pensó que no perjudicaría a nadie tener al frente a un hombre de mi experiencia. Así que le eché una pequeña mano al equipo; me ocupé del test del detector de mentiras de Simon, reuní las declaraciones de varios testimonios y ayudé a Engler en el escenario del crimen.

—¿Y entonces fue cuando le dio su número de teléfono a Picasso?

—Sí, al igual que hice con su padre, por cierto. Ambos debían llamarme tan pronto como observaran algo. Desgraciadamente, dejaron al enfermero fuera de combate antes de que me enterara de que habían retirado al vigilante de la habitación de Simon. Por cierto, ya sabemos quién le puso una sobredosis de Rohipnol en el café.

Stern frunció el ceño.

—El mismo vigilante, un cómplice de Engler. Según su declaración fue usted quien lo redujo. Una lástima que mientras lo interrogaban no supiese que el inspector estaba muerto.

Brandmann no pudo evitar sonreír.

—Todo estaba perfectamente organizado. Supongo que Engler se consideraba intocable después de tantos años de ejercer una doble vida. Su plan era genial y vanidoso. Logró llevarles a usted, a Carina, a Simon e incluso a su futuro asesino hasta el aparcamiento de una zona de baños. Y todo ante los ojos de la policía.

—¿Y dónde estaba usted todo ese tiempo? —La pregunta de Stern sonó más descortés de lo que pretendía—. Si su misión era vigilar a Engler, ¿cómo es que no se enteró de su última gran operación?

Brandmann se aclaró la voz y levantó las manos pidiendo disculpas.

—Hertzlich, el inspector jefe, me apartó del caso cuando la situación empezó a agravarse. Como ya le he dicho, sólo estaba allí para investigar las irregularidades financieras. A partir de ese momento me suspendieron temporalmente para que el resto de las investigaciones no pudieran verse interferidas por mi trabajo. De hecho estaba a punto de hacer la maleta.

—¿Y ahora? ¿Qué ocurrirá a partir de ahora? ¿Qué pasa con los cómplices de Engler? Alguien tiene que haberle ayudado en todo esto, ¿no cree?

Brandmann gruñía en señal de asentimiento después de cada pregunta. Su nuez se movía como un cilindro arriba y abajo en su cuello arrugado.

—Sí, mala suerte. El Vengador ha hecho una buena criba durante los últimos años, pero Engler sabía reponer a sus ayudantes psicópatas rápidamente. Siendo agente de la brigada de homicidios tenía buenos contactos. No obstante, hemos incautado toneladas de material que nos ayudarán a desarticular al resto de la banda: discos duros, archivos, cintas, DVD... Sin olvidarse del vehículo de Engler. Su maletero está lleno hasta los topes de la tecnología de vídeo más moderna...

La lista le hizo recordar a Robert el día en que Engler se había grabado a sí mismo acompañado de Brandmann en el cementerio de animales. En aquel momento Stern había creído que las imágenes se estaban tomando en directo, cuando en realidad se reproducían en diferido. Un truco barato, como la escena en la consulta del doctor Tiefensee.

—Lo único agradable que encontramos al registrar el domicilio de Engler fue su perro, *Charlie*. El labrador vivirá conmigo hasta nuevo aviso.

Brandmann soltó una risita.

—Y, aparte de eso, ¿no han descubierto nada más? —preguntó Stern, titubeante.

—Nada en cuanto a lo que usted se refiere. Y, para serle sincero: yo no tendría grandes esperanzas al respecto.

El pulso de Robert se aceleró. Al mismo tiempo, la mitad izquierda de su cuerpo quedó entumecida, como si alguien le hubiese rociado con un espray refrigerante. Prácticamente había estado esperando que le dijeran algo semejante, pero el hecho de que le confirmaran de primera mano sus suposiciones más temidas, era otra cosa.

—Aún estamos evaluándolo todo, pero hasta ahora no hemos encontrado entre las pruebas nada que apunte a su hijo. No hay documentos, ni fotografías, ni películas. Ni de antes, cuando era un recién nacido, ni de estos últimos años. Y la teoría del «buzón» de niños... —Se aclaró la garganta. A juzgar por la voz tomada, Brandmann parecía tener ahora un auténtico nudo en la garganta—. Bien, naturalmente que estamos investigando estos indicios y comprobando en los hospitales de todo el país si es posible que exista algo parecido. Pero hasta ahora no hemos hallado nada que confirme lo que usted dice.

Naturalmente.

Stern apoyó todo su peso en la muleta derecha y la apretó tan fuerte como pudo contra el suelo de cemento del sótano. Con la otra mano buscó el sobre arrugado que tenía en el bolsillo trasero de su pantalón. Engler le había puesto allí la fotografía del niño de diez años que acababa de soplar las velas de su cumpleaños. «¡INOCENTE, INOCENTE!», podía leerse en unas letras mayúsculas que atravesaban el pastel.

Así que también le habían engañado con aquello. Stern parpadeó como si le hubiese entrado algo en el ojo. Quizá algún día descubrirían cómo había conseguido

Engler los vídeos de vigilancia. Cómo había logrado que parecieran tan auténticos; cómo había conseguido cambiarlos. Puede que incluso llegara a encontrar al niño del cumpleaños, cuyos rasgos faciales habían sido modificados para que parecieran los suyos con ayuda de alguna aplicación informática de tratamiento de imágenes de la tecnología más moderna. A lo mejor sólo se trataba de una figura falsa, una fantasía creada por ordenador.

Stern relajó su cuerpo furiosamente oprimido al notar que la sangre rujía en sus oídos. Nada de lo que pensaba iba a cambiar el hecho de que el vídeo de aquel niño de diez años había sido un simple cebo. Felix estaba muerto, siempre lo había estado. Ahora se alegraba de no haber compartido con Sophie sus esperanzas irracionales.

—Investigaremos cualquier indicio que tengamos y comprobaremos si su hijo...

Brandmann se detuvo en medio de la frase y se quedó extrañado mirando el techo. Unas notas sordas de música *reggae* se oyeron en el sótano, provenientes del piso de arriba.

—¿Qué es eso? —preguntó, sorprendido.

—¿Eso? Es nuestra llamada de aviso.

Stern avanzó cojeando hasta la puerta.

—Le agradezco que me haya mostrado la cinta que me libra de toda culpa, pero me temo que ahora tengo que pedirle que se quite los zapatos.

—¿Por qué? ¿Qué demonios...?

Brandmann lo miró como si Stern le hubiese tirado un vaso de agua helada a la entrepierna.

Robert abrió la puerta y el ritmo de la música caribeña se oyó más fuerte.

—Porque la parte oficial de este proceso ha terminado, y ahora quiero cumplir una vieja promesa.

—¡Estás aquí!

Con una sonrisa en la boca, Simon se dirigió hacia Robert a pasos lentos a través de la playa artificial. Una docena de operarios de una agencia de eventos se había pasado la noche anterior colocando la fina arena por todo el sótano. Después, habían decorado a toda velocidad las paredes y las ventanas con motivos tropicales, a la vez que distribuían un sinnúmero de palmeras artificiales, hojas de platanero y antorchas alrededor de las dunas. Incluso habían llenado la chimenea de troncos flotantes, de modo que ahora parecía una hoguera típica de *Robinson Crusoe*.

Pero lo que realmente le daba un toque especial a la isla era sin duda el chiringuito hecho con cañas de bambú que se hallaba en medio de la antigua sala de estar. Detrás de la barra Borchert preparaba unos cócteles sin alcohol.

Stern sintió de repente unas ganas enormes de salir huyendo, allá donde sus oscuros pensamientos intentaban arrastrarle. A algún sitio, lejos de aquel lugar que él ya no sentía como su propia casa. No era por la arena de coral ni por las palmeras, sino porque estaba envuelta de sonidos que había desterrado de aquellas habitaciones hacía años: risas, música, alegría. Miró a su alrededor. Allí estaban Simon, Carina, Borchert, Brandmann, el profesor Müller; incluso su padre. Todos eran rostros conocidos, personas que él mismo había invitado y que, sin embargo, le resultaban unos perfectos desconocidos.

Entonces, mientras Simon se acercaba cada vez más y sus ganas de huir se tornaban insoportables, algo cambió en él. Fue como si el niño llevase consigo una antorcha invisible. La luz se hizo más intensa a su alrededor. Y Stern se dio cuenta en ese instante de lo mucho que había echado de menos a aquel niño.

Cuando Simon se unió por fin a él y le miró sonriendo con la sinceridad a la que la mayoría de los adultos no estaban acostumbrados, Robert comprendió por primera vez por qué Carina lo había citado en aquel polígono industrial. El niño nunca había necesitado su ayuda. Había sido justamente al contrario.

—¡Muchas gracias! —dijo Simon riendo, y durante un segundo las preguntas dolorosas enmudecieron en la mente del abogado—. ¡Es fantástico, gracias!

Al acariciar su mano suave, se apoderó de Stern la vaga sensación de que las respuestas que había estado buscando durante los últimos días no eran tan importantes después de todo. Y mientras el niño lo conducía hasta el chiringuito, Robert vio por primera vez lo que sus ojos abiertos habían ignorado hasta entonces: Simon, Carina, las gemelas, él mismo. Todos habían sobrevivido. Ya no habría alucinaciones de asesinatos inexplicables que atormentasen al niño que tenía a su lado. A partir de ahora podría reír, comerse un helado, bailar la lambada y disfrutar de aquel momento, a pesar de que su cabeza albergara algo mucho más destructivo que cualquier pensamiento sombrío.

Si él puede hacerlo, quizá yo también, se dijo Stern esperando que así fuera. No

para siempre. No durante mucho tiempo. Quizá sólo hoy. Ahora. En este momento.

Se apoyó en la barra del bar. Saludó con la cabeza a Borchert y luego a Carina, alegrándose de que sus amigos fueran capaces de comprenderle sin necesidad de pronunciar una palabra. Y que le dieran el helado que le había prometido a Simon.

La fiesta duró más de dos horas. Encendieron una hoguera, improvisaron una barbacoa en la playa y terminaron bailando. Cuando la gran emoción se iba acercando a su fin, Stern se acercó a Simon y Carina. Ambos interrumpieron la conversación bruscamente cuando Robert se sentó en la arena junto a ellos.

—Bien, ¿de qué hablabais? —preguntó él.

—De nada —respondió Simon con una sonrisa pícaro—. Es que no podía creerme que ésta fuera tu casa de verdad.

—Sí, por una vez Carina tiene razón.

—¿Entonces vives aquí?

—Sí, si es que no tengo que dormir en una caravana.

Stern miró a Carina con una amplia sonrisa y ella le correspondió con otra igual.

—Pero ¿dónde están todos los muebles?

—Bueno, no te preocupes por eso —rió Carina.

Ella sabía muy bien que la casa de Robert nunca había estado amueblada de un modo tan agradable como ahora. Se levantó para ir a buscar algo de beber y Stern observó, mientras se alejaba, las delicadas huellas que dejaba tras de sí en la blanda arena.

—Escúchame —le dijo al cabo de un rato a Simon, que yacía tumbado en la arena junto a él mirando hacia al techo. Donde antes había habido probablemente una lámpara de araña de cristal, ahora se balanceaba una red repleta de auténticos cocos.

—El profesor Müller me acaba de decir que a lo mejor vuelve a probar contigo la radioterapia. Las imágenes que sacan esos aparatos de tomografía no siempre salen bien, ¿sabes? Mañana quiere comprobar cuánto ha crecido el tumor de verdad en la otra mitad del cerebro, y luego... —Stern se interrumpió—. ¿Simon?

—¿Sí?

—¿Qué te ocurre?

—No... no lo sé.

El niño se sentó en la arena y observó su pie izquierdo. Parecía estar tan asustado como Stern.

—¡Carina! —gritó Robert al tiempo que se ponía de pie—. No te preocupes, sólo es un ataque epiléptico —se dijo él, más a sí mismo que al niño, intentando tranquilizarse.

Entretanto el temblor se había ido extendiendo desde el pie hasta la pierna. Pero Stern tenía la impresión de que aquellas convulsiones no eran las mismas que había visto la última vez. A pesar de que éstas no abarcaban todo el cuerpo, parecían ser

mucho más graves.

—Dejadme pasar —dijo Carina, que llegó corriendo hasta allí acompañada del jefe médico. Ya llevaba las gotas de lorazepam preparadas en la mano—. Está bien, todo saldrá bien.

La peluca de Simon se desprendió de su cabeza mientras ella le acariciaba la frente.

—Tenemos que llevarle de vuelta en seguida —dijo el profesor Müller en voz baja.

Stern asintió poniéndose de pie. Se sentía como si acabase de sufrir un accidente de coche. Todos habían estado riéndose juntos hasta hacía apenas un momento, y ahora tenía que ver cómo Borchert salía de la habitación con el niño enfermo en brazos.

—Trae la ambulancia hasta la puerta —oyó que gritaba Carina mientras él se apresuraba detrás de los demás.

La arena cálida se había convertido en una tierra pantanosa donde sus tobillos se clavaban como estacas para evitar que pudiera caminar lo suficientemente rápido. Le pareció que había pasado toda una eternidad cuando llegó a la parte delantera del jardín. Lo cruzó lo más deprisa que pudo hasta llegar a la ambulancia y, finalmente, se agachó junto a la camilla donde yacía Simon.

—Escucha —le dijo en voz baja. Tenía miedo de que el niño notara el temor en sus palabras si hablaba más alto—. No tengas miedo, ¿vale? Todo va a salir bien.

—Sí, puede que sí.

—No, escúchame. Tan pronto como el profesor Müller consiga controlar la situación nos iremos todos a una playa de verdad, ¿de acuerdo?

Le cogió la mano a Simon: no sintió ninguna reacción.

—No deberías estar triste —dijo el niño.

—No lo estoy —lloró Stern.

—Ha sido todo muy bonito. Nos lo hemos pasado muy bien... —Las palabras de Simon sonaban cada vez más cansadas—. Nunca había vivido algo parecido. La discoteca, el zoo, mirar los dibujos con las gemelas y esta fiesta increíble...

—No hablemos del pasado, ¿vale?

—Sí, quiero hacerlo.

Stern se sorbió las lágrimas.

—¿Qué quieres decir?

—Tenemos que irnos —gritó el conductor de la ambulancia desde el asiento de delante.

Carina puso una mano sobre su hombro y le acarició suavemente. Stern hizo un gesto y se apartó.

—¿De qué quieres hablar, Simon?

Los párpados del niño caían pesadamente al igual que las hojas marchitas.

—De la lámpara del sótano.

—¿Cómo dices?

El motor se puso en marcha y Stern sintió que algo moría en su interior.

Crac.

—Ha vuelto a moverse. Antes. Mientras estaba durmiendo todo el tiempo.

No, no, no. La mente de Stern gritaba llena de dolor.

Crac. Crac.

—Pero ahora estaba más oscuro. Muy oscuro. Casi no podía ver nada.

No, por favor, no. No permitas que esta pesadilla empiece de nuevo, pensó Stern. Sintió que un veneno helado fluía por sus venas cuando Simon le mencionó una última dirección. Poco después, el niño perdió el conocimiento.

Diez días después

Park Inn.

Infórmese de nuestras ofertas semanales.

Seguramente había pasado mucho tiempo desde que alguien había impreso aquellas letras amarillentas en la tabla marrón con ranuras que había sobre el mostrador de la recepción. Era evidente que nadie esperaba acatar ninguna orden en aquella época del año. La recepción de aquel motel barato se veía tan abandonada como las calles de la pequeña ciudad que habían recorrido antes de llegar allí.

—¿Hay alguien ahí? —dijo Stern. Miró a su alrededor en busca de una de las típicas campanillas que se utilizaban para atraer la atención en los hoteles. Pero en el mostrador sólo había dos pequeños vasos de plexiglás con varios folletos de publicidad.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto? ¿Lanzarlos contra la pared?

Encogiéndose de hombros, se volvió en dirección a Carina, quien se había sentado sobre su bolsa de viaje al no poder hallar otro tipo de asiento.

—¡Oigan! ¡Han llegado dos clientes! —dijo Stern tan alto como pudo, aunque sin chillar. En lugar de obtener respuesta, oyó que alguien tiraba de la cadena del retrete en una habitación contigua.

—Ya era hora —murmuró Carina. Al cabo de un rato, una mujer de figura cuadrada atravesó una puerta de listones que estaba medio abierta y se metió detrás del mostrador.

—¿A qué vienen tantas prisas? —preguntó con la respiración entrecortada.

—Me llamo Stern. —Robert hizo caso omiso de la desagradable bienvenida y puso su documento de identificación sobre la mesa.

—Tenemos una reserva.

—Sí, sí, aunque no era necesaria. Tenemos todas las habitaciones disponibles.

Los dedos callosos de la mujer señalaron el panel que había a su derecha, repleto de llaves.

—Puedo hacerles un buen precio por la *suite*.

Stern se imaginaba el aspecto que tendría aquella habitación. Probablemente lo único que le distinguía del resto de aquellas barracas era una televisión.

—No, sólo quiero esta habitación. Ya se lo he aclarado por teléfono.

—¿De verdad? ¿La diecisiete? Mmm... ¿Está seguro? No es que sea precisamente la mejor de todas.

—Me da igual —dijo Stern, fiel a sus palabras. De todos modos no pretendían quedarse allí ni una sola noche—. La diecisiete y no hay nada más que hablar.

—Si usted lo dice...

Los dedos de Stern rozaron la piel reseca de la mujer al coger las llaves de su

mano. Se estremeció como si se hubiese clavado una espina.

—¿Es su luna de miel? —preguntó sonriendo a Carina con picardía.

—Sí —dijo Stern utilizando la palabra más corta que se le ocurrió.

—Salgan por esa puerta y sigan los carteles —les gritó la mujer detrás de ellos—. Es la que está al fondo del todo, a la derecha.

La lluvia de los últimos días había cesado, y el viento jugaba al billar con las nubes por encima de sus cabezas. Tan sólo era mediodía, pero daba la sensación de que fuera mucho más tarde. Una pared grisácea volvió a atravesar el sol, oscureciendo el camino de cemento que llevaba al apartamento.

La habitación 17 era el único edificio que no estaba adosado. La cerradura de la puerta no pareció alegrarse de ver la llave de Stern, quien tuvo que hacer un par de intentos antes de que girara.

—¿Prefieres que te espere fuera? —preguntó Carina.

—No, pero no toques nada, por favor.

Buscó el interruptor de la luz de la pared y una simple bombilla iluminó la habitación. Estaba sorprendentemente ordenada.

Carina aspiró ruidosamente el aire a través de la nariz. A Stern también le parecía extraño no percibir ni el más remoto olor a polvo y humedad que había esperado encontrar.

—Ya sabía que veníamos —murmuró él, y se puso manos a la obra.

Primero examinó los armarios. Sacó las pocas perchas que había dentro y las lanzó encima de la cama que había junto a Carina y la bolsa de viaje. Luego dio unos golpecitos en el contrachapado en busca de algún hueco oculto. Nada.

Fue hasta el cuarto de baño. Se desilusionó al ver que solamente había una ducha: hubiese apostado por el espacio que quedaba bajo la bañera. Pero allí ni siquiera había una cabina de ducha. El agua se absorbía simplemente a través de un pequeño desagüe en las baldosas del suelo.

—¿Cómo va? —preguntó Carina al ver que Robert regresaba al dormitorio al cabo de cinco minutos, después de examinar la cisterna y buscar en el desagüe.

—Nada —contestó él subiéndose las mangas mojadas de la camisa—. Todavía.

Se agachó en el suelo y miró debajo de la cama. Le pidió a Carina que se levantara. Mientras Stern perforaba diferentes zonas del colchón con ayuda de un cuchillo, ella buscaba en el suelo de piedra algún tipo de marca o abolladura, algo que albergara una puerta oculta o un pasadizo secreto. Sin embargo no logró descubrir ni el más mínimo agujero.

Entretanto, él había sacado de la bolsa una botellita de spray de color amarillo como las que se utilizaban normalmente para vaporizar las plantas de interior. El abogado roció el suelo del dormitorio con una sustancia incolora.

—No te asustes —dijo cuando ya había terminado. A continuación, apagó la

bombilla del techo y la habitación se quedó completamente a oscuras.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Carina mientras la linterna ultravioleta que tenía Robert en las manos enfocaba en sus caras una luz fantasmal, como de luna.

—En seguida lo verás.

Stern dio una vuelta sobre sí mismo en el sentido de las agujas del reloj.

—O no, ya veremos —dijo al cabo de unos minutos. Puede que a algún cliente del hotel le hubiese sangrado la nariz en un momento dado, pero la luz ultravioleta no parecía indicar que en alguien hubiese querido eliminar un rastro importante de sangre.

—¿Qué hacemos ahora?

Respirando con dificultad, Stern se tumbó en el colchón agujereado y observó la bombilla del techo, que acababa de encender.

—Será mejor que le llame.

Sacó el móvil que tenía en sus pantalones vaqueros y marcó un número de teléfono escrito en una hojita de papel.

—Robert Stern —se presentó.

—Llama tarde. El permiso especial de llamadas sólo funciona hasta las trece horas.

—Ahora son las doce y cuarenta y siete minutos, así que le agradecería que me pasara con él.

La voz malhumorada del otro lado de la línea dio paso a otra mucho más agradable y educada. Sin embargo, a diferencia del director de la clínica de la prisión, el hombre con el que iba a hablar ahora había asesinado a varias personas.

—¿Losensky?

—Sí, soy yo.

—¿Sabe por qué le llamo?

—Sí, por la habitación número diecisiete.

—¿Qué puede decirme de ella?

—Me temo que nada.

—¿No le mencionó al niño esta dirección?

—No, no conozco ese lugar. Nunca le conté nada sobre él a Simon, y tampoco sé por qué le envió allí.

Stern escuchó que Losensky tosía nervioso.

—¿Por qué debería mentirle? Ya lo he confesado todo a la policía, y les he llevado hasta otros lugares del crimen que Simon no había revelado aún. Siete cadáveres en quince años. No hay nada más. ¿De qué me serviría ocultar un cuerpo más?

No lo sé.

—Estoy en el hospital de una prisión. Voy a morirme aquí de todos modos. Así que, dígame, joven: ¿qué ganaría yo mintiéndole?

«Nada», tuvo que reconocer Stern. Le dio las gracias a Losensky rápidamente y

colgó.

—¿Crees que puedo darme una ducha antes de que nos vayamos y abonemos los desperfectos? —preguntó Carina.

Stern asintió silenciosamente. Cuando oyó el ruido del agua en el baño, se levantó de la cama y apartó a un lado las cortinas del dormitorio. Abrió la puerta corredera de cristal que daba a la terraza tanto como le fue posible. El aire fresco y limpio entró en la pequeña habitación.

El abogado salió afuera y miró a lo lejos. La playa en la que se encontraba el motel de Park Inn bordeaba el mar a lo largo de varios kilómetros en ambas direcciones. Las olas que habían estado embistiendo violentamente la orilla a su llegada se habían calmado un poco. Stern cerró los ojos y sintió cómo el viento le acariciaba la cara como un pañuelo de seda, seguido de una agradable sensación de bienestar. Cuando abrió los ojos de nuevo, le cegaron los primeros finos rayos de sol que se abrían paso a través de una capa permeable de nubes. Y, de repente, aquel manto grisáceo terminó por romperse y el sol empezó a brillar frente a Robert Stern como si fuese el primer día de primavera.

Estaba a punto de llamar a Carina y, entonces, notó que algo suave le rozaba la pierna.

Miró hacia abajo y observó a sus pies una pelota de goma para jugar a los bolos. El sol era cada vez más fuerte, y tuvo que protegerse los ojos con ambas manos cuando decidió mirar hacia el lugar desde el cual se suponía que había venido rodando la pelota.

—¿Me devuelve la pelota, por favor? —Era una voz clara y jovencísima.

Stern caminó hasta donde estaba el niño: la calidez que empezó a sentir repentinamente en su interior era tal que apenas lograba soportarla. El niño estaba de pie en la arena, a tan sólo unos pasos de él, comiéndose un helado de limón que llevaba en una mano. En aquel momento Robert supo por qué se hallaba en aquel lugar. A pesar de que ya no comprendía nada.

Lo había reconocido. Su fotografía arrugada, la que había tomado directamente de la pantalla de televisión, seguía guardada en el bolsillo trasero de su pantalón.

Y cuando el niño de diez años le sonrió, Robert Stern sintió que él mismo se reflejaba en un espejo.

Agradecimientos

Veamos, ¿dónde se encuentra en este momento? ¿En el sillón, en el sofá, en el metro, en la cama? ¿O quizá se halla en una librería, preguntándose aún si realmente debería aventurarse con un autor alemán de *thrillers* y especialmente con uno que tiene un nombre tan extraño? No importa. Yo se lo agradezco igualmente. Tiene mi libro en sus manos y lo está hojeando, aunque sólo sean las últimas páginas para ver si alguien que escribe una historia como ésta tiene amigos a los que agradecerles cosas. Y aunque parezca mentira, así es.

Empezaré con los que pueden ponérmelo difícil si me olvido de ellos, teniendo en cuenta que me los cruzo en mi camino casi todos los días:

Manuela: Por favor, sigue haciendo tanto ejercicio como hasta ahora y mantén una dieta sana. Si un día me abandonas y dejas de organizarme la vida, estoy perdido.

Gerlinde: Gracias por toda tu ayuda, apoyo y cariño que se manifestó, entre otras cosas, trayéndome siempre la comida a la mesa cuando me hallaba en la frase creativa más extensa. Si no hubiese sido por ti, ya hubiese muerto de inanición.

Clemens y Sabine: Estoy seguro que ya empezabais a tener ganas de que escribiera alguna historia en la que las enfermedades y la psicosis no fueran el tema principal. Pero me temo que en el futuro vais a tener que continuar siendo mi equipo de asesoramiento médico. Sencillamente hacéis vuestro trabajo demasiado bien.

Patty: Gracias por la impresionante descripción de la regresión que tú misma viviste, y por dejarme utilizar tus experiencias en este libro.

Zsolt Bács: Ya te había cogido cariño incluso antes de saber pronunciar bien tu nombre. ¡Eres la persona más creativa que existe!

Ender: Gracias por presentarme continuamente a personas curiosas que han servido de inspiración para los personajes de mis libros (por ejemplo, ¡Borchert!). Pero, por favor, dile que de verdad estoy bien; que no hace falta que me rompa las costillas.

Sabrina Rabow, Thomas Koschwitz, Arno Müller: Gracias por el apoyo amistoso y a la vez profesional de todos estos años, a pesar de que siempre os endoso mis libros en forma de manuscritos con carpetas horribles.

Peter Prange: Me allanaste el camino y, gracias a eso, puedo ahora seguirlo. Sólo por ello ya te mereces un lugar honorífico en todos los agradecimientos. Además, siempre está bien citar como amigo a un autor de *bestsellers*.

Roman Hocke: No sé cómo lo consigues cada vez, pero eres el mejor. Sin tu trabajo como agente, mi libro no se hubiese publicado en casi veinte países ni se hubiera llevado a la gran pantalla. Al contrario, seguiría escribiendo sólo para mí y para mis perros. Agradezco también al excelente equipo que te rodea: Claudia von Hornstein, Christine Ziel y al doctor Uwe Neumahr.

A propósito, ya que hablamos de agentes:

Tanja Howarth: Mencionaré dos únicas palabras: Reino Unido y América. ¡Gracias por todo!

Mis agradecimientos son también para el fantástico equipo de Droemer Knauer:

- Doctor Hans-Peter Übleis: Gracias por creer tanto en mí y promocionarme en su editorial.
- Doctor Andrea Müller: Sus extensos comentarios me han hecho sudar otra vez, y su incesante trabajo ha vuelto a sacar lo mejor que hay en mí. Por ello, y por haber colocado los primeros cimientos en mi carrera como autor, mil veces gracias.
- Carolin Graehl: Nuestro *sprint* final e increíblemente constructivo fue más que divertido. ¡Ya estoy celebrando el próximo maratón de la redacción!
- Beate Kuckertz: Gracias por su infalible olfato como directora de la editorial para saber cuál de mis ideas disparatadas tiene lo necesario para convertirse en un verdadero *thriller*.
- Klaus Kluge: Gracias por echar a perder todos tus conocimientos de marketing conmigo y con mis libros. Trabajar con un profesional como tú es enormemente divertido. Lo mismo va también para Andrea Fischer.
- Andrea Ludorf: No deja de perseguirme por todo el país, ¡y hace bien! Por favor, continúe organizando mis actos y viajes de lectura con la misma eficiencia.
- Susanne Klein, Monika Neudeck, Patricia Kessler: Mis agradecimientos por armar revuelo en la prensa todas juntas.
- Dominik Huber: A pesar de que eres un maestro del mundo virtual, me alegro de haberte conocido en el real.

También me gustaría agradecer a todos los librerías, mujeres y hombres, así como a los representantes de las editoriales que llevan mis libros allí adonde pertenecen. Representando a todo un ejército de gente que también se lo merece, esta vez me gustaría dar las gracias especialmente a Iris Haas, directora de ventas de Droemer; Heide Bogner, Roswitha Kurth, Andreas Thiele, Christiane Thöming y Katrin Englberger. Ah, y por supuesto, a Georg Regis. Es fácil que me predigan un buen futuro mientras continúe trabajando para mí de un modo tan incansable.

¿Quién falta todavía? Miles de personas como, por ejemplo, mi padre Freimut Fitzek, de quien no sólo heredé el amor por la literatura; Simon Jäger, Dirk Stiller, Michael Treutler, Tom Hankel, Matthias Kopp, Andrea Kammann, Sabine Hoffmann, Daniel Biester y Cordula Jungbluth. Todos sabéis por qué os doy las gracias. Si no es así, entonces me debéis una.

Igualmente me alegro de seguir recibiendo sus visitas a través de www.sebastianfitzek.de.

Si lo prefieren, también pueden escribirme directamente a la dirección fitzek@sebastianfitzek.de. Prometo contestarles en esta vida en la que estamos.

SEBASTIAN FITZEK
Berlín, septiembre de 2007

P. D.: Y, por supuesto, también te doy las gracias a ti, Simon Sachs. Allí dondequiera que estés...



SEBASTIAN FITZEK (Berlín, Alemania - 1971). Estudió Derecho, aunque nunca ha llegado a ejercer esta profesión. Ha trabajado en diferentes proyectos mediáticos, también como redactor jefe y director de programas en varias emisoras alemanas. En la actualidad, vive y trabaja en su ciudad natal en la dirección de programas de una emisora berlinesa. Su primer libro fue publicado por la editorial Bertelsmann y desde entonces todos sus libros han llegado a ser superventas en su país. Hasta el momento, sus novelas han sido traducidas a veinte idiomas.